

**CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA**

Dirigidos por

**EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING**

Historiador de la Ciudad de La Habana

**41**

**HISTORIA DE LA GUERRA DE  
CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS  
CONTRA ESPAÑA**

por

**HERMINIO PORTELL VILÁ**

Profesor de Historia de América de la  
Universidad de La Habana

Profesor de Historia Militar de Cuba  
de la Escuela Superior de Guerra



**MUNICIPIO DE LA HABANA**

**Administración del Alcalde Sr. Nicolás Castellanos Rivero**

**1949**



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

# PUBLICACIONES DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

*Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana,*  
t. I, 1550-1565, con un prefacio y un estudio preliminar por *Emilio Roig de Leuchsening*, 2 vols.  
———, t. II, 1566-1574.  
———, t. III, 1575-1578.

*Historia de La Habana,*  
por *Emilio Roig de Leuchsening*, I, Desde sus primeros días hasta 1565.

*La Habana. Apuntes Históricos,*  
por *Emilio Roig de Leuchsening*.

*Colección Histórica Cubana y Americana:*

- 1: Curso de Introducción a la Historia de Cuba.
- 2: Hostos y Cuba.
- 3: *José María Heredia*: Poesías Completas (2 vols.).
- 4: Vida y Pensamiento de Martí (2 vols.).
- 5: Vida y Pensamiento de Varela.
- 6: La Vida Heroica de Antonio Maceo.

*Cuadernos de Historia Habanera:*

- 1.—Homenaje al ilustre habanero Pbro. José Agustín Caballero y Rodríguez en el centenario de su muerte. 1835-1935.
- 2.—La Habana antigua: La Plaza de Armas, por *Emilio Roig de Leuchsening*.
- 3.—Claudio José Domingo Brindis de Salas (El Rey de las Octavas). Apuntes biográficos, por *Nicolás Guillén*.
- 4.—Homenaje a la Benemérita Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, por *Adrián del Valle*. Prólogo de *Fernando Ortiz*.
- 5.—Las calles de La Habana. Bases para su denominación. Restitución de nombres antiguos, tradicionales y populares.
- 6.—Ideario Cubano: I.—José Martí. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsening*).
- 7.—Ideario Cubano: II.—Máximo Gómez. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsening*).
- 8.—Autobiografía, cartas y versos de *Juan Francisco Manzano*. (Con un estudio preliminar por *José L. Franco*).
- 9.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª. serie: Habaneros Ilustres.
- 10.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—I.
- 11.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª. serie: Habaneros Ilustres.
- 12.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—II.
- 13.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª. serie: Habaneros Ilustres.—III.
- 14.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—III.
- 15.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª. serie: Habaneros Ilustres.
- 16.—Heredia en La Habana, por *Francisco González del Valle*.
- 17.—Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico, por *Emilio Roig de Leuchsening*.

**HISTORIA**  
**DE LA GUERRA DE CUBA Y LOS**  
**ESTADOS UNIDOS CONTRA ESPAÑA**



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA GUERRA

**CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA**

Dirigidos por

**EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING**

Historiador de la Ciudad de La Habana

**41**

# **HISTORIA DE LA GUERRA DE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS CONTRA ESPAÑA**

por

**HERMINIO PORTELL VILÁ**

Profesor de Historia de América de la  
Universidad de La Habana

Profesor de Historia Militar de Cuba  
de la Escuela Superior de Guerra



**MUNICIPIO DE LA HABANA**

**Administración del Alcalde Sr. Nicolás Castellanos Rivero**

**1949**

## NOTA PRELIMINAR

*Una de las habituales actividades de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana ha sido la conmemoración de efemérides cubanas y americanas trascendentales.*

*Hemos cuidado siempre de que estas rememoraciones no se traduzcan en evocación sentimental de hombres y acontecimientos, ni se limiten a simples exposiciones narrativas o apologéticas, sino que, dándoles la calidad de estudios revaloradores de ese pasado nacional o continental, sirvan de provechosa enseñanza para nuestro pueblo, descubriéndole aspectos nuevos, rectificando errores, enmendando tergiversaciones inconscientes o dolosas y señalándole sus conexiones con realidades contemporáneas, como antecedentes o causas de las mismas, de modo que se conozcan mejor y se expliquen males presentes, con vistas a su extinción o remedio en un futuro inmediato.*

*No podía faltar entre esas conmemoraciones, así enfocadas, la de efemérides tan extraordinariamente significativa e importante y de tan fundamentales repercusiones para nuestra patria como es la última etapa de su lucha independentista; al efecto, en sucesivos actos, enlazados entre sí, como lo están los diversos acontecimientos conmemorados, hemos venido estudiando y divulgando los hechos señeros de aquella memorable contienda, desde la fundación, en 1892, del Partido Revolucionario Cubano, que fué el instrumento político-revolucionario creado por Martí para organizar mejor, con raíces eminentemente populares, la guerra libertadora y darle su precisa y justa ideología, de acuerdo con su amplísima concepción americanista y humana de la República que se proponía forjar. Fueron dos los grandes actos celebrados con ese propósito el año 1942: un ciclo de conferencias, ilustrado con una exposición histórica, que intitulamos: La contribución de Cuba a la causa de la Democracia; dos siglos de lucha por la libertad, dentro del cual se estudiaron especialmente las raíces, labor e ideología del Partido Revolucionario Cubano; y otro ciclo dedicado al análisis y crítica de la Vida y Pensamiento de Martí.*

*El año 1943 recogimos en dos Cuadernos de Historia Habanera las seis conferencias que se dieron el año 1940 por miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales sobre Los grandes movimientos políticos cubanos en la Colonia y en la República: Colonialismo, Anexionismo, Reformismo, Autonomismo, Independentismo: 1. Movimientos anteriores a 1868 y 2. De 1868 a 1901.*

*Complemento de este último amplio estudio sobre los antecedentes de la Guerra Libertadora de 1895 fué otro ciclo consagrado al estudio de la Vida y Pensamiento de Félix Varela, maestro y reformador máximo de educación y cultural y primer intelectual cubano que predicó la revolución como el único medio de lograr la separación entre Cuba y España y de alcanzar nuestra Patria libertad y justicia.*

*Ya en 1945 conmemoramos con otro ciclo de siete conferencias tituladas el Cincuentenario del 95, y reproducidas, como las de Varela, en los Cuadernos de Historia Habanera. Ofrecimos también un ciclo sobre La vida heroica de Antonio Maceo, ese mismo año se cumplía el centenario de cuyo nacimiento, publicadas en el volumen VI de la Colección Histórica Cubana y Americana. Y al siguiente año conmemoramos el cincuentenario de su gloriosa muerte, consagrando un Cuaderno de Historia Habanera a su Ideario Cubano.*

*No conformes con todo ello, en todos los Congresos Nacionales de Historia, organizados por esta Oficina en cooperación con la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, hemos dedicado preferente atención al estudio de nuestras luchas independentistas.*

*En el Segundo de dichos Congresos se adoptaron importantísimos principios de revaloración sobre la totalidad de la lucha libertadora, su inicio, la Guerra de 1868, la Guerra de 1895 y la Guerra de 1898, y en el Sexto Congreso, celebrado el pasado año, se tomaron también resoluciones no menos importantes sobre la intervención de los Estados Unidos en nuestros empeños emancipadores.*

*Quedaba por estudiar la que el Segundo Congreso Nacional de Historia denominó muy justamente, según queda comprobado en el acuerdo que transcribimos más adelante, Guerra Hispano-cubano-americana. Y fieles a nuestra línea de conducta, de encomendar la realización de trabajos históricos a aquellos de nuestros historiógrafos que se han especializado en el tema escogido, encomendamos al Dr. Herminio Portell Vilá, profesor de Historia de América de la Universidad de La Habana, profesor de American Diplomatic History*

*en Black Mountain College, North Carolina, conferenciante en The George Washington University, Washington, D. C., University of California at Los Angeles y University of Chicago, Ill., ex-becario Guggenheim, miembro fundador de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, autor de Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España, la más completa y documentada de las historias que se han escrito sobre esa guerra, frutó que es de largos años de investigaciones en archivos cubanos, españoles y norteamericanos, el desarrollo de un curso de doce lecciones, que fueron ofrecidas en el nuevo local, en el Palacio del Conde Lombillo, Plaza de la Catedral, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. La capacidad indiscutible que sobre esa materia tiene el Dr. Portell Vilá, la severidad e imparcialidad con que, al igual que en todos sus trabajos, ha tratado dicho asunto, y su cubanía, probada por su enfoque de nuestra historia y por su ejemplar actuación ciudadana, dieron a ese curso el carácter de verdadero acontecimiento cultural y cívico, pues escucharon sus lecciones más de tres centenares de personas pertenecientes a todas nuestras clases sociales.*

*Nos complacemos en recoger ahora en este Cuaderno de Historia Habanera, para ilustración de nacionales y extranjeros, las lecciones de ese curso al que el Dr. Portell Vilá ha puesto por título Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España, denominación absolutamente acorde con las citadas resoluciones del Segundo Congreso Nacional de Historia.*

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.  
*Historiador de la Ciudad de La Habana.*

# INTRODUCCION

Se cumplió el pasado año el primer cincuentenario de la Guerra Hispano-cubanoamericana, como, desde hace varios años y por iniciativa de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y de los Congresos Nacionales de Historia, iniciativa impulsada por el historiador cubano Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, se llama oficialmente en nuestro país a la última etapa de la Guerra de los Treinta Años de Cuba, que nos dió la independencia. Esa última etapa duró unos pocos meses y fué señalada en cuanto a Cuba por el bloqueo de la Isla, varios bombardeos y combates navales de importancia más bien relativa, la campaña de Santiago de Cuba, la batalla en que fué hundida la escuadra española frente a las costas de la provincia de Oriente y la muy efectiva inmovilización de más de cien mil soldados españoles en el interior de Cuba, llevada a cabo por las tropas cubanas, que les impidieron acudir en socorro de la guarnición de Santiago.

Como parte de los numerosos actos públicos, oficiales y populares, con que Cuba conmemoró ese aniversario, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, me encargaron un curso de conferencias acerca de esa última etapa de la Guerra de Independencia de Cuba, de que participaron los Estados Unidos; y durante los meses de febrero y marzo de 1948 ofrecí esas conferencias que comenzaron en el patio del viejo Palacio de Lombillo, donde están situadas las dependencias de la Oficina del Historiador de la Ciudad, se extendieron en seguida, por la afluencia de público, a los salones del Museo Municipal y llegaron a comprender también los portales de la centenaria casona que dan a la Plaza de la Catedral, ya que un curso planeado para cincuenta maestros especializados en historia de Cuba llegó a atraer a unos trescientos oyentes, diplomáticos, militares, veteranos de la Guerra de la Independencia

historiadores, periodistas, académicos y estudiantes, que asistían con regularidad, dos veces por semana, a las clases.

No hay otra explicación de ese interés público por las conferencias ofrecidas que el hecho real de que los cubanos estamos descubriendo nuestra historia y que la encontramos digna, estimulante y gloriosa, por lo que nos sentimos orgullosos de los hombres que hicieron posible la independencia de Cuba y de las hazañas que ellos realizaron.

Henry Morgenthau, Jr., Secretario de Hacienda que fué de los Estados Unidos en tiempos del Presidente Franklin D. Roosevelt, ha reunido un número de biografías breves de hombres eminentes de su país bajo el título genérico de *There Were Giants in This Land* (Hubo Gigantes En Esta Tierra), y nosotros los cubanos también podemos decir, con el estudio de nuestro pasado y, a veces, con dolor por los pigmeos endiosados del presente, que hubo gigantes en Cuba revolucionaria; que fueron gigantescos por su valor, su espíritu de lucha, su tenacidad y su patriotismo, los que hicieron libre a nuestra Patria. El primer deber de todo cubano que quiera de verdad redimir a Cuba de sus males de hoy, es el de creer en la épica historia de Cuba y en los héroes, los mártires y los patriotas cubanos que la forjaron y que dignamente pertenecen al linaje internacional de los grandes libertadores de pueblos.

Las conferencias del cursillo ofrecido en la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana se han convertido en este libro para mejor servir el propósito de la Oficina y de la Sociedad Cubana de Estudios Historicos e Internacionales de alcanzar al mayor número posible de cubanos y en atención a numerosísimas solicitudes, recibidas de toda Cuba, que pedían ese libro.

El título escogido no se aparta de la denominación de Guerra Hispano-cubanoamericana, sino que lo confirma; pero, como el autor siempre ha sostenido, y logró en 1933, en la VII Conferencia Internacional de Estados Americanos (Montevideo), que así fuese proclamado por todos los países de América, que la personalidad del Estado empieza aún antes de ser reconocido por las potencias, como era el caso de Cuba en 1898, la obra se llama HISTORIA DE LA GUERRA DE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS CONTRA ESPAÑA. Hacía treinta años que había guerra en Cuba cuando intervinieron en ella los Estados Unidos y decidieron la contienda en nuestro favor cuando ninguna otra nación nos tendía una mano

amiga. Cuba existía como nación por tener la casi totalidad de los atributos de tal por el trabajo, el valor, el estudio, el patriotismo y el progreso de sus hijos, y la República de Cuba en armas había sido reconocida años atrás por varios países latinoamericanos y hasta el Presidente Grant había firmado la proclama del reconocimiento de la beligerancia que después escamoteó su Secretario de Estado, Hamilton Fish, para no publicarla. Tanto España, por comunicación oficial del Capitán General de Cuba, Ramón Blanco al general Máximo Gómez, como los Estados Unidos con las misiones de Whitney y Rowan y la colaboración con el general Calixto García y sus tropas cubanas en la campaña de Santiago de Cuba, habían reconocido que había una nación que combatía por su independencia en esta Isla. Propiamente, pues, la guerra es de Cuba y de los Estados Unidos contra España.

Los historiadores de criterio superficial la considerarán de poca importancia porque se decidió en pocos meses; pero si nos detenemos a pensar sobre las causas, el desenvolvimiento y las consecuencias de la lucha, la conclusión es muy otra. El expansionismo norteamericano que se aprovechó de la guerra de Cuba para desplazarse por el Caribe hacia Panamá, atravesar el Pacífico y llegar a Filipinas, para crear una escuadra de primera clase y enfrentarse con las potencias europeas en Agadir y en la Primera Guerra Mundial, nació con la guerra de Cuba que se transformó en el planteamiento de una nueva fase de la rivalidad internacional. El reconocimiento de la beligerancia y de la independencia de Cuba habría ahorrado a los Estados Unidos miles de millones de pesos y centenares de miles de vidas. Si McKinley, Theodore Roosevelt, John Hay y otros personajes de los Estados Unidos de 1898, que convirtieron la independencia de Cuba en la conquista de las Filipinas, volvieran a la vida y supieran que los Estados Unidos de 1948, vencedores de Japón y primera gran potencia mundial de nuestros tiempos, han creado y reconocido la República de Filipinas y se aprestan a celebrar un plebiscito acerca de la independencia de Puerto Rico, creerían estar soñando. Estamos, como se ve, todavía en las consecuencias de la GUERRA DE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS CONTRA ESPAÑA cuando hablamos de todos estos acontecimientos históricos y de todas estas posibilidades.

Con esta conmemoración continuamos los cubanos celebrando un grupo de importantes aniversarios de nuestra historia de pueblo libre, que culminaron en el establecimiento de la República de Cuba, el 20 de mayo de 1902. Todos y cada uno de ellos están llenos de

maravillosas enseñanzas que el pueblo cubano debe estudiar con rigor científico y espíritu patriótico, porque en ellos está la clave de nuestra realidad nacional.

Al Sr. Nicolás Castellanos, Alcalde Municipal, al Dr. Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana y gran maestro sin cátedra de estos estudios, y a las numerosas personas que se interesaron por estas lecciones de historia de Cuba y que han hecho posible la publicación de este libro, reitero una vez más la expresión de mi gratitud por su estimulante colaboración.

HERMINIO PORTELL VILA.

# LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE CUBA HASTA 1898

No hay pueblo que pueda señalar un historial de esfuerzos encaminados a conquistar su independencia que supere en tenacidad, heroísmo, abnegación y sacrificios al de la lucha épica que Cuba sostuvo hasta poner fin a la dominación española. Las conspiraciones revolucionarias comenzaron en Cuba allá por los años en que tuvieron su inicio las de los otros países latinoamericanos. Si el movimiento emancipador no recorrió la misma órbita en la Gran Antilla que en el Continente, y por la propia época, se debió al choque de las ambiciones internacionales en torno a Cuba, cuando no sólo las potencias europeas y los Estados Unidos, sino también Haití, México y la Gran Colombia aspiraban a la dominación sobre Cuba y prefirieron seguir viéndola como colonia española que en poder de cualquiera de ellas. España, además, concentró sobre la isla de Cuba, que tiene ciento catorce mil kilómetros cuadrados y contaba con escasa población, ejércitos diez veces más poderosos que los que la Gran Bretaña lanzó contra las Trece Colonias, Francia contra Haití, Portugal contra Brasil o ella misma contra las legiones libertadoras de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre o Guadalupe Victoria. La enorme población esclava que había en Cuba, los temores de una guerra de razas, el tipo de vida económica del país y la insularidad, fueron también factores que contribuyeron a demorar y dificultar la independencia de Cuba.

No obstante lo que acabamos de exponer, Cuba se agitó en convulsiones revolucionarias continuas bajo los gobiernos de Someruelos, Ruiz de Apodaca, Cagigal, Mahy, Vivès, Tacón, O'Donnell, Roncali, Gutiérrez de la Concha, Cañedo, Pezuela y otros, desde 1808 hasta 1866. Las intentonas encabezadas por el general Narciso López, de 1848 a 1851, dieron lugar a empujados y sangrientos

combates y sacudieron hasta sus cimientos la estructura colonial española.

En 1868 comenzó la que ya llamamos con certera apreciación de las realidades de la época, nuestra *Guerra de los Treinta Años*, que duró hasta 1898, y durante ese largo período Cuba no pudo tener paz ni disfrutó de prosperidad o de estabilidad política. La primera etapa de esa lucha se terminó con el Pacto del Zanjón, en 1878, y el Capitán General Joaquín Jovellar, gobernador de la Isla, pudo hacer una declaración oficial de que la década terrible había costado doscientas mil vidas y setecientos millones de pesos. Los cubanos que se lanzaron a la revolución eran de los más ricos del país: banqueros como Carlos del Castillo; hacendados como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera y otros muchos; industriales como Miguel de Aldama; profesionales distinguidos como Ignacio Agramonte, José Morales Lemus, etc.; comerciantes como Calixto García, y sitieros y hombres de trabajo como Máximo Gómez, Antonio Maceo y millares más. Los bienes de los revolucionarios fueron confiscados por el gobierno español y la Junta de Bienes Embargados confesaba hacia 1870 que el valor de lo confiscado (reducido caprichosamente a beneficio de compradores privilegiados), llegaba a cuarenta millones de pesos. ¿Cuánto más fué confiscado en los ocho años subsiguientes? Muchos millones más para reducir a la miseria o a la pobreza a los cubanos que hasta entonces habían sido dueños de la tierra, de los ingenios, de los cafetales y de los grandes negocios, aparte de la enorme destrucción de riqueza que las hostilidades llevaron a cinco de las provincias de Cuba, ya que solamente la de Pinar del Río no conoció los horrores de la Guerra Grande. Sin duda que el general Jovellar se quedó corto en su cálculo ante lo que dejamos dicho; pero no hay quien pueda valorar la enorme pérdida representada por el trabajo de producción de las doscientas mil vidas perdidas en el abnegado sacrificio que Cuba hizo entonces por lograr su independencia y que ya superó al de cualquier otro pueblo de América.

En ese decenio los Estados Unidos parecieron dispuestos a ayudar a los cubanos a lograr su independencia, por un momento mediante el reconocimiento de la beligerancia firmado y no promulgado por el Presidente Grant, y después a través de una turbia negociación que parecía encaminada a comprar a España la li-

bertad de Cuba. Esas dos tentativas quedaron en nada y así también la generosa iniciativa de la república de Colombia para hacer libre a Cuba con el respaldo de todas las repúblicas americanas. Algunas de éstas concedieron el reconocimiento a la república de Cuba; pero sin comprometerse por ello a la guerra con España.

El gobierno español mintió sus promesas de paz y de reformas de 1878 y la abolición de la esclavitud tardó varios años, mientras que la inmoralidad administrativa, la negación de derechos, la explotación fiscal, el monopolio del comercio, el abandono de la educación, de la salubridad, de las comunicaciones y del fomento del país, y el desprecio a la opinión cubana continuaron como había sido hasta 1868 o en peores circunstancias.

En 1879-1880 Cuba se agitó de nuevo en convulsión revolucionaria con la *Guerra Chiquila*; poco después fracasaba, ahogado en sangre, el alzamiento del general Ramón L. Bonachea y casi en seguida tenía igual desenlace el del coronel Limbano Sánchez. El gobierno mexicano frustró una expedición preparada en ese país por los cubanos emigrados y fracasó el amplio movimiento libertador que por primera vez asoció a José Martí con Máximo Gómez y Antonio Maceo (1886). No tuvieron mejor suerte los planes revolucionarios de Maceo (1890), con ocasión de su viaje a Cuba, ni las intentonas de Purnio y de los Sartorius; pero la realidad de la oposición cubana al despotismo español quedaba patentemente demostrada y prometía un esfuerzo decisivo para lograr la independencia.

Numerosos cubanos cuyo censo total se hace ascender a unas treinta mil personas, se habían refugiado en los Estados Unidos a partir de 1868, estableciéndose en Nueva Orleans, en Tampa y en las poblaciones norteamericanas de la costa del Atlántico, desde Cayo Hueso hasta Boston, con Jacksonville, Savannah, Charleston, Columbia, Washington, Baltimore, Filadelfia y Nueva York incluidas; pero las colonias más numerosas eran las de Cayo Hueso, donde los cubanos dominaban las elecciones municipales, Tampa, junto a la cual habían fundado poblaciones cubanas, como Ibor City, Filadelfia, en la que los Guiteras y Betancourt eran gentes prominentes, y Nueva York, refugio de Martí y de otros muchos influyentes cubanos. En Cayo Hueso el periódico *Yara* sólo hablaba de Cuba, como los de Tampa, y en Nueva York *El Porvenir* y, sobre todo,

*Patria*, dirigido primero por Martí y luego por Enrique José Varona, eran órganos de Cuba Libre y por ella abogaban.

Esos hombres, mujeres y niños, algunos de los cuales los Estados Unidos colocarían entre sus inmortales en el *Dictionary of American Biography*, de Dumas Malone y Alvin Johnson, y que todos eran laboriosos, amantes de la ilustración, liberales, tolerantes y progresistas, fueron fundidos en un solo propósito y un solo curso de acción para libertar a Cuba al conjuro de las prédicas, el ejemplo y la inspiración de José Martí, el apóstol de la independencia de Cuba. Martí, emigrado revolucionario en los Estados Unidos, colaboró en alguna de las tentativas libertadoras a que acabamos de referirnos, que fracasaron, y se consagró a la misión de organizar la nueva y definitiva guerra de independencia como un movimiento nacional en torno a una doctrina democrática, justiciera, progresista e igualitaria cuyos postulados honraban a su creador y al pueblo para el cual habían sido formulados. La fundación del Partido Revolucionario Cubano, con el doble apoyo de los emigrados y de los cubanos hostiles a la dominación española que permanecían en la Isla, ponía en manos de Martí el instrumento adecuado para libertar a Cuba. Los errores de España en la intransigencia de su política colonial iban a ayudar poderosamente a los cubanos en sus empeños.

La sublevación fué organizada desde los Estados Unidos, donde estaba Martí, y de la República Dominicana y Costa Rica, donde estaban los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. Los conspiradores que seguían viviendo en Cuba eran mantenidos al tanto de lo que se tramaba. Centavo a centavo se fué nutriendo el tesoro del Partido Revolucionario Cubano, el que además obtuvo los donativos de algunos elementos acaudalados, las contribuciones regulares de sociedades patrióticas y de organizaciones obreras, y el producto de fiestas y actos que tenían por objeto recaudar fondos. Por la prensa revolucionaria, así como por medio de la correspondencia o los discursos, la opinión cubana se fué inclinando hacia el nuevo esfuerzo libertador mientras que los aranceles aduanales norteamericanos y españoles se encargaban de decidir en favor de la independencia a un gran número de personas que normalmente habrían permanecido del lado de España por el espíritu conservador que las inspiraba; pero que se sentían perjudicadas en sus negocios por el monopolio, el sistema fiscal y las cortapisas

al comercio, la industria, etc., que eran la esencia del régimen colonial.

Con gran sigilo se preparó el *Plan de Fernandina*, que ponía a bordo de tres embarcaciones contratadas al efecto las armas y las municiones destinadas a Cuba; pero alguna imprudencia cometida dió la pista a los españoles y a los agentes federales y cuando todo estaba listo para enviar a Cuba el cargamento, la expedición fué detenida y fracasó aquel gigantesco esfuerzo que muy bien pudiera haber dado un golpe decisivo a la dominación española en Cuba antes de que España hubiera enviado refuerzos a la isla.

Con fuerzas de flaqueza Martí y sus compañeros se sobrepusieron al costoso descalabro, se dió la orden para la sublevación y Martí y Máximo Gómez desde la isla de Santo Domingo, y Antonio Maceo, Flor Crombet y otros patriotas, desde Costa Rica, acudieron a Cuba para ponerse al frente de la revolución, que España no pudo sofocar. Martí, el gran ideólogo de la liberación cubana, hoy universalmente conocido por sus obras y por su abnegación, cayó combatiendo contra los españoles, en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895; pero Gómez y Maceo, secundados por los patriotas que antaño les habían seguido al combate y por las nuevas generaciones de cubanos partidarios de la independencia, llevaron a sus huestes victoriosas en la famosa campaña de la invasión, que duró tres meses, desde Baraguá hasta Mantua, a todo lo largo de Cuba, abriéndose paso entre las tropas y las fortificaciones españolas hasta causar el fracaso y el relevo del Capitán General Martínez Campos quien, a pesar de contar con un ejército de más de cien mil hombres, más potente que los que se enfrentaron con Wáshington, Bolívar, San Martín, O'Higgins o Sucre, fué burlado y vencido por los cubanos. La estrategia de los libertadores fué la empleada por Sherman en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos y que ahora, modernamente, llamaron de *scorch the earth* en la Segunda Guerra Mundial. Todo se sacrificaba a la consecución de la independencia y los inversionistas norteamericanos, encabezados por Edwin F. Atkins, del central *Soledad*, en Cienfuegos, hicieron causa común con los españoles en contra de Cuba libre e influyeron en la política seguida por el gobierno del Presidente Cleveland, favorable al depotismo español.

Martínez Campos fué reemplazado por el general Valeriano Weyler, cruel, brutal y sin escrúpulos, cuyos métodos de guerra

se cebaron en la población civil cubana, ya que no podía aplastar a la revolución. Weyler implantó la reconcentración forzosa de los habitantes de los campos en las ciudades, sin cuidarse de alojarlos o de alimentarlos o de darles oportunidad de ganar su sustento. Cuadros dantescos de hambre, enfermedades, suicidios, etc. se dieron por espacio de más de un año en las ciudades cubanas, y así perecieron con escándalo universal centenares de miles de cubanos. El general Maceo, vencedor de las tropas españolas en cien combates, cayó para siempre el 7 de diciembre de 1896; pero la lucha siguió, dirigida por Máximo Gómez, con el general Calixto García como lugarteniente suyo en la provincia de Oriente.

Los cubanos demostraban con su heroísmo que les animaba la resolución inquebrantable de continuar la guerra de independencia hasta poner fin a la dominación española en Cuba; que peleaban para establecer la República de Cuba, libre y soberana, y no para lograr mezquinas concesiones políticas de España o para incorporarse a los Estados Unidos o a cualquier otro país. Ni Martí ni Maceo había aspirado a que los Estados Unidos se vieran envueltos en una guerra con España por causa de Cuba, y así lo hicieron constar, más de una vez, antes de dar la vida por Cuba en los campos de batalla. Máximo Gómez, el general en jefe de los ejércitos cubanos, destinado a vivir para ver el fin de la lucha y la fundación de la república, también compartía ese criterio, que expuso reiteradas veces, en declaraciones oficiales. Habría bastado a Cuba el reconocimiento de la beligerancia, no ya siquiera el de su independencia, por parte de los Estados Unidos, para lograr armarse legítimamente y en igualdad de condiciones con España, lo que habría llevado al Ayacucho cubano que Máximo Gómez quería con sus hombres.

## LA POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN CUANTO A LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE CUBA HASTA 1898

Durante el siglo XIX, primero por lo que Cuba esclavista podía significar por la pugna de facciones en los Estados Unidos, y después de la Guerra de Secesión por lo que la isla representaba para el expansionismo norteamericano en las rivalidades imperialistas de la época, los Estados Unidos tuvieron una política bien definida en cuanto a Cuba, que excluía la idea de la independencia como peligrosa para la seguridad exterior norteamericana y favorecía el mantenimiento de la dominación española sobre la Isla mientras no se pudiese lograr la anexión a los Estados Unidos.

El gobierno de Wáshington siempre se había opuesto a toda posible transferencia de la soberanía sobre Cuba a favor de Rusia, la Gran Bretaña, Francia, México, la Gran Colombia, Haití o cualquiera otra nación que aspirase a la adquisición de Cuba. De la misma manera no había mirado con buenos ojos los proyectos haitianos, colombianos o mexicanos para combatir a España en Cuba, los cuales eran anexionistas más o menos encubiertos, porque temía que una vez desatada la guerra en suelo cubano sería difícil y quizás si imposible, dictar la solución. Por eso se explica que las expediciones de Narciso López, que no eran anexionistas, tuvieran la condenación del gobierno de Wáshington y fuesen perseguidas con tanta saña por las autoridades federales a pesar de que grupos regionalistas y la opinión pública norteamericana se mostraban muy partidarios de aquellos esfuerzos libertadores, con la espontánea, permanente y entusiasta simpatía del pueblo de los Estados Unidos por la independencia de Cuba, que resultaba innegable.

La Doctrina de Monroe, el segundo gran pronunciamiento de la política exterior norteamericana, cuya primera manifestación la

encontramos en el *Farewell Address*, de Washington, contemplaba el caso de Cuba por encima de toda otra consideración, con preferencia a los de los otros países de América y con aplicación inalterable a Cuba a lo largo de más de ciento veinte y cinco años, mientras que en lo relativo a otros pueblos ha sido objeto de interpretaciones, modificaciones, corolarios, etc. En 1823 la reconquista de las antiguas colonias de Francia, España y Portugal, que se habían libertado, resultaba imposible por parte de sus antiguas metrópolis, juntas o separadamente, mientras que la Gran Bretaña se opusiera, como se oponía, a la reconquista, con su entonces incontestable poderío naval. Las apelaciones de Brasil, Argentina, México y la América Central, a la Doctrina de Monroe, ante las amenazas europeas, no lograron el apoyo que se esperaba de los Estados Unidos y sí sólo terminantes aclaraciones de que el gobierno de Washington se reservaba el derecho de decidir por su cuenta cuándo, cómo y en qué casos operaba la Doctrina de Monroe. Ahora bien, en cuanto a las *existing dependencies* aludidas en la Doctrina y en cuanto a ellas solamente, la Doctrina de Monroe funcionaba automáticamente. Y ¿cuáles eran las *existing dependencies*? No las Pequeñas Antillas, o las Guayanas, o Jamaica, o las Lucayas. Tampoco el Canadá, sino solamente Cuba y Puerto Rico y de entre las dos, por su extensión, su población, su riqueza, su adelanto y su situación geográfica, Cuba más aún que Puerto Rico era objetivo de la Doctrina de Monroe.

La Guerra de los Diez Años proporciona una excelente oportunidad para la comprobación de lo que decimos en los párrafos anteriores. Sectores importantes del Congreso de Washington, elementos influyentes de la banca y de la prensa de los Estados Unidos, miembros del gabinete del Presidente Grant, como el general Rawlins, y la opinión pública norteamericana, favorecían el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos, y hasta el de su independencia, aunque fuese a costa de una guerra con España, mientras que algunos personajes de tendencia más moderada o de calculadores propósitos, se conformaban con un proyecto turbio para comprarle a España la independencia de Cuba. Charles Francis Adams relata que el Presidente Grant, deseoso de cumplir la promesa hecha al general Rawlins y a los representantes de Cuba que le habían visitado y convencido, por otra parte, de que era cuestión de justicia el darles a los cubanos la oportunidad de ar-

marse en su lucha contra España, firmó la proclama del reconocimiento de la beligerancia durante una excursión por el Potomac y se la envió con un funcionario de la cancillería a Mr. Hamilton Fish, Secretario de Estado, con instrucciones de que le fijara el sello oficial y diera cumplimiento a los demás requisitos constitucionales hasta promulgarla, lo que Fish no hizo, pues la guardó en la caja de caudales del Departamento de Estado sin darle curso y sin que Grant o él hablase del asunto. El escamoteo de la proclama le costó a Cuba y a España más de medio millón de vidas de 1870 a 1898; pero más aún a los Estados Unidos de entonces a nuestros días con la costosa rivalidad internacional traída por la adquisición de las Filipinas y otros avances expansionistas. Fish, cuyo yerno, Sidney Webster, era el abogado del gobierno español en los Estados Unidos, erró lamentablemente con su política respecto a Cuba y España e hizo un daño irreparable a estos países y a los propios Estados Unidos, al impedir que el conflicto quedase resuelto entre Cuba y España en 1870, como así habría sido con el reconocimiento de la beligerancia.

Después del Pacto del Zanjón, en 1878, que puso fin a la Guerra de los Diez Años; pero que sólo fué una tregua, Cuba se agitó en otras convulsiones revolucionarias y conspiraciones, desde 1878 hasta 1895, y el 24 de febrero de este último año citado, durante el segundo período presidencial de Cleveland en los Estados Unidos, los cubanos se lanzaron al último esfuerzo libertador, organizado y dirigido por el Apóstol José Martí, precisamente desde los Estados Unidos, con la colaboración del general Máximo Gómez, quien se encontraba en la República Dominicana, y del general Antonio Maceo, establecido en Costa Rica.

De nuevo se dió la situación curiosa que ya hemos comentado en cuanto a los Estados Unidos y la Guerra de los Diez Años. La opinión pública norteamericana era favorable a la independencia de Cuba, no sólo en la masa del pueblo, sino en los principales periódicos y revistas, entre los intelectuales, encabezados por Henry Adams, y en el Congreso, donde los senadores John T. Morgan y Don Cameron, con otros muchos congresistas que les apoyaban, hacían patentes sus simpatías por la causa de Cuba libre. La actitud del gobierno de Wáshington era muy distinta a la del pueblo norteamericano, sin embargo, y mantenía la posición tradicional de Cuba como posesión española o de los Estados Unidos; pero ni

libre ni en poder de otra potencia. La Revolución Cubana había hecho un formidable esfuerzo económico para comprar armas y pertrechos destinados a asestar un golpe inicial, decisivo, al poderío español en Cuba, y todo ese material de guerra, secretamente concentrado en Fernandina, Florida, (1895) para llevarlo a las costas cubanas a bordo de tres barcos, fué interceptado y confiscado por las autoridades federales, las que además procesaron a todos los complicados en la organización de la expedición y así rindieron a España el insigne servicio de obligar a los cubanos a comenzar la guerra prácticamente desarmados y con la certeza de la oposición de los Estados Unidos a sus empeños.

El Presidente Cleveland y su Secretario de Estado, Richard Olney, en la cresta de la ola conservadora que había marcado la sumisión del gobierno de Washington a los grandes intereses capitalistas y le había colocado frente a las demandas de reforma de su pueblo, también se habían destacado por sus pronunciamientos de la hegemonía continental de los Estados Unidos, que preocupaban grandemente a las grandes potencias de la época. Los intereses azucareros norteamericanos, que habían hecho grandes inversiones en Cuba, eran naturalmente contrarios a toda modificación del régimen político bajo el cual operaban sus centrales y se oponían a la guerra de independencia con todas sus fuerzas. El confidente principal de Olney era el azucarero E. F. Atkins, de Massachusetts, socio de C. F. Adams, con grandes inversiones cerca de Cienfuegos y el que no había tenido reparo en tener esclavos en Cuba cuando la esclavitud había sido abolida en los Estados Unidos. Atkins era y siguió siendo anticubano y pro-español, actitud en la que llegó a bajezas imperdonables mientras Weyler, el general Pin y otros militares españoles, en su propia cara denostaban a los Estados Unidos.

El éxito de la campaña de la invasión cubana, de un extremo a otro de la Isla, en sólo tres meses, preocupó a Cleveland y a Olney, mientras que la táctica cubana de destrucción de los recursos coloniales que aprovechaba España, les llevó a considerar a los patriotas cubanos como bandoleros y gente de la peor calaña. Por supuesto que tampoco aprobaron la política de la reconcentración de Weyler; pero la excusaron hasta cierto punto y hasta creyeron que con ella España pondría rápidamente fin a la guerra. Al transcurrir el segundo año de las hostilidades y ante los clamores de la

opinión norteamericana, que criticaba duramente al gobierno de Cleveland por su política en cuanto a Cuba, Olney comenzó a reclamar sin gran entusiasmo la implantación de reformas en el régimen colonial de Cuba, que Atkins y los autonomistas Montoro, Spottorno, Marcos García, etc., le habían dicho que serían suficientes para que los cubanos depusieran las armas, lo que el Ejército Libertador se encargó de refutar de manera definitiva. El Senador Cameron había presentado como suyo en el Congreso un famoso dictamen o *report*, en favor de Cuba libre, redactado todo él por el insigne historiador y filósofo Henry Adams, que había producido notable impresión y prometía un cambio de política con el cambio de gobierno, pero el gobierno de Cleveland, fracasado, criticado y sin prestigio, hizo todo lo que le fué posible para obstaculizar la resolución Cameron, primero en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado y después en el pleno de dicho Cuerpo legislativo. La Cámara de Representantes adoptó y mantuvo una actitud de oposición a esa iniciativa en favor de la independencia de Cuba, aunque algunos congresistas presentaron resoluciones casi en el mismo sentido que la del Senador Cameron. Olney trabajó personal y activamente en contra del reconocimiento de la independencia, después del fracaso inicial de una comparecencia ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y se atrajo sobre sí las más violentas críticas de los simpatizadores de la revolución cubana en los Estados Unidos, especialmente de la prensa.

La proposición Cameron, al ser presentada, casi produjo un pánico financiero, ya que no eran pocos los intereses financieros, clericales, etc., norteamericanos, que apoyaban la continuación de la soberanía española en Cuba. Cleveland y Olney, como buenos conservadores, mucho tuvieron en cuenta esa circunstancia al oponerse a la concesión del reconocimiento de la independencia; y su controversia con la opinión congresional amenazó revestir caracteres de un problema constitucional cuando cierto número de senadores expusieron la doctrina de que el Senado podía reconocer la independencia y hasta llevar a los Estados Unidos a la guerra con España contra la voluntad del Ejecutivo. En los papeles de Olney hay copias de sus cartas a los representantes Black, Sayers y Cowan, y a los senadores Hale, Gray, Donelson, Caffery y White, en los últimos días de diciembre de 1896 y los primeros de enero de 1897, acerca del propuesto reconocimiento de la independencia de Cuba

y de los datos que el State Department había reunido al efecto. Edward B. Whitney, Subsecretario de Justicia y pariente del Senador Hoar, enemigo jurado de la revolución cubana este último, fué el encargado de preparar un dictamen respecto de la cuestión constitucional planteada por la pretensión del Senado en cuanto a la independencia de Cuba, y Olney no perdió un momento en participarle sus puntos de vista en relación con la controversia. Poco después, el 12 de enero, cuando ya Olney sabía cuál era el criterio jurídico de Whitney, favorable a la actitud adoptada por Cleveland, con mucha habilidad le insinuaba la conveniencia de que el Senador Hoar, su pariente, se convenciese de que el reconocimiento era potestativo del Presidente y no del Congreso. Tal fué la doctrina que prevaleció al fin y a la postre; y el gobierno de Cleveland, por el conservadorismo y la obstinación de sus líderes, pasó al de McKinley la oportunidad que éste no habría tenido de otro modo para desarrollar su malsano imperialismo, y condenó a Cuba a un año más de horrores sin nombre. Los llamados periódicos sensatos, que habían sido incapaces de prever que sus campañas contra la independencia de Cuba, en tiempos de Cleveland, preparaban la era de expansionismo sin escrúpulos y sin límites de McKinley, batieron palmas ante el aparente triunfo de Cleveland y Olney. Y la prensa generalmente considerada "amarilla", cuyo sensacionalismo tendría ancho campo en tiempos de McKinley, acusó al gobierno de Cleveland de estar asociado con el de Madrid "...para esclavizar a Cuba... (1)" El *New York Sun* de febrero 27, 1895, hablaba de Cleveland como de "...el individuo sin fe que es el vecino temporal de la Casa Blanca... (2)" y describía su política respecto a Cuba como "...débil y viciosa... siniestra, perversa, engañosa, pusilánime e impotente e indigna de un presidente norteamericano en posesión de la autoridad que corresponde a ese elevado e ilustre cargo... (3)" Con mayor o menor virulencia, tales eran también los juicios del *New York World*, el *Mail and Express*, pero ninguno más contundente y certero, en vista de lo que ocurrió en tiempos de McKinley y que Cleveland pudo haber evitado, que el publicado por un periódico tan bien conocido por su sensacionalismo, como el *New York Journal*, que en su edición de febrero 25, 1897, declaró:

...Nada de lo que la política de Cleveland y Olney pueda hacer

salvará a ese gobierno de la maldición de la Historia en relación con el caso de Cuba, desde el principio hasta el fin... (4)

Por extraño que parezca, desde el punto de vista de la justicia, como del de los mejores intereses de Cuba, España y los Estados Unidos, con una sana y bien fundada objetividad histórica y a la luz de la documentación disponible y del actual conocimiento de los hombres que intervinieron en esos sucesos, y de lo ocurrido después del 4 de marzo de 1897, la opinión que acabamos de mencionar es la justa y verdadera no obstante lo que en contrario digan los comentaristas superficiales de esta hora que quieren pasar por historiadores.

Es indisputable que en 1896, como en muchas anteriores ocasiones, la suerte de Cuba fué uno de los temas preferentes de la campaña electoral norteamericana, conjuntamente con el patrón oro, la anexión de Hawaii, la construcción del Canal de Nicaragua y otras cuestiones muy debatidas en la época. El Partido Demócrata, al postular como candidato presidencial a William J. Bryan, entonces considerado casi como un demagogo o, por lo menos, como un hombre peligroso por el radicalismo de sus ideas contrarias a la creciente plutocracia norteamericana, que ya controlaba la vida del país y tendía más y más a nulificar su democracia, daba esperanza de un cambio de política respecto a Cuba. Bryan no era ni llegó nunca a hacerse imperialista, y de ello hay abundantes pruebas en la carrera política de ese personaje, quien siempre trató de entender a Cuba y a los cubanos en sus relaciones con los Estados Unidos. La plataforma electoral de los demócratas contenía esta declaración realista y honrada:

...La Doctrina de Monroe, tal como fué originariamente expuesta, es parte permanente de la política exterior de los Estados Unidos y debe ser mantenida en todo momento.

Ofrecemos nuestra simpatía al pueblo de Cuba en su heroica lucha por la libertad y la independencia... (5)

### III

## ESPAÑA Y LA GUERRA DE INDEPENDENCIA EN CUBA

Si las guerras y las conspiraciones cubanas por la independencia habían arruinado al país, España, como nación, no la había pasado mejor, aunque muchos personajes de la política, los negocios y las fuerzas armadas de la caduca metrópoli, habían amasado enormes fortunas con el régimen colonial y con la represión de las sublevaciones cubanas.

Desde 1850 morían en los campos de batalla de Cuba numerosos soldados españoles, y los cementerios de la Isla y de la Península contenían los restos de muchos millares más que habían perecido víctimas de las enfermedades tropicales, las heridas o las penalidades. En el otoño de 1896, cuando se había completado la Invasión de Oriente a Occidente, España había concentrado en Cuba 225,000 soldados, nos dice obra tan respetable como la *Historia del Mundo en la Edad Moderna*, editada por la Universidad de Cambridge (vol 22, p. 97), o sea que los cubanos tenían que luchar, en una pequeña isla, contra más soldados que los de Washington, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, l'Ouverture, Morelos y Pedro I tuvieron frente a ellos, en conjunto, desde 1776 a 1824, en todo el resto de la América. Esos soldados estaban bien armados, pues para equiparlos y sostenerlos, además de las rentas regulares de Cuba y de España, se levantaron empréstitos por valor de 75 millones de pesetas con el Banco de París y de 595 millones en una emisión interior, aparte de lo recaudado por el arriendo a la Compañía Tabacalera y por la concesión de las minas de azogue a la casa Rothschild, de Londres, por treinta años, todo lo cual hizo un gran total de mil millones de pesetas. Maura Gamazo, historiador español, es quien nos dice que

... España había acumulado en Cuba, durante tres años, a costa de penosísimos sacrificios económicos, *centenares de miles de*

*soldados, municiones y pertrechos de guerra en cantidad fabulosa, tanto y tales que difícilmente se reunieran más en la Península para preservarla contra una invasión* (5)

Los historiadores españoles admiten que el último esfuerzo libertador cubano y la guerra con los Estados Unidos le costaron a España cerca de medio millón de vidas. Los muertos de ese período, como los de los anteriores, habían sido hombres jóvenes y vigorosos, hijos del trabajo quienes, si no hubiesen sido enviados a Cuba para defender el despotismo español, habrían dado a su patria muchos centenares de millones de horas de labor productiva.

La etapa final de la Revolución Cubana había comenzado el 24 de febrero de 1895, durante la menor edad del rey Alfonso XIII y mientras ejercía la regencia la reina María Cristina de Habsburgo-Lorena. Al comenzar la lucha estaba en el poder el ministerio "liberal" (7), presidido por Práxedes Mateo Sagasta, quien no tardó en ser derribado por cuestiones de política interna para ser reemplazado por el de Antonio Cánovas del Castillo, "conservador" y de antiguo asociado con los procedimientos de represión violenta y de injusticias a Cuba, que le llevaron a formular una política acerca de la Revolución Cubana, resuelto a aplastarla aunque con ello España sacrificara "el último hombre y la última peseta".

La lucha contra la independencia de Cuba se convirtió casi en una cruzada, en una guerra "santa" en la que las autoridades eclesiásticas de la Península tomaron partido por la represión militar, y con las contadas excepciones de hombres como Francisco Pi y Margall, Salmerón, Estévanez, Ciges Aparicio, Arana Goyri y otros ilustres españoles de espíritu justiciero, la opinión española tuvo todos los denuestos, vituperios y acusaciones contra los libertadores de Cuba, en particular, y contra los cubanos, en general.

El ministerio de Cánovas del Castillo, con pleno respaldo de la Corona y del Congreso, llevó la campaña de Cuba a sangre y fuego y, después del fracaso del general Martínez Campos, le encomendó al desalmado Valeriano Weyler la misión de extremar el terror y la crueldad, sin que los frenéticos esfuerzos de, y los enormes recursos confiados a Weyler, tuvieran éxito. Ante ese fracaso los Estados Unidos ofrecieron su mediación, que no fué aceptada, y después reclamaron la implantación de reformas políticas y administrativas, la supresión de la reconcentración y otras medidas,

que más tarde llegaron a incluir el relevo del propio Weyler. Con más o menos resistencia el ministerio Cánovas del Castillo fué allanándose a esas exigencias, y hoy está perfectamente comprobado por la documentación histórica disponible, que el viraje español hacia el autonomismo, al que se plegó abyectamente el propio Weyler pocas horas después de haber afirmado que esa reforma no se implantaría, fué hecho a virtud de presiones norteamericanas y no por simpatía con los derechos cubanos o cálculo alguno de reforma.

España y otros países europeos estaban viviendo bajo la amenaza de las actividades terroristas del anarquismo. Los atentados en Italia, en Francia y en otros países habían sido de terribles consecuencias y desde 1893 España había sido teatro de una serie de violencias organizadas por el terrorismo internacional que una vez casi habían costado la vida al general Martínez Campos y en otra ocasión habían producido una matanza de inocentes en Barcelona, que fué castigada con mano de hierro. El 8 de agosto de 1897, cuando se encontraba en el balneario de Santa Agueda, el jefe del gobierno Cánovas del Castillo fué asesinado por un anarquista italiano, de apellido Angiolillo, que se proclamó vengador de sus compañeros ejecutados en Montjuich. No faltó quien quisiera implicar a los cubanos en el crimen; pero el general Máximo Gómez condenó el atentado al comentarlo, ya que los cubanos hacían la guerra a pecho descubierto y no con violencias de ese género.

La muerte de Cánovas del Castillo facilitó la retirada del fracasado Weyler ordenada por un nuevo ministerio, presidido por el "liberal" Sagasta, quien así implantó una política colonial en apariencias más justiciera que la de su antecesor en cuanto a Cuba, y de más completa deferencia a las reclamaciones que hacían los Estados Unidos; pero que no era sincera ni mucho menos, como se evidenció a los pocos meses con las revelaciones de la carta de Dupuy de Lôme a Canalejas, de que trataremos más adelante.

Weyler, reemplazado por el general Ramón Blanco, quien ya había sido gobernador de Cuba, regresó a España dominado por la rabia y por la soberbia herida. Los grupos más intransigentes dentro de la política, las fuerzas armadas, el clero, etc., lo acogieron como un símbolo de su actitud reaccionaria, anticubana y contraria a los Estados Unidos. Desde la llegada de Weyler a La Coruña,

el 17 de noviembre de 1897, se advirtió la formación de un grupo peligroso de elementos conservadores, dispuesto a todo, inclusive la sedición militar, para anular la nueva política colonial. En Barcelona, pocos días después, Weyler habló abiertamente contra la autonomía y en un banquete que le ofreció el *Centro Militar*, de Palma de Mallorca, hizo manifestaciones algo sediciosas. Cuando llegó a Madrid, el 12 de diciembre, la integración del núcleo militar-conservador con Weyler como bandera estaba muy adelantado y el ex-ministro Romero Robledo lo acaudillaba, mientras que los exportadores españoles que de siempre se habían beneficiado con los privilegios del comercio colonial con Cuba, lo respaldaban económicamente. Weyler fué recibido de modo aparatoso por la Reina Regente, a quien se suponía que así daba cuenta de su gestión en Cuba, y después de esa entrevista no se mostró muy acorde con el general Luque, Romero Robledo y los demás descontentos, que aspiraban a dar por terminada la regencia de María Cristina y a expulsarla de España.

Era en esos días, sin embargo, que el Presidente McKinley había enviado al Congreso de Washington su mensaje presidencial de 6 de diciembre, que hacía un estudio detallado de la cuestión de Cuba y criticaba los horrores de la reconcentración al mismo tiempo que elogiaba la autonomía. En el mensaje ya se hacía alusión a la posibilidad de la intervención de los Estados Unidos para terminar con el conflicto. Weyler entendió que el documento era un insulto dirigido a él, a las fuerzas armadas españolas y a España. El, quien tan neciamente había atacado a los Estados Unidos desde la época de la Guerra de Secesión y que abrigaba la absurda creencia, digna de su cretinismo, de que podía invadir a los Estados Unidos y dictarles la paz en Washington, dirigió a la Reina Regente una exposición que publicaron el 30 de diciembre los diarios *El Nacional*, *La Epoca* y *El Correo Español*, y en la que afirmaba que McKinley había insultado “cobarde y groseramente” a España y que había que exigir a los Estados Unidos una reparación para las armas hispanas porque si no “... no pueden vestir con orgullo su uniforme los soldados españoles...” (8). El exabrupto no fué objeto de protesta por parte de los Estados Unidos, ni el iracundo militarote fué llamado al orden por su gobierno para reprenderle por los insultos que dirigía al Jefe de Estado de una nación amiga; pero en el ánimo de Weyler el odio que siempre

había profesado a los Estados Unidos adquirió caracteres de ve-  
sania que en un momento dado podían lanzarle á cualquier barbari-  
dad. El había pedido “reparaciones públicas y amplias” y no se  
le había atendido: si encontraba la oportunidad del desquite Weyler  
no retrocedería ante nada y hasta buscaría esa oportunidad.

El gobierno de Sagasta siguió adelante con su nueva política  
de ganar tiempo, esperando de que, como en tantas otras difíci-  
les anteriores ocasiones, los Estados Unidos preferirían entenderse  
con España, la América Latina permanecería indiferente a la suerte  
de Cuba, y la Revolución Cubana se desangraría inútilmente.

## IV

# LA DIPLOMACIA CUBANA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los diplomáticos americanos de la era revolucionaria tuvieron en su casi totalidad que prepararse y adiestrarse por sí mismos para el desempeño de sus misiones. El régimen colonial generalmente proscribía las relaciones con los extranjeros, aún más las que tenían carácter oficial y podían dar ocasión a los colonos para aprender las artes del gobierno propio. La representación de las Trece Colonias ante el Parlamento de Londres en cierto modo dió oportunidad a Benjamin Franklin para adquirir habilidad y experiencia diplomáticas y los viajes de José Bonifacio de Andrade e Silva por Europa y su actuación junto a los reyes portugueses refugiados en Brasil sirvieron al gran estadista brasilero para manejar las relaciones exteriores de su país en el momento inicial de su independencia con el aplomo y el acierto de un diplomático de la época de Talleyrand, Metternich y Castlereagh. El cuadro no es el mismo, sin embargo, en cuanto a las antiguas colonias españolas de América a las que de manera sistemática se privó de toda representación o autoridad que pudiera ayudarles a ser libre y a organizarse en estados soberanos.

Cuba no fué excepción de esa regla y salvo por algunos cubanos españolizados, hacia 1868, cuando empezó la Guerra de los Diez Años, no contábamos con personal especializado para tratar con las cancillerías. Las Juntas de Información de 1865-1867, que fueron la última burla de España a las esperanzas de reformas de los cubanos, dieron, sin embargo, ocasión a un número de eminentes compatriotas nuestros para alternar en el debate y en la defensa de puntos de vista de interés nacional, con los gobernantes españoles de la época. No hay que maravillarse de que José Morales Lemus, primer Ministro y Enviado Plenipotenciario de Cuba en los Estados Unidos, se desenvolviera con habilidad, aunque sin

alcanzar el éxito que merecía y que le fué negado, en el desempeño de su gestión en Wáshington: tenía la experiencia acumulada durante las Juntas de Información, de Madrid. Sus colaboradores y sucesores, como José Manuel Mestre, José Antonio Echeverría, Enrique Piñeyro, Manuel Márquez y otros, también eran hombres de gran preparación y a los que no iba a resultar difícil el familiarizarse con las cuestiones diplomáticas. Así fué y durante la Guerra de los Diez Años, si no se obtuvo el reconocimiento de la beligerancia o de la independencia que ahora, tan fácilmente, Estados Unidos otorgó a los hebreos de Palestina, los improvisados diplomáticos cubanos, se distinguieron por su labor, aunque siempre estaban escasos de fondos, carecían de comunicación diaria con su gobierno, no había un respaldo unificado entre los emigrados y tenían en su contra la hostilidad más o menos encubierta de todos los diplomáticos reconocidos que representaban a los demás países y que hacían causa común con España.

Morales Lemus llegó a ser recibido extraoficialmente por el Presidente Grant y por su Secretario de Estado, Hamilton Fish, aquel personaje turbio, desleal y reaccionario quien solamente por su riqueza llegó a encumbrarse; pero todas las promesas que el representante cubano escuchó de labios de Grant y de Fish quedaron incumplidas. En los archivos diplomáticos norteamericanos, ahora depositados con *The National Archives*, de Wáshington, D. C., están las notas presentadas por Morales Lemus y sus sucesores en las colecciones documentales encuadradas de *Miscellaneous Papers y Cuba-Notes*, vol. I, correspondiente a la época.

Durante los años de 1878 a 1895, cuando Cuba se agitaba en convulsiones revolucionarias que preludiaban la Guerra de Independencia, José Martí fué el diplomático cubano por excelencia al mismo tiempo que actuaba como el organizador e inspirador de la Revolución Cubana. Por su cultura, su inteligencia, sus contactos, su patriotismo y su experiencia, Martí era el diplomático ideal. Había representado a la Argentina, Paraguay y Uruguay como agente consular en los Estados Unidos y había actuado en misión especial de esos países en conferencias internacionales.

La temprana muerte de Martí en los campos de batalla determinó que la delegación del Partido Revolucionario Cubano tuviera que reorganizarse para que pudiera hacer frente a sus complejas

responsabilidades. Ni por su carácter ni por sus relaciones D. Tomás Estrada Palma, el nuevo Delegado, podía actuar en diplomático, y Gonzalo de Quesada, el discípulo de Martí, asumió la responsabilidad de representar en Wáshington a la Revolución Cubana. Por su educación, su inteligencia, su patriotismo y sus amistades era el hombre para ese cargo difícil, en el que tuvo la valiosa ayuda del abogado norteamericano Horatio Rubens, quien se había sumado a la causa de Cuba. Quesada pertenecía a la misma fraternidad universitaria de John Hay, influyente en éste la cancillería de Wáshington por haber trabajado en ella y llamado a ser secretario de Estado antes de mucho. A través de Hay se relacionó con Henry Adams y su círculo y desempeñó una labor muy fértil, en circunstancias muy difíciles. Infortunadamente Cuba no estructuró en torno a Quesada una representación que cubriese los Estados Unidos, ni contaba para ello con otros hombres de su calibre, que se hubieran hecho sentir de una manera coordinada para presentar el caso de Cuba.

## LA OPINION PUBLICA NORTEAMERICANA Y LA SUERTE DE CUBA

Muy en contra de lo que generalmente se cree por las personas que no conocen la historia del pueblo norteamericano, o no han estudiado sus reacciones ante las grandes cuestiones mundiales, la opinión pública norteamericana se manifiesta de modo invariable en favor de los países que luchan por su independencia y el caso de Cuba no fué excepción de la regla. Los norteamericanos simpatizaron con los revolucionarios haitianos a pesar de los prejuicios de raza y de que la sublevación no era sólo política, sino social, es decir, realizada por esclavos que se emancipaban para establecer una nación libre. El pueblo de los Estados Unidos, como tal, también se mostró partidario de los países hispanoamericanos y de Brasil, cuando luchaban por su independencia, y forzó a su gobierno a otorgarles el reconocimiento a las nuevas nacionalidades antes que ninguna otra potencia. La Doctrina de Monroe, en su concepción original, antes de que fuera desnaturalizada con interpretaciones, corolarios, etc., se inspiraba en esos mismos principios, tan ampliamente profesados, que no se limitaron al Nuevo Mundo, ya que en 1822 los Estados Unidos fueron el país que más abiertamente simpatizó con los revolucionarios griegos que luchaban por independizarse de Turquía. En la Revolución de 1848 también los Estados Unidos se inclinaron en favor de las pequeñas nacionalidades europeas y la presión de la opinión pública norteamericana en apoyo de alemanes, polacos, húngaros e italianos determinó que el gobierno de Wáshington se viera envuelto en algunos difíciles incidentes, como el provocado por la actuación de los Estados Unidos en favor del revolucionario húngaro Luis Kossuth, que determinó una gran tirantez en las relaciones con Austria-Hungría.

A los cubanos no nos faltó esa generosa simpatía del pueblo norteamericano: lo que nos faltó fué una política de buena vecin-

dad por parte del gobierno de los Estados Unidos, diferenciado éste de los impulsos generosos, justicieros, liberales y humanitarios que alentaban los ciudadanos de la Unión. El ilustre hombre de ciencias cubano, Dr. Juan Guiteras, profesor que había sido de las facultades de Medicina en Pennsylvania y en Carolina del Sur, fué nombrado por el gobierno federal como inspector de salubridad pública en Florida, Georgia y las dos Carolinas, y en torno a él, con el respaldo de la numerosa población cubana de la región, se manifestó potente la opinión pública norteamericana en favor de Cuba desde la tribuna, el púlpito, la cátedra y la prensa, y por medio de colectas, manifiestos y fundación de sociedades partidarias de Cuba. Lo mismo ocurría en la Nueva Inglaterra, Nueva York, Pennsylvania, Illinois, Missouri y hasta en el propio Distrito Federal de Columbia. *The Ministerial Association*, de Harrisbourg, Penna, inició su campaña en favor de Cuba libre con dos mítines monstruos coelebrados en Filadelfia en octubre de 1895, y no cejó un momento en sus actividades, a pesar de que a España la defendía la *Universal Peace Society*.

Los errores de España y las atrocidades de sus gobernantes coloniales contribuían muy mucho a fomentar ese estado de opinión, sobre todo cuando la injusticia de la tiranía llegaba a caer sobre un norteamericano avecindado en Cuba o sobre un viajero o periodista de esa nacionalidad, que pisaba tierra cubana, y que por el hecho de ser ciudadano de los Estados Unidos ya provocaba los furores de Weyler y de sus secuaces. Como ocurriría con los "boers" y había pasado con los griegos, los irlandeses, los húngaros, etc., la más descarnada publicación de noticias, casi sin aderezo alguno, era bastante para alimentar la protesta y la repulsa generales contra hechos que tenían lugar casi a la vista de los Estados Unidos y de los que el gobierno no quería darse cuenta.

Los cinco volúmenes publicados de la meritísima obra del Dr. León Primelles, titulada *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*. (La Habana, Editorial Habanera, 1932-1937, 5 vols.), y otros muchos libros, contienen pruebas irrecusables de la realidad de la simpatía popular norteamericana por la independencia de Cuba, simpatía que Cleveland y McKinley ignoraron o no tomaron en consideración para mejor llevar adelante sus planes en cuanto a Cuba. Una prueba más la daba por entonces John Hay, como ciudadano particular,

cuando escribía a Henry Adams una de sus inimitables cartas y le decía:

...*Nosotros* y Maceo apaleamos a “los señores españoles” en La Chuza (sic, por El Lechuzo), lo que le habría dado gusto a ese corazón mambí tuyo, si lo hubieses visto. Weyler había estado quejándose todo el tiempo de que no nos deteníamos para pelear con él. Por eso y, a manera de amistosa deferencia y con espíritu deportivo, Maceo atacó al regimiento Alfonso XIII y lo hizo retroceder siete millas hasta el mar, donde le protegió un cañonero español. Y ni siquiera así Weyler parece contento (9)

## VI

# EL SIGNIFICADO DE LA ELECCION DE MCKINLEY EN LA POLITICA INTERNA Y EN LAS RELACIONES EXTERIORES DE LOS ESTADOS UNIDOS

El Partido Republicano, al celebrar su convención en junio de 1896, postuló como candidato presidencial a William McKinley, cuya personalidad discutiremos más adelante. La plataforma electoral de esa agrupación política, destinada a atraerse el apoyo de la plutocracia norteamericana y de sus dependientes —políticos, intelectuales, periodistas y gentes conservadoras, en general, que aspiran a ser millonarios—, anunciaba la más resuelta oposición a los principios de redención política, social y económica que venían proclamando Bryan y sus secuaces, y era manifiestamente imperialista, aunque esa tendencia aparecía con gran habilidad dulcificada por untuosas frases de simpatía con armenios y cubanos. En la redacción de esa plataforma habían intervenido de manera muy activa dos expansionistas sin escrúpulos como los senadores Joseph B. Foraker y Henry Cabot Lodge. El primero hacía poco meses que había declarado, en un discurso pronunciado en Cincinnati, que si había guerra con España y como resultado de ella la bandera de los Estados Unidos llegaba a flotar sobre la Isla "... no sería una mala adquisición...", y en su autobiografía no tiene reparo en decir que éstos fueron los conceptos llevados por él a la plataforma electoral republicana de 1896. El segundo citado, todavía más influyente en la redacción de ese documento, pocos meses antes había escrito en un artículo publicado en la revista *Forum* esta doctrina del más desvergonzado imperialismo.:

...Del Río Grande al Océano Artico no debe haber sino una bandera y un país... Para el éxito de nuestra supremacía comercial en el Pacífico debíamos controlar las islas Hawaii y mantener

nuestra supremacía en Samoa. Inglaterra ha tachonado las Antillas con plazas fuertes que son una amenaza permanente para nuestro litoral del Atlántico. Debíamos tener en esas islas por lo menos una fuerte estación naval y cuando se construya el Canal de Nicaragua la isla de Cuba, todavía poco poblada y de casi ilimitada fertilidad, llegará a convertirse en una necesidad para nosotros... (10)

Estos dos hombres, partidarios de la anexión de Cuba y que no se recataban para expresar esos puntos de vista respecto a la adquisición de un pueblo civilizado, de un país poblado un siglo antes de la fundación de la primera colonia británica de la América del Norte, fueron de los que redactaron los siguientes párrafos de la plataforma republicana de 1896:

...Nuestra política exterior debe ser en todo momento firme, vigorosa y digna, y todos nuestros intereses en el Hemisferio Occidental deben ser cuidadosamente vigilados y protegidos.

...Las islas Hawaii debieran ser controladas por los Estados Unidos y a ninguna potencia extranjera permitirle que interfiera con ellas. El Canal de Nicaragua debiera ser construido, poseído y operado por los Estados Unidos...

...Ratificamos la Doctrina de Monroe en toda su amplitud. Observamos con profundo y atento interés las heroicas batallas de los patriotas cubanos contra la crueldad y la opresión... Creemos que el gobierno de los Estados Unidos debe usar activamente su influencia y sus buenos oficios para lograr la paz y la independencia de la isla... (11)

De público es sabido que Bryan, abandonado y hostilizado por los elementos conservadores del Partido Demócrata, fué derrotado por los republicanos que llevaban a McKinley como candidato. No debemos pasar por alto, sin embargo, que esa victoria tuvo lugar como resultado de una campaña política de las más escandalosas de la historia de los Estados Unidos, no ya sólo por los insultos y los infundios dirigidos contra ambos candidatos, y más especialmente contra Bryam, a quien calumniaban y atacaban hasta desde los púlpitos, sino por el uso del soborno y otros inmorales medios para ganar las elecciones, a que apelaron los republicanos, respaldados por los grandes intereses financieros del país. La sórdida historia de cómo McKinley llegó a ser electo Presidente de los Estados Unidos, de cómo y por qué y con qué flaquezas de McKinley un millonario sin escrúpulos lo llevó a la Casa Blanca, ha sido relatada por varios autores, pero quizá ninguno ha podido

hacerlo con la brillantez y certera precisión que John T. Flynn, economista distinguido y profundo conocedor de la historia política norteamericana. Todo el apoyo de la banca, el comercio y la industria norteamericana, con el de sus múltiples servidores y aliados en todo campo, y una gran abundancia de dinero empleado en menesteres incompatibles con la pureza del sufragio, fueron necesarios para obtener la elección de McKinley. De este hombre, sin embargo, electo por los ricos y endeudado con ellos, no se podía esperar otra cosa sino una completa sumisión a los que le habían ayudado monetariamente en circunstancias difíciles de su vida. que habían cooperado a desarrollar su vacío prestigio político, y le habían financiado su elección. Y un grupo considerable e influyente de los grandes financieros había decidido tras madura reflexión interesarse en las aventuras imperialistas de los Estados Unidos para adquirir a Cuba y a otras colonias españolas y apoyar su realización. McKinley era el hombre que se necesitaba para el logro de esos propósitos, que lo mismo podían suponer la compra pacífica de dichas posesiones, como su adquisición a consecuencia de una guerra, según las circunstancias de la actitud de España y Cuba. Por supuesto, McKinley nada sabía respecto a España, Cuba, Puerto Rico o Filipinas, y posiblemente estaba peor preparado que Cleveland para conocer esos países, pero ello le hacía más manejable aún. Como dice Flynn:

... Se preparaba cuidadosamente para la escena, como un actor, y siempre estaba en carácter. Era hombre que aparecía como instruido cuando, en realidad, poseía poca información en cuestiones históricas, económicas o jurídicas. Nunca fué un estudioso o un lector de libros aunque se llegó a considerarle como modelo de sabiduría. El alcance de sus ideas era limitado... Como político no tenía ideas políticas fijas o importantes que no pudiera con facilidad cambiar para adaptarse a su partido...

Era mucho más taimado que el franco Hanna y hombre de interminable cautela. De rareza comprometía sus puntos de vista por escrito o formulaba su pensamiento político por cartas. (12)

Triunfante McKinley en las elecciones de noviembre de 1896, por una mayoría bastante reducida y que requirió el empleo de todos los recursos, buenos y malos, de la plutocracia, se aproximó el momento de hacer buenas las promesas de la campaña política y de seleccionar un gabinete capaz de llevar a cabo esa empresa. En cuanto a la cuestión de la independencia de Cuba hubo un in-

mediato cambio de actitud entre los republicanos, todavía no unificados los pareceres de los grandes intereses financieros en cuanto a la oportunidad de la medida o la conveniencia de la misma para los Estados Unidos o para el propio gobierno de McKinley, por lo menos. Esta cuestión se mezclaba con otra de estrategia política ya que la conducta de Cleveland en cuanto a Cuba, a fines de 1896, era misteriosa, y se temía que Cleveland hiciese una jugarreta al nuevo gobierno con el fin de desacreditarle o provocarle dificultades.

Whitelaw Reid, diplomático y periodista que dirigía al *New York Tribune* y que aunque enemigo de la independencia de Cuba, era un imperialista cauto, partidario de la adquisición de la Isla, pero oportunista en cuanto a la realización de sus ambiciones, fué de los primeros en aconsejar a McKinley para que no se precipitase o se comprometiese con declaración alguna relativa a Cuba. Reid era uno de los posibles candidatos para substituir a Olney en la Secretaría de Estado y quizá si una de las causas que definitivamente le eliminaron como selección para tan importante cargo, fué el gravísimo problema que se le presentó a McKinley con el hombre que le había hecho Presidente de los Estados Unidos —el millonario Mark A. Hanna—, quien se disponía a ir a vivir en Washington como consejero y poder dominante de la política norteamericana, aunque sin pertenecer al gobierno, lo que le habría atraído una propaganda perjudicial. Sabida es la combinación empleada por McKinley y sus consejeros para justificar la presencia de Hanna en Washington, consistente en nombrar Secretario de Estado al Senador John Sherman, reblandecido y achacoso, quien así renunció al resto de su período senatorial para que Hanna, después de tortuosos manejos, lo substituyese en el Senado sin ser elegido para ello sino mediante ese extraño procedimiento, poco compatible con las normas democráticas, pero muy común en los Estados Unidos, de que el gobernador del estado que había elegido a Sherman reconociese a Hanna como su sucesor. Reid, antes de que la combinación que acabamos de citar anulase sus aspiraciones al *State Department*, ya había escrito a McKinley:

...Algún día obtendremos a Cuba, así como a las islas Sandwich. Hasta ese punto creo en el "Destino Manifiesto" ... (13)

pero su consejo a McKinley, éste cauto por su cuenta y siempre

dispuesto a cambiar de opinión, fué de proceder lentamente, ya que el director del *New York Tribune*

...abrigaba la sospecha de que Cleveland estaba rumiando una especie de golpe de política exterior para recuperar el prestigio perdido... (14)

Cuando poco después de las elecciones Reid estuvo en Canton, Ohio, a visitar a McKinley, éste, por su parte, creía

...que era muy probable que Cleveland dejase caer la cuestión de Cuba sobre el nuevo gobierno... (15)

y lo temía como algo que podía comprometer el éxito de su gobierno o dificultar sus primeros pasos, pero Reid no participaba de esos temores, sino que por el contrario consideraba que toda extensión de tiempo en la solución de la crisis cubana, sobre todo si los Estados Unidos no se apresuraban a imponer soluciones y esperaban a que transcurriesen cuatro meses después de la toma de posesión, resultaría beneficiosa para la tranquila adquisición de Cuba, pues la estación de las lluvias, con su secuela de enfermedades, dejaría exhaustos a los bandos contendientes y haría que los españoles se mostrasen dispuestos

...a considerar el separarse de la "desagradecida" isla a cambio de nuestras reclamaciones o de otra manera. Creía el que una gran fuente de alarma para mucha gente que era buena podía desaparecer si se les daba a comprender que, cuando las islas Sandwich y Cuba fuesen posesiones de los Estados Unidos, el plan de McKinley era darles una adecuada medida de autonomía y al mismo tiempo mantenerlas en la condición de territorios, como Alaska, sin amenazarlos con tan numerosa ciudadanía medio libre y con un diluvio de nuevos estados y senadores... (16)

Como vemos, todavía no había tomado posesión McKinley y uno de sus más moderados consejeros, de los que no eran considerados imperialistas *a outrance*, ya invocaba el *Manifest Destiny*, con toda impudicia echaba a un lado la promesa de independencia a Cuba contenida en la plataforma republicana, y trazaba la línea de conducta a seguir para sin el menor respeto por los derechos o los sacrificios hechos por los cubanos, comprarle a España la isla.

Cuando los imperialistas más violentos trataron de excitar a McKinley para que adoptase una beligerante actitud frente a España como primera política de su gobierno, ya les habían ganado la partida los más moderados del tipo de Reid. El 30 de noviem-

bre el Senador Lodge visitó a McKinley por unas horas en Canton, Ohio, y al informar a Theodore Roosevelt acerca de esa entrevista, le decía:

...Muy naturalmente él no desea verse obligado a entrar en guerra en seguida que comience su gobierno... Quisiera que la crisis se produjera este invierno y que tuviera una u otra solución antes de que él asumiera el poder... (17)

Y Roosevelt, quien con Lodge y otros era del grupo de los agresivos y poco escrupulosos, le contestó:

...Me encanta lo que me dice acerca de McKinley. Confío en que adoptará una actitud firme acerca de Hawaii y de Cuba. No creo que una guerra con España llegase a ser lo bastante seria para producir mucha tensión en el país o causar gran interrupción en el renacimiento de la prosperidad; pero en verdad quisiera que el asunto quedase resuelto este invierno... Desearía que la cuestión de Cuba pudiera ser presionada hacia una decisión antes de que cesase el gobierno de Cleveland... (18)

Los consejos de Reid fueron los que prevalecieron, sin embargo, en cuanto a McKinley; y el egoísmo, la ignorancia y el reaccionarismo de Cleveland y de Olney les hizo el juego, por lo que al verificarse el cambio de poderes, el 4 de marzo de 1897, el problema de Cuba continuaba tan crítico y amenazador como había estado, y sin solución alguna inmediata. John Sherman, ardiente enemigo de la soberanía española en Cuba desde tiempos de Grant,

...se hizo cargo de la Secretaría de Estado, un nombramiento que ponía de relieve tanto el desprecio por la decencia más elemental como por la seguridad de la nación (19), por la indigna triquiñuela que envolvía y por la evidente incapacidad mental de Sherman.

Este, sin embargo, iba a prestar su nombre para el cargo que, en realidad, iba a ser desempeñado por un oscuro político de Ohio, William R. Day, nombrado Sub-secretario de Estado sin tener

previa experiencia de asuntos internacionales ni una regular preparación para dicho cargo. John Hay, diplomático e intelectual de valía y uno de los primeros norteamericanos que comenzaba a asomarse al mundo y en él adquiría la cínica conformidad de un estadista inglés para con todas las enormidades, fué hecho Embajador en Londres, colocado así en el puesto más representativo e importante de la diplomacia de los Estados Unidos, desde el que tenía que

asegurar la adquisición de Cuba sin grandes dificultades. McKinley completó su gabinete con banqueros y políticos de renombre local o regional, pero de bien conocidas tendencias conservadoras. Los Departamentos de Guerra y de Marina fueron respectivamente confiados a Russell A. Alger y John D. Long, quienes al frente de los mismos demostrarían la más completa ineptitud y bajo los cuales la corrupción administrativa llegaría a ser de lo más escandalosa. Pocas semanas después de haber comenzado su gobierno, McKinley nombró subsecretario de Marina a un agresivo imperialista de Nueva York, Theodore Roosevelt quien, aunque distante de ser una figura nacional, tenía más preparación cultural, menos escrúpulos políticos, mayores dotes de estadista y más resolución que todos los otros miembros del gobierno, sin excluir a McKinley, y representaba un nuevo tipo de "norteamericanos"—ambicioso, violento, práctico y amoral en sus principios y sus acciones, aunque en ocasiones, por su desbordante fuerza y la consciencia de su poder, capaz de ser justo y tolerante con los débiles y hasta de arrogarse el derecho de protegerlos y disciplinarlos como una prueba de afecto y una demostración de supremacía.

La política de McKinley, con los antecedentes que hemos enumerados, no debió sorprender a nadie. Era de esperar que se concretaría en una creciente presión sobre España para que abandonase a Cuba, un acercamiento con Inglaterra que garantizase la no interferencia de otras naciones en la cuestión, y una actitud destinada a granjearse las simpatías y la gratitud de los cubanos para que cooperasen y no se opusiesen al cambio de dueño. A estos objetivos se añadieron antes de mucho, por la ambición de los imperialistas y la estudiada o real debilidad de McKinley, los designios de conquista sobre Puerto Rico y Filipinas y otras posesiones españolas. La mejor medida de la ineptitud de Cleveland y Olney es que ellos contribuyeron con su política hostil a Cuba, a esos planes, y que no comprendieron la inminencia de su realización y hasta de la manera más tonta se lisonjaban con la ilusión de que habían conjurado la crisis con España. La noche anterior a su toma de posesión McKinley había asegurado a un Grover Cleveland convencido de que su sucesor iba a continuar la política que él había seguido acerca de Cuba:

...Sr. Presidente: Si solamente me fuera posible dejar mi cargo, al terminarse mi período de gobierno, con la convicción de

haber hecho lo que estuviese en mi poder para evitar esta terrible calamidad de la guerra con España, con el mismo éxito que ha coronado la paciencia y la persistencia de Ud., yo sería el más feliz de los mortales... (20)

Olney todavía fué más lejos que Cleveland en su credulidad, ya que a poco de haber cesado como Secretario de Estado, al enviarle a Dupuy de Lôme su retrato, lo felicitaba por las buenas relaciones que el Ministro de España había establecido con el nuevo gobierno y se preguntaba si la cancillería de Madrid sería capaz de comprender cuánto debía a Dupuy de Lôme por el tacto y la discreción con que se manejaba en Wáshington. En todo esto el Destino jugaba una broma algo pesado a estos personajes, ya que Dupuy de Lôme no tardaría en salir de estampía de su Legación cuando, no obstante el tacto y la discreción que le reconocía Olney, escribió su famosa carta acerca de las pobres cualidades de McKinley, cuya publicación culminó en un escándalo internacional. Para más demostrar su insuficiencia de profeta y de juez de hombres, Olney decía a Dupuy de Lôme que no se preocupase respecto a las tendencias del nuevo gobierno en relación con la independencia de Cuba, porque el día anterior a la toma de posesión de McKinley había tenido una conversación con éste, que había durado una hora y media, en el curso de la cual le había dado los informes pertinentes sobre las relaciones internacionales y quedado convencido de que McKinley seguiría la misma política que Cleveland. Y siete meses después de haber dejado la Casa Blanca todavía Cleveland tenía el valor de quejarse a Olney sobre

...De qué modo tan distinto se trata al actual gobierno, aunque desarrolla la misma política que el anterior... (21)

lo que demuestra o supina ignorancia de la realidad, o falta de honradez en las afirmaciones de que él no había aspirado ni aspiraba a la adquisición de Cuba, y quizá si ambas cosas a la vez.

El Cónsul Lee fué probablemente la primera persona que tuvo una prueba tangible de que el nuevo gobierno no seguiría las líneas de conducta del de Cleveland. Como se recordará, sus relaciones con el *State Department* durante los meses de enero y febrero habían sido en extremo críticas por su indiferencia o su oposición a la solución de la autonomía ideada por Olney, así como por sus consejos de adoptar una actitud violenta frente a España y la agresividad

de sus demandas ante las autoridades coloniales de Cuba por los atropellos y crímenes de que habían sido víctimas varios ciudadanos norteamericanos, muy especialmente en el caso del Dr. Ricardo Ruiz, asesinado en la Cárcel de Guanabacoa, y que le habían valido una seca reprimenda de Olney. El mismo día en que tomó posesión McKinley envió Lee a la cancillería de Wáshington su respuesta a la represión de Olney, en un despacho enérgico que uno tras otro destruía los argumentos y las críticas que habían sido empleados en la instrucción No. 262, de 24 de febrero, en contra suya, y que no olvidaba protestar por la forma desusada con que se había desaprobadado su conducta ya que, con menos evidencia de la que él había reunido de la ciudadanía del Dr. Ruiz, en otras ocasiones le habían instruído para que actuase con toda energía. Lee demandaba que su respuesta se incorporase a su expediente personal en el *State Department*, como justificación de su proceder. La clave de la indignada reprimenda de Olney era que el escándalo provocado por el asesinato de Ruiz había surgido en los momentos en que él se prometía la concesión de las reformas políticas a Cuba, y el nuevo incidente podía frustrar sus esperanzas, pero Lee tenía la razón. Pocos días después, en otro despacho, el Cónsul Lee informaba a la cancillería que si el Presidente quería hacer valer su renuncia del cargo desempeñado en La Habana, podía hacerlo sin consideración alguna, que era fácil encontrar un substituto que lo reemplazase con ventaja, pero que él estaba satisfecho de haber cumplido con su deber y seguiría haciéndolo hasta el final, sin miedo a las consecuencias. El día 15 de marzo ya McKinley ratificaba su confianza a Fitzhugh Lee como Cónsul General en La Habana, y con ese sólo hecho dejaba demostrado que su política respecto a Cuba no iba a ser la que esperaban Cleveland y Olney. En lo adelante Lee pudo informar con toda libertad cuáles eran sus puntos de vista respecto a la revolución cubana y las responsabilidades que a su juicio tenían España y los Estados Unidos, sin temores de un regaño de sus superiores. El 13 de marzo, al protestar ante Weyler por la exigencia del impuesto territorial a los ciudadanos norteamericanos avecindados en Sagua, ya Lee decía beligerantemente que esos deudores carecían de numerario para pagarsus contribuciones porque España no les había protegido sus intereses durante los dos últimos años. Por esta época Lee se carteaba frecuentemente con Máximo Gómez, el generalísimo mambí, cada vez que necesitaba

informes acerca de la revolución, pero no es de creer que tuviese autorización ni hubiese consultado siquiera al jefe de las tropas cubanas cuando envió su primer memorial a Sherman respecto a la guerra de Cuba, que calificó como lucha de dos impotencias hacia la destrucción, por lo que aconsejaba que se buscara el apoyo de una nación europea a fin de imponer la solución de unas elecciones generales, garantizadas, en las que el pueblo de Cuba decidiese si quería la autonomía o la independencia y en este último caso la nueva república pagase una indemnización en bonos y se hiciese cargo de la deuda de España en Cuba. El plan no era nuevo y no pocos banqueros, políticos y diplomáticos norteamericanos habían coqueteado con la idea de ese pingüe negocio, desde 1848 hasta entonces, siempre con la convicción de que los bonos fuesen garantizados por los Estados Unidos o la indemnización pagada con un empréstito levantada en ese país y que habría preparado la anexión de Cuba al cabo de un cierto tiempo, cuando el peso de la enorme deuda se hubiese hecho insoportable. La cancillería de Wáshington, sin embargo, no se mostró partidaria de esa solución, y McKinley prefirió seguir los consejos de Whitelaw Reid respecto a que por la extenuación de los contendientes sería posible, antes de terminar el año de 1897, obtener la venta directa de Cuba.

Dupuy de Lôme tuvo un excelente indicio de cuáles eran las disposiciones de Sherman respecto a España en los mismos días en que el inefable Olney le daba toda clase de seguridades respecto al futuro, como ya hemos indicado al comentar la entrevista de McKinley y Olney. El general Juan Ríus Rivera, uno de los más capaces jefes militares cubanos, hombre de gran cultura y que sería de los primeros en chocar dignamente con la intervención militar norteamericana que siguió a la paz con España, había sucedido a Maceo como jefe de las tropas cubanas en la provincia de Pinar del Río hasta caer prisionero de los españoles, de quienes se esperaba que lo fusilarían sin miramiento alguno. Gonzalo de Quesada, Encargado de Negocios de Cuba en Wáshington y amigo de John Hay, escribió a éste el 2 de abril y le rogó que intercediera para salvar la vida del prisionero. Así lo hizo Hay y apeló a Sherman, a quien envió la carta de Quesada, y entonces el Secretario de Estado dirigió una nota a Dupuy de Lôme, con la que incluía el escrito del agente cubano, y en la que usaba este terminante lenguaje:

... Le incluyo una carta que, en mi opinión, expresa el criterio general que prevalece en los Estados Unidos. Sinceramente participo de la esperanza de que no se permitirá que las autoridades españolas de Cuba ejecuten al general Ríos Rivera, herido y hecho prisionero de guerra. Ese hecho produciría gran sensación y yo lo estimaría en extremo impolítico, para decir las cosas con suavidad... (22)

Al diplomático español, acostumbrado a actuar de acuerdo con Olney y que no podía olvidar que su amistad con éste le había permitido en ocasiones limar asperezas, obtener ventajas y hasta influir en la adopción de ciertas medidas, la brusquedad con que Sherman hubo de plantearle el caso de Ríos Rivera y el lenguaje empleado en la nota, al dar al prisionero su título de general y considerarle prisionero de guerra cuando la beligerancia no había sido reconocida, debieron de sonarle muy mal, como nuncio de una política distinta y hostil a España. Altivo y obstinado, sin embargo, su respuesta fué de lo más agresiva, ya que al informar de que el gobierno español había decidido perdonarle la vida a Ríos Rivera desde los primeros momentos, declaraba:

... Confío muy mucho en que la intromisión pública en cuestiones que afectan a España, o a la conducta de los insurgentes cubanos, a los "filibusteros" de los Estados Unidos o a la violación de solemnes promesas, nunca obligarán al gobierno español a modificar sus actuales propósitos... (23)

La actitud de Dupuy de Lôme, sin embargo, no fué óbice para que muy pocos días después el Subsecretario Rockhill le enviase una nota confidencial, escrita a sugestión del propio Presidente McKinley, y en que le decía que éste esperaba que no fuese cierta la noticia de que Ríos Rivera iba a ser juzgado en un consejo de guerra secreto, ya que ello sería contra las seguridades dadas por el Ministro de España respecto a que las "... reglas de la guerra" serían humanas. Parece poco probable que al experimentado Dupuy de Lôme se le escapase la inevitable conclusión de que la cancillería de Wáshington se inclinaba hacia el reconocimiento de la beligerancia y usaba un lenguaje que así lo anunciaba.

## VII

# LA REPERCUSION EN LOS ESTADOS UNIDOS DEL FRACASO DEL REGIMEN AUTONOMICO, DE LOS HORRORES DE LA RECONCENTRACION Y DE LOS EXCESOS DE LOS VOLUNTARIOS

Los métodos implantados por Weyler para acabar con la revolución cubana mediante el exterminio de los que activamente participaban de ella, y también de sus simpatizadores, así como el empleo de medidas terrorísticas destinadas a aislar a los revolucionarios, habían estado en vigor por espacio de un año antes de tomar posesión de su cargo el Presidente McKinley. El Subsecretario de Estado Alvey H. Adee, conservador y cauto; pero buen conocedor de las relaciones de los Estados Unidos con España, por razón de Cuba y a quien no hay fundamentó alguno para compararle con uno de los reporteros sensacionalistas de Hearst o Pulitzer, había escrito al margen de los decretos lanzados por Weyler en febrero de 1895, acerca de sus planes para acabar con la revolución, lo que sigue:

... Estos son los más importantes documentos históricos cubanos que hemos recibido en los últimos diez años... (24)

Los documentos importantes que habían llamado la atención de Adee tan poderosamente, ordenaban que los habitantes de los campos abandonasen sus granjas, sus colonias, sus sitios de labor, y se trasladasen a las ciudades y poblaciones de alguna importancia, para residir allí y dejar desiertas y sin cultivo alguno las comarcas rurales. Los objetivos de esas medidas militares eran múltiples: privar a los mambises de medios de subsistencias; concentrar las fuerzas españolas; evitar que los campesinos informasen a los cubanos de los movimientos de las tropas de España, como hacían

todos por sus simpatías con la revolución; eliminar la propaganda revolucionaria o limitarla a los que ya estaban en la lucha; crear un cierto tipo de rehenes con tantas y tantas familias que tenían miembros suyos en el campo rebelde, e impedir que los hombres mantenidos por la fuerza en los centros urbanos se incorporasen a los ejércitos mambises. Por sobre todos esos propósitos de carácter militar y más o menos practicados por todas las naciones —Inglaterra o Rusia, los Estados Unidos o Francia, España o Portugal—, para dominar a sus colonias sublevadas, había uno monstruoso e inhumano, que España había practicado y todavía practica en casos semejantes, para el exterminio de la población opuesta a su soberanía y la imposición de su dominio por el terror.

El conjunto de esas medidas puestas en práctica por el Capitán General Weyler —un hombre malvado, repulsivo, cobarde, y física y mentalmente enfermo y animado de las peores pasiones—, es lo que en la historia de Cuba se conoce con el nombre de la reconcentración, a virtud de la cual centenares de miles de niños, mujeres y hombres fueron hacinados en las poblaciones, arrancados a sus hogares en los campos —sin dinero, sin higiene, sin trabajo, sin socorro organizado—, a mendigar, a morir de hambre o presa de las enfermedades, o en la ignominia de perder sus virtudes o sus dignidad cuando mujeres y niñas tenían que prostituirse a la soldadesca o a hombres sin conciencia, en general, para tener un pedazo de pan, medicinas o ropas. En estos tiempos se ha hecho tema favorito de ciertos escritores superficiales y sensacionalistas a su modo, del tipo de Walter Millis, el rebajar la espantosa trascendencia de la reconcentración, el pretender probar que los cubanos la habían impuesto por su cuenta, el querer demostrar con unos cuantos mentirosos decretos de previsión social, que nunca se cumplieron ni para ello se dictaron, y con los cuales Weyler trató de justificar o de cubrir la crueldad de sus medidas, que la reconcentración nunca tuvo las horribles características que denunciaron historiadores imparciales de la época y junto a los cuales algunos comentaristas exageraron la realidad. Sin entrar a discutir ni señalar en detalle los efectos que la miseria, la desnudez, el hambre y la carencia de medicinas, dejaron sobre los cubanos que sobrevivieron a la reconcentración; sin enumerar los resultados que sobre la moral pública produjeron la prostitución, la promiscuidad, la destrucción de las costumbres domésticas, el aumento de la cri-

minalidad y de los nacimientos ilegítimos; sin mencionar las consecuencias que para la economía nacional hubo de traer el desarraigamiento y trasiego de millares de familias de un medio rural a otro urbano sin plan ni ayuda, hay cifras que no mienten respecto a la hecatombe que la reconcentración y la guerra de Cuba representaron. De 1879 a 1887 la población de Cuba aumentó de 1.284.651 a 1.631,687 habitantes, o sea, 347,036 almas en ocho años, mientras que de 1887 a 1899, en doce años, y no obstante que fué ése un período de gran emigración española a Cuba y que más de doscientos mil soldados vinieron de la Península, y millares se quedaron a vivir en la Isla cuando la evacuación tuvo lugar, la población de Cuba disminuyó en 58,890 habitantes, cifras todas que dan idea de la espantosa mortalidad que afectó a los no combatientes, especialmente cuando las tropas cubanas perdieron 8,617 combatientes durante la guerra. Millis enumera unas cuantas causas destinadas a explicar por qué, en vez de tener Cuba cuatrocientos mil habitantes más en 1899 que en 1887, tenía 58,890 menos que en 1887; y con gran ligereza de juicio, no obstante citar esos datos, concluye que la reconcentración no fué tan mortífera como se decía, quizá porque no desapareció la totalidad de la población cubana y sí solo una cuarta parte. Quien sabe si Millis está de acuerdo con lo que su ídolo, Grover Cleveland, hubo de escribir cierta vez respecto a las ventajas de adquirir a Cuba sin los cubanos, ahogando a éstos primeramente:

...Me temo que Cuba debiera ser sumergida por algún tiempo antes de que pudiera ser un estado, territorio o colonia de los Estados Unidos del que estuviéramos especialmente orgullosos... (25)

Seguramente que si la reconcentración hubiese sido aún más efectiva en la destrucción del pueblo cubano, Cleveland habría visto su deseo satisfecho y Millis habría podido dar la razón a los que la habían denunciado. De todos modos, Millis se da las manos en sus esfuerzos para probar que unos centenares de miles de muertos no constituyen terrible hecatombe, con un cubano renegado que en estos últimos años, con cifras incompletas, como así tenían que ser las de los registros civiles de Cuba, más en tiempos de guerra y de guerra como la dirigida por Weyler, ha tratado de probar que la reconcentración no fué el crimen espantoso que se cree, porque

de las 287,659 defunciones conocidas y registradas durante los años de 1896-1898, solamente noventa mil eran cubanos no combatientes.

La acusación de que los cubanos habían precedido a Weyler en el establecimiento de la reconcentración es otra calumnia infame a que la prensa y los políticos españolistas de los Estados Unidos dieron crédito en su afán de desacreditar a la revolución cubana. Los decretos cubanos para la destrucción de las cañas y las fábricas de las compañías azucareras que insistían en moler, y el fusilamiento de quienes trabajasen en contra de lo así dispuesto, tendían a paralizar el funcionamiento de una industria que apoyaba al régimen español con sus contribuciones y no prohibían a nadie, y menos a los ancianos, a las mujeres y a los niños, el cultivar el fértil suelo de Cuba o criar unos animales para sustentarse con el producto de fincas o sitios de labor. Las tropas cubanas necesitaban del apoyo y contaban con las simpatías de los habitantes de los campos, y nunca expulsaron a éstos hacia las ciudades. Por otra parte, estúpido como Weyler fué, es absurdo pensar que no hubiese ordenado el retorno de los campesinos a sus tierras, si la reconcentración hubiese sido ordenada por los cubanos y con esa medida pudiera perjudicarles. Finalmente, es un hecho indiscutible que las pocas y elementales medidas de previsión social dictadas por Weyler en relación con el hacinamiento de millares de familias campesinas en las poblaciones, nunca se cumplieron y sólo existieron en el papel, no ya porque fuese tal el propósito de aquel despiadado militarote, sino porque si España en tiempos de paz nunca dió a Cuba una buena organización de sanidad, higiene, hospitales, beneficencia, educación, etc., era absurdo esperar que la implantase en la colonia sublevada y exclusivamente para salvar a los reconcentrados, simpatizadores de la revolución. Los pocos decretos dictados, pues, eran letra muerta y no podían detener ni detenían la mortalidad y las demás consecuencias de la reconcentración.

Al cabo de un año de estar en vigor las órdenes de Weyler, la situación de los reconcentrados era pavorosa; y parte por razones políticas, que podían satisfacer a los elementos hostiles a España y a los que simpatizaban con ella, y parte por sincera compasión ante tamaño sufrimiento, a principios de 1897 ya había elementos moderados del gobierno norteamericano que cavilaban acerca de la mejor manera de socorrer a aquellos infelices entre los que se

decía que había varios centenares de ciudadanos norteamericanos. La propaganda, sensacionalista o no, de la prensa, estimulaba ese interés y no tardó mucho McKinley en sentir sus efectos. A mediados de mayo de 1897 el Senador Cameron presentó una resolución en demanda de un crédito con el cual pudiesen ser ayudados los norteamericanos desvalidos que se encontraban en Cuba. Pocos días más tarde, el 17 de ese mes, un mensaje presidencial pedía que se concediesen \$50,000 para socorrer a los ciudadanos de los Estados Unidos necesitados que había en la Isla y que según un informe del Cónsul Lee eran de seiscientos a ochocientos en número, y la solicitud de McKinley fué atendida por el Congreso con toda rapidez. Era el primer acto público del nuevo gobierno acerca de la guerra de Cuba y, no obstante el mesurado lenguaje empleado por McKinley, iba más lejos que nada de lo hecho por Cleveland en cuanto a reconocer la gravedad de la situación imperante en la Isla y con la concesión y distribución de ese crédito comenzaba la intervención directa de los Estados Unidos en el conflicto que, además, daría ocasión para obtener informes con excelentes pretextos justificativos, por parte de los cónsules y los agentes encargados de distribuir los socorros.

Es significativo que la resolución del Senador Cameron y el mensaje de McKinley fuesen enviados al Congreso en los mismos días en que Estrada Palma, el representante general de Cuba en el extranjero, había presentado en el Departamento de Estado una extensa y bien documentada nota en que explicaba el desenvolvimiento de la Revolución Cubana, los métodos empleados por España para aplastarla, y las aspiraciones de los cubanos por la independencia, y en la que solicitaba el reconocimiento de la beligerancia que también pedía el Senador Morgan casi al mismo tiempo. Estrada Palma comenzaba por recordarle a Sherman que en diciembre de 1895 había entregado a Olney un detallado memorial en solicitud de la beligerancia, con argumentos y datos respecto al desarrollo de la revolución, que necesitaban ser completados a causa de los acontecimientos que habían tenido lugar en el tiempo transcurrido. El breve y hábil resumen de las operaciones militares durante 1896 y 1897 demostraba hasta la saciedad el fracaso de Weyler y sus tropas en el plan de campaña que se había anunciado como el que pondría fin a la guerra y que de tiempo en tiempo, con cinismo extraordinario, había declarado pacificadas regiones en que los

españoles apenas si salían de las ciudades porque los campos estaban en poder de los mambises. Seguía el relato de la reconcentración y sus horrores, apropiadamente titulado por Estrada Palma "el plan de exterminio". Una sección del documento era dedicada a refutar la versión circulada por España y por sus simpatizadores —Atkins, Rea, Hale, Hoar, Caffery, etc.—, respecto a que no había gobierno civil en la revolución, y de la cual se había hecho eco el propio Cleveland en su último mensaje presidencial, sin una honrada investigación de la verdad, y con toda razón decía el delegado cubano que su gobierno era acreedor al reconocimiento de la independencia con igual derecho que lo habían sido las repúblicas sudamericanas y centroamericanas en tiempo de Monroe y Adams. Finalmente, en la última parte de su nota, que Estrada Palma titulaba "la independencia es la única solución", comenzaba el representante de Cuba por decir:

...los cubanos nunca aceptaremos la autonomía o las reformas. Luchamos por la independencia y aceptaremos la paz solamente a condición de separarnos por completo de España. Fué ocioso e inútil negociar con España para que concediera a Cuba "una cierta medida de gobierno propio"; es en vano que se nos pida que nos rindamos, con la fuerza de nuestra organización armada, conquistada a costa de tanto sacrificio y tanta sangre, para que aceptemos lo que sabemos que nunca resolverá nuestro problema...

...Nosotros los cubanos hemos decidido lo que queremos, hemos adoptado nuestra actitud y la mantendremos. Estamos resueltos a lograr nuestra independencia, aunque Weyler nos deje solamente un país cubierto de cenizas...

...En vista de la declaración que antecede y de las razones que dejamos expuestas, pido al gobierno de la gran nación que representáis, no ayuda material, sino el reconocimiento que puede basarse sobre hechos claramente existentes y que si se nos concede, evitaría la cruel matanza de los bravos y patrióticos soldados que caen en manos españolas, la destrucción y la ruina de un fértil país vecino, y el exterminio de un pueblo sacrificado, pacífico y laborioso. Esta es la actuación que yo humildemente solicito de vuestro gobierno; la civilización la demanda, la humanidad la exige... (26)

No se podía decir en 1897 que la reconcentración había puesto fin a la guerra y que los cubanos evitaban el batirse con las tropas españolas, sin faltar a la verdad, aunque sí lo hacían Weyler y Dupuy de Lôme. Desde el 2 de enero de 1897 hasta que en abril de 1898 comenzó la guerra entre los Estados Unidos y España las tropas

que estaban bajo el mando directo de Máximo Gómez y que no pasaban de tres mil hombres, tuvieron cuarenta y un encuentros con los cuarenta mil hombres que Weyler había concentrado al sur de las Villas, de la Trocha a Cienfuegos, en un territorio de no más de quinientas millas cuadradas, sin que Weyler pudiese desalojarles ni infligirles pérdidas decisivas. El mismo Weyler, quién cínicamente mentía respecto a la pacificación de la Isla, en los comienzos de aquella famosa campaña de la Reforma con que Máximo Gómez le inmovilizó y diezmó sus ejércitos, telegrafió a Madrid en cierta ocasión:

... He situado columnas en Chambas, Arroyo Blanco, Guayacanes, Chorrera, Mayajigua, Yaguajay, Viana y Caballería... Un total de 34 batallones y 4 regimientos de caballería operan en un radio de 4 leguas, acampando en el círculo así formado... (27)

Y esa formidable concentración de cuarenta mil hombres de caballería e infantería, con siete baterías, no pudo aplastar a los tres mil hombres de Gómez y los españoles tuvieron la peor parte en todos los combates al mismo tiempo que las enfermedades reducían sus efectivos constantemente, pues en el primer semestre del año de 1897, según publicó el Dr. Larrancerezo en *The Lancet*, de Londres, 201,000 soldados españoles pasaron por los hospitales militares de Weyler en Cuba.

Lo que ocurría en las Villas también tenía lugar, aunque en menor escala, en Matanzas y en La Habana, donde las abundantes comunicaciones, los grandes centros de población, la pequeñez de las provincias y la topografía del terreno, favorecían a las tropas de España, no obstante lo cual había frecuentes combates y los mambises llegaban hasta Marianao y Guanabacoa, es decir, a las puertas de la capital de la Isla. Pinar del Río, aún después de la muerte de Maceo y la captura de Ríus Rivera, continuó en actividad militar, aunque Weyler y Dupuy de Lôme la habían declarado pacificada, y en noviembre de 1897 el Vicecónsul Springer enviaba al *State Department* una copia del manifiesto firmado por el general Pedro Díaz y su plana mayor, dirigido al mundo, y a los Estados Unidos y a los emigrados cubanos en particular, para protestar de toda solución de la cuestión cubana que no fuese la independencia, que proclamaban como el único ideal de los cubanos, desechando de este modo la anexión y la autonomía. El manifiesto de los

mambises de Pinar del Río, fechado a octubre 25, 1897, era una respuesta a los planes de McKinley en favor de la autonomía y una prueba de que la guerra continuaba en esa región.

En cuanto a las dos provincias orientales, con un área mayor que la de Bélgica y medio millón de habitantes, por lo menos, eran indisputablemente territorio cubano con la excepción de los puertos y dos o tres ciudades del interior que tenían numerosa guarnición y estaban bien fortificadas. En ellas la vida civil funcionaba normalmente bajo las autoridades cubanas, y el comercio local y hasta el extranjero se desenvolvía con cierta regularidad, no obstante la guerra, y sin desconocer las disposiciones de la República de Cuba, que controlaba esos territorios.

También la guerra continuaba en Camagüey y Oriente, pero allí la ofensiva estaba en poder de los cubanos y los españoles se concretaban a conservar unas pocas posiciones. Las tropas de Calixto García, de Cebreco, de Rabí y de otros jefes cubanos llegaban en sus incursiones hasta los suburbios de las ciudades. Bayamo, la primera capital de Cuba republicana, fundada en 1513 por los primeros conquistadores españoles y que destruída por los cubanos en 1869 había sido reedificada después de la Guerra de los Diez Años y tenía varios millares de habitantes, estuvo sitiada por los cubanos todo el año de 1897. Jiguaní fué atacada y bombardeada por los mambises en marzo de 1897. El pueblo de Guáimaro fué asaltado y tomado. Las fuerzas de Calixto García contaban por entonces con unos pocos cañones, y varios artilleros, norteamericanos en su mayor parte, y era realmente la primera vez en la historia de las guerras de independencia de Cuba que los mambises contaban con artillería: las leyes de la llamada neutralidad de los Estados Unidos hacían muy difícil la obtención y embarque de cañones sin despertar sospecha, mientras que los fusiles podían ser enviados con mayores probabilidades de éxito; y los cubanos, en la práctica excluídos del ejército español y de sus cuerpos privilegiados, como el de artillería, muy especialmente, no contaban con elementos preparados para hacerse cargo de los cañones y usarlos con eficacia. Tan pronto como Calixto García tuvo a su disposición esos cañones y varios artilleros, sus actividades militares aumentaron y se desarrollaron en una serie de audaces y bien organizados ataques a las poblaciones en poder de los es-

pañoles, el más notable de los cuales fué el que culminó en el asalto y toma de Victoria de las Tunas, después de un prolongado sitio que el ejército español no intentó siquiera romper. La rendición de Victoria de las Tunas tenía especial significación para los cubanos. La ciudad, entonces de unos siete mil habitantes, o sea, casi la misma población de Charleston o Savannah durante la guerra de independencia de los Estados Unidos, era un foco del más intransigente españolismo y en vano había sido atacada por los cubanos durante la Guerra de los Diez Años. Los asaltantes habían sido rechazados siempre y por ello la localidad había pasado a llamarse, en vez de Tunas, Victoria de las Tunas, por los triunfos de los españoles, pero en agosto de 1897, sitiada por los cubanos y apoyados éstos por unos pocos cañones, la ciudad fué tomada pese a la resistencia de una numerosa guarnición de soldados regulares apoyados por entonces por centenares de voluntarios. Era ese éxito no sólo la prueba de que los cubanos dominaban las provincias orientales hasta mantener y terminar el asedio de una plaza fuerte sin que viniesen las tropas españolas a socorrerlas, sino también la más concluyente demostración de que si se les daba oportunidad de adquirir abiertamente el necesario material de guerra y el derecho de embarcarlo libremente con una verdadera neutralidad, los cubanos podían por sí solos poner fin a la dominación española en Cuba.

La autonomía, sin embargo, era coja y no podía prosperar. Sus provisiones, si dictadas en 1894, posiblemente hubiesen logrado detener la revolución cubana y con toda seguridad la habrían debilitado, pero después de casi tres años de guerra en que la riqueza nacional había sido enteramente destruída, en que Weyler había tratado de exterminar al pueblo cubano con sus feroces y despiadadas órdenes para la ejecución de combatientes y la muerte por el hambre y las enfermedades de los pacíficos, era absurdo esperar que quienes tan gallardamente habían combatido contra los ejércitos españoles fuesen a rendirse por unas incompletas y amañadas reformas políticas. Además, el Partido Autonomista había muerto y sólo quedaban unos personajes divorciados de la opinión pública, alejados del pueblo, al que no comprendían, y que a su vez no les entendía. España, con su parcialidad anticubana, con sus injusticias y abusos, con los privilegios dados a los españoles intransigentes en contra de los autonomistas, había desacreditado a éstos

en su impotencia durante más de quince años, y después de haber matado al autonomismo, quería revivirlo en unos pocos nombres de españoles liberales y cubanos españolizados. El nuevo régimen, pues, era impopular con los españoles intransigentes y detestado por la inmensa mayoría de los cubanos, y carecía de apoyo en el país. Los esfuerzos de los Estados Unidos en su favor y la tardía complacencia de España en implantarlo, demostraban su desconocimiento de las tres realidades de Cuba: la del sentimiento por la independencia; la del reaccionarismo español opuesto a concesiones, y la de la debilidad del reformismo. Durante años los cubanos de la revolución habían estado informando, declarando y reafirmando en Cuba, en España y en los Estados Unidos, que luchaban única y exclusivamente por la independencia y que no admitirían otra solución, y así lo habían hecho constar en documentos presentados a Olney y a Sherman, y al Senado y a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, y el desprecio por la opinión y la resolución de los cubanos eran tales y tan grande la ignorante suficiencia del gobierno de Washington, que había pedido y urgido una solución totalmente impopular e impracticable con unos y otros: ¡gran desacierto: suprema prueba de la inteligencia y la comprensión de los políticos y gobernantes norteamericanos, ese fracaso!

No sería justo decir que Lee inventaba las alarmantes noticias con que durante los últimos meses de 1897 y principios de 1898 frecuentemente bombardeaba al *State Department*, pero alguna vez incurrió en comprometedoras exageraciones tendientes a favorecer sus puntos de vista. Un telegrama de Lee al Subsecretario Day, al comenzar el mes de diciembre, llevaba la intranquilizadora noticia, atribuída al Vicecónsul en Matanzas, de que un exgobernador de la plaza había organizado cierta conspiración contra los norteamericanos residentes en esa ciudad para atacarles si McKinley recomendaba el reconocimiento de la independencia. Dos semanas después Lee escribía a Day una carta personal para decirle que la situación política continuaba agravándose y los voluntarios se hacían más y más peligrosos sin que el Capitán General pudiese controlarles. En esa comunicación el Cónsul General aconsejaba que se diese un ultimátum a Blanco para que el régimen autonómico funcionase en toda su integridad, se pacificase la Isla y se restableciesen el orden y la normalidad, y que se tuviesen varios buques

de guerra dispuestos a venir en ayuda de las autoridades españolas en caso de que estallase algún motín. Y en una carta de 22 de diciembre, posiblemente en respuesta a algún informe secreto recibido, Lee informaba a Day de que si McKinley se declaraba en favor de la intervención o intentaba llevarla a cabo sin previo anuncio, era indispensable tener anclados en la bahía de La Habana, desde días antes, dos buques de guerra.

Un estudio sereno de la situación política de la Isla al comenzar el año de 1898 tiene que llegar a la conclusión de que era realmente muy crítica y que no era posible esperar de ella una solución pacífica para ninguna de las tres naciones envueltas. Blanco había implantado la autonomía sin que esa reforma fuese popular ni aceptable a los cubanos quienes además de reclamar su independencia, sabían muy bien, y por muy dolorosas experiencias, que España podía engañarles de nuevo para que un Romero Robledo o cualquiera otro secuaz de Cánovas del Castillo se burlase del convenio de paz de buena fe aceptado por los cubanos con la repetición de la frase de que el Pacto del Zanjón había sido "una hoja de parra arrojada a la revolución para que tapase sus vergüenzas". El nuevo Capitán General, por otra parte, había demostrado en seguida la insinceridad de sus propósitos conciliadores al despreciar las disposiciones dictadas por los cubanos para tener a raya a espías y agentes del gobierno español enviados a sobornar, a provocar desertiones y a ganarse a los pobres de espíritu con dádivas, ofertas de empleos y otros indignos procedimientos, que demostraban poco respeto por la revolución y siniestros deseos de quebrantarla por cualquier medio. En algún caso el soborno obtuvo la rendición de jefes de poca importancia, pero la revolución no padeció con la separación de esos elementos, sino que se hizo más firme en su resistencia, y tal fué también la reacción producida por un recrudecimiento de los antiguos métodos terrorísticos de Weyler para acabar la revolución a sangre y fuego que tuvo lugar durante el mes de enero en ciertas regiones de la Isla. Por otra parte, es un hecho que Weyler seguía siendo el ídolo de muchos de los voluntarios y de los peores elementos de la soldadesca, así como de los españoles más reaccionarios, y que de la misma manera que aquel monicaco cruel amanecía en la Península con una revolución, como veremos en seguida, sus secuaces en Cuba querían abolir la autonomía, expulsar al general Blanco y darle una lección a los

Estados Unidos en una guerra que ciegamente creían sería una fácil victoria para España. Las cancillerías europeas, además, apremiadas por el gobierno de Madrid y alarmadas por los informes que sus representantes les habían enviado acerca de las entrevistas tenidas con Woodford, comenzaban a mostrar una alarmante disposición a mezclarse en la cuestión de Cuba. Alemania y Francia enviaban buques de guerra a visitar los puertos cubanos, y Austria-Hungría e Italia se disponían a imitarlas. Finalmente, al introducir sus reformas liberales el general Blanco, hubo varias débiles tentativas para la libre expresión del pensamiento y los españoles más moderados o que por simpatía circunstancial con la anexión, nacida del deseo de frustrar la independencia, quisieron criticar los horrores del régimen de Weyler o la pobre solución que era la autonomía, se convirtieron en blancos de las iras de sus exaltados compatriotas.

Durante los primeros días de enero los motines contra el régimen autonomista fueron frecuentes y a veces sangrientos. El *Diario de la Marina*, viejo órgano del más acendrado españolismo, bajo la égida de su director, Nicolás Rivero, convertido al anexionismo su inspirador de acuerdo con las señales de los tiempos; *La Discusión*, que había adquirido nombre como defensor de los intereses cubanos, y una hoja provocativa y sensacionalista como su nombre, *El Reconcentrado*, llegaron a ser el objeto de los odios de los reaccionarios por sus propagandas reformistas y la crítica de los abusos sufridos en el pasado. Uno de los motines más serios fué dirigido contra esos periódicos, cuyas redacciones fueron asaltadas por soldados, voluntarios y paisanos, con sus oficiales, y mientras los periodistas huían ante el salvaje ataque, algunos talleres y oficinas fueron destrozados por los amotinados. El 12 de enero, en una carta personal al Subsecretario Day, el Cónsul Lee se refería a los motines y sugería la conveniencia de que hubiese la visita casual de un buque de guerra norteamericano a La Habana, lo que no habría de llamar la atención cuando se esperaban unidades navales alemanas. Ese día y el siguiente los alborotos y motines en las calles revistieron un carácter más grave que el que hasta entonces habían tenido, hasta llegar a ser amenazadores por la debilidad del gobierno autonomista y el poco apoyo efectivo que podía dar el Capitán General para imponer el orden. Los artículos periodísticos que sirvieron de pretexto para los asaltos a las redac-

ciones de los diarios habaneros no atacaban al ejército español, como mendazmente habrían de afirmar Atkins y otros autores norteamericanos en copia servil de lo afirmado por otros sin leer por sí mismos los artículos en cuestión, sino que concretamente se referían y hasta nombraban a individuos indignos de vestir el uniforme de soldados regulares y que habían adquirido triste notoriedad por sus crímenes y que rgeresaban a España. Lee envió dos cables urgentes al *State Department* en un mismo día, acerca de los motines e informando que se habían dado gritos contra la autonomía, contra el Capitán General Blanco y también contra el Consulado de los Estados Unidos. En ambos mensajes mencionaba vagamente que podía ser necesario contar con un buque de guerra norteamericano en la bahía de La Habana.

## VIII

# LA DESTRUCCION DEL MAINE EN LA BAHIA DE LA HABANA

A principios de 1898, ora fuese por la impulsiva oficiosidad del Subsecretario de Marina, Theodore Roosevelt, ya a consecuencias de planes del alto mando naval, las unidades de la escuadra norteamericana se movieron de manera que parecían prevenir un conflicto armado. El 11 de enero el Departamento de Marina instruía al almirante Selfridge, jefe de la flota norteamericana, en aguas de Europa, para que estuviera sobre aviso, actitud que habían adoptado las fuerzas navales de los Estados Unidos en el Lejano Oriente. Un escuadrón de buques de guerra mandados temporalmente por el capitán Chester, formaba la flotilla del Atlántico Meridional, y el 17 de enero se dieron las órdenes oportunas para que hiciera rumbo a las costas de Brasil y fondeara en el puerto de Pará con objeto de hacer una visita de cortesía destinada a ocultar o disimular la realidad de una maniobra envolvente de las costas de Cuba. Al crucero *Wilmingon*, que navegaba por el Caribe, se le ordenó que tomase puerto en La Guayra, Venezuela, en espera de nuevas instrucciones. Los arsenales del Atlántico y del Pacífico trabajaban febrilmente en la construcción y reparación de barcos de guerra y allá en San Francisco de California el formidable *Oregon* estaba casi listo para iniciar su famosa carrera de sesenta y pico de días para llegar a tiempo a Santiago de Cuba.

El Cónsul de los Estados Unidos en La Habana, general Fitzhugh Lee, ya reclamaba el 15 de enero que si se enviaban buques de guerra a La Habana debían ser unidades de primera clase, listas para entrar en acción y con refuerzos considerables en alta mar; pero cerca de Cuba, ya que las fortificaciones habaneras estaban bien artilladas y resultaban temibles. Lee no rehuía dar el consejo de una demostración naval norteamericana frente a La Habana.

El crucero *Raleigh* estuvo algún tiempo estacionado en Key

West, en previsión de que Lee necesitara ese respaldo en Cuba, ya que sus relaciones con los españoles extremistas eran en extremo tirantes. Después se ordenó el relevo del *Raleigh* y vino a sustituirlo el *Maine*, uno de los primeros buques de guerra norteamericanos del programa de rehabilitación naval de los Estados Unidos, iniciado diez años atrás, a lo sumo, de construcción algo defectuosa; pero en buen estado de conservación, mandado por uno de los marinos más capacitados de la armada de los Estados Unidos y con una excelente tripulación.

El *Maine* había estado estacionado en Key West desde el 15 de diciembre, como otros buques antes que él, a disposición del Cónsul Lee y con orden de acudir a su llamada y mantener las comunicaciones entre La Habana y los Estados Unidos. Al ordenarse que el buque, cuyo papel era perfectamente conocido de todo el mundo en Cuba y en Florida, fuese a La Habana a hacer una supuesta visita de cortesía, el Cónsul Lee se alarmó y pidió inútilmente que se demorase su envío por espacio de varios días mientras se tranquilizaban los ánimos. Si Dupuy de Lôme protestó enérgicamente ante la demostración naval, las autoridades coloniales no se mostraron mejor dispuestas, la reputaron de impolítica y el secretario del Capitán General, José Congosto, a quien los voluntarios llamaban "The Yankee doctor" según Lee, tuvo casi un altercado con el Cónsul General al anunciársele la llegada del buque (28). El gobierno de Wáshington había decidido el viaje y echó a un lado las observaciones de Dupuy de Lôme y de Lee para ordenar al capitán Sigsbee, al mando del *Maine*, que se encontraba de maniobras con otros cruceros junto a las costas de Florida, que se dirigiese a La Habana. La disposición fué dictada el 24 de enero y comunicada a Sigsbee desde Key West por medio del torpedero *Dupont*. El 25 de enero, a las once de la mañana, entraba en la bahía de La Habana el crucero acorazado *Maine* para terminar su último y trágico viaje. Lee más tarde reportaba que había entrado majestuoso, que no había habido demostración pública alguna contra el buque, y que había otra unidad naval extranjera, un crucero alemán, en puerto. Los días subsiguientes los acontecimientos se sucedieron normalmente en La Habana, mientras que el *Navy Department* ordenaba el 27 de enero al comodoro Dewey, jefe del escuadrón en aguas asiáticas, que estuviese preparado a actuar al primer aviso, (29) prueba de que la opinión

gubernamental en Washington se preparaba para la guerra y que el envío del *Maine* a La Habana no había sido producido por los informes de Lee, sino como parte de un gigantesco plan de operaciones navales en todos los mares, inclusive los muy remotos de las Filipinas, con Cuba como pretexto. El 4 de febrero por poco el *Maine* con numerosos enfermos a bordo, habría sido retirado, pero al día siguiente, coincidiendo con la llegada del crucero francés *Dubourdieu*, a La Habana, Lee aconsejaba al *State Department* que no ordenase la substitución del *Maine* por otro buque de guerra, ya que el cambio excitaria los ánimos y el público se había acostumbrado a verlo en bahía sin alarmarse: "... Somos los dueños de la situación y yo no la perturbaría o alteraría...", concluía el Cónsul General (30). En realidad, el *Maine* no era suficiente ni con mucho para imponer una intervención en Cuba, y tanto el Capitán Sigsbee como Fitzugh Lee lo reconocían así en su correspondencia con el *State Department* al recomendar que si había intervención enviasen más buques, pero su presencia en la bahía de La Habana parecía constituir una garantía de tranquilidad. El gobierno de Madrid, sin embargo, no estaba satisfecho con la prolongada estancia del *Maine*, y se disponía a protestar por ello. Dupuy de Lôme se había mostrado preocupado, en conversaciones privadas, de que la continuada visita del *Maine* pudiese llevar "... por medio de un accidente o de otro hecho cualquiera, a un conflicto..." (31)

Así las cosas los días habían ido transcurriendo sin más motines y había comenzado la distribución de socorros, en grande escala, a los reconcentrados, mediante un acuerdo entre los Estados Unidos y las autoridades españolas. El capitán Sigsbee, en obediencia a una orden del *Navy Department* de fecha 4 de febrero, comenzó a reunir informes acerca de la situación cubana, muy especialmente respecto a los reconcentrados, y cuatro días más tarde, después de distintas consultas e investigaciones, envió su reporte al gobierno. En ese documento, que ha sido publicado y que es notable por la serenidad y objetividad de sus juicios, Sigsbee trazaba un cuadro sombrío y exacto del estado social y económico de la Isla y de los horrores de la reconcentración y concluía con la afirmación de que los mayores perjuicios, desde todo punto de vista, habían caído sobre el pueblo cubano arrojado a la miseria y despojado de todos

sus recursos: "... Han sacrificado todo lo que poseían que se pudiera convertir en dinero..." (31)

Sus informes sobre la situación política de Cuba eran como sigue:

...La autonomía parece ser verdaderamente aceptable solamente para aquellos españoles que han fundado familias en Cuba y cuyas vidas y negocios están encadenados a la Isla. Los insurrectos piden la independencia, mientras que los españoles que están en Cuba para hacer dinero y en espera de regresar a España, son irrevocablemente partidarios del antiguo orden de cosas... (32)

Por supuesto que Sigsbee, como buen norteamericano, tenía el error general de creer que las clases cultas cubanas, que podían ser dirigentes con la independencia, iban a resignarse a la anexión, que las hubiese relegado a segundo término ante los norteamericanos; pero es todavía más sorprendente que hablase de la suerte de Cuba y considerarse los deseos de unos cuantos millares de españoles y unos pocos cubanos anexionistas y para nada se ocupase de los ideales republicanos de un millón de hijos de Cuba, que eran los que tenían derecho a decidir del futuro de su patria. Con esa filosofía, Francia hubiese podido admitir como legítima opinión del pueblo de los Estados Unidos la de los millares de *tories* norteamericanos e ingleses opuestos a la independencia de las Trece Colonias, en 1783, y haber sugerido que su anexión a Francia era lo justo.

Justamente una semana después de que Sigsbee había enviado su informe sobre la reconcentración, que acabamos de comentar, y cuando ya había ocurrido el incidente con la carta de Dupuy de Lôme, el Cónsul Lee estaba escribiendo un despacho al Subsecretario Day sobre el socorro a los necesitados y el rumor circulante de que se iba a ampliar la autonomía y hasta se decía que Máximo Gómez sería hecho presidente del Consejo Autonomista con la abolición de todos los derechos de España menos el cambio de bandera y la supresión del puesto de capitán general. Eran las diez de la noche cuando Fitzhugh Lee terminaba de escribir un párrafo que decía:

...Mientras tanto el sentimiento anexionista entre los españoles aumenta considerablemente y sé de muchos oficiales españoles deseosos de regresar a España. La carta de Dupuy de Lôme fué un gran descalabro para las autoridades españolas de aquí, de todas maneras... (33)

Al llegar a la última palabra que hemos transcrito, se dejó

oír la terrible explosión que destruyó al *Maine* en la bahía de La Habana y que causó la muerte de centenares de marinos norteamericanos. Lee pudo ver desde la ventana de su despacho las llamaradas que envolvían al buque y corrió hacia el puerto con millares de habaneros consternados ante la catástrofe, con los ánimos sobrecargados ante los posibles resultados de la misma, que se adivinaban. El Cónsul se vió con el capitán Sigsbee, salvado, con muchos de los oficiales y unos pocos marineros, por circunstancias fortuitas, y también con el Capitán General Blanco, quebrantado el espíritu de éste y abrumado de pena, e informó de lo ocurrido al gobierno de Wáshington en un telegrama que, enviado a las doce de la noche, llegó a su destino a las tres y cinco minutos de la madrugada. "Imposible decir ahora qué causó la explosión; pero me inclino a pensar que fué accidental", informaba Lee, quien al día siguiente, en extenso telegrama, daba los detalles que había podido reunir acerca de la catástrofe, pero sin hacer acusaciones. El Capitán Sigsbee siguió la misma norma de conducta. La noticia de la explosión fué sabida casi en seguida por la flota norteamericana concentrada en las cercanías de Key West, pues en horas de la noche un agente del servicio secreto la había trasmitido al oficial al mando de la misma. Dos días más tarde, el 17 de febrero, los movimientos estratégicos de la escuadra de los Estados Unidos en todos los mares hacían pensar que era definitiva la preparación para la guerra, que desde las órdenes dadas al almirante Selfridge, el 11 de enero, podía sospecharse. El entierro de las 260 víctimas, rodeadas del respecto y la simpatía del pueblo habanero, encabezado por el Capitán General, dió ocasión para una nueva demostración del grado de libertades concedidas a Cuba por España, al insistir el Obispo de La Habana, representante de la religión oficial y que controlaba el Cementerio de Colón, en que los servicios religiosos, fuesen cuales hubieran sido las creencias de las víctimas, en su mayoría protestantes, tenían que ser de acuerdo con los votos católicos o no podían ser enterrados en la necrópolis habanera. Y el régimen de privilegio, establecido en Cuba cuatro siglos antes y mantenido en la Isla a pesar de las liberales reformas del autonomismo, no cejó ni ante la horrenda catástrofe para mostrarse indomable y entero, tal y como si Weyler hubiese estado gobernando.

El misterio de la explosión del *Maine* nunca quedaría del todo resuelto y a la completa satisfacción de españoles y norteamericanos.

Seguramente la explosión fué accidental, como otras muchas y muy semejantes que han ocurrido en buques de distintas naciones y como Lee reportó desde los primeros momentos. No hay que olvidar que la construcción naval en buques de acero y el conocimiento de los modernos explosivos estaban en mantillas por entonces. Y en el caso imposible de que se hubiese tratado de un acto criminal, no puede haber la más mínima duda de que ello habría ocurrido sin conocimiento o aprobación de las autoridades españolas, en la Península y en Cuba, y de que ningún español digno y en su juicio fué responsable de la explosión o calló u ocultó indicio alguno capaz de esclarecer el origen o explicar la causa de la misma. Todo lo cual, sin embargo, no destruye la posibilidad de que un loco, en la exaltación de un patriotismo enfermizo que alimentaban las propagandas de ciertos demagogos sin patria ni humanidad, hubiese causado la catástrofe.

La explosión del *Maine* dió ocasión para que Atkins mostrase en repugnante desnudo su fobia anticubana, la misma que debía descalificarle ante ciertos historiadores norteamericanos que han admitido como oráculo el libro insidioso y apasionado del esclavista de la Nueva Inglaterra. Con efecto, el 17 de febrero, al escribir Atkins sobre el desastre, podemos leer este juicio canallesco:

...Mi primera idea fué de que se trataba de un trabajo de los insurrectos para provocar problemas entre los gobiernos (de Estados Unidos y España); pero esto parece improbable por falta de oportunidad, a menos que al apalear combustible, en Key West, para las carboneras del buque, se agregara alguna dinamita; y esto difícilmente habría causado semejante desastre... (34)

Según esta opinión, Atkins creía a los cubanos perfectamente capaces de preparar el horrendo crimen contra hombres indefensos y que no les habían hecho mal alguno; más aún, de los que esperaban en no lejano día una alianza contra España; y si no les acusaba abiertamente era sólo porque no creía que hubiesen tenido la oportunidad de dinamitar al buque que hacía tres semanas que había salido de Key West: ¡Edwin F. Atkins, calumnader, malvado, ejemplar típico del hombre dominado por las malas pasiones del odio, la avaricia y la falta de gratitud!

La sensación causada por la catástrofe del *Maine* en los Estados Unidos fué extraordinaria. Los periódicos que por largo tiempo, y con muy discutible sinceridad y más bien animados de pro-

pósitos imperialistas, habían estado atacando a España en su política respecto a Cuba, se apoderaron del trágico suceso y lo convirtieron en tema prefe.rente de sus campañas periodísticas. En un pueblo como el norteamericano, tan propenso a dejarse arrastrar por estados de histeria colectiva, ese tipo de propaganda estaba llamado a ejercer una terrible influencia sobre la psicología de las multitudes. De la manera más abierta el *New York Journal* y el *New York World*, con centenares de otros periódicos menos importantes de todo el país, acusaron a España de ser la responsable de la catástrofe y trataron de probar que el *Maine* había sido volado por una mina o un torpedo. La influencia de esa publicidad irresponsable y sensacionalista sobre la opinión pública norteamericana, entonces como en 1917 y ahora y en todas las épocas, poco preparada para una inteligente y serena consideración de las cuestiones internacionales a causa del provincianismo mental que prevalece en los Estados Unidos, puede probarse de manera concluyente con las cifras de la circulación del *Journal* a raíz de la catástrofe del *Maine*. Ese periódico que, con el abuso del sensacionalismo, había impreso un promedio de 416,885 ejemplares en los primeros días de enero, tiró nada menos que 1.036,140 números el día 18 de ese mes. La opinión se generalizó por todo el país respecto a que con un acto deliberadamente planeado y ejecutado por España se había destruído el *Maine* y provocado la muerte violenta de 260 marinos norteamericanos. Poco después surgía la leyenda o "slogan" destinado a inflamar y mantener al rojo vivo el sentimiento anti-español y la demanda por la guerra: "Remember the *Maine*", (Recuerda al *Maine*) que corrió de un extremo a otro de la nación en los titulares de los periódicos, en banderolas, botones para las solapas y hasta ciertos productos industriales. Cuando, por orden del Secretario de Marina, se instruyó al almirante Sicard para que formase un tribunal naval encargado de investigar las causas del desastre y dictaminar sobre el origen del mismo, el *New York Journal* anunció y hasta pretendió llevar a cabo por su cuenta otra investigación para probar sus afirmaciones de que "El *Maine* fué destruído por una traición" y de que el periódico tenía pruebas de que se había empleado "mina submarina".

El tribunal investigador salió para La Habana el 20 de febrero y comenzó sus trabajos casi en seguida, al mismo tiempo que funcionaba otra comisión técnica nombrada por España para llevar

a cabo el mismo estudio. Como es sabido, las conclusiones adoptadas por los dos grupos de investigadores fueron distintas, los unos sosteniendo que la explosión había sido de origen exterior, mientras que los otros afirmaban que había sido interna. Las de los comisionados norteamericanos, que habían estado trabajando con sondeos, reconocimiento del casco y deposiciones de testigos, buzos y expertos por espacio de 23 días, fueron enviadas al Congreso de Washington con fecha 28 de marzo.

No obstante la aparente serenidad que parecía animar al gobierno de Mc Kinley y a sus agentes, ora fuesen oficiales navales o consulares, que en público no se cansaban de repetir que la explosión había sido accidental, y que las relaciones con España eran cordiales y tan pacíficas como siempre, la realidad de su actitud era muy otra. Se ha hecho muy común, —especialmente después de la superficial, tendenciosa e incompleta obra de Walter Millis, *The Martial Spirit*—, culpar a la “prensa amarilla” y a Roosevelt, Lodge y Fitzhugh Lee, de haber llevado a los Estados Unidos a la guerra con España, pero como ya hemos dicho, en septiembre de 1897 el propio McKinley admitía sin protesta que se le hablase de la guerra con España y la captura de Filipinas, y en enero de 1898, dos semanas antes de la llegada del *Maine* y un mes antes de la explosión, el Navy Department se preparaba a la lucha y movía la escuadra con ese fin. También con toda esa anticipación un diplomático experimentado, amigo de España y nada simpatizador de los cubanos —el Subsecretario de Estado Alvey A. Adee—, aconsejaba al Subsecretario Day, con toda la autoridad de quién había estado lidiando con España y Cuba desde tiempos de Hamilton Fish y Sickles, de esta manera

...El telegrama de Lee que el coronel Mitchell mostrara a Ud., indica el comienzo del fin en Cuba. Me temo que los voluntarios se sublevarán y que, por medio de una contra-revolución, no sólo derribarán al supuesto gobierno autonomista, sino también los pocos vestigios de autoridad peninsular que quedan en Cuba, de la misma manera que se sublevaron y expulsaron al Capitán General Dulce, a principios de la Guerra de los Diez Años.

Creo que sería bueno que nuestra escuadra del Golfo de México estuviese lista para entrar en acción inmediatamente, ya que la emergencia para ello puede surgir en cualquier momento. La posibilidad de que tengamos que proteger a Lee y a los otros cónsules debemos también tenerla presente. Estos movimientos son

muy contagiosos en Cuba y Santiago y Matanzas es muy posible que los sigan. Cienfuegos es localidad más conservadora por ser el cuartel general de los intereses azucareros, que son principalmente norteamericanos... (35)

Y no era Adee tampoco el único que en el *State Department* opinaba que era llegada la ocasión de actuar aún mucho antes de que el *Maine* fuese a La Habana como parte de un plan cuidadosamente preparado para arrebatar a España la Isla de Cuba en un momento dado y aprovechando la coyuntura favorable de una alteración del orden que no pudiese ser dominada por las autoridades españolas. En los archivos del *State Department* se conservan otros muchos documentos demostrativos de que con el fracaso de la autonomía y la creciente seguridad de que las potencias europeas no apoyarían a España, a principios de enero la cancillería de Wáshington aconsejaba a McKinley que actuase para dar fin a la soberanía española sobre la Isla.

Todos estos antecedentes muestran a las claras la tendencia del gobierno de Wáshington a forzar una solución de la cuestión cubana y a estar preparado para imponerla, antes de la explosión del *Maine*. Una vez ésta había tenido lugar esa tendencia se concretó más y más para aprovechar el trágico incidente y presionar a España. Millis cita que el 16 de febrero, la noche siguiente a la catástrofe, el Senador Fairbanks visitó a McKinley, a petición de éste, y encontró al Presidente abrumado por la fiebre guerrera que se extendía por el país. No por ello, sin embargo, el estadista que según Theodore Roosevelt tenía "menos espinazo que un pastel de chocolate", hizo nada constructivo para impedir que se extendiese y creciese toda aquella belicosa disposición con que, en su fuero interno, contaba él por si era necesario llegar a medidas de fuerza con España. El Cónsul Lee no dejaba de cooperar en la campaña destinada a usar la cuestión del *Maine* como argumento de guerra. Un telegrama suyo al Departamento de Estado, cuando apenas si se había iniciado la investigación del desastre, ya tenía esta alarmante información:

...Las municiones encontradas en los cilindros de cobre del pañol de estribor, a proa, de 10 pulgadas, han sido encontradas intactas, esta mañana, lo que parece probar que el pañol no explotó... La evidencia comienza a probar que la explosión fué a babor y causada por torpedo... (37)

Pero todavía más grave serían sus informes y conclusiones en un despacho de primero de marzo, en el que si comenzaba por decir que no creía que el general Blanco o el almirante español tuviese que ver, ni remotamente, con la voladura, a renglón seguido agregaba:

... Pero es posible que algunos oficiales subalternos, o algún mecánico experto sobornado, u otros elementos ajenos, pudieran haberlo hecho... (37)

La trama imperialista de Lee aparece claramente en ese mismo despacho, en el que más adelante expresaba sus temores de que si la comisión técnica dictaminaba que la explosión había sido de origen exterior, lo cual significaba guerra, podían ocurrir demostraciones contra los Estados Unidos por parte de los voluntarios y del populacho español. Ya entonces pedía instrucciones por si tenía que clausurar las oficinas consulares y retirarse y no olvidaba agregar que estaba custodiado día y noche por policías y que él y todos los norteamericanos iban armados constantemente. Como conclusión de todos esos datos Lee añadía este párrafo innoble:

... Si sobreviniese algún cambio de cualquier forma en el gobierno de la Isla, no temo que hubiera mucha dificultad en arreglar los problemas del futuro, siempre que hubiera una garantía de cierto tipo, por parte de los Estados Unidos, respecto a que se insistiría sobre el orden, la paz y el respeto a la vida y a la propiedad. Todas las otras cuestiones se arreglarían gradualmente por sí mismas y en ese caso el capital y el espíritu emprendedor norteamericanos muy pronto "norteamericanizarían" la Isla y la inmigración sería tan grande que cuando el asunto de la anexión fuese a ser decidido, el pueblo cubano no sería factor para decidir el problema... (38)

En el curso de muy pocos días Lee iría más lejos en sus acusaciones acerca de la explosión del *Maine*, ya que uno de sus telegramas al Subsecretario Day era para decirle que el 15 de enero el contraalmirante Manterola había cablegrafiado a la comisión naval española que se encontraba en Londres: "Urg: envió cables eléctricos", y que aunque el *Maine* no había llegado a La Habana hasta el 25 de enero, su arribo era conocido desde muchos días antes (39). Esta denuncia fué investigada por el Departamento de de Estado, no obstante las declaraciones de confianza en España, y la Embajada de los Estados Unidos en Londres practicó distintas pesquisas para comprobar si la comisión naval española había com-

prado y remitido a Cuba esos cables, que eran de los utilizados para disparar torpedos eléctricos. El informe de la Embajada fué de que no se había podido atribuir tal compra a los comisionados españoles, aunque sí al Ministro de Ultramar (40). Vale la pena agregar, sin embargo, que en la obra semi-oficial publicada por el oficial de la Marina de Guerra española, Severo Gómez Núñez, titulada *El Bloqueo y las Defensas de las Costas*, hay muy concretos detalles de las minas flotantes y los torpedos con que contaban las fuerzas armadas de España en Cuba, desde tiempos de Weyler. A mayor abundamiento, el Senador Clay, de los Estados Unidos, en la sesión del cuerpo legislador a que pertenecía celebrada el 4 de abril de 1868, dió cuenta con la información que le había suministrado el fabricante de armamentos inglés, Mr. Joseph P. Gibbons, sobre que él le había vendido a España setenta y una minas y que estaba seguro de que una de ellas había sido empleada para volar el *Maine*. El discurso del Senador Clay aparece publicado en *The Congressional Record* de la fecha arriba mencionada, página 3,497. Pocas semanas antes Mr. Henry White, entonces Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Londres, también había informado al Departamento de Estado de una conversación tenida el 26 de febrero con el famoso inventor Hiram S. Maxim, quien le comunicó que España trataba de comprar buques de guerra y que

...el Sr. Maxim también expresó la más decidida opinión, como experto en explosivos, de que la explosión del *Maine* no pudo haberse producido dentro del buque, sino que debió haberse originado en el exterior del mismo... (41)

No terminaba el mes de marzo sin que Lee concretase sus acusaciones en dirección al general Weyler y a los partidarios recalcitrantes que le quedaban en Cuba al informar al Departamento de Estado que Weyler había cableografiado a dos de sus más rábidos secuaces —Eva Canel y Santos Guzmán—, que destruyesen sus cartas. Esas cartas de Weyler estaban llenas de amenazas a los Estados Unidos y aludían misteriosamente al terrible castigo que caería sobre los norteamericanos si enviaban a La Habana un buque de guerra porque él había cesado en el mando en Cuba, lo que él no habría permitido de haber sido Capitán General de Cuba (42).

España, por esta época, al fin había tenido que adoptar una decisión en contra del Cónsul Fitzhugh Lee, cuya propaganda ene-

xionista y de desprestigio de la autonomía, al propio tiempo que se encaminaba a provocar una ruptura con España, era conocida de todo el mundo y no era posible que la ignorasen el Presidente McKinley y el Departamento de Estado. Sin embargo, el gobierno de McKinley, cuando se le pidió la retirada de aquel elemento perturbador y agente del más descarnado imperialismo, se limitó a contestar que no estaba dispuesto a relevarle de su puesto, y tampoco admitiría discusión alguna del asunto, con lo que España se conformó por no quedarle otro remedio en sus esfuerzos para conservar la paz.

Era imposible esperar que cuando el Ejecutivo y sus consejeros y agentes, como hemos demostrado, habían tan completamente perdido la cabeza, llevados de sus ambiciones imperialistas, el Congreso se mostrase más ecuánime o animado por ideas de justicia internacional en el sentido de forzar el reconocimiento de la independencia o el de la beligerancia de los cubanos, sin lanzarse a la guerra con España, a fin de que Cuba conquistase la paz por sus propios esfuerzos y ayudada por una verdadera neutralidad.

En los primeros días de febrero se discutía la concesión de un crédito de nueve millones de dólares para poner las costas del Atlántico en estado de defensa. Después, cuando el incidente provocado por la carta de Dupuy de Lôme, acerca de McKinley y que también aludía a que las reformas en Cuba eran para ganar tiempo, se presentaron varias resoluciones en favor de la intervención, o para reconocimiento de la beligerancia y hasta para dar a España un plazo que expiraría el 4 de marzo a fin de que terminase la guerra de Cuba (43). Tres días después del desastre del *Maine* el *N. Y. Journal* proclamaba que había llevado a cabo una encuesta entre los senadores y los representantes acerca de la cuestión cubana y que existía un "...sentimiento incontrastable en favor de la intervención inmediata...". Casi en seguida el Senado aprobó un proyecto de ley que creaba dos nuevos regimientos de artillería, y las noticias relativas a preparativos militares y navales se multiplicaron en el curso de unos pocos días mientras la prensa dedicaba informaciones con grandes titulares, no sólo a lo que los Estados Unidos hacían para estar dispuestos a la lucha, sino también a los datos que se iban conociendo de las actividades de España con el propio fin, comprando buques de guerra, artillería, municiones, combustible, etc., e instalando defensas submarinas en Cuba y

reparando las viejas fortificaciones. Hasta el N. Y. *Tribune*, el periódico de Whitelaw Reid, amigo y consejero de McKinley, parecía convenir en la opinión general de que era llegado el momento de combatir a España y, como que ya sabemos los consejos de Reid a McKinley para quedarse con Cuba por la fuerza, si España no la vendía de buen grado, podemos suponer qué ambiciones había tras los entusiasmos guerreros de ese periódico que, si por una parte decía blandamente que McKinley se preparaba con gran prudencia para cualquiera "...emergencia que por culpa de España pudiera posiblemente producirse...", por otra elogiaba a los congresistas que aprobaban créditos de guerra, ya que así daban "...una grata prueba de la expansión de la prudencia patriótica entre los miembros del Congreso...", de acuerdo con la teoría de que "...la completa preparación para la guerra es la mejor manera de conservar la paz..." (44).

El Secretario de Marina, Mr. John D. Long, inepto, débil y bien intencionado, aunque capaz de ahogar todo escrúpulo de conciencia ante los hechos consumados con la más puritana conformidad, ya el 24 de febrero había confiado a su "Diario" que "...la más ligera chispa puede producir la guerra...", pero no obstante ello, al día siguiente y por unas horas dejó el Departamento a cargo del Subsecretario Roosevelt quien, ni corto ni perezoso, de acuerdo con el Senador Lodge, lanzó un número de órdenes ejecutivas para la distribución de los buques de la escuadra y compra de municiones y cañones y hasta preparó y envió al Congreso un mensaje relativo al alistamiento de más marinos. Más aún, la ausencia de Long determinó el envío de un famoso telegrama al Almirante Dewey, quien se encontraba en HongKong, que decía, dos meses antes de la guerra que se suponía que sería para libertar a Cuba:

...Secreto y confidencial. Ordenad que la escuadrilla, excepto el *Monocacy*, salga para Hong-Kong. Mantened llenas las carboneras. En caso de declaración de guerra a España será vuestro deber lograr que la escuadra española no salga de las costas asiáticas y entonces iniciar operaciones ofensivas en las Filipinas. Retened el *Olympia* hasta próximas órdenes... (45)

Y cuando el Secretario Long regresó a su despacho y tuvo conocimiento de las actividades de su subordinado, posibles por su propia ineptitud y la de McKinley, lo único que hizo fué escribir a Roosevelt, en tono plañidero, este memorándum:

...No dé tales pasos, que afectan la política del gobierno, sin antes consultar al Presidente o a mí... (46)

En su "Diario", sin embargo, el Secretario Long anotó lo que sigue respecto al hombre que en el curso de muy pocos años y elevado sobre una fama barata adquirida durante la guerra de Cuba, llegaría a ser Presidente de los Estados Unidos:

...encuentro que Roosevelt, a su modo precipitado, se ha acercado a producir una explosión mayor que la del *Maine*... Parece ser completamente leal; pero lo que es ayer el mismo diablo se había apoderado de él, a juzgar por las medidas dictadas... (47)

Un gobierno en el seno del cual podían ocurrir y quedar sin sanción tales enormidades que, en cualquier otro país, habrían conducido a la inmediata destitución del funcionario irresponsable que llevaba a la nación a la guerra, no era muy de fiar en sus protestas de amistad a España y de simpatía por los cubanos, o de firmes propósitos de paz. Posiblemente Roosevelt tenía una idea bien precisa de que McKinley no se oponía a la guerra sino por conveniencias políticas más aparentes que reales, y por ello procedía así. Sea como fuere, la conducta de McKinley en todos aquellos días, parece justificar esa conclusión. El 6 de marzo el representante Joseph Cannon fué llamado a la Casa Blanca con toda urgencia y por razón de su puesto como presidente de la Comisión de Créditos de la Cámara, desde el cual había bloqueado con éxito varias tentativas para hacer gastos militares y navales en gran escala. McKinley no esperó a sentarse para decirle:

...Cannon: Debo contar con dinero a fin de estar listo para la guerra. Estoy haciendo todo lo posible para prevenir la guerra; pero tiene que venir y no estamos preparados para ella. Quién sabe dónde nos llevará esta guerra; puede que a más que una guerra con España. ¿Cómo puedo obtener el dinero para estos gastos extraordinarios?... (48)

Cannon, amigo y compañero de McKinley desde hacía veinte años, relataba después que nunca le había visto tan agitado como en aquella ocasión, cuando el Presidente medía el piso de la biblioteca a grandes trancos y lleno de inquietud. El congresista se limitó a responder que él había previsto la crisis y tenía la seguridad de que se podían destinar cincuenta millones de pesos para la defensa nacional sin pedir prestado, por lo que sugería el envío de un mensaje presidencial en solicitud de ese crédito. Pero Mc-

Kinley era hombre escrupuloso, de ciertos escrúpulos circunstanciales que moverían a risa si con ellos no hubiera precipitado una guerra costosísima y sangrienta y no hubiera arrebatado su independencia a millones de filipinos y de puertorriqueños, después de haber tratado inútilmente de hacer lo mismo con los cubanos. Por ello, pues, se resistió a enviar a ese mensaje:

...mientras que todavía estaba negociando con España. Esto sería interpretado por Europa como el equivalente de una declaración de guerra y se le acusaría de dobles manejos... (49)

y McKinley tenía un santo horror, no de que estuviese comprometido en un doble juego indigno, sino de que se descubriese que lo estaba. Por esa razón, y una vez que Cannon le había dicho de la manera más terminante que no podía disponer de la suma mencionada sin haberse votado el crédito, como pretendía McKinley que hiciera, sugirió el último citado que el Comité de Créditos presentase el proyecto de ley como si fuera cosa planeada por los mismos representantes, sin intervención presidencial. Y Cannon hubo de decir más tarde:

...Convine en presentar el proyecto de ley si él (Mc Kinley) lo preparaba. El Presidente se dirigió entonces a una mesa y escribió en un papel de telegrama una sola frase, que decía: "Para la defensa nacional, cincuenta millones de pesos". No era ni una ley, ni un mensaje, ni un estimado; pero era un memorándum del Presidente sobre lo que quería que se hiciera, y me puse el papel en el bolsillo... (50)

Al día siguiente se presentó en la Cámara de Representantes el proyecto de ley pedido por McKinley, en favor del cual se pronunciaron nada menos que setenta y tres discursos, no pocos de ellos de elocuente, sincera y bien argumentada simpatía por la causa de Cuba, y ese proyecto de ley fué aprobado el día 9 de marzo por el voto unánime (311 por cero), de los congresistas, al que siguió el de los senadores sin la menor discusión y por 76 contra cero, aunque el trámite de aprobación también dió oportunidad para numerosos pronunciamientos senatoriales en favor del reconocimiento de la beligerancia y hasta de la independencia de Cuba, con no pocas críticas bien duras de la política que Cleveland había seguido contra los patriotas cubanos. En esos mismos días el Departamento de Marina —esta vez por disposición del Secretario Long— enviaba órdenes al crucero *Brooklyn*, que estaba en Vene-

zuela, para que a toda marcha se dirigiese a Hampton Roads, Virginia, a prepararse. Whitelaw Reid, el consejero de McKinley, informaba a éste que el país entero lo respaldaba en sus preparativos bélicos. España recibió la noticia de la aprobación del crédito pedido por McKinley como el anuncio de la guerra inminente y que, pese a los absurdos optimismos de los Weyler, se veía venir como un desastre, y así lo reconocían los españoles de corazón y de cerebro. La mayor parte del crédito pedido por McKinley, treinta millones de pesos, se dedicó a la escuadra, y el resto al ejército y las fortificaciones.

Nadie conocedor de la altivez y de la suicida obstinación española podía esperar que la desdichada nación que había perdido un mundo y se había arruinado por sus errores se resignase a buscar e implantar otra solución que la de resistir a toda demanda. El odio anticubano y el espíritu reaccionario de los gobernantes españoles eran tales que no se les ocurrió o no tuvieron coraje para apelar "...a un recurso extremo, cual el de declarar independiente a Cuba", que habría de decir al cabo de los años un historiador español (51). Y la prensa norteamericana y la opinión de no pocos líderes políticos de ese país, señalaban de manera indubitable cuál era la actitud de los Estados Unidos tras las críticas por la reconcentración, el movimiento de buques de guerra, los créditos para la defensa nacional y las acusaciones y amenazas después de la explosión del *Maine*: había llegado la ocasión para dar fin a la soberanía española sobre Cuba, ora fuese para hacer independiente a la Isla, ora fuese para anexarla a los Estados Unidos. El *N. Y. Journal* de febrero 18 afirmaba que "...la intervención es un claro deber imperativo", irrespective de todo lo que había ocurrido hasta entonces en Cuba. El *N. Y. Sun* de marzo 20 decía enfáticamente:

...La obligación de terminar con las barbaridades españolas en Cuba y la liberación de Cuba de la dominación trasatlántica española que pesa sobre ella, van mano a mano y continúan aparte del destino que le haya correspondido a nuestro acorazado perdido... El centro de la situación es Cuba... y el grito de "apuraos" que nos llega a todos, producido por el heroísmo y la miseria de los cubanos, encuentra eco en todos los Estados de la Unión...

Y el *N. Y. World* que, aunque no tan sensacionalista como el *Journal*, era considerado en la misma categoría de "prensa amarilla", en uno de sus editoriales de 12 de marzo adoptaba este tono:

... Si Mr. Mc Kinley reconoce la independencia de Cuba e insiste en la terminación de la bárbara guerra de exterminio seguida por España, solamente habrá atendido el deseo y el anhelo de su patria... Es tiempo de que intervengamos para impedir la muerte de la libertad y el exterminio del pueblo de Cuba. La destrucción del *Maine*, debida a lo que parece al inextinguible salvajismo del carácter español, reclama indemnización y seguridad... ¡Qué la indemnización sea la independencia de Cuba! ¡Qué la seguridad sea la paz!...

Poco a poco esa actitud se extendió a todos los periódicos neoyorquinos con la señalada excepción del *N. Y. Post* que dirigido por E. L. Godkin y dedicado a luchar contra el imperialismo norteamericano, dejaba de notar en su absurdo fanatismo que todos los ataques que dirigía a los cubanos y su oposición a la independencia de Cuba, eran otros tantos argumentos para que los anexionistas pretendiesen la adquisición de la Isla sin que se constituyese en república, o para que España continuase tiranizándola.

## IX

# EL INCIDENTE DE LA CARTA DUPUY DE LOME-CANALEJAS

Enrique Dupuy de Lôme, el Ministro de España en Washington, había rendido muy importantes servicios al gobierno de Madrid en contra de la Revolución Cubana. Aunque algo altanero y conduciéndose siempre con estudiada reserva, los círculos diplomáticos y sociales de Washington le daban la mejor acogida y él, por su parte, había establecido y estrechado algunas importantes amistades con gobernantes, congresistas, periodistas y hombres de negocios norteamericanos y tenía, además, muy buenas relaciones con la jerarquía eclesiástica católica de los Estados Unidos y con sus colegas latinoamericanos. En tiempos de Cleveland su espíritu reaccionario había hecho excelente migas con el muy conservador del Secretario de Estado, Richard Olney, y su influencia había sido decisiva en lo tocante a las relaciones entre España y los Estados Unidos por razón de Cuba. Utilizaba, sin estimarlos ni respetarlos, a los autonomistas cubanos, y no desdeñaba cartearse con alguno de ellos, con los azucareros Atkins y Stillman y con el propio Olney, sobre planes de soborno y de eliminación por medio de atentados, de los más importantes jefes cubanos de la Revolución. Dupuy de Lôme era entusiasta partidario de Cánovas del Castillo, el archi-reaccionario político español “del último hombre y de la última peseta”, asesinado por el anarquista Angiolillo, y simpatizaba con Weyler y sus medidas de represión hasta el punto de que, con aquella debilidad suya por escribir cartas comprometedoras, que tan caro habría de costarle y que mucho rebaja sus méritos diplomáticos, no había titubeado en criticar por escrito y muy duramente a Sagasta, el sucesor de Cánovas del Castillo, a quien adivinaba mejor dispuesto a transigir en cuanto a Cuba que el jefe de los conservadores.

El ministerio Sagasta, presionado por los Estados Unidos para que implantase reformas en Cuba, agotados los recursos de España, aislada ésta internacionalmente, trató de ganar tiempo para lograr el ajuste de sus diferencias con el gobierno de McKinley y envió en misión especial a los Estados Unidos y a Cuba al Ministro de Comercio, José Canalejas, político español cuya carrera se iniciaba prometedoramente y quien llegaría a los más altos puestos gubernamentales y hasta asociaría su nombre a más de una reforma substancial de la vida nacional española antes de que su vida terminase de manera trágica. Canalejas pasó en los Estados Unidos los últimos meses de 1897, en apariencia dedicado al restablecimiento de la antigua amistad que había existido entre norteamericanos y españoles, al estudio de un nuevo tratado de comercio entre los Estados Unidos y España, que incluiría a Cuba y que era sólo un cebo para atraerse el apoyo de los intereses económicos norteamericanos, y también consagrado a la propaganda de la autonomía como solución de la cuestión cubana. Canalejas, asesorado de Dupuy de Lôme, logró positivos resultados favorables, sobre todo si se tiene en cuenta las dificultades a que tenía que hacer frente. Como era de esperar, Canalejas fué recibido por el Presidente McKinley, en la Casa Blanca, y ambos sostuvieron una larga conversación en la que, oficialmente, el estadista español expuso los que confesaba que eran los objetivos de su misión y, en cambio, escuchó al Presidente McKinley cuando le decía que él, personalmente, sentía gran afecto por España; pero que la opinión norteamericana le arrastraba a la guerra (52).

Canalejas vino después a La Habana, todavía en el desempeño de su misión como Ministro de Comercio y agente especial y amigo de Sagasta, el jefe del gobierno español. El mensaje presidencial de McKinley, de fecha 6 de diciembre de 1897, no fué bien recibido por nadie: lo criticó la prensa norteamericana simpatizadora de la causa de Cuba y también la partidaria de España; produjo en España la reacción de insultos y amenaza de los amigos de Weyler y de éste mismo; determinó a los libertadores cubanos a hacer un enérgico pronunciamiento contra la autonomía y contra cualquier otra solución que no fuese la independencia; descontentó a los autonomistas y, en suma, fué un fracaso, aunque la cancillería de Madrid llevó su duplicidad hasta pedirle al Ministro Woodford que expre-

sase al Departamento de Estado la satisfacción con que España lo había recibido. Hasta en esto España mentía, sin embargo, porque Dupuy de Lôme, en una carta personal suya a Canalejas, escrita desde Wáshington, revelaba la verdad de la política que España venía siguiendo acerca de los Estados Unidos y de Cuba y que él y Canalejas ponían en práctica y, de paso, daba su verdadera opinión acerca del Presidente McKinley y de su mensaje. Decía Dupuy de Lôme que con la inauguración del gobierno autonómico se lograría pasar la responsabilidad de lo que ocurriese a los cubanos y que con el tiempo regresarían los emigrados y se rendirían los mambises, y después agregaba:

...El mensaje ha desengañado a los insurrectos, que esperaban otra cosa, y ha paralizado la acción del Congreso; pero yo lo considero malo.

Además de la natural e inevitable grosería con que se repite cuanto han dicho de Weyler la prensa y la opinión en España, demuestra una vez más lo que es Mc Kinley, débil y populachero, y además un politicastro que quiere dejarse una puerta abierta con los "jingos" de su partido.

...Sería muy importante que Ud. se ocupara, aunque no fuera más que para efecto, de las relaciones comerciales, y que se enviará aquí un hombre de importancia para hacer propaganda entre los senadores y otros, en oposición a la Junta y para ir ganando emigrados... (53)

La carta llegó a manos de Canalejas poco antes de su partida de La Habana, de regreso a España, y fué a aumentar el enorme volumen de correspondencia y documentos relacionados con su misión, que debía llevar consigo y que requerían clasificación y archivo. El secretario particular de Canalejas estaba muy atareado con los preparativos del viaje y contrató los servicios de un joven cubano como empleado temporero, a fin de que le ayudase a arreglar la correspondencia. El empleado, de apellido Escoto, tenía sus contactos con los revolucionarios habaneros, entre los cuales figuraba de manera prominente, aunque sin despertar sospecha, el hacendado Perfecto Lacoste. Al leer la carta de Dupuy de Lôme, Escoto en el acto se percató de su importancia política, la sustrajo y la llevó secretamente a los conspiradores, quienes con todo sigilo a las pocas horas habían embarcado a Escoto, portador de la carta, a bordo de un vapor que salía para los Estados Unidos,

todo ello hecho con tanta premura que Escoto llegó a Nueva York en lo más crudo del invierno, tiritando de frío con sus ropas cubanas, y así se presentó en las oficinas de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano. A D. Tomás Estrada Palma no se le ocultó que la carta sustraída podía ser utilizada con ventaja contra España y contra su Ministro en Wáshington, así como para desacreditar de manera definitiva a la autonomía colonial ante la opinión norteamericana. Sin embargo, las convicciones morales del viejo patriota y educador se oponían al empleo de este recurso de guerra, que le repugnaba, y por ello se convino en que Estrada Palma emprendería un conveniente viaje de inspección por las agencias revolucionarias de los Estados del Sur, mientras que Horatio S. Rubens, el abogado de la Delegación, y otros miembros de la misma, se encargaban del asunto. Rubens planeó la cosas de modo que se produjese el escándalo público para así forzar el incidente diplomático, y al efecto hizo reproducir en la prensa el facsímil de la carta de Dupuy de Lôme con una traducción fiel de la misma que, sin embargo, escogía cuidadosamente los vocablos de modo que se destacase la dureza de las palabras empleadas por el Ministro de España. El escándalo que se produjo fué el que se buscaba y Rubens, portador de la carta original, se fué a Wáshington para mostrarla al Subsecretario de Estado, William R. Day. En el curso de la entrevista con Rubens el Subsecretario Day llamó a su despacho al Subsecretario Auxiliar, Alvey A. Adee, antiguo Secretario de Legación y ex-Encargado de Negocios de los Estados Unidos en España durante la Guerra de los Diez Años y, como tal, buen conocedor de las realidades españolas, y cuenta Rubens que Adee se permitió reputar da falsa la carta, desde los primeros momentos, agregando que Dupuy de Lôme era demasiado buen diplomático para cometer tamaño error. Rubens, nó obstante la acusación que entrañaban tales palabras y que bien demostraban de qué lado se inclinaba Adee al tratar de los problemas de Cuba, los Estados Unidos y España, se mantuvo firme y ratificó que la carta no era apócrifa y que la firma era bien genuina, mientras Adee insistía en que no concordaban la carta y las notas de Dupuy de Lôme que se conservaban en el Departamento de Estado porque si una vez firmó con la inicial "E.", en otras lo hizo con el nombre completo de "Enrique". Conviene indicar que mientras Adee

defendía al diplomático que había insultado al Presidente McKinley y a los Estados Unidos, Dupuy de Lôme, enterado de la publicación de la malhadada carta, había cableografiado a Madrid la renuncia de su cargo para anticiparse al incidente diplomático inevitable y la renuncia le había sido aceptada sobre la marcha. Ante la insistencia de Rubens el Subsecretario Day dió de lado a las objeciones de Adee y se dirigió con Rubens a la Casa Blanca para entrevistarse con el Presidente McKinley. En realidad, tanto por parte de McKinley, como en cuanto a Day y Adee, la actitud hasta ese momento era de condenación por la publicación de la carta, con lo cual no se podía disimular lo ocurrido, y Rubens en sus memorias, escritas muchos años más tarde, se felicita una y otra vez de haber procedido como lo hizo, ya que sólo así evitó otro arreglo más entre los Estados Unidos y España.

De la Casa Blanca se dirigió Day, todavía dudoso, al edificio de la Legación de España, y se hizo anunciar. Acudió Dupuy de Lôme y casi sin más trámites, al exhibirle Day la carta a Canalejas, que llevaba consigo, el diplomático español admitió su autenticidad y se la guardó mientras declaraba que el documento le pertenecía y que estaba, técnicamente; en territorio español, dentro del edificio de la Legación. En cuanto a las posibles derivaciones del asunto Dupuy de Lôme le hizo observar a Day que no las habría porque hacía varias horas que había renunciado a su cargo como representante de España y que la renuncia le había sido aceptada. La carta fué recobrada algún tiempo después; pero, aparte de las mortificación experimentada por McKinley ante el tratamiento recibido en la carta interceptada y la sospecha de que todavía hubiese más, que él ignoraba, sobre el mismo asunto, había el hecho concreto de que la misión de Canalejas para el estudio de un nuevo tratado comercial con España había sido una engañifa, confesada por Dupuy de Lôme, y que todas las negociaciones con el gobierno de Madrid por razón de Cuba estaban viciadas de mala fe, superchería y turbios manejos que no contemplaban una verdadera solución de la cuestión de Cuba. Dupuy de Lôme había sido reputado por Olney de íntegro, verídico, discreto y sincero, con lo que si podemos inferir que el diplomático español carecía de esas cualidades, entre las de Olney, pomposo y crédulo, no figuraban la perspicacia y el buen juicio.

La opinión pública norteamericana llegó al conocimiento de

todas estas cuestiones en los mismos momentos en que se producía la catástrofe del *Maine* y la duplicidad de la diplomacia española, así demostrada, ayudó a los más duros enjuiciamientos de las responsabilidades de España por el desastre sufrido por el acorazado norteamericano, hechos en los Estados Unidos, que así resultaban razonables y adecuados. La nueva política de los Estados Unidos en cuanto a España se hacía inminente, aunque ella llevase a la guerra...



## LA MISION DEL MINISTRO WOODFORD EN MADRID

Dupuy de Lôme, el representante de la Regente María Cristina de España en Wáshington, no había quedado muy bien parado en cuanto a sinceridad y lealtad, como acabamos de demostrar; pero la Regente presumía de que ella y quienes le rodeaban eran sinceros y leales y se permitía dudar de la honradez de Hannis Taylor, el Ministro de los Estados Unidos en Madrid durante el gobierno de Cleveland, relevado de su cargo por McKinley. Según ella hubo de decir personalmente al sustituto de Taylor sin que por ello escuchase una palabra de protesta o de excusa del nuevo representante norteamericano en defensa de un compatriota suyo, Taylor “no tenía los ojos honrados” (54). ¿Quién era el improvisado diplomático que así toleraba que se insultase a su antecesor, no obstante que éste había tenido y tenía él, a su vez, la representación de los Estados Unidos? El general Stewart L. Woodford, militar que había figurado sin gran distinción en los ejércitos federales durante la Guerra Civil, sin previa experiencia diplomática ni preparación específica para el cargo, fué el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario escogido por el gobierno republicano de McKinley para suceder a Taylor, el legado que había servido al gobierno demócrata de Cleveland. Stewart estaba muy relacionado con la llamada “pandilla de Ohio” (Ohio Gang), que en tiempos de McKinley tuvo gran influencia en la vida nacional norteamericana. Como otros miembros de la “Ohio Gang”, Woodford se había establecido en Nueva York, donde había más campo para los grandes negocios y, graduado de abogado, practicó su profesión sin descuidar la política. Fué factor de cierta importancia en el triunfo de McKinley, como los hermanos McCook, también de la “Ohio Gang”, y aspiró a ser recompensado con un puesto importante en el nuevo gobierno sin que en sus cálculos o en los de los McCook en un principio entrase la misión a España o el caso de Cuba. La cuestión cuba-

na, sin embargo, estaba en todos los labios y ocupaba puesto preferente en las primeras páginas de los periódicos, además de ser preocupación constante del gobierno y del Congreso de Wáshington: en ella había oportunidad de servir a la opinión pública norteamericana, que estaba contra España, de complacer a los expansionistas del Partido Republicano, de hacerse de una reputación política y de realizar productivos negocios. Woodford y sus asociados se conformaron muy a gusto con la oportunidad de llevar a cabo las negociaciones con España acerca de Cuba. McKinley, su "Ninfa Egeria": Mark Hanna, el Subsecretario Day, etc., todos ellos políticos de Ohio, no vieron nada reprochable o pecaminoso en los tortuosos manejos que iban a caracterizar la misión de Woodford en Madrid para comprar a Cuba o para comprar la libertad de Cuba. En la sombra un sindicato de "lobbyists" o cabilderos del Congreso se preparaba a actuar y a comprar y vender influencias políticas a los cubanos o a quien fuera.

La misión encomendada a Woodford venía a recordar en cierto modo la que en tiempos del Presidente Pierce y también por causa de Cuba, se encomendó al entonces recién nombrado Ministro en España, Pierre Soulé, para que se consultase con sus colegas en las capitales de las grandes potencias europeas a fin de trazarse toda una política uniforme respecto a España y a Cuba. Esas consultas, como se sabe, tuvieron el título genérico de "Conferencias de Ostende" y "Manifiesto de Ostende" fué llamado el memorándum después publicado acerca de ellas. A Woodford se le instruyó también para que se entrevistase, con ocasión de su viaje a Madrid, con el Embajador Hay, en Londres, el Embajador White, en Berlín, y el Embajador Porter, en París, a fin de cambiar impresiones, y esos diplomáticos recibieron orden de colaborar con Woodford y de informarle de las corrientes de opinión que prevalecían en cada país acerca de los Estados Unidos, España y la guerra de Cuba. Esta instrucción general y común de acción concertada, en la que el Embajador Hay, sin duda por su experiencia durante el tiempo en que estuvo en España como secretario de legación, aparecía como director, fué completada días después y antes de que Woodford partiese para su destino, por otra que sí era directa y exclusiva para él y en la que los Estados Unidos anunciaban la inminencia de un cambio radical en la política que el gobierno de Wáshington había seguido desde 1810 en cuanto al reconocimiento de la beligerancia de los cubanos,

la política que había determinado el fracaso de todos los movimientos revolucionarios cubanos durante ochenta años, la que hacía que la independencia llegase a Cuba con varias generaciones de retraso y la que, muy especialmente, era la responsable de los terribles sacrificios de tiempos de Narciso López, de la Guerra de los Diez Años y de la primera etapa de la lucha comenzada en 1895. El Secretario Sherman le decía a Woodford que la política seguida por los Estados Unidos no había sido de neutralidad, sino favorable a España, y que el pueblo norteamericano exigía un cambio que pusiese a los contendientes en igualdad de condiciones para combatir (55). Arguía Sherman que España había contado con el tiempo necesario para restablecer la paz en Cuba y no había logrado ese objetivo, lo que perjudicaba a los Estados Unidos en sus relaciones con Cuba. La posibilidad de la intervención de los Estados Unidos en la contienda ya se mencionaba de manera específica y a Woodford se le instruía para que ofreciese los buenos oficios de los Estados Unidos al gobierno español a fin de lograr un arreglo que fuese definitivo, honorable y ventajoso tanto para España como para Cuba.

Woodford hizo el viaje a España por vía de Londres y París, pasando en ambas capitales varias semanas del mes de agosto de 1897, en conferencias con sus colegas Hay, Porter y White y en seguida inició la extraña práctica de mantener una doble correspondencia con su gobierno: una, la oficial, dirigida al Departamento de Estado; la otra confidencial, cuyo destinatario era el propio Presidente McKinley, diferenciado de la cancillería. Estos últimos despachos, telegramas e informes están encuadernados aparte de la documentación regular de la misión de Woodford, en un tomo de pequeño tamaño que descubrí en los archivos diplomáticos de Washington, allá por 1932 y que creo haber sido yo el primer investigador de cualquier nacionalidad que lo haya consultado. Los tejuelos de ese volumen dicen: "*Spain-Minister Woodford to the President August 10, 1897, to April 17, 1898 - Nos 1-68*". Los sesenta y ocho documentos presentan dos gestiones distintas desempeñadas al mismo tiempo por Woodford, durante su estancia en Madrid.

Woodford se hizo cargo de la Legación a principios de septiembre, y ya por entonces había informado a su gobierno que el criterio de los embajadores norteamericanos consultados era acorde en que la opinión europea no respaldaba a España y era más bien favorable

a los Estados Unidos en la cuestión cubana. Antes de la presentación de credenciales de Woodford, que tuvo lugar en San Sebastián el 13 de septiembre, el enviado norteamericano había sostenido una larga conversación con el embajador de la Gran Bretaña, Sir Henry Drummond-Wolff, en la que había satisfecho la curiosidad del diplomático inglés acerca de los designios norteamericanos sobre Cuba. Woodford aprovechó su primera entrevista con el Duque de Tetuán, el 18 de septiembre, para plantearle la nueva política de los Estados Unidos en cuanto al caso de Cuba y darle un plazo hasta el primero de noviembre para el restablecimiento de la paz en Cuba, pasada cuya fecha los Estados Unidos procederían por su cuenta... Esta exigencia quedó ratificada, así como la oferta de los buenos oficios de los Estados Unidos, mediante una nota de fecha 23 de septiembre, y las demandas de Woodford casi en seguida fueron publicadas, con más o menos detalles, por algunos periódicos norteamericanos a virtud de una estudiada indiscreción diplomática que irritó profundamente a la cancillería de Madrid. España, sin embargo, comenzó a actuar para congraciarse con los Estados Unidos, y los decretos del relevo de Weyler (octubre 9), de la implantación de la autonomía, del nombramiento del general Blanco, de la supresión de la reconcentración, etc., fueron consecuencias iniciales de las demandas de Woodford.

Woodford no tardó en enseñar la oreja anexionista, y no en indiscreciones periodísticas o en insinuaciones sin importancia, sino en un despacho dirigido al Presidente McKinley cuyo original figura en el pequeño tomo de correspondencia confidencial a que acabamos de referirnos y que se conserva en los archivos diplomáticos norteamericanos. El 17 de octubre Woodford le decía a McKinley:

... El restablecimiento de la paz puede que posiblemente traiga un práctico protectorado, a modo de resultado razonable y deseable. Espero que no sea así, sin embargo, ya que me temo que hasta que los cubanos aprendan con las difíciles lecciones de la experiencia probarán ser poco satisfactorios pupilos y que el garantizar sus acciones producirá una responsabilidad seria y peligrosa...

La paz puede que traiga la anexión como su necesario final. Espero que la anexión no llegue hasta que los cubanos hayan aprendido a gobernarse o hasta que hayan ido a Cuba suficientes norteamericanos para que constituyan una espina dorsal de fiar en cuanto a ciudadanía inteligente.

Pero que haya paz hoy y entonces a su debido tiempo todo lo demás vendrá lógica y seguramente... (56)

El protectorado o la anexión: he ahí los términos del dilema planteado en la correspondencia entre Woodford y McKinley. La autonomía a que también se referían Woodford y el Duque de Tetuán en sus conversaciones y a la que aludían McKinley, Sherman y Day, había sido rechazada, no sólo con terminantes declaraciones oficiales por los patriotas cubanos, sino con hechos militares que no admitían vuelta de hoja y pocas semanas más tarde el teniente coronel español Joaquín Ruiz llegó al campamento del general cubano Néstor Aranguren haciendo protestas de amistad y a pesar de que se le previno que no lo hiciera porque ello envolvía una violación de las leyes y disposiciones vigentes, se permitió arengar a los soldados cubanos para que aceptasen la autonomía. En el acto fué reducido a prisión, juzgado en consejo de guerra, condenado a muerte y ejecutado por un pelotón, como así habría hecho Jorge Washington con un oficial inglés que con pretensiones de amigo hubiese pretendido seducir a sus soldados durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos.

Cuando España contestó las demandas hechas por los Estados Unidos, un mes después de presentadas, lo hizo para anunciar reformas en Cuba como resultado de su propia iniciativa y para acusar duramente a los Estados Unidos de ser los culpables de que continuasen las hostilidades en Cuba porque permitían que en territorio norteamericano actuasen los conspiradores cubanos y porque no había impedido la salida de todas y cada una de las expediciones revolucionarias cubanas, equipadas en los Estados Unidos, aunque la verdad histórica nos revela que más de medio centenar de ellas, con enormes pérdidas de dinero, de vidas y de oportunidades de alcanzar la victoria, habían sido frustradas por las autoridades federales norteamericanas. La respuesta de España al parecer dejó confundido a Woodford y, en cierto modo, desarmó a la cancillería de Washington. En una entrevista de Woodford con Moret, el Ministro de Ultramar, éste recibió los parabienes del representante de los Estados Unidos por el anuncio de la concesión de la autonomía y ambos hablaron tranquilamente de las posibilidades de un nuevo tratado de comercio sin más referencias a las exigencias hechas por Woodford y a la fecha en que debían quedar satisfechas. A fines de diciembre, cuando Woodford por fin dió cumplimiento

a una instrucción dictada en noviembre anterior por Sherman, los Estados Unidos aparecían convencidos de la bondad de la autonomía que rechazaban los cubanos y que el propio Woodford había desacreditado y criticado en todos los tonos. El general Máximo Gómez, comandante en jefe del Ejército Libertador Cubano, dictó una orden militar para que todo jefe u oficial cubano que se acogiera a la paz con la autonomía o que conferenciase acerca de ellas con emisarios españoles, fuese fusilado. En ella disponía asimismo que los emisarios españoles que se acercasen a los cubanos con propagandas de la autonomía fuesen considerados como espías, juzgados y fusilados. Tomás Estrada Palma, el representante de la Revolución Cubana en los Estados Unidos, informó de modo concluyente al Secretario Sherman, y éste así se lo comunicó al Presidente McKinley, que la autonomía concertada entre Woodford y el gobierno español era rechazada por Cuba.

El mensaje presidencial de McKinley al Congreso, de 6 de diciembre de 1897, había ignorado los puntos de vista cubanos y mereció los elogios del gobierno español presidido por Sagasta, ya que las críticas de McKinley afectaban a los gabinetes de Cánovas del Castillo y de Azcárraga y no al de Sagasta. La cordialidad entre los Estados Unidos y España siguió por varias semanas, a pesar de las indignadas protestas de Weyler y de sus risibles amenazas de castigar a los Estados Unidos; pero la voladura del *Maine* y el incidente provocado por la revelación de la indiscreta carta de Dupuy de Lôme a Canalejas, a la que el Ministro de Estado español, Pío Gullón, quiso quitar toda importancia, restablecieron la tirantez anterior.

Desde octubre de 1897 Woodford tenía ciertas noticias acerca de posibles negociaciones sobre el destino de Cuba, cuyos detalles él no conocía, porque el Embajador Drummond-Wolff le había estado sondeando sobre las gestiones que realizaba un abogado McCook, de Nueva York, íntimo del Presidente McKinley, miembro de la familia de los "Fighting McCooks" y de la "Ohio Gang", compañero de Woodford en política y en negocios, a quien se atribuían los manejos conducentes a arreglar la cuestión de Cuba. Este McCook era tan amigo de McKinley, que estaba con él en su despacho de la Casa Blanca cuando Day y Rubens le visitaron con la carta de Dupuy de Lôme. Woodford, en su correspondencia confidencial con McKinley, le avisó de esta conversación sin lograr

mayor información. A fines de diciembre, sin embargo, una nueva fórmula de solución para el caso de Cuba debió surgir en España, porque Woodford cablegrafió a McKinley el siguiente misterioso despacho:

...Partí de los Estados Unidos tan de repente el pasado verano que mis asuntos personales exigen mi presencia en Nueva York por unos pocos días, de ser posible. Creo que puedo ir sin perjuicio para los intereses de nuestro Gobierno; pero no quiero hacerlo a menos que Ud. lo considere perfectamente seguro. *El Gobierno Español desea que diga cosas que no se pueden escribir. No contestarán mi última nota hasta que yo regrese a Madrid y harán que mi ausencia no sea mal interpretada. No necesito estar en los Estados Unidos más de diez días. Creo prudente hacer el viaje usando el estado de mis asuntos privados como plausible excusa pública.* Si Ud. lo estima prudente sírvase telegrafíarme el permiso inmediato para que pueda partir de España el primero de enero. Este despacho no es para los archivos del Departamento de Estado... (57)

No hay dato concreto acerca del mensaje que España quería que Woodford llevase en persona y que era tan secreto que no se podía escribir ni se podía incluir una referencia al mismo en los archivos oficiales. Sí se sabe que el Presidente McKinley, dos días más tarde, denegó el permiso solicitado por Woodford y que éste continuó en Madrid; pero se puede colegir que tenía relación con los manejos de McCook y sus amigos o con un plan español para disponer de Cuba, de acuerdo con los Estados Unidos. Woodford hizo conocer a la Reina Regente y el Ministro Segismundo Moret la decisión de McKinley por la cual se le denegaba el permiso para ir a los Estados Unidos y se le instruyó que en caso de necesidad usara como mensajero de documentos trascendentales a MacArthur, el secretario de la Legación. Esta resolución era de orden confidencial y el hecho de que Woodford diese conocimiento de ella al gobierno ante el cual estaba acreditado no puede tener otra explicación sino la de que se trataba de una negociación que afectaba a la Regente María Cristina y a sus ministros.

En la correspondencia especial entre McKinley y Woodford figura un despacho de este último, fechado a 17 de enero de 1898 y marcado "Confidential and never to be published" (Confidencial y que nunca se publique), en el que Woodford relata dos trascendentales entrevistas celebradas en esos mismos días con la Reina Regente y con el Ministro Moret. Según el diplomático norteamericano su real interlocutora le habló con estas palabras:

...He hecho todo lo que habéis pedido o sugerido, en lo que me ha sido posible. El Ministerio ha sido cambiado. El general Blanco está tratando de aliviar los sufrimientos de Cuba, sufrimientos que son horribles y que me tienen enfermo el corazón. He concedido la autonomía y me propongo seguir por este camino hasta el final. Ahora bien, yo creo que si el Presidente Mc Kinley es mi amigo debiera estar dispuesto a hacer algo por su cuenta.

Quiero dos cosas: quiero que lance un manifiesto o proclama en el que pida al pueblo de los Estados Unidos que deje de dar dinero y pertrechos a los insurrectos hasta que el Presidente pueda ver si mi nuevo esfuerzo está llamado a tener éxito. El Ministro Taylor le prometió al Sr. Cánovas que si se concedía la autonomía el Presidente Cleveland publicaría esa proclama. Pero yo no me fiaba del Ministro Taylor. Nunca me miraba a los ojos. Yo he estado mirando a los ojos de muchas gentes durante los últimos doce años y los ojos de vuestro antecesor no eran honrados.

También quiero que el Presidente McKinley destruya la Junta de Nueva York. Si hubiese una Junta en España que apoyase la guerra contra Francia, yo la destruiría. Creo que el Presidente Mc Kinley debiera destruir toda Junta de verdad dedicada a hacer la guerra contra España en Cuba desde Nueva York. ¿Tendríais la bondad de cablegrafiar a vuestro Presidente para decirle qué es lo que yo quiero y qué es lo que yo creo que él debe hacer?... (58)

Lo primero que sorprende en cuanto a estas demandas de la princesa austriaca es la tranquilidad con que ella y su visitante parecieron entenderse en cuanto a que Hannis Taylor no tenía ojos de hombre honrado y a que Cleveland estaba dispuesto a hacer más para aplastar la Revolución Cubana, que McKinley; pero también asombra la ignorancia de la Regente en cuanto a las facultades de un presidente federal para caer en las arbitrariedades de un Habsburgo o de un Borbón. Finalmente, resulta pasmoso que después de tantos años la soberana que regía a España desconociera que la Junta o Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York dependía del gobierno que funcionaba en Cuba y al que obedecían Estrada Palma y sus ayudantes, por una parte, y por otra los jefes, oficiales y soldados del Ejército Libertador Cubano. La destrucción de la supuesta Junta, a que se refería María Cristina, habría hecho más difícil la obra de la Revolución Cubana; pero no la hubiese condenado necesariamente al fracaso.

Si Woodford no defendió a su antecesor, por lo menos trató de explicar a la Reina Regente, típica autócrata Habsburgo, cuáles

eran los derechos individuales en los Estados Unidos y hasta dónde protegían a los ciudadanos contra toda posible arbitrariedad gubernamental, sobre todo cuando la Delegación Cubana se cuidaba de no infringir las leyes con su propaganda y sus otras actividades. María Cristina volvió a insistir y, según la versión de Woodford, le dijo:

...a pesar de lo que decís (los miembros de la Junta) hacen la guerra. Recaudan dinero; compran armas; las envían a Cuba y si no hubiese Junta en Nueva York no habría revolución. Vuestro Presidente Grant destruyó una vez la Junta, ¿por qué no puede hacerlo el Presidente Mc Kinley?... (59)

Woodford explicó a la Regente que si Grant había hecho tal cosa el Tribunal Supremo de los Estados Unidos no se había visto llamado a decidir sobre la constitucionalidad de tales disposiciones ejecutivas las que, muy probablemente, habrían sido anuladas como contrarias a la Constitución; pero ya la princesa Habsburgo, envalentonada, había perdido toda prudencia, y se permitió decirle a Woodford que si McKinley hacía lo que ella pedía, su conducta merecería la aprobación de las potencias europeas, una declaración que, "a contrario sensu", equivalía a decir que si no hacía tal cosa, su conducta sería mirada con desaprobación. A esto Woodford ya no tuvo otro remedio que informarle a María Cristina que los Estados Unidos cumplirían con sus deberes de humanidad y de justicia "...hasta con el posible riesgo de encontrarse con la desaprobación de las potencias europeas" (60).

La entrevista siguió entonces con el Ministro Moret y ante una información de éste acerca de que los conservadores españoles pedían la disolución de las Cortes, la exoneración del Ministerio Liberal, la anulación de la autonomía y la vuelta de Weyler a Cuba, ya Woodford hubo de decir, de manera terminante, que los Estados Unidos no permitirían que Weyler desembarcase de nuevo en Cuba y que cualquiera tentativa para restablecer las barbaridades de antaño determinaría la intervención instantánea, efectiva y final, de los Estados Unidos, porque no había posible retirada de la política que Sagasta había marcado para España.

Si fuerte y concluyente había sido el lenguaje empleado por Woodford en esta entrevista, no lo fué menos el de la nota que con fecha 1.º de febrero le envió el Ministro de Estado español, Pío Gullón, en respuesta muy demorada a la de 20 de diciembre

de 1897, del diplomático norteamericano. Gullón acusaba al gobierno de los Estados Unidos de no cumplir con sus deberes internacionales, de tener leyes deficientes y de no portarse como nación amiga; le negaba a Woodford todo derecho a criticar a Weyler y al gobierno español por su política en Cuba y le comunicaba que España se negaba a aceptar fecha fija por parte de los Estados Unidos en cuanto a la terminación de la guerra de Cuba. La nota, en suma, precisaba que a España se le había agotado la paciencia y que no estaba dispuesta a aceptar imposiciones.

No se había repuesto Woodford de su sorpresa cuando Moret le invitó a que le visitase en su residencia y le notificó las pretensiones de España para que el Cónsul Lee fuese relevado de su cargo en La Habana bajo la acusación de estar en relación con los insurrectos, de laborar contra la autonomía y de enviar informes falsos al gobierno de Wáshington. Moret trató de dulcificar la demanda con la explicación de que España comprendía que en parte las dificultades y rozamientos con el Cónsul Lee provenían de que éste siempre había estado en contra de Weyler, a lo que Woodford dijo:

...En el acto contesté que ningún norteamericano podía estar satisfecho con los métodos de Weyler en Cuba, y que si Weyler no hubiese sido relevado de su cargo yo habría aconsejado a mi gobierno la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y España ya que, amigo sincero de la paz, como soy, había preferido la guerra a la continuación del mando y de los métodos de Weyler... (61)

El Departamento de Estado se apresuró a instruir a Woodford que McKinley ni siquiera consideraría la solicitud de la retirada del Cónsul Lee; pero tanto para el gobierno de Wáshington como para el Ministro Woodford la nueva pretensión española tenía todas las apariencias de un nuevo pretexto para demorar el cumplimiento de las demandas norteamericanas, mucho más cuando supieron que el inicio de las sesiones de la flamante Cámara Autonomista había sido pospuesto para el 25 de abril, sin que la pacificación prometida se hubiera cumplido. En realidad, con fecha 20 de diciembre el gobierno de los Estados Unidos había requerido a España para que la cuestión cubana quedase resuelta antes del primero de abril, sin encontrar objeción alguna, y la posposición del funcionamiento del régimen autonómico era una obvia admisión de que nada se había logrado. Como razonaba Woodford,

a partir de mayo comenzaban las lluvias en Cuba y si España no había logrado aplastar a los cubanos antes de mayo, imposible le sería hacerlo en el verano y después. Por eso pedía a su gobierno que se repitiera de la manera más terminante la demanda del 20 de diciembre, observación bien razonable, mucho más cuando poco después tendría lugar la voladura del *Maine* y ocurriría el incidente de la carta de Dupuy de Lôme.

El despacho de Woodford iba camino de Wáshington cuando el Secretario Sherman envió al Ministro en Madrid una de las más importante instrucciones relacionadas con su gestión y una que debieran tener en cuenta esos cubanos derrotistas y también ciertos historiadores norteamericanos y españoles que afectan creer que España tenía dominados a los cubanos en 1898 y que los Estados Unidos tuvieron que intervenir para salvar a la Revolución Cubana. La instrucción, fechada a primero de marzo, presentaba cuatro afirmaciones fundamentales sobre las cuales el Departamento de Estado hacía descansar su nueva política, contraria a la autonomía. Las afirmaciones eran como sigue: Primera.—Los ejércitos españoles no habían alcanzado éxito alguno sobre los cubanos en más de dos meses y sus actividades habían sido más limitadas y, si bien es cierto que no había frecuentes denuncias de atrocidades, no lo era menos que la nueva distribución de las tropas obligaba a los dueños de fincas en que aquéllas acampaban, a desembolsos extraordinarios. Segunda.—La campaña del general Blanco contra el general Máximo Gómez había fracasado en lo absoluto y los mam-bises continuaban dominando la mitad oriental de la Isla y sus columnas operaban en las provincias occidentales sin que los españoles pudieran impedirlo. Tercera.—La autonomía se había extendido a las ciudades controladas por España, sin que los problemas relacionados con el nuevo régimen hubiesen sido solucionados, mientras que de una parte los cubanos revolucionarios o simpatizadores de la Revolución, y de otra, los españoles intransigentes, se oponían a la autonomía del modo más terminante. Cuarta.—La situación social y económica del país era peor que nunca y la obra de rehabilitación nacional parecía superior a las fuerzas del régimen autonomista.

Los Estados Unidos, pues, habían llegado en marzo de 1898 a la conclusión que Cleveland y el propio McKinley habían ignorado durante tras años, o sea, que la autonomía no era solución y que

los cubanos peleaban por la independencia absoluta y solamente por ella. Woodford, sin embargo, no se resignaba a aceptarlo así y en los Estados Unidos y en España muy influyentes personajes le acompañaban en su actitud y se disponían a hacer un último esfuerzo para lograr la anexión o el protectorado norteamericano sobre Cuba.

El contacto ahora empleado por Woodford lo proporcionó un asturiano "norteamericanizado", dedicado al negocio del tabaco en gran escala entre Cuba, los Estados Unidos y España. Ramón García, el nuevo mediador, era ciudadano norteamericano, casado con la Sra. Virginia Baxter, de igual nacionalidad, amigo personal de Sagasta y de Moret, influyente entre los asturianos de Cuba y entre los voluntarios, y miembro de la firma internacional de F. García and Bros., de La Habana y Nueva York, todavía hoy dedicada al comercio de tabaco en rama. El 7 de marzo Ramón García ofreció una comida en honor de Woodford, su familia y el personal de la Legación, a la cual también fueron invitados los corresponsales del N. Y. *Herald* y N. Y. *Sun*, en Madrid. Sin ocultar ni por un momento el hecho de que Sagasta y Moret sabían de la comida que tenía lugar y como si al pie de la letra siguiera instrucciones de ambos, García no esperó a levantarse de la mesa para comunicarle a Woodford que, en opinión suya, España ya había hecho todo lo posible para terminar con la guerra de Cuba y que si ésta continuaba era porque los Estados Unidos ayudaban a los mambises sin advertir que se trataba de una guerra de razas porque, según García, los revolucionarios eran negros con unos pocos jefes blancos y la inmensa mayoría de los cubanos blancos eran partidarios de España. De modo muy concluyente García declaró que:

...la bandera española debe seguir flotando sobre Cuba hasta que sea arrancada de la Isla por una fuerza extraña. Que él había leído en los periódicos rumores al efecto de que los Estados Unidos querían comprar a Cuba; pero que España nunca le vendería Cuba a los Estados Unidos. Que ningún gobierno español podía hacerlo y subsistir. Que si la autonomía o las operaciones militares no podían de por sí poner fin a la rebelión y España se veía obligada a abandonar la Isla, pudiera encontrarse obligada a reconocer la independencia de Cuba; pero nunca la venderá o la cederá a los Estados Unidos. Que los Estados Unidos jamás podrán adquirir a Cuba con el consentimiento de España y que si llegan alguna vez a tenerla en su poder habrán tenido que obtenerla por conquista... (62)

Los comensales siguieron tratando el tema de Cuba, según se echa de ver por el relato de Woodford a su gobierno, y el diplomático norteamericano, antiguo militar, no tuvo reparo en decirle a su anfitrión que España debiera ofrecerles grados militares en sus ejércitos a los jefes y oficiales del Ejército Libertador Cubano para que desertaran la causa de la independencia y se pasaran a sus opresores, consejo que, posiblemente, de haber sido dado a Washington y a sus valientes, durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, Woodford habría calificado muy duramente a quien lo hubiera dado. Pocas semanas más tarde el Capitán General Blanco se permitiría ofrecerle al General en Jefe del Ejército Libertador Cubano, Máximo Gómez, una alianza oficial contra los Estados Unidos, y el general Gómez rechazó el ofrecimiento lleno de indignación y con la declaración de que, como hombre de honor y como militar, él no se pondría de acuerdo con España. Esta había sido la línea de conducta de Gómez durante los treinta años que había estado al servicio de la causa de Cuba; pero Woodford, encargado de representar a los Estados Unidos en la cuestión cubana, desconocía que había honor, convicciones, lealtad y nobleza entre los cubanos: por eso les insultaba con tan bajuna sugerencia, como si Benedict Arnold hubiera sido cubano.

La comida no terminó sin que García pidiera la autorización de Woodford para comunicar la conversación sostenida al gobierno español, permiso que el diplomático norteamericano le dió de muy buen grado pues, como hubo de informar a sus superiores, desde el primer momento pensó que García tenía instrucciones de sondearlo. Woodford le dijo a García que los Estados Unidos no habían dado a España fecha fija para la terminación de la guerra de Cuba, por lo menos a través de él; pero le agregó:

... si como uno de los más importantes hombres de negocios de Cuba tenéis alguna influencia con vuestro gobierno, os ruego, no como Ministro de los Estados Unidos, sino como hombre, que le recomendéis que termine con esta rebelión, no importa lo que España tenga que hacer para lograrlo. La terrible situación de Cuba no puede durar eternamente. ¡Terminadla en seguida! ¡Terminadla en seguida! ¡Terminadla en seguida! No hay un norteamericano consciente que pueda decir cuánto tiempo más podrán ser sofrenados la conciencia y el humanitarismo del pueblo de los Estados Unidos... (63)

García no tardó en reportar la conversación al Ministro Moret

y en su papel de intermediario el 8 de marzo celebró otra entrevista con Woodford durante la cual le reveló que había informado de todo a Moret; pero no a Sagasta, porque no había podido verle. Woodford le dijo entonces a García lo que sigue, según informó al día siguiente en su despacho especial al Presidente McKinley:

...Me aproveché de la oportunidad para preguntarle por qué era que, en su opinión, si la autonomía no tenía éxito, España no debía vender a Cuba, a lo que añadí que yo sabía que él creía que España debía o conceder la independencia o ir a la guerra antes que vender; pero que yo tenía curiosidad por saber cómo era que él, un hombre de negocios de mente serena y fría, prefería la independencia (con guerras de razas y destrucción de la propiedad), o la guerra (con la pérdida segura de Cuba como consecuencia), al traspaso pacífico de la Isla a los Estados Unidos con el resultante cese de gastos y el alivio inmediato a las finanzas de España. Para sorpresa mía en el acto replicó que el crédito de cincuenta millones de pesos para la defensa nacional, concedido por el Congreso de Washington, disipaba todas las esperanzas en cuanto al éxito de la autonomía ya que con toda certeza alentaría a los rebeldes para que perseveraran. Entonces añadió que lo que me había dicho en la mesa acerca del resultado propósito de España de no vender a Cuba o separarse de ella sino por la fuerza, expresaba el propósito de su gobierno y los puntos de vista de sus asociados en negocios; pero que personal e individualmente él creía que era más prudente vender que pelear con la seguridad de la derrota. Sin embargo, recordándose en seguida, agregó: "Temo la guerra. Mi gobierno no venderá. Vosotros no diréis a los rebeldes que depongan las armas y esto significa la guerra". Yo simplemente contesté: "Quizás vuestro gobierno y vuestros asociados en negocios puedan todos reflejar la opinión pública y quizás si en el fondo de vuestros corazones, ministros y hombres de negocios, cada uno preferiría vender a Cuba, aunque temen que los otros sepan sus pensamientos". A esto García no replicó, sino que se limitó a encogerse de hombros... (64)

Con Woodford ya dedicado a francas gestiones anexionistas, como acabamos de ver por su correspondencia, no faltaban políticos españoles que, en su odio a Cuba libre, se inclinaban a esa solución y hasta, a lo que parece, la propia Reina Regente comenzó a simpatizar con dicha posibilidad. El tabacalero García siguió sus entrevistas con Woodford, en las que trafa y llevaba noticias para Moret y, posiblemente, también para Sagasta, quienes así habían encontrado un modo de comunicarse con el diplomático norteamericano sin quedar comprometido con él. Uno de los más importantes despachos de Woodford a McKinley, incluido en el

volumen especial al que más de una vez nos hemos referido ya, fué el de 17 de marzo, en el que de nuevo hablaba de Ramón García y de las discusiones que tenía con él. Parte de ese despacho se publicó en *Foreign Relations of the United States* (1898), pp. 685-688; pero hubo ciertos párrafos de gran trascendencia cuya publicación fué omitida y en los que Woodford, a vuelta de explicar su conversión al anexionismo, informaba que un miembro de la casa real se había acercado al secretario de la Legación, MacArthur, con la propuesta de que el Ministro de los Estados Unidos se entrevistase con la Reina María Cristina. En las propias palabras de Woodford, no publicadas con el resto de su despacho:

...No creo que ella quisiera que sus ministros se enterasen de esa entrevista y sí soy de opinión de que ella deseaba hablar de algún arreglo que pudiera envolver la separación de Cuba. Envié recado a S. M., por medio del cortesano intermediario, el sábado por la mañana, o sea, el 12 de marzo, en que le decía que yo la visitaría cuando ella quisiera y que enviaría a Mac Arthur a Wáshington esa misma noche con una carta personal para vos. Esa tarde (sábado) el intermediario dijo a Mac Arthur que la Reina no estaba todavía dispuesta para hablar conmigo; pero que él (no ella) creía que era prudente enviar a Mac Arthur a Wáshington y conseguir la autorización para negociar si se presentaba la ocasión. Cuando se me informó de esto en seguida envié la contestación de que yo no enviaría a nadie a Wáshington con semejante encomienda. Que con mucho gusto visitaría a la Reina cuando ella así lo quisiera. Que los Estados Unidos no habían indicado deseo alguno de comprar a Cuba; pero que si España quería vender, haría todo lo que me fuese posible para obtener vuestro consentimiento para comprar, en interés de la paz. Es evidente que la Reina perdió el valor entre el viernes por la tarde y el sábado al mediodía. Esto no me sorprende porque su gabinete parece que ha cifrado su existencia política en el éxito de la autonomía y la venta equivaldría a admitir el fracaso de la autonomía. Comienzo a pensar, sin embargo, que hasta este ministerio cambiará de opinión. La idea de la venta está hoy en el aire en todo Madrid. Con certeza que ha estado en la mente de la Reina y creo que la abiga en estos momentos. Se me ha informado que su secretario particular, el Conde de Morphi, quien también fué el tutor de su difunto esposo, Alfonso XII, es de opinión de que hay que librarse de Cuba y así se lo ha aconsejado. El Sr. Silvela, quien dirige la facción más numerosa del viejo Partido Conservador y se separó del gabinete Cánovas, abiertamente aconseja la venta de Cuba y la liquidación parcial de la deuda española. Tal hace Pi y Margall, el jefe de lo que queda del Partido Republicano. Castelar probablemente se opondría a la venta. Pero es más bien una memoria elocuente que una fuerza

viril. Creo que los mayores ténedores de la deuda española pronto aconsejarán la venta... (65)

Woodford estaba tan convencido de que la Reina Regente buscaba ocasión para hablar con él de la venta de Cuba, que en esos mismos días, al presentarle ciertos visitantes a María Cristina, una y otra vez trató de provocar la conversación para ello, sin resultado. No por eso cambió de opinión, sino que continuó manteniéndola en su correspondencia con el Presidente McKinley y así le decía:

...Es posible que podáis comprar a Cuba y que esa contingencia pueda surgir muy pronto lo que haría aconsejable que se me autorizara para por lo menos discutir el asunto con la Reina o con Moret si ella o él presenta la cuestión. Creo que España, cansada y exhausta, amenazada realmente de hambre y ante la necesidad inmediata de tremendos gastos, agradecería a la Reina su prudencia y su valor si ella se atreviera a separarse de Cuba sin guerra y la respaldaría aunque tuviera que cambiar el ministerio para asegurar este resultado... (66)

Woodford no se limitó a estas opiniones en favor de la anexión, sino que siguió razonando su alegato con un número de argumentos falsos y de errores de información acerca de Cuba para llegar después a la conclusión siguiente:

...De este modo soy, aunque a disgusto y lentamente, un convertido a la idea de la propiedad inicial y la ocupación de la Isla por los Estados Unidos...

Por lo tanto os pido permiso para tratar con la Reina si se presentara la oportunidad para ello. Lo que yo pudiera hacer en tal contingencia siempre sería hecho tentativamente y todo sujeto a vuestro constante conocimiento y dirección...

El Consejo de Ministros de España celebró sesión el 17 de marzo y no fué posible lograr unanimidad o mayoría siquiera para una nueva política en cuanto a Cuba; pero al día siguiente se entrevistaron Woodford y Moret, en la residencia de este último, y tuvieron una larga y franca conversación acerca de Cuba en que el diplomático norteamericano rechazó la petición hecha por el político español para que los Estados Unidos recomendaran a los cubanos que depusieran las armas y dió como razón para su negativa que España había rehusado los buenos oficios ofrecidos por los Estados Unidos el año anterior y que ya no quedaba otra solución. Moret instó a Woodford para que hablase con toda liber-

tad, como amigo suyo y de la Reina Regente, y no como representante de los Estados Unidos. Woodford entonces le dijo y así lo reportó a su gobierno:

...No creo que la autonomía tenga o pueda llegar a tener éxito antes del primero de mayo. cuando comenzará la estación de las lluvias en Cuba... No creo que la autonomía pueda dar la paz a Cuba bajo la bandera española. Ni creo que los insurrectos puedan asegurar la paz y el orden en Cuba bajo un gobierno libre o independiente. Vuestro partido español es demasiado fuerte... La bandera española no puede dar la paz. La bandera rebelde no puede dar la paz. No hay sino una potencia y una bandera que puedan garantizar la paz. Esa potencia es los Estados Unidos y esa bandera es la nuestra...

... Hay que encontrar algún medio para que España se separe de Cuba sin que pierda su propio respeto y con plena certidumbre del control norteamericano de modo que podamos dar protección a los españoles leales y también a los rebeldes para que todos tengan asegurada la paz. No podéis abandonar a los que han sido leales a vosotros. Como pueblo libre no podemos permitir que sufran aquéllos cuyo crimen peor es haber luchado por ser libres. Sola mente un medio se me ha ocurrido y no he pensado lo suficiente acerca de él por lo que no hago sino sugerirlo tentativamente...

... Posiblemente si vuestro gobierno os autorizara a actuar por España y el mío me autorizara a actuar por los Estados Unidos, pudiéramos llegar a un acuerdo sobre una base de carácter general como la siguiente. Los Estados Unidos pagarían una cantidad determinada por la compra de la Isla. Una parte de esa suma se retendría a manera de fondo para el pago de todas las reclamaciones contra los Estados Unidos por España o por súbditos españoles o contra España por parte de los Estados Unidos o de sus ciudadanos. Esas reclamaciones serían ajustadas por una comisión mixta que después se nombraría. El convenio para la venta de la Isla no sería necesario expresarlo en el memorándum que se publicaría y que solamente determinaría el ajuste de todas las diferencias entre los dos países, con la Reina Victoria como árbitro en caso de desacuerdo. Entonces se agregaría otro memorándum, secreto, firmado, fijando los términos del convenio y evitando así cualquier posible desavenencia. De esta manera el orgullo español quedaría satisfecho...

Moret palideció, según Woodford, al oír esta terminante declaración; pero le invitó a que continuara exponiéndola, y el diplomático norteamericano entonces le dijo, con todo detalle, cuál era su plan:

Moret no descuidó, con su experiencia de viejo político, precisar todos los puntos que Woodford había dejado confusos, hasta asegurarse de que a mediados de marzo de 1898, después de la explosión del *Maine*, cuando los cubanos habían precisado de manera inequívoca que luchaban solamente por su independencia, el Ministro de los Estados Unidos en Madrid lo que planteaba era la compra de Cuba para su país, a fin de consumar la anexión. Woodford dejó convencido a Moret de que tal era su proposición, con la única limitación posible de un protectorado sobre la Isla si no se llevaba a cabo la anexión porque la opinión norteamericana se opusiese a ella.

Toda la documentación referente a estas entrevistas, que para Woodford dejaban resuelta la cuestión de Cuba, no fué enviada por los regulares canales diplomáticos, sino que Woodford por fin hizo uso del medio extraordinario de que ya había hablado a McKinley con anterioridad, consistente en enviar a Wáshington al secretario de la Legación, MacArthur, portador de estos despachos. MacArthur embarcó en Gibraltar el 21 de marzo y como que una y otra vez se había dicho que su viaje sería determinado por el envío de papeles trascendentales relacionados con la actitud que adoptase la Reina Regente acerca de Cuba, el historiador no puede menos de cavilar si es que, realmente, María Cristina actuaba de acuerdo con Moret en estas conversaciones, o si Woodford lo entendió así por su cuenta y por ello se consideró justificado para ordenar el viaje de MacArthur a Wáshington.

Woodford, llevado de su entusiasmo, telegrafió a McKinley el 19 de marzo para que pospusiese toda decisión respecto a la cuestión de Cuba hasta la llegada de MacArthur y le pidió autorización para dar un plazo a España hasta el 15 de abril. Cuando mostró este telegrama a Moret, el Ministro de Ultramar, éste le dijo, según él:

...que no lo podía aprobar oficialmente, ya que no tenía aún la necesaria autorización; pero que trabajaría en persona para lograr los resultados indicados en el cable... (67)

Por otra parte, cuando más convencido estaba Woodford de que María Cristina estaba de acuerdo con las conversaciones sostenidas con Moret, éste le aclaró que

...La Reina no ha tenido que ver con ni ha sabido nada de la sugestión que se decía hecha por ella para tratar conmigo acerca

de cualquier posible cesión de Cuba, ya sea a los insurrectos, ya sea a los Estados Unidos; que ella deseaba entregar su patrimonio intacto a su hijo cuando éste llegase a su mayoría de edad, y que ella preferiría abdicar la regencia y regresar al seno de los suyos en Austria antes que ser el instrumento para la cesión o la renuncia a cualquiera de las colonias de España . . .

Esta información de Moret dejó por completo desconcertado a Woodford, pues él había llegado a la conclusión, y así se lo había dicho a su gobierno, que María Cristina estaba dispuesta a renunciar a Cuba. En su confusión volvió a decirle al Presidente McKinley que él no acababa de comprender lo ocurrido, ya que las noticias que había recibido acerca de la disposición de la Reina Regente para vender a Cuba procedían de una fuente insospechable y estaban de acuerdo con lo que los consejeros más cercanos a María Cristina le aconsejaban. Todavía sin darse por vencido Woodford aseguraba a su gobierno que Moret era de la misma opinión que él en cuanto a Cuba.

En Wáshington no se mostraron menos sorprendidos que Woodford y le autorizaron para que, en cierto modo, diese a España un plazo hasta el 15 de abril, fecha en que el Presidente McKinley presentaría la cuestión de Cuba al Congreso para una decisión final. Según Woodford, ante esta nueva fórmula ya Moret le dijo que él creía que, puestos de acuerdo los Estados Unidos y España, obligarían a los cubanos y a los españoles de Cuba a poner fin a la guerra para el 15 de septiembre de 1898. Para el diplomático norteamericano, éste era el triunfo de su plan propuesto a Moret, que ya hemos discutido, y el 26 de marzo le telegrafiaba alborozado a McKinley.

. . . Creo que si se puede obtener la paz inmediata ahora, que dure hasta el 15 de septiembre, las hostilidades no serán reanudadas y para el 15 de septiembre Cuba se convertirá pacíficamente en propiedad de los Estados Unidos . . . (68)

El Ministro Gullón, jefe de la cancillería española, al contestar a Woodford puso de relieve que el gabinete de Madrid era de una opinión completamente distinta a la que él creía haber recogido de Moret, o sea, que España no aceptaba el separarse de Cuba. De Wáshington le enviaron una instrucción bien terminante, en que desautorizaban sus gestiones anexionistas y le decían en qué términos los Estados Unidos estaban dispuestos a mediar

entre cubanos y españoles, el principal de ellos la oferta inicial del gobierno propio para los primeros. Woodford trató de confundir a sus superiores en cuanto a esta solución, afectando que los cubanos a que se referían el despacho eran los fracasados autonomistas; pero por fin no tuvo más remedio que dar cumplimiento a lo que se le había ordenado y el 29 de marzo se reunió con Sagasta, Gullón y Moret, en el despacho del primero citado, a fin de presentarles lo que equivalía a un ultimátum que era planteado por los Estados Unidos, presionados por la opinión pública norteamericana, para llegar a una decisión en el caso de Cuba. Woodford les dió cuenta con la instrucción recibida y no descuidó informarle a McKinney que él seguía manteniendo sus puntos de vista de que los Estados Unidos tendrían que quedarse con Cuba.

Ya la misión de Woodford, sin embargo, estaba fracasada. Al improvisado diplomático que con tan pocos escrúpulos se había conducido sólo le quedaban tres semanas más en el desempeño de su cargo, ya que la guerra estallaríá antes de terminar el mes de abril, y así vió venir el final de su misión sin lograr por medio de negociaciones la adquisición de Cuba, como hasta el último momento había pretendido.

## LAS CANCELLERIAS EUROPEAS Y LA CRISIS DE LAS RELACIONES ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA

A mediados de 1896, cuando Cleveland y Olney estaban al partir un piñón con España, ya el Duque de Tetúan había iniciado negociaciones para una acción conjunta europea contra los Estados Unidos y, por ende, contra Cuba libre. Estas negociaciones fueron descubiertas por el entonces Ministro de los Estados Unidos en Madrid, Hannis Taylor, aquél quien, según la Reina Regente hubo de decir a Woodford sin que éste la contradijese, no tenía ojos de hombre honrado. Taylor informó de estos manejos españoles y de la duplicidad que encerraban, a su gobierno. En realidad, las potencias europeas siempre habían estado individual y hasta colectivamente en contra de los Estados Unidos y en favor de España. Así había ocurrido en la época de las guerras de independencia hispanoamericanas y así había sido después. La Gran Bretaña y Francia respaldaron a España en sus reclamaciones por las expediciones de Narciso López, preparadas en los Estados Unidos y hasta trataron de imponer a los Estados Unidos un convenio tripartito para garantizar a España en su dominio de Cuba, exigencia que los Estados Unidos rechazaron por medio de una nota poderosamente razonada que redactó el Secretario de Estado del Presidente Fillmore, Mr. Edward Everett: Durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos hubo un acuerdo anglo-franco-español para provocar al gobierno de Lincoln a la guerra internacional, que habría ayudado a los sudistas, destruido la Unión y asegurado a España en su dominación sobre Cuba. Europa, la Gran Bretaña inclusive, hacía causa común con España frente a los Estados Unidos.

La situación empezó a cambiar a fines del siglo y después de las dificultades que los Estados Unidos y la Gran Bretaña tuvieron

en tiempos de Cleveland por las reclamaciones británicas a Venezuela. El gobierno de Londres había vivido la era de "splendid isolation" (aislamiento espléndido), después de la derrota de Napoleón y de la decadencia francesa, sin que la Rusia zarista pudiera convertirse en rival efectiva. El desastre de la Francia de Napoleón III en la guerra contra Alemania y la aparición de una nueva potencia, agresiva, ambiciosa, compacta y provista de recursos, a orillas del Mar del Norte, sacudió a la orgullosa Inglaterra, mucho más cuando Alemania hizo su alianza con Austria-Hungría y con Italia, cortando a la Europa Continental en dos para actuar también en el Mediterráneo, sobre la línea de las comunicaciones imperiales.

El espléndido aislamiento quedó aún más maltrecho con la aparición de la potencia japonesa en el Lejano Oriente, vencedora de China en una guerra relámpago y lista para enfrentarse en sus aguas privilegiadas con los rusos y los británicos. España, dueña de Filipinas, no podía oponerse a Japón y su dominación sobre el archipiélago tagalo era como un puente para que los japoneses se lanzaran a la conquista de la Malasia, Australia, Malaca y hasta Birmania y la India, como ocurrió en 1941-1944.

Por todo esto fué que la Gran Bretaña renunció a apoyar a España y comenzó a inclinarse hacia los Estados Unidos, es decir, a no oponerse a la anexión o a la independencia de Cuba. La actuación de John Hay como Embajador de los Estados Unidos en Londres, durante estos años críticos, estimuló el acercamiento entre las dos grandes potencias de habla inglesa, ya que Mr. Hay era anglófilo por temperamento y por convicción.

Cuando Woodford pasó por Londres y por París para ir a desempeñar su misión diplomática en España, había cuidado de arreglar con sus colegas en las capitales citadas y en Berlín, la más estrecha colaboración posible para frustrar los empeños españoles de colocar a Europa frente a los Estados Unidos. El general Horace Porter, Embajador de los Estados Unidos en Francia, ya informaba en agosto de 1897 al Secretario Sherman que había miembros del gobierno francés que se oponían a las pretensiones de España y que, aunque la quinta parte de la deuda de España estaba en manos de inversionistas franceses, éstos mismos se daban cuenta de que la guerra de Cuba arruinaría a España y destruiría el valor

de sus títulos, por lo que favorecían toda solución que protegiese sus intereses.

Había, pues, ciertas seguridades para los Estados Unidos por parte de la Gran Bretaña y de Francia si la cuestión cubana llevaba a la guerra con España.

En febrero de 1898, cuando España de nuevo se mostró provocativamente opuesta a los Estados Unidos en la cuestión cubana, y antes de la explosión del *Maine* y de la revelación de la carta de Dupuy de Lôme, Woodford pudo informar directamente al Presidente McKinley como sigue:

...Circulan rumores de que Francia, Rusia y Alemania le han asegurado a España que ella ha hecho todo lo que los Estados Unidos tenían derecho a esperar; que España ahora es acreedora a todo el tiempo que ella pueda pedir para aplastar la rebelión y que España tendrá el apoyo efectivo de esas tres potencias en el caso de que los Estados Unidos interviniesen. No he podido comprobar esos rumores. Haré todo lo que pueda para descubrir la verdad y para hacer que estéis informados... No hay rumor que incluya a Inglaterra. Posiblemente esto es así a causa de la situación existente en China... (69)

En efecto, era absolutamente cierto que el gobierno de María Cristina había inquirido de Alemania si ésta "...a fin de proteger el principio monárquico, se inclinaría a encabezar una demostración europea...", ya que el 15 de febrero Von Bülow había dado instrucciones al Embajador Von Radowitz para que contestase a España que

...Alemania se encontraba ansiosa de salvaguardar el principio invocado; pero que se debía persuadir a Francia para que asumiera la iniciativa de intervenir antes de que Alemania se mostrase dispuesta a apoyar el movimiento... (70)

Austria y Francia fueron igualmente sondeadas por España y si la primera declinó encabezar el movimiento de protesta por no considerarse lo bastante fuerte, y Francia tampoco quiso comprometerse a ello, el Embajador francés en Viena se mostró partidario de la acción conjunta de las potencias frente a los Estados Unidos y expresó su preocupación sobre la suerte que podían correr las colonias francesas del Nuevo Mundo si no se marcaba un alto al gobierno de Wáshington. Significativamente, ya en esos días dicho diplomático expresaba su opinión de que no había que contar con Rusia para esa demostración y se mostraba hostil a Inglaterra

(71). Esta última, como sagazmente decía Woodford a McKinley en su despacho de 9 de febrero, que hemos citado, no estaba mezclada en la intriga contra los Estados Unidos debido a los problemas a que estaba haciendo frente en China y que la obligaban a salir de su “espléndido aislamiento” y apoyarse en alguna otra nación, que parecía imposible fuese de las europeas por los recelos con que todas miraban a la Gran Bretaña por su desenfrenado imperialismo. Los Estados Unidos, pues, aparecían ante el gabinete inglés y no obstante pasadas diferencias en tiempos de Lincoln, Grant y Cleveland, como el aliado ideal cuya buena voluntad había que cultivar y al que no era lógico ni político molestar ni obstaculizar en empeños imperialistas en predios a los cuales Inglaterra había renunciado hacía muchos años para dedicar sus energías a la Oceanía, Africa y Asia. Ni corto ni perezoso ya que, al fin, no sólo hablaban el mismo lenguaje los dos pueblos, sino que se trataba de un mismo propósito imperialista, el gobierno de Londres trató de aprovecharse de la situación y de poner precio a la ayuda que suponía habrían de necesitar los Estados Unidos ante la presión de las potencias europeas. Lord Pauncefote, el Embajador en Washington, recibió instrucciones de hacer proposiciones concretas a los Estados Unidos para una acción común en China, y en los primeros días de marzo dicho diplomático presentó una nota “Very confidential” a la Secretaría de Estado en la que inquiría si Inglaterra podía contar con el apoyo norteamericano a fin de evitar restricciones en la apertura de China al comercio mundial (alusión inicial a la “Open Door” Policy o “Política de la Puerta Abierta”, por la cual después se daría crédito a John Hay, como Secretario de Estado) y de concertar una misma política respecto a las concesiones en las costas del Celeste Imperio (2). Nada decidieron de momento en Washington; pero a una nueva solicitud de la Gran Bretaña el gobierno de McKinley, enterado de lo que había en la proposición de “toma” y “daca” y conector de que a pesar de todo el único recurso que le quedaba a su antigua metrópoli era el inclinarse hacia los Estados Unidos frente a sus rivales europeos, le contestó que, aunque partidario ese país del “comercio libre” con China, no se sentía inclinado a mezclarse en esas cuestiones y unirse a otra nación, echando a un lado “. . .su tradicional política respecto a las alianzas extranjeras. . .”. Ni siquiera por esta negativa inicial Inglaterra se unió a España y a las otras potencias

européas frente a los Estados Unidos, porque ya había hecho saber a los Estados Unidos qué podían esperar de la Gran Bretaña en la cuestión cubana y qué pedía ella en cambio por parte de los norteamericanos, con o sin alianza escrita.

Cuando a principios de abril se agravaron definitivamente las relaciones entre España y los Estados Unidos, empeñada la primera en someter la cuestión del *Maine* al arbitraje internacional y en que fuese el aún no constituido gobierno autonomista el que preparase la paz en Cuba, después de un armisticio que debían pedir los mambises, Woodford informó a su gobierno que España había hecho fracasar las negociaciones que él llevaba a cabo con Moret por cuestiones de puntillo o amor propio, después de haber consultado con los jefes de las fuerzas armadas, quienes dejaron entrever que podía ocurrir una revolución que diera al traste con la dinastía. El diplomático norteamericano decía a McKinley: "...Saben que Cuba está perdida..." (73) y en un despacho posterior informaba que el ejército constituía "...el verdadero peligro hoy en día..." para el gobierno de María Cristina (74).

Después de estos sucesos era fácil prever cuál sería el rumbo de los acontecimientos durante aquel crítico mes de abril de 1898. La importancia de la misión de Woodford y de las gestiones que llevaba a cabo en Madrid decreció notablemente porque en su fase decisiva la cuestión final de las relaciones entre Cuba, los Estados Unidos y España iba a decidirse en Washington para poner fin a la dominación española en el Nuevo Mundo, arruinada por la incompetencia, el mal gobierno y la tiranía franca con que España había maltratado a sus colonias. En todo el mundo, durante esos críticos días, hubo una reorganización y movilización completas de influencias y esfuerzos para evitar el conflicto entre España y los Estados Unidos. Las cancillerías europeas no habían permanecido inactivas al aproximarse la fase decisiva del conflicto. El 14 de marzo el Embajador de Austria-Hungría en Berlín sugirió a Von Bülow que Alemania tomase la iniciativa para un acuerdo europeo frente a los Estados Unidos; pero la solicitud no fué aceptada por el gobierno alemán, el cual instruyó a sus representantes en Viena y en Madrid para que expresasen a ambos gabinetes cuánto lamentaba el Kaiser no poder ayudar en la petición hecha por Austria-Hungría mientras que Francia y Rusia no se obligasen a apoyar

su proyecto de acción conjunta. La instrucción enviada al Embajador en Viena con fecha 15 de marzo contenía, sin embargo, una importante sugestión hecha a nombre de Guillermo II para que en vista de la inhabilidad de la Triple Alianza para actuar sin el apoyo de Inglaterra, Francia y Rusia, se apelase al Papa León XII con el fin de que se aceptase la mediación del Sumo Pontífice (75). León XIII había demostrado a España, y también a Cuba, una y otra vez, las simpatías de la Iglesia Católica con los esfuerzos del gobierno de Madrid para aplastar a la Revolución Cubana, no obstante los métodos terribles empleados por Weyler. Era de esperar, pues, que su mediación fuese aceptable a España; pero no resultó así porque, al dar cumplimiento a las instrucciones papales en ese sentido el Nuncio en Madrid, la respuesta recibida al terminar el mes de marzo fué de que

...España no podía tratar del arbitraje sobre la base de abandonar a Cuba...,

lo que el Kaiser Guillermo comentó en una nota marginal con el pesimista comentario de "...¡No hay ayuda para ella, entonces! ¡Perderá a Cuba de todos modos...!" (76)

España, por su parte, el 26 de marzo había pedido confidencialmente a los representantes de Alemania, Austria, Francia, Rusia, Italia e Inglaterra, en Madrid, que enviasen a sus respectivos gobiernos la siguiente solicitud de acción conjunta:

...Las potencias deben aconsejar a España y a los Estados Unidos que zanjen las diferencias a las cuales las cuestiones contenidas en la nota de Mr. Woodford, de 23 de marzo, pueden dar lugar, mediante la aceptación de un árbitro y de manera que la paz no sea alterada..., (77)

pero también a esta petición Alemania se negó a acceder sin que Francia y Rusia se hubiesen asimismo comprometido aceptarla. Tres días más tarde Sagasta entregaba a Woodford su decisión final respecto a que el régimen autonomista decidiese acerca de la paz al comenzar a legislar, el 4 de mayo, y a que el armisticio sería concedido a solicitud de los cubanos. Copias de esa respuesta fueron enviadas el mismo día a los representantes de España ante las potencias, con la recomendación de que:

...A que sean aceptadas en Wáshington estas bases de arreglo que satisfacen en gran parte las pretensiones de McKinley, y son

el último límite de nuestra moderación y de nuestros esfuerzo para conservar la paz, deben concretarse y dirigirse desde hoy mismo ya que no hay tiempo para otra cosa, las valiosas gestiones de ese... Gobierno si, como esperamos por noticias de V. E., quiere cooperar al mantenimiento de la paz y la templada defensa de nuestros derechos... (78)

La referencia a los optimistas informes de los diplomáticos españoles acreditados en el extranjero estaba fundada en despachos recibidos en Madrid. Becker cita los del Conde Villagonzalo, desde San Petersburgo, el 30 de marzo, sobre las seguridades de paz dadas a Rusia por el Embajador de los Estados Unidos; del Conde de Rascón, desde Londres, respecto a la creencia del Foreign Office de que McKinley estaba tan deseoso de llegar a un arreglo satisfactorio, como la misma España, y de León y Castillo, desde París, acerca de los alentadores informes que recibía de Wáshington para el mantenimiento de la paz (79). El Vaticano, sin embargo, parecía mejor enterado de la realidad, ya que en un telegrama del Embajador Merry del Val al Ministro de Estado, el 2 de abril, le informaba que el Cardenal Rampolla tenía noticias muy graves de la situación en Wáshington, donde la opinión congresional amenazaba con arrastrar a McKinley, aunque éste quería la paz (80).

Así las cosas, con el poco respeto por los Estados Unidos y por sus diplomáticos y su política extranjera, que España había acumulado en tantos años de derrotarles con habilidad y arrogancia mezcladas, la cancillería de Madrid cometió un gravísimo error de táctica, que hubo de herir a los Estados Unidos y así neutralizó el movimiento iniciado por el Vaticano para concertar un arreglo entre los dos países. Rampolla había dicho a Merry del Val que McKinley parecía muy dispuesto a aceptar la actuación del Papa, a fin de evitar un conflicto; pero que León XIII, antes de pedir el armisticio, deseaba saber si su intervención no lastimaba el honor nacional español. Y era cierto que la poderosa influencia del arzobispo Ireland, visita frecuente entonces de la Casa Blanca, se había estado moviendo en Wáshington para evitar que la católica España fuese a perder a Cuba, donde su gobierno había sido lo menos cristiano posible, y probablemente era Ireland quien había informado a Rampolla de la buena disposición en que se encontraba McKinley. Gullón, sin embargo, intentó una última jugarrera tendiente a probar que no era España la que se humillaba la primera, a pedir la intervención del Papa León XIII, sino que

los Estados Unidos habían tomado la iniciativa y España se allanaba a esa proposición. A ese fin inmediatamente se instruyó a Merry del Val respecto a las "condiciones" que España, vencida de antemano y sin aliados, exigía con estas palabras:

...Desde el momento en que el Presidente de los Estados Unidos se halla dispuesto a aceptar el apoyo de S. S., la Reina de España y su gobierno acogerán agradecidos su mediación; y para facilitar la elevada misión de paz y de concordia que S. S. inicia, prometen también acoger la propuesta que de una suspensión de hostilidades formule o tramite el Santo Padre, haciendo presente a S. S. que al honor de España conviene vaya unida a la tregua la retirada de las aguas de la Antillas de la escuadra americana, con objeto de que la República Norteamericana demuestre también su propósito de no alentar ni sostener, voluntaria ni involuntariamente, la insurrección de Cuba... (81)

Pero el Ministro Gullón no se detuvo ahí; no pensó que su exigencia era absurda dada la proximidad de Cuba a los Estados Unidos, y que tres semanas antes, según cable de Woodford al Subsecretario Day de fecha 13 de marzo, ella había equipado en Cádiz tres torpederos, tres destroyers y un mercante armado, todos ellos con destino a Cuba. Tampoco sospechó, a lo que parece, que el gobierno de Washington no podía aceptar la declaración de que había solicitado la mediación del Papa, cuando la excitación pública era inmensa en el país y la influencia católica no tan decisiva como ha llegado a ser en estos días, en los Estados Unidos. La sorpresa del Ministro Woodford, pues, fué grande cuando el Ministro de Estado Gullón le hizo saber, el 3 de abril, que McKinley había sugerido la mediación papal para la concesión de un armisticio que llevase la paz, y que España había solicitado la oferta de Su Santidad y pedía la retirada de la escuadra norteamericana de las aguas de Cuba y las de Key West, al proclamarse el armisticio. No obstante su sorpresa, Woodford, al comunicar estas noticias a McKinley, le pedía que aceptase esas condiciones porque ellas significaban la paz, ya que España cumpliría lo que ofrecía y así lo garantizaba el Embajador de Austria, y en cuanto a la iniciativa de la mediación papal, con gran discreción se aventuraba a insinuar que debía tratarse de un error de España (82).

La respuesta de Washington a tan extraordinaria información fué hecha el mismo día, en un cable enérgico y terminante que decía:

...El Presidente no ha hecho sugerencias a España sino por conducto vuestro. No hizo otras sugerencias que aquéllas que se os ordenó hacer a fin de que España ofreciese un armisticio para negociar una paz permanente entre España y los insurrectos, sugerencias que ya España ha rechazado. Un armisticio comprende un convenio entre España y los insurrectos que debe ser voluntario por cada parte interesada y que, si aceptado, resultaría en la paz. La situación de nuestra escuadra es asunto nuestro. Un armisticio, para que sea efectivo, debe ser ofrecido inmediatamente y ha de ser aceptado por los insurgentes... (83)

A principios de abril el Ministro Woodford envió instrucciones a los cónsules y agentes consulares de los Estados Unidos en España para que estuviesen preparados a partir, y el día 5, en una nota confidencial del Subsecretario Day al Embajador Pouncefote, se le pedía que el Cónsul de Inglaterra en La Habana se hiciese cargo de la custodia del Consulado General de los Estados Unidos en esta Capital en caso de guerra, solicitud a la que no tardó en acceder el gobierno de Londres. No obstante está, Woodford siguió sus gestiones de arreglo y hasta enseñó al Nuncio Apostólico en Madrid algún despacho de los que al efecto envió al Presidente McKinley, conducta que, "en cierto modo, tendía a confirmar a la cancillería de Madrid en su creencia de que los Estados Unidos, por medio de su representante en España, aceptaban la mediación pontificia. La última sugestión acerca de un armisticio hecha por María Cristina, alrededor del 5 de abril, no resultó aceptable para el Presidente McKinley, a pesar del indudable respaldo de Woodford y del Nuncio. Todavía en ese documento la orgullosa Habsburgo, doblemente intransigente, por Habsburgo y por soberana española, insultaba a los cubanos con quienes deseaba avenirse y cuya alianza pedía el Capitán General Blanco.

Fué en ese crítico momento que las potencias europeas decidieron presentar su nota colectiva a los Estados Unidos para el arreglo práctico de las diferencias existentes entre ese país y España. Inglaterra participó en este movimiento, pero su actitud lo condenaba al fracaso, ya que a la tibia disposición de los otros cinco países, se unía el que el gobierno de Londres prefería cultivar buenas relaciones con los Estados Unidos, aunque de tiempo en tiempo las intemperancias de Lord Salisbury pareciesen demostrar otra cosa. El inicio de la crisis hispano-americana había tenido lugar mientras John Hay viajaba por el Cercano Oriente, pero ya el 15

de marzo escribía a la Embajada, desde Venecia, para anunciar su inmediato regreso en vista de las circunstancias. Ese mismo día Mayo S. Davitt, miembro de la Cámara de los Comunes, había interpelado al Subsecretario de Estado sobre si era verdad que Inglaterra prestaría buques de guerra a los Estados Unidos en caso de una guerra entre éstos y una potencia europea, y Lord Curzon había contestado que eso no era cierto (84).

El 21 reasumía Hay sus funciones de embajador y se aplicaba con toda actividad a cultivar la buena voluntad de Inglaterra aunque sin comprometer decisivamente a su país, y es preciso reconocer que en ello, ayudado por la difícil posición internacional en que la Gran Bretaña se había colocado, Hay alcanzó un gran éxito. Pocos días después de haberse hecho cargo de su puesto, ya Hay informaba con gran exactitud de la tendencia favorable a los Estados Unidos que se advertía por doquier con "cálido tono de simpatía y amistad" y "completo conocimiento y apreciación del estado de cosas en Cuba" (85). Estos informes, naturalmente, tendían a alentar al gobierno de Wáshington, y así podemos ver que una intaligente selección de artículos del *Daily Chronicle Times*, *Standard*, *Daily News*, etc., sagazmente interpretados y comentados por Hay, comenzaron al legar regularmente al State Department para reafirmar la benévola neutralidad de Inglaterra. No otro propósito tenía el envío de declaraciones de simpatía con los Estados Unidos provenientes de grupos tan disímiles como "The Liberal Forwards", organización del Partido Radical británico, de la "Irish Independent League" y hasta de poetas que cantaban en honor de los Estados Unidos por su intervención en favor de la independencia de Cuba. Como habría de admitir Hay poco después, él había creído la guerra con España una necesidad y había estado preparado para ella porque "durante los últimos dos años no he visto otro asunto...", (86) y con gran habilidad llevaba a cabo su complicada gestión diplomática.

Si para inspirar resolución al gobierno de McKinley utilizaba los recursos que hemos citado, no era menos efectivo Hay en aconsejar prudencia a los más exaltados y en hacerles ver la ventaja de no antagonizar a la Gran Bretaña. Su carta de 5 de abril al Senador Lodge, quien era uno de los más violentos imperialistas, presenta un acabado modelo de ese género cuando le decía en tono

semijocoso, pero sin olvidar poner de relieve las ineficiencias del State Department y la falta de orientación de McKinley:

... No sé si especialmente apreciáis la amistad y la simpatía de este país. Yo las creo deseables en el actual estado de cosas, ya que es el único país europeo cuyas simpatías no están abiertamente en contra nuestra. No hay que perder tiempo en discutir el origen de este sentimiento para precisar si es enteramente egoísta o no; pero no hay duda de que sí existe. Lo compruebo así dondequiera que vaya, no sólo en la prensa, sino en las conversaciones privadas, también. Por primera vez en mi vida me encuentro con que la opinión de los "salones" está de mi lado. Si lo quisiéramos, cosa que no queremos, pudiéramos tener la ayuda real de la flota británica, sobre la base del "toma" y "daca", naturalmente... La frase más común por acá es la de "Mi deseo sería de que os apoderaseis de Cuba en el acto. Nosotros no nos habríamos reprimido tanto tiempo" ... (87)

El mismo día en que Hay escribía de esta manera al Senador Lodge ya le enviaban de Wáshington instrucciones para que se concertase con el gobierno de Londres un acuerdo a fin de que sus representantes diplomáticos y consulares se hicieran cargo de los asuntos norteamericanos en España y en sus colonias, en caso de guerra. A ello agregaba Sherman la información de que el miércoles 6 McKinley enviaría al Congreso su mensaje sobre la situación cubana, ya que España no ofrecía el armisticio sino el equivalente de la rendición de los cubanos, con la aceptación de la autonomía, y rechazaba los buenos oficios de los Estados Unidos. Con tales instrucciones Hay se fué a ver a Lord Balfour, el Secretario de Estado, y en seguida solucionó lo de la substitución de las atenciones diplomáticas y consulares; pero pudo informar como sigue:

... sostuve alguna conversación más con él acerca de las cuestiones pendientes, en todas las cuales su tono fué de sincera simpatía por el Presidente y por el pueblo de los Estados Unidos por las críticas circunstancias vividas en las últimas semanas. Me dijo que el gobierno de la Gran Bretaña había dado instrucciones a Sir Julian Pauncefote, de manera formal, para que se dejase guiar por los deseos del Presidente en toda acción que vaya a seguir para asumir una representación colectiva del cuerpo diplomático acreditado en Wáshington. Me leyó parte de un despacho recibido de Sir Julian Pauncefote en el que éste le informaba que esa representación iba a ser hecha hoy en Wáshington; pero con el asentimiento previo del Presidente y del Departamento de Estado. Esto fué una noticia algo inesperada para él; pero me repitió las seguridades

de que ni aquí ni en Wáshington el gobierno británico se proponía dar paso alguno que no fuese aceptable al gobierno de los Estados Unidos...

La entrevista entre Balfour y Hay había sido al mediodía y el Embajador había cableografiado inmediatamente a Wáshington un resumen de la misma con la información de que Pauncefote tenía instrucciones de obrar de acuerdo con el gobierno norteamericano en toda gestión colectiva de las potencias. Así lo hizo el Embajador de Inglaterra quien, como decano del cuerpo diplomático, tenía el deber de actuar el primero en tales gestiones. España, apoyada por Austria-Hungría, había logrado obtener a principios de abril que las seis principales potencias europeas presentásen una nota conjunta a los Estados Unidos, en que se hiciese una apelación en favor de la paz. Alemania había aceptado cooperar en ese movimiento "...ya que el gabinete de Viena así lo quiere...", según las palabras de Von Bülow, pero con instrucciones precisas al Embajador Holleben para que lo hiciese si las otras cinco potencias actuaban de acuerdo y sin ofender a éstas o a los Estados Unidos, como telegrafiaron desde Berlín a Holleben el 4 de abril, y otra vez el día 7 de ese mes (88). Pauncefote, de acuerdo con el Subsecretario Day, tranquilizado éste, como McKinley y su gobierno, por los informes de Hay, preparó el 6 de abril el borrador de la nota colectiva de las potencias, que en entrevista especial con McKinley le fué entregada a éste el día 7 por la mañana, en la Casa Blanca. El documento, en sí, carecía de trascendencia y, con las seguridades dadas a Hay por Balfour, el día anterior, no podía en manera alguna impresionar o detener a los Estados Unidos. En él se limitaban los representantes de Alemania, Austria-Hungría, Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia, a dirigir en nombre de sus respectivos gobiernos

...una apremiante apelación a los sentimientos de humanidad y de moderación del Presidente y del pueblo norteamericano en sus actuales diferencias con España. Las potencias ansiosamente confían en que con nuevas negociaciones se llegará a un arreglo que, al mismo tiempo que asegurará el mantenimiento de la paz, dará todas las necesarias garantías para el restablecimiento del orden en Cuba... (89)

Como para hacer más inofensiva la declaración que, dicho sea de paso, mostraba el desprecio característico de Europa por los derechos de los cubanos a su independencia y sólo se preocupaba

del ORDEN, el último párrafo protestaba de que la apelación era solamente dictada por causas humanitarias y desinteresadas. McKinley, preparado al efecto, contestó con una declaración en que expresaba sus deseos de que no se perturbase la paz y de que se restableciese el orden en Cuba; pero en la que cuidaba de hacer patente que la cuestión de Cuba tenía lugar a las puertas de los Estados Unidos e irrogaba a éstos grandes perjuicios, y reiteraba que su país no procedía guiado por móviles mezquinos o por egoísmos.

El efecto producido por todas estas noticias en Cuba no tardó en advertirse: los españolistas y sus instrumentos autonomistas, los anexionistas y los patriotas, partidarios éstos de la independencia, formaron sus propias conclusiones. El Cónsul Lee, desde La Habana, pidió desesperadamente una semana más, antes de que McKinley enviase su mensaje al Congreso, ya que temía una matanza de norteamericanos y de cubanos pacíficos, por parte de los voluntarios españoles, tan pronto como quedase planteado el conflicto. El Gobierno de Washington atendió los deseos del Cónsul Lee y le dió tiempo para que él y sus conciudadanos evacuasen la Isla. Entre los que volvieron a los Estados Unidos figuró aquel azucarero, E. F. Atkins, del Central "Soledad", gran enemigo de la independencia de Cuba, amigo de Weyler, que había soportado impávido los insultos y las amenazas de los españoles contra los Estados Unidos y que alardeaba de que "...Yo fui más leal al gobierno español que los propios súbditos de España...". No se fué, sin embargo, sin tener una entrevista con el Capitán General Blanco para comunicarle las gestiones que haría en Washington a fin de conjurar el conflicto inminente. Cumplió su promesa importunando a McKinley, al Secretario Sherman, al Subsecretario Day, al Secretario de Marina, John D. Long, y a su antiguo cómplice, el ex-Secretario Olney, sin resultado; pero logró el apoyo del Senador Orville Platt, de Connecticut, reaccionario servidor de los grandes intereses económicos, quien después le serviría con la tristemente famosa Enmienda Platt, destinada a impedir la independencia de Cuba.

La demostración de los diplomáticos europeos ante McKinley y la respuesta de éste, no tardaron en producir ciertos resultados positivos para vencer la obstinación del gobierno de Madrid. El día 7 Woodford había retirado su nota sobre el envío del mensaje de McKinley, en vista de las noticias recibidas sobre la necesidad

de demorarlo hasta el lunes 11, y mientras se ultimaban los preparativos para la retirada de los representantes de los Estados Unidos del territorio español, la opinión pública en la Península, alarmada y excitadísima, se concretaba en un sentimiento de creciente hostilidad contra los Estados Unidos y la prensa atacaba al Presidente McKinley, al Congreso de Wáshington y a Woodford con la mayor agresividad y grosería. Woodford capeaba la tormenta de la mejor manera que podía. El día 7 los representantes en Madrid de las seis potencias cuyos embajadores habían presentado a McKinley la nota colectiva de abril 6, se entrevistaron con el Ministro de Estado español, y también en acción conjunta, aconsejaron a Gullón que España accediese a la instancia de León XIII para la proclamación de un armisticio en Cuba, decisión que a su juicio no envolvía descrédito alguno para las tropas españolas. El mismo día contestaba la cancillería de Madrid que se había instruido al Capitán General Blanco para que concediese inmediatamente una suspensión de hostilidades por el tiempo que se estimase prudencial para facilitar la paz, y agregaba que se había adoptado esa decisión en deferencia a las recomendaciones de las potencias y para satisfacer los deseos del Papa. Al comunicar esta resolución a los diplomáticos españoles acreditados en el extranjero, les decía Gullón:

...Excuso encarecer a V. E. la conveniencia de aprovechar la ocasión para que ese gobierno demuestre sus buenas disposiciones, a fin de conseguir las compensaciones que esperamos como naturales y justas, así en la situación de las escuadras americanas, como en la supresión de cuanto pueda alentar a los insurrectos y a los "jingoos" ... (90)

España pretendía, pues, un concierto internacional para acabar con la Revolución Cubana y para imponerse a los Estados Unidos. No obstante esto, Woodford pedía a Wáshington que se tratase a España con toda posible consideración y que se obtuviese del Congreso libertad para tratar con España a fin de lograr un arreglo definitivo antes de agosto 1, 1898, sobre una de las siguientes bases:

...O una autonomía que sea aceptable a los insurrectos, o el reconocimiento de la independencia de la Isla por parte de España, o la cesión de Cuba a los Estados Unidos... (91)

El 11 de abril McKinley procedió a enviar al Congreso todos los antecedentes acerca de la cuestión de Cuba, a fin de que fuesen

las Cámaras las que decidiesen la política a seguir. Como que ambas Cámaras de antiguo se habían manifestado partidarias de la beligerancia de los cubanos y hasta de la independencia de Cuba, la decisión era de esperar y llevó a la "joint resolution" de 19 de abril, de que hablaremos más adelante.

La discusión y la votación de la "joint resolution" se desenvolvieron independientemente del segundo y último esfuerzo de las potencias europeas para ayudar a España en su crisis con los Estados Unidos y que había sido preparado a instancias desesperadas de España que esta vez, según parece, habían tomado la forma de una apelación de la Reina Regente a Victoria, de Inglaterra, en favor de las posesiones de su menor hijo amenazadas de perderse. No obstante las buenas disposiciones en que se encontraba el gabinete inglés respecto a los Estados Unidos y que Balfour había expresado al Embajador Hay, fué Pauncefote, el representante de Inglaterra en Wáshington, quien el 14 de abril sorprendió a sus colegas con la proposición de que se presentase una nueva nota colectiva de protesta ante el gobierno de McKinley. En la reunión celebrada al efecto se decidió hacer presente a los Estados Unidos que la intervención en Cuba no estaba justificada por las circunstancias existentes después del armisticio proclamado por España (92). Una nueva teoría es la de que Pauncefote tomó esa iniciativa a instancias directas de la Reina Victoria (93), lo que parece admisible si tenemos en cuenta que la soberana inglesa no simpatizaba en lo absoluto con la política norteamericana respecto a España en la cuestión de Cuba, y que hubo de escribir el 21 de abril en su *Diario* que "Es monstruoso por parte de los Estados Unidos" intervenir en Cuba (94).

Los diplomáticos reunidos en Wáshington bajo la presidencia de Pauncefote, que era el decano, no presentaron la nota colectiva sin consultar a sus respectivas cancillerías. Las dificultades comenzaron entonces porque, aunque el gobierno de Madrid recibió los días 15 y 16 de abril muy optimistas informes de sus representantes en Alemania, Rusia, Italia y el Vaticano (95), Inglaterra, no obstante la iniciativa de Pauncefote, declaró que hasta que McKinley hubiese sancionado lo resuelto por el Congreso no debía iniciarse gestión alguna (96). Von Bülow, al informar al Kaiser sobre la segunda reunión de los diplomáticos en Wáshington, decía con gran cautela que aunque él era partidario de denunciar ante

el mundo el "frívolo ataque" que iban a llevar a cabo los Estados Unidos, le parecía aventurado hacerlo si los representantes de las potencias no tenían manera efectiva de rechazar "una respuesta no amistosa" (97). Y el Kaiser fué de la misma opinión, y consideró el proyecto "...enteramente impracticable, inútil y, por lo tanto, perjudicial..." tendiente a poner a las potencias en una situación desairada. Tanto Alemania como Rusia convinieron al discutir la proposición de Pauncefote en que se trataba de una triquiñuela de la diplomacia inglesa para provocar dificultades de las naciones continentales con los Estados Unidos y ambas y Francia resolvieron separarse de la proyectada demostración frente a los Estados Unidos cuando Pauncefote mismo había cambiado de actitud, ora fuese porque había estado actuando de acuerdo con alguna sugestión de la Reina Victoria, como ya se ha dicho, y el gobierno de Londres hubo de llamarle a capítulo, ora por la sutil habilidad con que por entonces se manejó John Hay en Londres, al enviar a Wáshington al Secretario Henry White en lo que las potencias creyeron que era una misión (98), y con sus discursos el 21 de abril en el banquete al Lord Mayor de Londres y en los primeros días de mayo ante el Birmingham Liberal-Unionist Club. En el primero Hay conquistó grandes ovaciones de los ingleses sedientos de apoyo norteamericano en la cuestión de China y dispuestos a dar algo en cambio, cuando se refirió a la misión conjunta de Inglaterra y los Estados Unidos en una "sagrada misión de libertad y de progreso...", en una especie de sociedad en el trabajo benéfico del mundo" (99). En el segundo discurso, todavía más inquietante para las potencias continentales europeas y más grato a Inglaterra, Hay volvió a elogiar la cooperación de Inglaterra y los Estados Unidos y se dejó llevar de su calculado entusiasmo hasta decir:

...y yo hasta voy tan lejos que digo que, terrible como la guerra puede ser, la misma guerra sería comprada a poco precio si, en una causa grande y noble, las barras y las estrellas y la bandera inglesa flotasen juntas sobre una alianza anglo-sajona...

La reacción inglesa fué la que era de esperar y Chamberlain recíprocó las calurosas palabras de Hay y los políticos y la prensa le imitaron y toda posibilidad de acción conjunta europea frente a los Estados Unidos desapareció mientras España quedaba entregada a su desdichada suerte porque la balanza de poder, en que

ella se había apoyado durante tanto tiempo para tener a raya a los Estados Unidos, se había inclinado en favor de esta última nación por las nuevas implicaciones de la política internacional con las alianzas europeas y la cuestión de Oriente. Con la Gran Bretaña de su lado los Estados Unidos poco tenían que temer de las potencias continentales europeas; pero el Foreign Office no hacía las cosas de gratis y la independencia de Cuba, así demorada a un costo terrible de vidas y haciendas, por varias generaciones, porque los Estados Unidos se habían negado a apoyarla, una y otra vez, preparaba para los Estados Unidos las ruinosas rivalidades internacionales de la Primera y de la Segunda Guerras Mundiales.



# LA POLITICA DE LAS REPUBLICAS LATINOAMERICANAS ANTE LA CRISIS CUBANA

Entre los errores más generalizados acerca de la historia de las revoluciones cubanas figura el de que nuestros mambises, si nunca obtuvieron el reconocimiento de la beligerancia por parte de los Estados Unidos antes de que este país entrase en la guerra, disfrutaron del apoyo y la simpatía de las repúblicas latinoamericanas. Nada más lejos de la verdad, ya que la América Latina, cuando no abiertamente partidaria de España, como en el caso de Argentina, por ejemplo, se mostró indiferente a la independencia de Cuba, aun aquellas naciones que como Guatemala, Bolivia, Venezuela, etc., durante la Guerra de los Diez Años, de 1868 a 1878, llegaron a reconocer a la República de Cuba constituida en la Asamblea de Guáimaro. Hacia 1895 los cubanos no contábamos con una sola nación amiga en las dos Américas y algunos de los llamados "países hermanos" nos eran francamente hostiles.

Es curioso que algunos de los pocos partidarios que tuvimos en Chile y Argentina, allá por 1895, entendían que si de ese modo provocaban un conflicto con España, la guerra serviría para solucionar las diferencias que entonces dividían a ambas repúblicas por cuestión de límites. Como ya había ocurrido durante la Guerra de los Diez Años con Chile, Perú, Bolivia y Ecuador, en el conflicto que entonces tenían con España, el caso de Cuba era solamente un pretexto conveniente para asustar a España y no una política americanista que contemplaba la liberación de la última colonia española en el Nuevo Mundo. La actitud me parece explicable y no la censuro, ni mucho menos; pero sí creo que debe destacarse una y otra vez para evitar que haya interpretaciones erróneas de la realidad histórica, que la deforman y que hacen que las gentes

poco informadas, y no pocos historiadores de criterio ligero, tengan la creencia de que la independencia de Cuba tuvo la simpatía y el apoyo de las repúblicas latinoamericanas.

La gestión que Eugenio M. Hostos, N. Tanco, Fernando Betancourt y otros antillanos residentes en Chile, hacían a mediados de 1895 para obtener que el Congreso de Santiago aprobase un voto de simpatía en favor de la beligerancia de los cubanos, nunca tuvo éxito y, si bien es cierto que en Santiago, Iquique, Valparaíso y otras poblaciones se constituyeron agrupaciones que hacían propaganda por la causa de Cuba y que recaudaron y enviaron al Partido Revolucionario Cubano, en Nueva York, unos cuantos miles de pesos, los españoles lograron mucho más de parte de sus simpatizadores chilenos.

Poco después del 24 de febrero de 1895 la opinión venezolana, que siempre había sido muy favorable a la independencia de Cuba, comenzó a agitarse para ayudar a los patriotas en armas. Se constituyeron sociedades y grupos de simpatizadores sin que el gobierno del Presidente Joaquín Crespo interfiriera con esas actividades, antes bien, mostrando muy buena disposición en su favor. Los mítines por Cuba libre celebrados en Caracas durante el mes de agosto de 1895 despertaron las protestas de España que, al principio, fueron echadas a un lado, pero después lograron impresionar a la cancillería de Caracas, sobre todo cuando los demás países nada hacían por Cuba.

La colonia cubana de Perú constituyó a partir de junio de 1895 un Comité de Auxilio a la Revolución, dirigido por los Sres. Manuel Portuondo, Juan Duany y Francisco López Chávez, ayudados por el influyente cubano, veterano de la Guerra de los Diez Años y por entonces anexionista, José Payán, entre cuyos objetivos figuraba obtener del gobierno peruano la adquisición de armas y municiones para Cuba y el reconocimiento de la beligerancia; pero pese a todas sus gestiones y a la influencia preponderante del banquero Payán, nada se consiguió en ese sentido y sí sólo algún dinero, producto de colectas más bien modestas.

Labor admirable llevó a cabo en Uruguay, Argentina y Brasil el patriota cubano Dr. Ramón Valdés García, veterano de las guerras anteriores por la independencia y establecido en Uruguay, donde creó una familia cuyos descendientes todavía quieren a Cuba

como la tierra de su noble padre. En julio de 1895, cuando el Dr. Valdés García escribió al Delegado Estrada Palma para ofrecerse a reanudar sus trabajos por Cuba libre, ya le decía que había simpatías populares por esa digna causa; pero que las relaciones económicas entre Uruguay y España "...harían difícil una actitud resuelta del gobierno de Montevideo en el sentido del reconocimiento de la beligerancia, a lo menos antes que otras repúblicas, menos interesadas comercialmente con España..." (100) y esa realidad persistió hasta que terminó la guerra. El Dr. Valdés García, sin embargo, fundó, dirigió y publicó por espacio de varios años el periódico semanal *Cuba Libre*, como órgano oficial de la Revolución Cubana en las repúblicas del Plata.

México, sin embargo, presenta un caso curioso en sus relaciones con la Guerra de Independencia de Cuba. El país que antaño, en tiempos del Presidente Guadalupe Victoria y después durante el gobierno de Benito Juárez, se había mostrado partidario de ayudar a los cubanos, a partir de 1895, bajo la creciente dictadura de Porfirio Díaz, desconoció las aspiraciones del pueblo de Cuba y vaciló todo el tiempo entre favores a España para que se quedase en Cuba, servir a los Estados Unidos en la política norteamericana respecto a Cuba, y gestionar ¡LA ANEXION DE CUBA A MEXICO DE ACUERDO CON ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS Y SIN TENER EN CUENTA LA OPINION CUBANA AL RESPECTO! En septiembre de 1895 el agente cubano en México, que lo era D. Nicolás Domínguez Cowan, viejo amigo de Martí y emigrado en la república azteca desde hacía veinte años, le escribía a Estrada Palma como sigue:

... Ciertamente y muy cierto es que abundan los mejicanos que otorgan sus mejores simpatías a la causa de la revolución de Cuba; pero por la índole de los habitantes de esta tierra, por las consideraciones que guardan a su gobierno, y sobre todo, por la extemporánea y ridícula propaganda que de algún tiempo a esta parte ha venido haciéndose en pro de la anexión de Cuba a México, se ha entibiado algo el entusiasmo de los hijos de esta república en favor de nuestra independencia. Inició, anónimamente, el pensamiento el cubano Carlos Américo Lora y sospecho que le apoyan el señor presidente general Díaz y el ministro de Relaciones, don Ignacio Mariscal. Los adjuntos artículos darán a Vd. idea cabal de la opinión de algunos periódicos de esta ciudad y yo he creído prudente no contestar sobre el particular, tanto porque no he que-

rido lastimar susceptibilidades mejicanas, cuanto porque no deseo soliviantar a la colonia española, influyente, numerosa y adinerada.

México sacudió el yugo de la opresora metrópoli; pero continúa sintiendo la presión del elemento español; la actual administración pública sostiene cordiales relaciones con la amenazada monarquía de Alfonso XIII y el general Díaz, volteando la vista hacia Washington, aguarda que el gabinete norteamericano dé la nota que ha de resonar en los salones de los sucesores de Hernán-Cortés... (101)

Días después volvía a escribir Domínguez Cowan que "...sobran buenos deseos y simpatías en favor de Cuba; pero al llegar a las puertas del Congreso vacilan los unos y se debilitan los otros..." (102).

Estrada Palma no pudo menos que sorprenderse dolorosamente con las noticias que recibía de México y en carta a Domínguez Cowan las comentó de esta guisa:

... La propaganda iniciada en ese país por la anexión de la isla a esa república, no me parece empeño serio. En la isla se rechaza con energía toda idea de incorporación, y la que ahí se promueve ni siquiera da o lleva camino de dar el resultado práctico de avivar la discordia entre mexicanos y españoles... Es deplorable la actitud del país mexicano ante nuestro conflicto con España: aquél parece haber abdicado de la altivez y noble soberbia de que han hecho alarde venezolanos, chilenos, peruanos y ecuatorianos... (103)

La complacencia de México para con España llegó por entonces hasta a prohibir la primera conmemoración del aniversario del Grito de Baire, que había organizado Domínguez Cowan, a pesar de que el artículo nueve de la Constitución Federal garantizaba el derecho de reunión; pero al Presidente Porfirio Díaz le interesó más, mucho más, complacer al representante de España que había pedido la prohibición de la proyectada velada, que el cumplimiento del precepto constitucional o las aspiraciones de los cubanos por su independencia. Estrada Palma comentó la queja de Domínguez Cowan ante la disposición del gobierno mexicano en un párrafo de una carta suya en que decía:

... Siento la conducta injustificada de ese gobierno respecto a impedir la reunión en que Udes. hubieran conmemorado el primer aniversario de la insurrección iniciada el 24 de febrero de 1895, pero no me sorprende. Parece que las hoy repúblicas americanas se han olvidado de que ayer gemían oprimidas como nosotros y de

que las mismas razones que nos han obligado a levantarnos en armas, convirtieron a los hijos de ellos, entonces colonos esclavizados, en súbditos rebeldes, para transformarlos después en ciudadanos, dueños de su soberanía... (104)

Domínguez Cowan y Estrada Palma, sin embargo, no penetraban la verdad de que la política seguida por Díaz y Mariscal para complacer a España perseguía el objetivo de ganarse las simpatías de los españoles de Cuba y del gobierno de Madrid en favor de la anexión de Cuba a México, que era su propósito verdadero.

En mayo de 1896, según despachos enviados al Delegado Estrada Palma, desde México, por el Agente General Domínguez Cowan, la prensa mexicana seguía ocupándose de la que él llamaba "...ridícula, aunque perturbadora cuestión, de la anexión de Cuba a México... (105) Algunos cubanos participaban de esa propaganda, entre ellos el Dr. Juan Antiga; pero no faltaban mexicanos que la combatiesen, como en el caso del diputado federal Juan A. Mateos. La gestión anexionista llegó a preocupar a Estrada Palma cuando por esa época envió a México a Gonzalo de Quesada en misión oficiosa cerca de algunos gobernantes mexicanos, destinada a contrarrestar la campaña iniciada y hacer reafirmación de que los cubanos aspiraban a la independencia absoluta.

Aunque la misión de Gonzalo de Quesada pareció haber alcanzado completo éxito, en realidad no fué así. El Senador Sherman, más tarde secretario de Estado con el Presidente McKinley, más de una vez se manifestó partidario de la anexión de Cuba a México y a partir de 1896 una bien organizada campaña periodística, que se extendía por Nueva York, Chicago, Minneapolis, Salt Lake City, Denver, Springfield, Pittsburgh, Buffalo, Chicago, Filadelfia y otras ciudades, abogaba por esa solución con una unanimidad de razones sugerentes de que había quien dirigía el movimiento. El secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, evadía dar una respuesta categórica cuando se le preguntaba qué opinaba acerca de la anexión de Cuba a México y llegaba a decir que era necesario que los Estados Unidos y España (a Cuba ni la mencionaba), hiciesen proposiciones concretas a México acerca de la anexión para entonces darles una respuesta. En marzo de 1898, después de la explosión de *Maine*, en vísperas de la entrada de los Estados Unidos en la guerra y cuando los cubanos habían dicho de la manera más terminante y oficial que peleaban solamente por la inde-

pendencia, el Ministro Rivera, representante de México en Washington, seguía atentamente el curso de la campaña anexionista y mantenía informado a su gobierno del discurso del representante de Ohio, en favor de la anexión de Cuba a México.

Argentina llevó sus simpatías por España, en los esfuerzos de la metrópoli para aplastar la Revolución Cubana, hasta el punto de que permitió el reclutamiento de tropas en territorio argentino con destino a Cuba, mientras que Roque Sáenz Peña se ofrecía para pelear del lado de España al entrar los Estados Unidos en la guerra y una cuestación pública realizada en Argentina le regalaba a España las sumas necesarias para comprar un buque de guerra, el crucero *Río de La Plata*, que no estuvo en Santiago de Cuba y se libró por ello de ser hundido. Fuertes núcleos de opinión, en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guatemala, Costa Rica, Honduras, Bolivia, Perú, Uruguay y Venezuela simpatizaron con la independencia de Cuba y trataron de ayudarla con donativos y propaganda; pero la opinión oficial fué siempre y de manera uniforme, favorable a España y contraria a Cuba, hasta enjuiciando a la Revolución Cubana como una obsequiosa sumisión nuestra a las ambiciones expansionistas de los Estados Unidos para mejor cubrir y excusar su indiferencia.

En mayo de 1896 el Delegado Tomás Estrada Palma envió un extenso informe al Presidente Salvador Cisneros Betancourt, acerca del curso de la Revolución Cubana, en el que figuraba el siguiente párrafo:

. . . *Repúblicas latinoamericanas.* Inconcebible es la actitud asumida por estos gobiernos, unos indiferentes, otros hasta hostiles a la revolución libertadora de Cuba. Y no es que desconozcan el desarrollo sucesivo y las proporciones magnas que ha alcanzado nuestra guerra de independencia. No ignoran tampoco las causas que la han producido y que está la justicia de nuestra parte; bien saben que aquéllas constituyen en el proceso perenne de la dominación española en América, el proceso mismo de agravios que obligó a los pueblos hispanos de este continente a redimirse por la fuerza de las armas del yugo ibero. Pero el número de españoles residentes en muchas de esas repúblicas y la influencia que ejercen en la esfera gubernamental de algunas de ellas, por ejemplo, México, Costa Rica, Colombia y la República Argentina, han contribuído poderosamente a desvirtuar las simpatías naturales que todos los de nuestra raza en el mundo de Colón deben sentir en favor de un pueblo que pelea heroicamente para romper las cadenas que lo esclavizan y lo envilecen. . . (106)

Y un año más tarde L. G. del Portillo, al hacer un resumen de la disposición en que se encontraban los pueblos sudamericanos acerca de Cuba, que publicó en la revista *Cuba y América*, todavía podía decir:

... Si, por decirlo así, el cerebro que dirige a los Estados libres de América Latina responde aún a las erróneas inspiraciones del interés político mal entendido y deja abandonado a un pueblo hermano que, como lo hicieron ellos, lucha hoy con heroísmo por redimirse, el corazón, el sentimiento de aquellos pueblos palpita al unísono con el nuestro y hace votos por el triunfo de la bandera que simboliza la victoria definitiva de la independencia hispano-americana... (107)

No obstante estas generosas palabras la gran verdad de las relaciones interamericanas de 1895 a 1902 es que las repúblicas de la América Latina dejaron sola a Cuba para que se la disputaran entre España y los Estados Unidos, que alguna de ellas, México, hasta aspiró a participar de esa disputa y ser la beneficiaria de la misma, y que los grandes problemas, los grandes sacrificios y los grandes dolores de Cuba en sus esfuerzos libertadores y en sus años iniciales de independencia, con la intervención militar norteamericana y la exclusión de Cuba del Tratado de París, la Enmienda Platt y la mediatización de la soberanía cubana hasta 1933, fueron consecuencias directas del egoísmo, la incomprensión y hasta la hostilidad con que la América Latina consideró el caso de Cuba, la colonia que luchaba por emanciparse de la que en 1810 había sido mala metrópoli y en 1898 lo era cien veces peor.

## LAS NEGOCIACIONES DEL GOBIERNO CUBANO PARA ASEGURAR LA INDEPENDENCIA DE CUBA POR MEDIO DEL CONGRESO DE WASHINGTON ANTES DE QUE EL MINISTRO WOODFORD LLEGASE A UN ARREGLO CON ESPAÑA

La Revolución Cubana siempre tuvo mejor ambiente y más respaldo entre los senadores y los representantes norteamericanos que con el propio gobierno de Wáshington. Gonzalo de Quesada y Horatio Rubens casi continuamente, y el Delegado Estrada Palma, de tiempo en tiempo, trataron de acercarse y a veces llegaron, a escondidas y sin resultado práctico, a entrevistarse con secretarios del despacho de McKinley, para abogar por una política de verdadera neutralidad entre Cuba y España y por el reconocimiento de la independencia de Cuba. Esas gestiones, hábilmente conducidas y poderosamente reforzadas con documentos y razones, siempre fracasaron porque el gobierno de Wáshington tenía otras miras y estaba más interesado en conservar la amistad de España que en conquistar la gritud de los cubanos.

Por ello fué que la diplomacia cubana, respaldada por la simpatía del pueblo y de la inmensa mayoría de la prensa norteamericana, concentró sus mejores esfuerzos y alentó sus mayores esperanzas en lo que podía obtener del Congreso de Wáshington, que aparecía mejor dispuesto. Durante el gobierno de Cleveland hubo numerosas demostraciones de simpatía genuina y espontánea por la causa de Cuba libre entre los senadores y representantes, que contrastaban con la torpe política anticubana del régimen de Cleveland; pero con el cambio de gobierno y el encumbramiento de políticos ambiciosos y sin escrúpulos, que rodeaban a McKinley,

se hizo evidente que las influencias del momento eran negociables y que en un momento dado, por cesión de España a los Estados Unidos, o por acomodaticia transferencia a México, los esfuerzos libertadores cubanos podían quedar frustrados a beneficio de una solución que, si pondría fin a la dominación española sobre Cuba, no propiciaría el establecimiento de la independencia de Cuba. No habría una sola nación, en Europa o en América, que levantase su voz contra una jugarreta mediante la cual los cubanos cambiasen de amo, y los cubanos comprendieron que les resultaba indispensable tratar con los cabilderos o negociantes de influencias, si no querían que unos corredores de bonos y unos políticos poco escrupulosos neutralizaran con sus acuerdos la empresa libertadora de tantos años.

Al asumir McKinley el poder como candidato triunfante del Partido Republicano, que estaba comprometido a favorecer la independencia de Cuba según los términos de su plataforma electoral, hubo un grupo de banqueros y negociantes neoyorquinos que, pensaron en la posibilidad de usar su influencia para el cumplimiento de esa promesa, pero no sin antes concertar con los cubanos una elevada retribución por esos servicios. Las cabezas visibles de ese sindicato de "loblyists" o cabilderos dignos de los tiempos de Grant era Mr. Samuel M. Janney, miembro de la firma bancaria de Christy y Janney, establecida en el número 6 de Wall Street, en Nueva York, y el abogado y financiero neoyorquino John J. Mc Cook, de quien dice Rubens que era "un íntimo amigo personal y político de McKinley", tan íntimo en verdad, que cuando el Subsecretario Day regresó de comprobar la autenticidad de la famosa carta de Dupuy de Lome, al informar a McKinley del resultado de su entrevista estaban presentes el propio Rubens y el coronel Mc Cook, quien había ido a visitar al Presidente (108).

Una de las primeras referencias a este extraño negocio aparece en la correspondencia privada del Ministro Woodford con McKinley, que se conserva en los archivos del State Department sin formar parte integrante de los papeles regulares de la Legación de Madrid. Drummond-Wolff, Embajador de Inglaterra, discutió el asunto con el diplomático norteamericano en una entrevista celebrada el 19 de octubre de 1897 y que Woodford calificó de "... tan interesante conversación..." en su carta a McKinley, en que decía que Drummond-Wolff

... mencionó un telegrama o carta que ha aparecido recientemente en uno o más de los periódicos de Madrid y en cuyo escrito se dice que un Mr. Mc Cook, de Nueva York, estaba negociando para llegar a cierto arreglo con los insurrectos cubanos y las autoridades españolas, por medio del cual algunos grandes capitalistas adelantarían el dinero para el pago de la deuda de Cuba, con alguna garantía proveniente de la venta de las tierras del gobierno y de las minas de Cuba, así como cierto control sobre los derechos aduanales de Cuba,. Añadió que el rumor afirmaba que Mr. Mc Cook era persona de gran influencia y de alta representación en Nueva York y que mantenía estrechas relaciones con y tenía mucha influencia sobre el Presidente McKinley. Por fortuna yo no había visto el párrafo al que él se refería y se lo dije así. Había visto artículos de carácter general, de ese tipo, en los periódicos de Nueva York (creo que en el *Herald* y en el *Sun*); pero esto no lo mencioné. Me preguntó entonces si había en Nueva York un abogado bien conocido e influyente, apellidado Mc Cook y por supuesto, le contesté que existía ese caballero, quien disfrutaba de altísimo prestigio personal y profesional... (109)

En el párrafo que antecede y que expone lo que Drummond-Wolff sabía y quería ver confirmado, no falta nada, ni siquiera la admisión por parte de Woodford de que, no obstante sus negativas, sabía de qué se trataba, pero guardaba discreto silencio en espera de que McKinley le dijese si efectivamente tenía conexión con el asunto o no y si era cierto que Mc Cook, cuya influencia no negó Woodford ni por un momento, actuaba con conocimiento del Presidente. En cuanto a esto último, no puede haber duda de ello, ya que Mc Cook era asiduo visitante de la Casa Blanca y tenía libre acceso al despacho presidencial. Parece que Woodford estaba en el secreto de lo que se tramaba, aunque quizá sin ser parte del negocio, pues su respuesta al Embajador de Inglaterra una vez declarado su desconocimiento de la intriga, era más bien una defensa del supuesto derecho de los Estados Unidos a excluir a los negociantes de cualquier otro país y a no permitir competidores en cuestiones relativas a Cuba. Así se echa de ver con los párrafos subsiguientes del despacho de Woodford, en que decía a McKinley:

... Aquí debiera decir que hay rumores circulantes que se refieren a la propuesta organización de una compañía constituida en Londres que recibiría de la Corona de España las tierras y las minas que todavía tiene en Cuba, con algún control sobre las aduanas de Cuba, a cambio de lo cual suministraría a España dinero en efectivo y asumiría o garantizaría el pago del principal y el interés de la parte de la deuda española que haya sido contraída por

causa de Cuba. He oído que el monto de esa deuda llega a ochenta millones de libras esterlinas (o unos cuatrocientos millones de pesos). Tengo mis razones para pensar que este plan le ha sido propuesto al Sr. Moret, posiblemente antes de que ingresara en el gobierno de Sagasta como Ministro o Secretario de las Colonias, cargo que aquí llaman Ministro de Ultramar...

Woodford dijo a su colega que los Estados Unidos no permitirían la concertación de una operación de crédito que afectase a Cuba, con potencias europeas, y le hizo saber que cualquier arreglo de ese tipo tendría que ser con los Estados Unidos.

La gestión de Mc Cook y su sindicato, pues, era conocida de Inglaterra en octubre de 1897, y atribuía su importancia a las relaciones de ese promotor con McKinley y otros políticos norteamericanos, y acabamos de ver por el despacho de Woodford la terminante actitud del Ministro de los Estados Unidos para convencer al embajador de que no había que pensar en competir con Mc Cook y sus asociados porque su país no le permitiría a los negociantes de otra nación entrar en convenios financieros referentes a Cuba. Puede discutirse si la actitud de Woodford correspondía con su declaración de que no sabía nada de los planes de Mc Cook, pero no hay duda de que procedió como si los conociese y quisiese ayudarles.

Pocas semanas después de que Woodford hubiese enviado a McKinley la carta que acabamos de comentar, se reunía el Consejo de Gobierno cubano en La Esperanza, provincia de Camagüey, por primera vez presidido por el general Bartolomé Masó, quien acababa de ser elegido presidente de la República, y comenzaba un período de sesiones que duró casi dos meses en el mismo lugar sin que los españoles molestasen en lo más mínimo las reuniones del gobierno, prueba absoluta de la supremacía militar cubana. En la reunión celebrada el 10 de diciembre de 1897 se dió lectura a un informe del secretario de Relaciones Exteriores, Andrés Moreno de la Torre, acerca del convenio firmado el 5 de agosto de ese año, en Nueva York, entre Tomás Estrada Palma, "... en nombre y representación de la República de Cuba, de una parte, y de la otra el Sr. Samuel M. Janney, banquero de Nueva York, establecido en la calle de Wall número 6..." (110), para negociar la independencia de Cuba mediante un acuerdo entre los cubanos y España y del que también serían parte los Estados Unidos. Según

el informe del Secretario Moreno de la Torre, el propósito del contrato era "... llevar a efecto un plan para comprar a España la Isla de Cuba, propuesto por el Sr. Janney...", mediante el cual España reconocería la independencia de Cuba y se retiraría con los representantes de su autoridad y todas sus tropas, y la República de Cuba sucedería a España en la soberanía de la Isla y en todas las propiedades y bienes del suprimido gobierno colonial, al mismo tiempo que eran amnistiados todos los presos políticos y militares de nacionalidad cubana. Mr. Janney recibía de Cuba ciento cincuenta millones de pesos en bonos al cuatro por ciento anual, cuyos intereses se pagarían semestralmente mientras que el principal sería saldado en el plazo de cincuenta años. El pago de intereses y amortización tenía que ser hecho en oro norteamericano de la ley, peso y calidad entonces vigentes, o en oro cubano del mismo valor. Los ciento cincuenta millones de pesos en bonos así entregados a Mr. Janney se destinaban a indemnizar a España por la pérdida de su soberanía sobre Cuba, a sufragar los gastos originados por la ejecución del contrato y a "... compensar los trabajos del Sr. Janney y sus asociados", según los términos del convenio. Los Estados Unidos actuarían como síndicos en la ejecución del contrato, y se disponía que en la primera quincena de cada mes la República de Cuba depositaría en la Tesorería de Washington la mitad del importe total de los ingresos por concepto de derechos de aduanas recaudados el mes anterior. Para el mejor desempeño de sus funciones se reconocía al gobierno norteamericano la facultad de nombrar interventores aceptables a Cuba para el examen de los libros de contabilidad de las aduanas, y los sueldos de esos empleados serían pagados por Cuba. La cláusula novena del contrato que venimos comentando decía textualmente:

... 9. El Sr. John Mc Cook, abogado de Nueva York, quedó nombrado y autorizado por el Sr. Tomás Estrada Palma, a nombre y en representación de la República de Cuba, para pedir y obtener del gobierno de los Estados Unidos que consienta en actuar como "Trustee" (Síndico), recibiendo con ese carácter los derechos de Aduana en la forma indicada y entregando su importe a los tenedores de bonos en los correspondientes vencimientos, y que haga presente a España la necesidad de que la actual guerra termine con la independencia absoluta de Cuba, notificándole su intención de obrar como tal "Trustee" a los efectos indicados... (111)

El procedimiento para la ejecución del contrato estaba contenido en la cláusula décima, que decía:

10. Tan pronto como se acredite a satisfacción del Sr. Tomás Estrada Palma, por medio de un documento firmado por una autoridad competente de los Estados Unidos dirigido a una persona de merecido concepto, o por una comunicación verbal oficiosa de dicha autoridad al Sr. Estrada Palma, que el gobierno de los Estados Unidos consiente en actuar como "Trustee" y que ha hecho al gobierno de España las notificaciones indicadas, el Sr. Estrada Palma entregará a The Mercantile Trust Co., establecida en Nueva York, Broadway núm. 120, un certificado de ciento cincuenta millones de pesos al cuatro por ciento de interés anual en calidad de depósito y sujeto a los términos y condiciones de este contrato...

Más adelante se estipulaban las causas de nulidad del contrato, que eran la no ratificación por la Asamblea de Representantes de Cuba, que había estado reunida durante los meses de septiembre y octubre; pero a cuya consideración no se había sometido dicho instrumento, y la no evacuación de Cuba por las tropas españolas, que en un principio se convino había de estar realizada antes de octubre 1, 1897, pero cuya fecha se pospuso después hasta el primero de noviembre siguiente. The Mercantile Trust Co., como depositaria de los bonos y encargada de apreciar la ejecución de los términos del contrato, quedaba autorizada para que tan pronto tuviese pruebas suficientes de que España había cumplido con su parte, pudiese entregarle a los representantes de esa nación "...la cantidad de bonos que... haya convenido en aceptar" No es posible precisar cuánto pensaban los banqueros norteamericanos pagar a España por la venta de la independencia de Cuba; pero, en vista de los precedentes conocidos, parece prudente calcular que la indemnización a la metrópoli no habría pasado de cien millones de pesos, o sea, que el sindicato de compradores de voluntades podía a su antojo emplear la formidable suma de cincuenta millones de pesos como otros tantos argumentos destinados a influir sobre periodistas, políticos, banqueros y hombres influyentes, en general, en favor de la independencia de Cuba mediante una compra-venta en que intervenían los Estados Unidos. Los "lobbyists" se reservaban de la manera más terminante el derecho de no justificar la inversión o distribución de los bonos, condición indispensable para con ciertos elementos que no se habrían mostrado dispuesto a arros-

trar la pérdida de su prestigio si consentían en un soborno que podía hacerse público. A ese efecto, las cláusulas décima quinta y décima sexta del contrato prefijaban:

... 15. Ni el Sr. Janney ni la Mercantile Trust Company serán llamados por nadie, sea parte de este contrato o no, a dar cuenta por la entrega o disposición que se haya hecho de todos o de parte de los mencionados bonos, cuando hayan sido entregados contra la orden escrita del Sr. Janney.

16. Una vez hecha por la Mercantile Trust Company la entrega de la totalidad de los bonos, en cumplimiento de lo pactado en el contrato, el Sr. Janney lo mismo que la Mercantile Trust Company tendrán derecho a recibir un finiquito general del Sr. Estrada Palma y de la República de Cuba, y un completo descargo de todas las otras obligaciones nacidas del contrato...

El segundo plazo que se había fijado para que el contrato entre Estrada Palma y Christy y Janney fuese válido con la promesa o la nueva intimación de que los Estados Unidos consentían en desempeñar el papel que se les encomendaba en el convenio, expiró el 1° de noviembre de 1897 sin que el gobierno norteamericano hubiese dado ese paso. Por otra parte, tampoco la Asamblea de Representantes cubana había ratificado el contrato cuando el Consejo de Gobierno discutía el dictamen del Secretario Moreno de la Torre, a que venimos refiriéndonos, en la sesión de 10 de diciembre. Por supuesto, el gobierno de McKinley estaba más del lado de la anexión que de ayudar a la independencia de Cuba y encontrarse atado con España y Cuba en un contrato que daba personalidad internacional a la nueva república y hacía imposible la anexión. Muchos y muy poderosos eran los intereses que se proponían obtener para sí y distribuir entre otros pingües ganancias —millones de pesos—, a cambio de la independencia de Cuba, pero no eran menos ni más débiles los que aspiraban a quedarse con la Isla, y la decisión del problema quedó en suspenso por espacio de varias semanas.

El Consejo de Gobierno cubano ignoraba todo esto, naturalmente. Por ello Moreno de la Torre sugería en su dictamen, aprobado en la misma junta en que fué leído, que se autorizase a Estrada Palma para formalizar el contrato firmado con Janney, pero con las siguientes modificaciones: que Cuba no estaría obligada a pagar deuda alguna contraída por España con cargo al tesoro insular;

que España sería responsable por los daños y perjuicios sufridos por los extranjeros residentes en Cuba durante la guerra; que el contrato se consideraría cumplido y la indemnización debida "...siempre que España evacue el territorio cubano y los Estados Unidos reconozcan la independencia de la República de Cuba dentro del término de seis meses a contar desde primero de enero de mil ochocientos noventa y ocho" (112); que la emisión de bonos fuese por doscientos millones de pesos en vez de ciento cincuenta millones, para que Cuba pudiese hacer frente a las deudas de la revolución, etc., y que la amortización total, en vez de ser a los cincuenta años, fuese a los setenta u ochenta.

Cuando estos acuerdos llegaron a mano de Estrada Palma las actividades del sindicato de promotores habían sufrido una paralización temporal con la concesión de la autonomía a Cuba que, para los imperialistas, y para McKinley y Woodford entre ellos, no significaba la ruina de sus planes anexionistas sino, muy al contrario, un paso previo para la adquisición de Cuba ya pacificada y reconciliada con el futuro como parte de los Estados Unidos. Una carta confidencial de Woodford a McKinley, en noviembre, ya hacía uso de la famosa teoría de John Quincy Adams como resultado final de la autonomía al decir:

... Si ahora logran la pacificación a través de métodos humanos y reformas eficientes, no veo otro posible resultado sino el de que Cuba gradualmente se acostumbrará al gobierno propio y a la postre estará preparada para ello. Cuando la manzana esté madura caerá del árbol... (113)

Con la inesperada y estratégica rendición de España a las demandas hechas por los Estados Unidos y que tontamente creyeron norteamericanos y españoles que aseguraría la pacificación de Cuba, los "lobbyists" o cabilderos quedaron desorientados y expectantes; pero su actividad no desapareció del todo, como veremos más adelante, y habría de costarle dinero al pueblo cubano. No sería imposible, por otra parte, que a ello contribuyese la noticia por entonces repetida en España por el rumor público y lógicamente probable ante el fracaso de la autonomía, de que España estaba dispuesta a deshacerse de Cuba y a cederla a los Estados Unidos. Un despacho lleno de misteriosas reticencias y confidencialmente enviado por Woodford a McKinley a fines de diciembre, parece respaldar esa hipótesis, porque en él decía el Ministro de

los Estados Unidos, en párrafo que ya hemos transcrito con anterioridad, que deseaba permiso para un corto viaje a los Estados Unidos para informar de cosas que el gobierno español no deseaba que se escribieran, y que ese despacho no era para archivarlo en el Departamento de Estado

Los "lobbyists" o cabilderos, sin embargo, no se habían resignado a hacer el juego a los imperialistas y a perder el jugoso negocio que representaba la buena disposición de los cubanos a pagar por el reconocimiento de su independencia. Cuando el relevo de Weyler, la concesión de la autonomía y la abolición de la reconcentración, les convencieron de que no había posibilidades de éxito en el plan de que España reconociese la independencia de Cuba mediante una indemnización, su decisión fué de laborar expresamente por el reconocimiento de la independencia cubana y la evacuación de la Isla por las tropas españolas, a virtud de un nuevo convenio con Estrada Palma. Esta resolución, naturalmente, se basaba en la absoluta negativa de los mambises a rendirse a cambio de la autonomía.

El 26 de noviembre de 1897 Estrada Palma escribió al Secretario de Relaciones Exteriores, Andrés Moreno de la Torre, para darle cuenta de que había firmado un nuevo contrato con Samuel M. Janney en substitución del que había caducado por incumplimiento de las condiciones pactadas y que hemos comentado en detalle páginas atrás. En el nuevo convenio Estrada Palma, a nombre de la República de Cuba, se comprometía a entregar a Janney y a sus asociados treinta y siete y medio millones de pesos en bonos

... si se llega a la solución de independencia y evacuación de la Isla por las fuerzas españolas, reconocida la soberanía de la República de Cuba por los Estados Unidos; todo ésto sin pagar indemnización a España, pues este contrato sería nulo y de ningún valor si se obtuviese el resultado apetecido por razón del contrato primero que se sometió a la aprobación del Gobierno...

En la sesión celebrada por el Consejo de Gobierno el 27 de enero de 1898 en La Deseada, provincia de Camagüey, que fué presidida por Bartolomé Masó, se resolvió ratificar la autorización que había sido dada el mes anterior a Estrada Palma para negociar con Janney y sus socios, y hacerla específicamente extensiva al nuevo convenio, con encargo de que activase las gestiones de los promotores. La correspondencia de la cancillería cubana con

Estrada Palma en los meses subsiguientes, una y otra vez se refiere al contrato con Janney, especialmente en las instrucciones números 145, 153, 194 y 197 de 1898, enviadas en cumplimiento de acuerdos del Consejo de Gobierno para apremiar la reclamación del reconocimiento de la independencia de Cuba.

El 12 de mayo de 1898, cuando ya la guerra entre los Estados Unidos y España había comenzado, el gobierno cubano acordó enviar a los Estados Unidos al Vicepresidente de la República, Dr. Domingo Méndez Capote, con el carácter de enviado especial encargado de estudiar detenidamente los convenios pactados con Janney y las causas por las cuales no habían sido cumplimentadas las cláusulas relativas al reconocimiento de la independencia. Méndez Capote llevaba facultades bastantes para anular todo lo acordado entre Janney y Estrada Palma, de estimarlo así justificado y hasta de proponer la destitución del representante de Cuba (114), y desempeñó su cometido y regresó e informó sobre sus gestiones, como veremos más adelante, en forma que demostró que el contrato con los "lobbyists" había sido ejecutado, por lo menos parcialmente.

Pocos años más tarde, al concurrir Cuba, ya constituida en república independiente y reconocida por los pueblos del mundo, a la exposición universal de San Luis, Missouri, la Secretaría de Agricultura, Industria y Comercio que estaba interinamente a cargo de uno de los más misteriosos personajes de la historia de Cuba republicana, el ingeniero Manuel Luciano Díaz, Secretario de Obras Pública, publicó un folleto de propaganda, impreso en inglés y en español, sobre los recursos de Cuba, el progreso del país y los acontecimientos que habían dado lugar al nacimiento de la república. En ese folleto podía leerse una sorprendente información que, bajo el título de "Los bonos cubanos", decía como sigue:

... En 1897 personas serias y de influencia presentaron a la Delegación un proyecto para conseguir la independencia de Cuba, y con autorización del Gobierno, celebró dicha Delegación un contrato con aquellas personalidades comprometiéndolo una cantidad alzada en bonos; a consecuencia de esta negociación se hicieron trabajos de gran importancia y suma trascendencia que obligaron al Delegado por fuerza del compromiso adquirido y el honor del pueblo cubano, a entregar en mayo de 1898, con aprobación del Consejo de Gobierno, bonos por valor de dos millones de pesos, como cancelación del contrato, los que añadidos a los que se entregaron por venta y pago de servicios, forman un total de 2.793

con un valor nominal de \$2.195.350, quedando una existencia en poder del Tesorero del Estado de 6.254 bonos por valor de \$775.150... (115)

Naturalmente, la publicación en un impreso oficial del gobierno cubano de tan sensacional información, provocó la curiosidad pública, y tras los inevitables comentarios en Cuba, la prensa norteamericana se ocupó del asunto y el Ministro de los Estados Unidos, Herbert G. Squiers, trató de averiguar lo que hubiese de cierto en esa afirmación mediante la ayuda de los numerosos y eficientes espías que tenía para vigilar las actividades del gobierno cubano. En septiembre ya Squiers informaba al *State Department* de que la información contenida en la antecedente cita estaba siendo vivamente comentada y que el Secretario Díaz había sido entrevistado e interrogado sobre la verdad de la noticia e

... informó que la declaración era cierta y que había recibido la información en palacio... (116)

Pocos días más tarde el *New York Tribune* cablegrafió al Presidente Estrada Palma para que explicase lo que había en el fondo de la cuestión, y la respuesta fué como sigue:

... La publicación reciente acerca de los bonos cubanos emitidos durante la Guerra de Independencia fué hecha sin mi conocimiento y sin mi permiso.

Deseo agregar que ni un sólo bono fué entregado por mí a persona alguna en los Estados Unidos, excepto en los casos en que había recibido todo su valor y que ni uno fué dado a persona alguna relacionada con éste o aquel Departamento del Estado.

Cualquier insinuación de esta clase que se haga o haya sido hecha es un insulto no sólo a los Estados Unidos, que tanto hicieron por la causa de la libertad y de la humanidad en Cuba, sino también a mí, personalmente... (117)

Squiers, sin embargo, no se conformó con la explicación dada por Estrada Palma y que trataba de evitar el escándalo que hubiera podido producirse al confirmarse que había banqueros que negociaban con su influencia política. El inquieto Ministro norteamericano, lleno de ambiciones anexionistas que estaba resuelto a ver realizadas, quiso llegar hasta el fondo de la cuestión para ver si encontraba algo utilizable a sus designios, y su servicio de espionaje continuó la averiguación de lo que hubiese de cierto en el rumor relativo al contrato de Janney hasta darle unos informes con

los cuales Squiers pudo participar a John Hay, al final del despacho que venimos comentando, lo que sigue:

Se me dice que en una reunión del gabinete, poco después, el Sr. Estrada Palma explicó su acción diciendo que cualquiera otra respuesta habría ofendido a Washington. Entiendo que en el momento en que se discutió en el Congreso cubano el pago de los intereses de los dos millones de pesos, el Presidente hizo manifestaciones muy distintas y que ahora teme que algún congresista radical pueda embarazarle con una solicitud para que explique lo ocurrido.

Este es un asunto delicado, que no he discutido para nada excepto con el Sr. Manuel Luciano Díaz y uno o dos amigos íntimos. Incluyo un interesante memorándum que he recibido de fuente digna de crédito... (118)

Como se ve por las noticias que tenía Squiers, uno de cuyos canales era Manuel Luciano Díaz, quien había ordenado la impresión del folleto por el cual se había originado el rumor público acerca del contrato con Janney, el convenio se había cumplido en parte y Cuba estaba pagando los intereses. Díaz, miembro del gabinete e infiel a los intereses del gobierno al que aparentaba servir, era anexionista y confidente de Squiers, a quien informaba de no pocos secretos oficiales, como veremos en estas páginas. Squiers, sin embargo, no dice que fuese Díaz "... la fuente digna de crédito" mediante la cual recibió el memorándum anónimo enviado a John Hay y que por su importancia vamos ahora a transcribir íntegramente para comentarlo y compararlo después con ciertas fuentes oficiales cubanas, que coinciden con muchos de los datos contenidos en dicho documento. Decía así el memorándum:

... En mayo de 1898 Tomás Estrada Palma, entonces Delegado de la aún no reconocida República de Cuba, convocó a una reunión en su residencia de Astor House, Broadway, Nueva York, a los siguientes cubanos, algunos de los cuales habían sido partidarios de la independencia de Cuba desde principios de la guerra, en 1895, mientras que otros se habían identificado con la causa en fecha posterior, pero eran considerados de gran importancia por Estrada Palma a causa de su fortuna personal: Carlos de Zaldo, José Emilio Terry, José Antonio González Lanuza, Carlos I. Párraga, José de Zayas, Gonzalo de Quesada. El Sr. Estrada Palma informó a estos caballeros que antes de los últimos e importantes acontecimientos (la "Joint Resolution" de abril de 1898 y el actual estado de guerra entre los Estados Unidos y España), él había concertado un contrato con el Sr. Samuel Janney (miembro de la

firma de Christy y Janney, de Wall Street núm. 2, después disuelta), y que por ese contrato el Sr. Janney, quien representaba a políticos muy importantes de Wáshington, se comprometió a obtener por medio de esos influyentes amigos el reconocimiento de la independencia de Cuba por parte del gobierno de los Estados Unidos. En remuneración por este servicio el Sr. Estrada Palma se comprometió en el mismo contrato a darle al Sr. Janney, para él y para sus amigos, treinta y cinco millones de pesos en bonos de la República de Cuba que devengarían un interés del 6% anual.

El Sr. Estrada Palma añadió que este contrato expiró sin que el Sr. Janney hubiese cumplido lo que le correspondía; pero que después de ciertas otras conferencias con los mismos caballeros, él consideró que era prudente renovarlo por otro período. Este segundo período también expiró sin que el gobierno norteamericano hubiera otorgado reconocimiento alguno a la República de Cuba, y el Sr. Estrada Palma rehusó conceder otra prórroga al Sr. Janney, a pesar de que éste le urgía a que lo hiciera. No obstante esto, —continuó explicando el Sr. Estrada Palma—, el Sr. Janney continuó trabajando por la causa de Cuba en Wáshington y cuando se aprobó la "Joint Resolution", reclamó su compensación arguyendo que ya él se había comprometido a entregar una importante cantidad de bonos a personas que habían desempeñado un papel decisivo en el reconocimiento de la independencia de Cuba. A esto el Sr. Estrada Palma replicó que el reconocimiento de la independencia de Cuba, como aparece en la citada "Joint Resolution", no era exactamente el tipo de servicio al cual él se había referido en el contrato para pagar treinta y cinco millones de pesos en bonos de la República de Cuba, que se refería al reconocimiento de la República de Cuba por sí misma y con el gobierno revolucionario que él representaba. El Sr. Janney insistió en que se trataba prácticamente de la misma cosa y que sus amigos de Wáshington así lo entendían. En esta situación, el Sr. Estrada Palma concluyó pidiendo el consejo de los caballeros a quienes había convocado sobre lo que se debía hacer. No podía negar que el Sr. Janney y sus amigos habían realizado un trabajo muy importante a beneficio de Cuba, aunque sin lograr exactamente lo que se había convenido en el contrato vencido; pero que él estaba seguro de que se podía llegar a un compromiso con el Sr. Janney y sus amigos aceptando dos millones de pesos en bonos al 6% a cambio de retirar todas sus reclamaciones.

Después de esta declaración hecha por el Sr. Estrada Palma, el Sr. Quesada se dirigió a los presentes y les informó que él podía declarar, como Delegado Cubano en Wáshington y como testigo, que el trabajo realizado por el Sr. Janney fué realmente importante y efectivo y que estaba obligado a entregar una gran cantidad de bonos a personas muy influyentes a quienes se debía que los Esta-

dos Unidos se hubieran comprometido a no ejercer soberanía sobre la Isla y a no hacer la anexión.

En vista de todo lo que habían dicho los Sres. Estrada Palma y Quesada, los reunidos fueron de opinión de que el Sr. Estrada Palma debía entregar al Sr. Janney los dos millones de pesos y se redactó un documento que contenía todos los detalles arriba mencionados, con seis copias de un mismo tenor hechas y firmadas por los Sres. Estrada Palma, Zaldo, Terry, Lanuza, Párraga, Zayas y Quesada.

Esta es la transacción a la que se alude en el reciente folleto publicado por el Departamento de Agricultura, Industria y Comercio para distribuirlo en la Exposición de San Luis. El Secretario Sr. Manuel Luciano Díaz, no participó de esta transacción ni era de los revolucionarios contra España cuando se firmó el compromiso entre Estrada Palma y Janney y por lo tanto no pudo saber de la existencia de ese compromiso si no por mediación del propio Estrada Palma. Además, las pruebas de imprenta del folleto, editado por Rambla y Bouza, impresores de la "Gaceta Oficial" y del gobierno, fueron corregidas y examinadas en el Palacio Presidencial.

Además, cuando el Sr. Estrada Palma envió su mensaje al Congreso Cubano, ya hace varios meses, pidiendo que se pagasen los bonos al 6%, ya aludía a algunas de estas cuestiones y el Senado celebró una sesión secreta, a puertas cerradas, en que se relató todo lo ocurrido, con el Senador Párraga presente.

Vale la pena señalar que tan pronto, como el Sr. Estrada Palma fué elegido Presidente de la República de Cuba, que acababa de ser establecida, se rodeó de los mismos caballeros que habían estado presentes en la reunión de Astor House. El Sr. Zaldo, ex-Secretario de Estado y Justicia, es su amigo más influyente. El Sr. Párraga es también otro de sus más fuertes apoyos en el Senado. El hijo del Sr. Zayas es el Cónsul General de Cuba en Nueva York. El Sr. Terry fué asimismo el primer Secretario de Agricultura en el gabinete del Sr. Estrada Palma y renunció para atender a los importantes intereses de su gran central azucarero en Cienfuegos. Finalmente el señor Quesada es el Ministro de Cuba en Washington por la voluntad del Sr. Estrada Palma y con mucha oposición del Senado... (119)

Este importantísimo documento lo encontramos en los archivos del *State Department*, de Washington, (hoy incorporados a The National Archives), enviado, como hemos hecho constar, con un despacho oficial del Ministro de los Estados Unidos que en realidad denunciaba tan escandalosa transacción sobre la cual ni el Presidente Roosevelt ni el Secretario Hay adoptaron resolución alguna. ¿Por

consideración al Presidente Estrada Palma o al Ministro Quesada? Es muy de dudar que tales motivos interviniesen en la resolución de los gobernantes norteamericanos, especialmente cuando se consideraba que los cubanos estaban “jugando al gobierno propio” y haciendo un experimento republicano para llegar a la anexión cuando se hubiesen cansado de ser libres. En cuanto a Estrada Palma, el descubrimiento del contrato con los banqueros y políticos norteamericanos no le habría perjudicado en lo más mínimo ya que, como hemos visto y seguiremos viendo, obró con la aprobación del Consejo de Gobierno y específicamente autorizado e instruido para ello. Muy posiblemente, la revelación de que Estrada Palma era atacado por los Estados Unidos, le habría ayudado políticamente y asegurado una popularidad de que nunca disfrutó por sospechársele de ser un instrumento del gobierno de Washington, aunque sin fundamento, como hemos demostrado en el volumen IV. de nuestra obra *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. A Gonzalo de Quesada también le habría ayudado con su pueblo el que el gobierno de Washington lo hubiese atacado, y, si ello hubiese puesto fin a su misión en los Estados Unidos, con seguridad que habría obtenido otro puesto de importancia para continuar sus servicios a Cuba. La actitud del gobierno de Roosevelt, por lo tanto, no fué adoptada en consideración a los cubanos; el silencio culpable, la tolerancia imperdonable, la extraña pasividad del *State Department* ante la denuncia de Squiers que desprestigiaba en la *joint resolution* de abril de 1898 la más generosa declaración de política internacional de que los Estados Unidos habían sido capaces, fueron dictadas por el temor, quizá la certidumbre, de que los Janneys y los McCooks eran sólo testaferreros tras los cuales se movían, como los “lobbyists”, cuidaban de decir y se prueba con las amistades de McCook, que habían incluido al propio Presidente McKinley, las personas influyentes de la política norteamericana a que era preciso entregar los bonos cubanos por haber actuado en favor de la independencia de Cuba con la promesa de ser remunerados por tales muestras de simpatías.

Por supuesto que, para las personas versadas en la historia de los Estados Unidos y conocedores de la corrupción administrativa imperante en ese país, —por otra parte tan severo crítico de las inmoralidades políticas en otras naciones y tan enérgicamente resuelto en todo tiempo a enseñar a otras naciones a tener gobiernos

honrados—, el hecho de que en la aprobación de la *joint résolution* entrasen el soborno y otros inconfesables manejos, no sería extraordinario. Sin remontarnos a los primeros ochenta años de la democracia norteamericana, con recordar los vergonzosos escándalos de tiempos de Grant y de algunos de sus sucesores, y los más recientes del periodo de Harding, encontraríamos casos análogos en grado de tentativa y hasta realizados del todo. Aun en el caso de que todo lo denunciado por Woodford y Squiers y registrado por el Consejo de Gobierno cubano, investigado por Inglaterra, publicado por Cuba, etc., no fuese cierto como en una ocasión hubo de decirme, en entrevista que celebré con él en 1932, en Nueva York, el antiguo abogado de los cubanos, Horatio S. Rubens, el hecho de que unos banqueros y un amigo de McKinley pudiesen impunemente entrar en contratos de la naturaleza del que comentamos, no honra a los Estados Unidos cuando su gobierno se negó a esclarecer la comprometedor información hecha seis años después de ocurridos esos sucesos por su Ministro en La Habana.

Aún hay más que decir sobre este asunto, que robustece la evidencia que hasta ahora hemos aportado. El Vicepresidente de la República, Dr. Domingo Méndez Capote, enviado a los Estados Unidos en misión especial relacionada con el contrato entre Janney y Estrada Palma, según ya dijimos, presentó ante el Consejo de Gobierno Cubano, en la sesión celebrada en Santa Cruz del Sur el 23 de octubre de 1897, el informe de su gestión acerca de Estrada Palma. En ese informe Méndez Capote incluyó las cuentas de tesorería de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano desde enero de 1895 hasta julio de 1897, que fueron aprobados, y

... un documento firmado en Nueva York el 5 de mayo último por los Señores N. N. (sic) en el que aparece expuesto el curso que siguen las negociaciones a que se contraen los acuerdos del Consejo de Gobierno de diez de diciembre de mil ochocientos noventa y siete y veintisiete de enero último, y la solución final dada al asunto, que según informe del Delegado es la misma que en dicho documento se recomienda... (120)

Consta también del acta de la sesión que comentamos, que fué aprobada

... la solución dada a las negociaciones que motivaron los acuerdos de diez de diciembre y veintisiete de enero, por haber sido de acuerdo con las instrucciones que diera el Consejo de Gobierno.

Ahora bien, los acuerdos de 10 de diciembre y 27 de enero, aquí mencionados, son los referentes a los contratos entre Samuel Janney y Estrada Palma, con lo que podemos comprobar que no habían sido anulados, sino modificados y adaptados a las nuevas circunstancias, y reajustada la compensación o remuneración ofrecida a los compradores de votos y negociantes en simpatías, y que el Consejo de Gobierno aprobaba lo actuado por su representante en los Estados Unidos, Tomás Estrada Palma, de acuerdo con un documento entregado por Méndez Capote y "... firmado en Nueva York el 5 de mayo último por los señores N. N.". En la sesión en que Méndez Capote dió cuenta con su informe ocurrió una contradicción curiosa y que contribuye a poner más de relieve el misterio con que desde un principio se quiso rodear a los contratos con Janney. Cuando se leyó el informe de Méndez Capote no se mencionó quiénes eran los firmantes del documento de 5 de mayo y se les designó crípticamente como "N. N." para ocultar sus nombres. Antes de terminar el acta, sin embargo, encontramos un párrafo revelador que decía:

... Se hace constar que en el folio doscientos cuarenta y tres de este libro y en la presente Acta, al darse cuenta del documento firmado en Nueva York sobre las negociaciones que motivaron los acuerdos de 10 de diciembre y 27 de enero último, al citar los firmantes sólo se escribió N.N. por equivocación, cuando las firmas que constan al pie del referido documento son Tomás Estrada Palma, Gonzalo de Quesada, José Zayas, Emilio Terry, José Antonio González de Lanuza, Carlos Zaldo y Carlos I. Párraga... (121)

Estos nombres, por otra parte, son los contenidos en el memorándum suministrado "... por fuente digna de crédito" a Squiers sobre la reunión convocada por Estrada Palma en mayo de 1898 para tratar de la exigencia de su remuneración por parte de Janney, al insistir éste en que tenía que pagar a ciertas personas en Washington por las nobles declaraciones contenidas en la *joint resolution* de abril de 1898 sobre que

... el pueblo de la isla de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente...

y también de que

... los Estados Unidos por la presente protestan que no tienen disposición o intención alguna de ejercer soberanía, jurisdicción o control sobre esa isla, excepto para su pacificación y afirman su

determinación, cuando así lo hayan logrado, de dejar el gobierno y el control de la Isla a su pueblo . . .

El párrafo del acta de 23 de octubre de 1898 cierra el ciclo de la investigación en torno a los contratos con los "lobbyists" norteamericanos para probar que sí hubo que pagar a los traficantes en opiniones por las declaraciones de ciertos políticos que, sin sentir entusiasmo alguno por la causa de la independencia de Cuba, ni verdadera oposición a la anexión de la Isla, se sumaron a los muchos de puras y elevadas convicciones que espontáneamente votaron por la *joint resolution*, hasta hacerla triunfar. Una reciente obra de un historiador norteamericano pasa ligeramente sobre la formidable masa de evidencia que acabamos de revisar, sin considerar toda su inmensa importancia y con ligereza y suficiencia imperdonables, dice:

. . . Mucho se habló por entonces acerca de que grandes cantidades de bonos revolucionarios cubanos fueron usados en los Estados Unidos con propósitos que, en efecto, equivalían a sobornos, y esta afirmación fué repetida más tarde, de manera casual, en una publicación editada por la República de Cuba; pero el primer Ministro de los Estados Unidos en Cuba caracterizó la acusación como "chisme político" . . . (122)

Si dicho historiador se hubiese tomado el trabajo de revisar todas las fuentes, analizarlas y compararlas, no se hubiese permitido el error de echar a un lado de esa manera las comprometedoras pruebas que hemos mencionado. Permítasme agregar a lo dicho, y para poner fin por ahora a este asunto, que en unas investigaciones que practicamos en la Intervención General de la República de Cuba para saber si se habían pagado los bonos que, según acuerdo, debieron ser entregados a Samuel Janney, se nos facilitó un estado de cuentas relativo a los "Bonos de la emisión de 1896-1897", según cuyo documento en diciembre 31, 1932, Cuba debía por ese concepto la cantidad de \$7,650.00. Las vicisitudes políticas de mi país, que me forzaron a expatriarme poco después, cortaron esas investigaciones que pensaba seguir hasta determinar quiénes eran las personas que poseían bonos de la emisión de 1896-1897, única que pudo ser utilizada para pagar a Janney y sus socios.

Nada hay en la correspondencia del Cónsul Lee, quien blasonaba de conocer todos los secretos de la revolución y de ser el confidente de los cubanos, que haga suponer que supiese o sospe-

chase siquiera de las negociaciones hechas con Janney para obtener el reconocimiento de la independencia de Cuba. La precaución de no permitirle saber lo que se había convenido con los "lobbyists" era natural por otra parte, ya que Lee era por entonces uno de los más activos agentes del grupo imperialista opuesto a la autonomía y deseoso de adoptar una actitud enérgica frente a España y hasta de llevar a cabo una intervención por las fuerza que pusiese fin a la guerra de Cuba e impidiese el triunfo de la revolución.



## XIV

# LA ELABORACION DE LA "JOINT RESOLUTION" HASTA SU APROBACION POR AMBAS CAMARAS AMERICANAS.

El Presidente McKinley se resistió todo lo que pudo al envío del mensaje que colocaba la decisión de la cuestión de Cuba en manos del Congreso, esperando de que los cubanos se conformaran con unas cuantas reformas que España otorgaría, o de que se lograra la anexión pacíficamente y tras un acuerdo general entre españoles y norteamericanos, al que los cubanos se esperaba que se someterían. Esta opinión más o menos coincide con el relato hecho por Horatio Rubens acerca de su entrevista con McKinley, en la Casa Blanca, poco antes de enviar al Congreso su mensaje sobre el *Maine*. En esa reunión el Presidente comenzó por decir a Rubens, quien actuaba en representación de Estrada Palma:

... Debéis aceptar un armisticio con España... para poner fin a la lucha... (123)

pero ante la ingenua pregunta de Rubens: "...¿Está España dispuesta a conceder a Cuba su independencia?", McKinley explotó en reconvenciones por las pérdidas de vidas y haciendas producidas por la guerra y por la negativa de los cubanos a aceptar un armisticio y la insistencia en que se les concediese la independencia absoluta. En vano Rubens trató de explicarle que el armisticio terminaría con el ejército cubano y que ello significaría otra guerra antes de mucho. Entonces el Presidente de los Estados Unidos, con evidente olvido de la historia de su país, trató de inquirir por qué los cubanos, descendientes de españoles, se negaban a seguir siendo súbditos de España, y no le ayudó mucho a comprender el problema el que Rubens le dijese que las causas eran las mismas por las cuales los colonistas de George Washington, descendientes de ingleses, no habían querido seguir siendo súbditos británicos.

El final de la entrevista vino casi en seguida, con McKinley declarando en tono dramático:

... Yo sé lo que queréis; queréis que vayamos a la guerra en apoyo de Cuba. Pero eso no sucederá. He conferenciado con todos los congresistas, demócratas y republicanos, y la mayoría está conmigo. No os dais cuenta de los miles de vidas y los millones de pesos que la guerra significa. Os tengo derrotado...

a lo que Rubens hubo de contestar:

... Excusadme si os disputo vuestros puntos de vista, Sr. Presidente. No os pedimos que vayáis a la guerra; únicamente pedimos que seáis neutral al conceder a Cuba derechos de beligerante. Lo que ofrecéis no es la neutralidad, sino un armisticio que aniquilaría al Ejército Libertador Cubano. Un punto más, Sr. Presidente. Como bien sabéis, un armisticio solamente es posible entre beligerantes y el precio del reconocimiento de la beligerancia cubana es el consentimiento de los cubanos a su propia desaparición...

Es difícil precisar por qué McKinley se rindió al Congreso y envió el 11 de abril su mensaje a las Cámaras, tal y como originariamente se había redactado; pero es posible señalar una multitud de causas que pudieron decidirle a ello. Una vez anunciado el envío del mensaje y conocida la noticia de una sobreexcitada opinión pública que también sabía de algunos de sus términos, era demasiado arriesgada el tratar de dominar a esa opinión y a la que representaban los congresistas con el argumento de la tardía concesión del armisticio. No faltaban en los Estados Unidos los que querían la guerra, pero también los había del lado de España que también la querían, y algunas de sus actividades con la compra de buques, colocación de torpedos en los puertos de Cuba, etc., demostraban la posibilidad de que España estuviese haciendo concesiones circunstanciales hasta terminar sus preparativos bélicos. Eran muchas las veces que la astucia de la diplomacia española había engañado a los Estados Unidos en el pasado. El gobierno de Washington había adquirido el convencimiento de que las potencias no irían más allá de representaciones amistosas para impedir el conflicto sin aliarse a España, y aún de darse este último caso ya los Estados Unidos tenían la certeza de que Inglaterra no sólo no participaría de ese movimiento, si no por propia conveniencia estaría del lado norteamericano. Finalmente, debemos mencionar un argumento capitalísimo cuya importancia los historiadores han dejado de destacar

y que a veces ni siquiera se han cuidado de considerar con los demás: los cubanos no querían la suspensión de hostilidades ni aceptaban un armisticio si no era para la proclamación de la independencia de Cuba. Así lo había proclamado el Consejo de Gobierno cubano, y lo repetían los jefes de la revolución, el Delegado Estrada Palma, el Encargado de Negocios Quesada, y los agentes cubanos en todas partes. Horatio Rubens se lo había dicho así al propio McKinley en la entrevista sostenida en la Casa Blanca y que ya hemos comentado. Por último, a la suspensión de hostilidades dictada por el Capitán General Blanco el 10 de abril, el Consejo de Gobierno cubano contestó con un acuerdo adoptado el 17 de ese mes y por el cual se resolvía continuar la guerra como se había venido haciendo y sin suspender la lucha en manera alguna hasta el triunfo de la República (124). Ese acuerdo fué ratificado en la sesión de 24 de abril, en la que también se aprobó el manifiesto del Presidente que pasó al país, en contra del armisticio.

Con estos antecedentes el envío del mensaje de McKinley era un hecho fatal, inevitable, y el documento que lanzaba el futuro de las relaciones triangulares entre Cuba, España y los Estados Unidos, a lo que el Congreso quisiese decidir, fué remitido a ambas cámaras con fecha 11 de abril. Ese mismo día Atkins había escrito una carta en que, dándose las de profeta, predecía que si McKinley manejaba la situación sin emplear al Congreso

... no habrá guerra y se establecerá la más liberal autonomía, apoyada por lo mejor del pueblo cubano. Si el Congreso declara la guerra, el resultado será la anexión. No creo ahora que habrá independencia dependiente de la Junta de Nueva York... (124)

El temido mensaje no era en realidad más crítico ni enérgico que otros documentos oficiales norteamericanos de fecha anterior y relacionados con la guerra de Cuba y las dificultades que la misma traía a los Estados Unidos y a España, además de al pueblo de la Isla que por tantos años se había estado debatiendo en sangrientos, ruinosos e infructuosos esfuerzos por libertarse. La gravedad del mensaje estribaba en que por primera vez un Presidente de los Estados Unidos renunciaba a seguir dirigiendo la política norteamericana respecto a España y a Cuba como hasta entonces y pedía al Congreso que le autorizase a emplear nuevas normas, y era público y notorio que el sentimiento congressional estaba por la guerra. McKinley hacía un breve relato de los acontecimientos que habían

tenido lugar en Cuba a partir de febrero de 1895; dejaba caer durísimas acusaciones sobre el régimen de gobierno de Weyler y sus atrocidades y mencionaba los esfuerzos de los Estados Unidos y del gabinete de Sagasta para aliviar las penalidades causadas por la reconcentración; hacía historia, muy somera e inexacta por cierto, de la negociaciones llevadas a cabo por Woodford, y sentaba la afirmación de que la guerra de Cuba no terminaría sino por el cansancio de los contendientes o el exterminio de una de las partes. Una parte del mensaje hacía una comparación entre el caso de Cuba y el de Tejas, referencia que, con la anexión de Tejas y la guerra con México en tiempos de Polk era bastante intranquilizadora para los cubanos, a decir verdad, y de todos modos impolítica e infortunada. No obstante lo que ya hemos citado en la carta de Whitelaw Reid a McKinley, sobre la decisión de este último para reconocer la independencia de Cuba, en el mensaje presidencial había la afirmación de que el gobierno cubano carecía de los requisitos suficientes para ser reconocido y que no era prudente "... reconocer ahora la independencia de la llamada República de Cuba..." El Presidente, sin embargo, declaraba que no era necesario ese reconocimiento para que los Estados Unidos interviniesen para pacificar la Isla y a renglón seguido daba la verdadera razón, egoísta e injusta, de la negativa del reconocimiento al decir:

... El comprometer ahora a este país al reconocimiento de cualquier gobierno específico en Cuba pudiera sujetarnos a embarazosas condiciones de obligación internacional hacia la organización así reconocida. En caso de intervención nuestra conducta quedaría sujeta a la aprobación o desaprobación de ese gobierno. Se nos pediría que nos sometiéramos a sus direcciones y que asumiéramos en cuanto a él la simple relación de un aliado mistoso.

... Cuando aparezca después que hay en la isla un gobierno capaz de desempeñar los deberes y de realizar las funciones de una nación aparte y que tenga, en realidad, las formas y los atributos adecuados de la nacionalidad, ese gobierno puede ser pronta y fácilmente reconocido y las relaciones y los intereses de los Estados Unidos con esa nación pueden ser ajustados... (125)

El problema que se le presentaba a McKinley, presidente de la democracia norteamericana, era el de que si reconocía la independencia de los cubanos tenía que tratarlos como iguales en sus decisiones respecto a Cuba —que era la patria de los cubanos y no la

de McKinley—, y los métodos de intervención debían ser adoptados de acuerdo con los cubanos. Esto era demasiado para él, no ya por su norteamericana suficiencia y su cándida idea de superioridad, sino porque al fin y a la postre, una alianza de ese tipo suponía derechos y deberes correlativos y respectivos, y con ellos la anexión habría sido imposible o, por lo menos, difícil y requerido un escándalo internacional. Por ello el país que a poco provocaría y respaldaría una revolución en una de las provincias de Colombia para reconocer inmediatamente a la República de Panamá, no podía reconocer una República de Cuba.

McKinley presentaba el caso de la intervención como necesario y lo defendía con múltiples razones, pero sin detenerse a considerar por un instante siquiera el que la intervención no tenía razón de ser si se hubiesen extendido a los cubanos los derechos de que España gozaba en los Estados Unidos con las llamadas leyes de neutralidad norteamericanas, que en realidad eran favorables a España y contrarias a Cuba. Si los cubanos, desarmados en gran número, con escasas municiones, sin buques de guerra que no se les permitía comprar, y teniendo que apelar al contrabando para recibir los elementos necesarios para la lucha, habían llevado a cabo la invasión y frustrado todos los esfuerzos de 250.000 soldados españoles, apoyados por una escuadra, durante más de tres años empeñados esos ejércitos en acabar con la revolución, es lógico suponer que, bien armados y municionados, les habría sido fácil infligir una derrota decisiva a las tropas españolas. Esa derrota, sin embargo, habría significado la victoria independiente de los cubanos y los Estados Unidos no habrían podido interferir con sus resultados, sino que se habrían visto precisados a reconocer la nueva república con la consiguiente destrucción de las posibilidades de anexión.

Por todo ello, McKinley declaraba que "... la guerra de Cuba debe cesar..." en nombre de la humanidad y de la civilización y para evitar que continuasen en peligro los intereses norteamericanos. La petición que McKinley hacía al Congreso estaba redactada en los términos más habilidosos y menos sinceros, con una cuidadosa selección de palabras que a nada comprometían para el futuro, ya que el "gobierno estable" a que él se refería no aclaraba si sería cubano o norteamericano y así la probabilidad de la anexión no era echada a un lado. Esa petición era la de que el Congreso autorizase y facultase al Presidente

... para adoptar medidas que aseguren la terminación completa y definitiva de las hostilidades entre el gobierno de España y el pueblo de Cuba, para obtener que se establezca en la isla un gobierno estable, capaz de mantener el orden y de observar sus obligaciones internacionales, garantizando la paz y la tranquilidad y la seguridad de sus ciudadanos y también la de los nuestros, y para emplear las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos como sea necesario hacerlo para tales propósitos...

Los artículos del *New York Tribune*, vocero del gobierno de McKinley por la amistad de este último con Whitelaw Reid, a maravilla sirven para demostrar que tras las escurridizas promesas y la vaga palabrería del mensaje presidencial había el propósito anexionista latente y no renunciado; y Wisan hace notar que la campaña del periódico de Reid tendía a que "... los Estados Unidos no debieran hacer promesa alguna acerca del futuro gobierno de Cuba" (126). El *New York Journal*, de Hearst, que por espacio de varios años había sido el más escandaloso de todos los diarios norteamericanos en sus denuncias contra España y sus protestas de simpatía por Cuba, no tardó en mostrar cierta tendencia anexionista, contemporáneamente con el envío del mensaje al Congreso, pero el *World*, el *Herald*, el *Times* y el *Evening Post* desde los primeros momentos de la fase final de la crisis entre España y los Estados Unidos continuamente estuvieron previniendo al gobierno de Washington y a los anexionistas en general que los cubanos luchaban por ser libres y no para ser incorporados a otro país.

La Cámara y el Senado estaban preparados para recibir, discutir y resolver, según los criterios de sus mayorías, el mensaje de McKinley. También lo estaban los "lobbyists" que trabajaban de acuerdo con el contrato de Janney y Estrada Palma, y los mismos agentes cubanos, y Atkins y numerosos propagandistas sin organización y con entusiasmo que estaban por o en contra de la guerra con España. En la Cámara, con la disciplina del "Speaker" Reed, le fué fácil a McKinley ganar la partida y obtener la aceptación de sus puntos de vista. El 13 de abril, sin gran discusión y con una votación de 342 contra 19, la Cámara pasó una resolución por la cual se autorizaba al Presidente para intervenir en Cuba a fin de implantar la paz y el orden y de establecer de acuerdo con la libre voluntad de los cubanos "... un gobierno propio estable e independiente...", a cuyo objeto se le facultaba a emplear las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos. La declaración

respecto al futuro de Cuba, como se ve, iba algo más lejos que lo que McKinley había fijado, porque en ella se hablaba del gobierno independiente elegido por los cubanos, aunque sin mencionar la República de Cuba.

El mismo día el Comité de Relaciones Exteriores del Senado hizo público su informe de que "... el pueblo de la isla de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente..." que establecía de esa manera cierta analogía entre el caso de Cuba y el de las Trece Colonias, y demandaba el fin de la soberanía española sobre la Isla al mismo tiempo que autorizaba al Presidente para emplear las fuerzas militares y navales de la nación para llevar a efecto ese propósito. Este dictamen ya era más favorable a las aspiraciones de los cubanos que la resolución aprobada por la Cámara, pero en dictamen de minoría cuatro senadores resperteneientes al Comité de Relaciones Exteriores presentaron un voto particular en que demandaban "... el reconocimiento inmediato de la República de Cuba tal como está organizado en esa Isla..."

La discrepancia entre los puntos de vista de senadores y representantes se veía venir con el texto del informe del Comité de Relaciones Exteriores, que no gustó a McKinley y a sus secuaces, más satisfechos con la resolución ya pasada por la Cámara. Al ser debatido el dictamen en el Senado sin que se llegase a un acuerdo, con los senadores partidarios de la anexión inmediata o a corto plazo opuestos a toda declaración favorable a la independencia de Cuba, y una mayoría resuelta a oponerse a la anexión, el triunfo de los planes de McKinley se hizo en extremo problemático. La prensa sensacionalista comenzó a atacar a los senadores que, en realidad, estaban debatiendo el aspecto más importante de la propuesta intervención para evitar que de ella surgiere la adquisición de Cuba y con ella el completo descrédito de la política de McKinley y el más evidente mentís a sus protestas de una desinteresada y noble motivación en sus demandas a España. Los periódicos que con mayor estridencia habían atacado a España y recomendado el reconocimiento de la independencia de Cuba, súbitamente cambiaron de actitud y con el pretexto de la urgencia y la necesidad del caso, se pronunciaron en favor de la resolución de la Cámara, que no prometía nada en cuanto al reconocimiento de la República de Cuba, y abiertamente acusaron a los senadores de "... error im-

perdonable", "locura inconcebible", "vanidosos por sus facultades oratorias", "yerro criminal", etc., todo porque en el Senado pretendían que hubiese una declaración que fijase cuáles eran los propósitos de los Estados Unidos respecto a la independencia de Cuba. Theodore Roosevelt tenía por su cuenta otra explicación del concierto entre McKinley y la Cámara, bastante admirable por cierto, y le escribía al Senador Lodge:

... Acabo de enterarme de que el gobierno se muestra muy ansioso de aprobar la resolución preparada en la Cámara porque, de acuerdo con ella, no tendrán que actuar inmediatamente. Consideran esa resolución como si impusiera la intervención inmediata, con participación de la diplomacia; pero sin emplear de seguida al ejército o a la escuadra. Desco ardientemente que no sea aprobada por la Cámara y que vosotros aferraréis a vuestra propia resolución. De otro modo tendremos más dilaciones... (127)

La interpretación de George B. Cortelyou, el secretario de McKinley, a la actitud del Senado, era característica del grupo que quería tener facultades para obrar a su antojo, pero sin compromisos para el futuro, y así escribía Cortelyou en su *Diario*, con mal disimulado despecho, su crítica de los senadores:

... un espíritu de imperialismo desenfrenado parece haberse apoderado de este cuerpo legislativo, por lo general conservador... un rudo despertar espera a estos autonombrados apóstoles de la libertad y de la humanidad... (128).

Según Rubens los partidarios de evitar la guerra a todo trance (actitud que no excluía la anexión, sino que la condicionaba), apelaron a todos los recursos para impedir que se llegase a un acuerdo terminante sobre la intervención efectiva o sobre el futuro de Cuba. Al efecto dice Rubens que antes de que se enviase el mensaje de McKinley se le acercó un emisario para proponerle que si los cubanos aceptaban el armisticio declarado por España el Presidente aludiría a la independencia de Cuba en su mensaje (129). ¿Por qué dudar de que así haya sido con todas las pruebas de la duplicidad, los escrúpulos y los designios de McKinley, que ya hemos citado? El mismo autor menciona las denuncias hechas en el Congreso sobre que la escuadra norteamericana no estaba preparada para la guerra y que tendían a asustar a los timoratos con el fantasma de una derrota, y también se refiere a las acusaciones de que Cuba había distribuido cuatrocientos millones de dólares en bonos

que representarían un formidable negocio para ciertos especuladores en el caso de que Cuba fuese independiente, con lo cual se quería desacreditar a los partidarios de la independencia. Este último recurso no era nuevo, pues con éxito lo habían empleado los demagogos del tipo del general Butler y otros instrumentos de Grant y Fish, años atrás, para intimidar a los congresistas simpatizadores de los cubanos. Aunque Rubens no lo dice, ya sabemos por lo dicho en el curso de esta obra que sí había especuladores norteamericanos que trabajaban por el reconocimiento de la independencia a cambio de bonos cubanos, pero nunca con tamaña recompensa.

Cuando sé hizo evidente que el Senado no estaba dispuesto a aceptar la resolución de la Cámara y que hasta quería ir más allá de lo recomendado por el Comité de Relaciones Exteriores, la furia de la prensa conservadora, adicta a McKinley y partidaria de que éste continuase libremente su tortuosa política para la pacífica adquisición de Cuba, no tuvo límites. El *New York Tribune* reclamaba que los senadores aceptasen la resolución de la Cámara porque McKinley tenía "toda la confianza del país". El *New York Mail and Express* del 15 de abril denunciaba que la insistencia senatorial en favor del reconocimiento perjudicaría a los Estados Unidos porque ello

... sería considerado por la Gran Bretaña y por otras potencias amigas como un estímulo para revueltas sin causas en sus respectivas colonias...

y agregaba que esa decisión traería

... posibles complicaciones, financieras y de otra clase, acerca del reconocimiento del gobierno existente antes de que la soberanía de España sea barrida de la Isla, lo que detendría la inoportuna acción propuesta por el Senador Foraker y la minoría del Comité de Relaciones Exteriores del Senado...

Y el *New York Commercial Advertiser* del mismo día 15 declaraba que la actitud del Senado equivalía al abandono de "... la base moral con la cual atraíamos hacia nosotros la opinión pública mundial...", o sea, que establecía como verdadera la conclusión más contraria a la realidad y a la justicia.

Cuando todo esto se debatía y en el hemiciclo de la Cámara y en el del Senado los legisladores se insultaban los unos a los otros

y hasta había quienes se arrojaban tinteros y libros y había que separarlos para que no se pegasen, Rubens se creyó en el caso de hacer una declaración terminante de que

... Los cubanos están luchando por su independencia absoluta, su independencia de toda otra nación. No son ganado dócil para pasar con la compraventa de su suelo, de una a otra nación... (130),

y de afirmar que los cubanos se negarían a aceptar un gobierno norteamericano. Al publicarse estas declaraciones los anexionistas norteamericanos y cubanos bramaron de rabia, y un grupo de estos últimos se acercaron a Rubens para protestar de las mismas, y el abogado norteamericano les contestó, según relata él en su obra, de esta manera:

... Yo no creo que habláis por o representáis a los verdaderos cubanos, que son los cubanos en armas. Todos vosotros sois hombres sin defectos físicos y debieráis por ley estar haciendo frente al fuego enemigo. El que no lo hayáis hecho confirma mi declaración: no representáis a aquéllos que arriesgan sus vidas por la libertad. Yo sí les conozco; he estado a su lado y creo, por lo tanto, que puedo hablar por ellos. En cuanto a mis compatriotas, abrigo la certidumbre de que el pueblo, si no lo hace el gobierno, rechazará la anexión. Como grupo que trabaja por la libertad de Cuba no nos es posible perder la amistad del gobierno de McKinley, porque no se pierde lo que nunca se ha tenido... (131).

El Senador Foraker y tres de sus colegas, Turpie, Mills y Daniel, pertenecientes al Partido Demócrata, eran los autores del voto particular de la minoría del Comité de Relaciones Exteriores que, sin modificar el resto del dictamen, pedían que insertase la declaración de

... y que el gobierno de los Estados Unidos por la presente reconoce a la República de Cuba como el verdadero y legal gobierno de esa isla...

Cuando se discutía este punto importantísimo hizo su aparición otra enmienda, propuesta por el Senador Henry M. Teller, de Colorado, antiguo Secretario del Interior en tiempos de Arthur y quien, además de ser un sincero y entusiasta simpatizador de la independencia de Cuba, representaba a un Estado productor de azúcar de remolacha y al que la anexión de Cuba le habría perjudicado grandemente, y en el que también se obtenía la plata, problema doméstico norteamericano de la mayor importancia por la lucha

de los bimetalistas contra los partidarios del patrón oro, —representados estos últimos por McKinley—, y que de estallar la guerra se creía sería resuelto en beneficio de los mineros de la plata. Estas circunstancias hacían del general Teller la persona ideal para una firme declaración de política favorable a los cubanos en sus anhelos republicanos, contraria a la anexión y tendiente a obligar a España, aunque fuese por la fuerza, a abandonar su precaria soberanía sobre Cuba.

Relata Rubens que poco antes de discutirse la resolución que definitivamente adoptaría el Senado, se fué él a visitar a Teller, quien escuchó pacientemente sus informes acerca de Cuba y después le preguntó cómo podía ayudarle en sus propósitos. Eso era precisamente lo que quería Rubens quien, según su relato, contestó como sigue:

... ¡Qué haya una declaración del propósito de los Estados Unidos para hacer de Cuba una nación independiente! Sé que por lo que oímos los Estados Unidos se proponen hacer esto: pero ese propósito no ha sido anotado de modo que inspire credulidad. Cuba será absorbida como colonia, en contra de su voluntad, si no obramos con cuidado. Se me ha dicho que ésa es una idea ridícula; pero he de decirlo, Senador, que se intenta robar la isla de Cuba. La mejor manera de impedir un robo es la de gritar: “¡Atajen al ladrón!” Esto es lo que estoy haciendo. Tenéis un argumento incontrovertible. Si intentáis dar a los cubanos la libertad por la cual ellos han luchado, ¿por qué no podéis decirlo así? Un hombre honrado no vacila en poner por escrito su palabra.

Por supuesto que la razón que hay para que no se proclame cuál es el propósito norteamericano es la de que el gobierno no tiene intención de tratar a Cuba con equidad... (132)

Teller escribió varias líneas en una hoja de papel y se las mostró a Rubens al que preguntó si quedaba satisfecho con una declaración como la hecha allí y que contenía la famosa Enmienda Teller, a la que los Estados Unidos deben no aparecer hoy ante el mundo como el país que, después de proclamar la libertad de los cubanos, se la habían robado. Como bien dice Rubens y probaremos en esta obra: “Cuba debe al Senador Teller la realización de su independencia”, ya que el sencillo Senador de Colorado, simpatizador de los cubanos y cuidadoso de la protección de los intereses de su Estado que podían ser perjudicados con la anexión, al proponer que

... los Estados Unidos por la presente protestan de que no

tienen disposición o intención alguna de ejercer soberanía, jurisdicción o control sobre dicha isla, excepto para pacificarla, y afirman su determinación de dejar el gobierno y control de la misma a su pueblo, una vez que hayan realizado ese objetivo . . . ,

daban el golpe de muerte a la anexión y armaban a los cubanos con una promesa de respeto por su soberanía al mismo tiempo que ataban en lo posible las manos rapaces de los imperialistas.

Cuando, al fin, después de numerosos discursos, en su sesión de 16 de abril de 1898 el Senado votó el texto de su resolución, distinta a la de la Cámara, el informe del Comité de Relaciones Exteriores fué echado a un lado y lo que realmente se aprobó fué el voto particular de la minoría del Comité, una resolución preparada por el Senador Foraker y que si en su primera cláusula ratificaba que el pueblo de Cuba era y de derecho debía ser libre e independiente y que los Estados Unidos reconocían a la República de Cuba como el verdadero gobierno de la Isla, en la cuarta estipulaba letra por letra la enmienda de Teller para declarar que no se anexaba la Isla y que los cubanos tendrían el libre control de su patria. Las cláusulas segunda y tercera precisaban que era el deber de los Estados Unidos exigir de España que se retirase de Cuba, y que el Presidente "... tiene instrucciones y facultades" para el empleo de las fuerzas armadas norteamericanas en la realización de esos propósitos.

La resolución así aprobada era exactamente lo contrario de la que McKinley quería y había obtenido de la Cámara, y su triunfo había sido posible por la acción de diez senadores republicanos, encabezados por Foraker y Chandler, que se sumaron a los demócratas y populares para hacer una mayoría de 67 votos contra 21. Entre los votos favorables los había de hombres animados por los más puros ideales de simpatía por un pueblo oprimido y merecedor de su independencia, que luchaba por ella con heroísmo; y también de senadores de las regiones azucareras y tabacaleras, que no querían a Cuba norteamericana para librarse de un competidor en casa; y asimismo de los que, persuadidos de su pretensa superioridad, se aterraban ante la posibilidad de que los cubanos, a quienes no conocían pero de los que vagamente sospechaban que eran unos negros o indios salvajes con alguna sangre blanca, pudieran con la anexión destruir la pureza étnica del pueblo más mezclado del mundo, como es el norteamericano; y es posible que hubiese

alguno que se hubiese dejado persuadir por los "lobbyists" o por las simpatías de sus electores.

Sea como sea, y dentro de las normas constitucionales, el Senado había tomado la actitud de que era preciso declarar que la independencia de Cuba estaba garantizada antes de intervenir en la Isla. Esa decisión dejó consternados a McKinley y con él, a sus secuaces, ya que le convertía en mero mandatario de los deseos del Congreso. El *Mail and Express*, de Nueva York, en su edición de 18 de abril, decía que la resolución senatorial era "... imprudente en su propósito, contradictoria en la expresión y usurpatoria en las facultades que se arrogaba". El *Journal of Commerce* del mismo día denunciaba que "... la facultad que el Senado quisiera usurpar es una de las que la Constitución ha atribuido exclusivamente al Ejecutivo". Y el *New York Times* declaraba en la propia fecha: "... confiamos en que la Cámara se mantendrá firme como una roca contra esa parte de la resolución del Senado que reconoce a la República de Cuba. Si ella se sometiera a ese criterio, sería deber del Presidente el vetar toda la resolución...". Finalmente el *Commercial Advertiser* del 19 atacaba la resolución por haber sido aprobada por un Senado "... controlado por una mayoría de demócratas, populistas y bimetralistas, que son enemigos del Presidente McKinley y del gobierno constituido..."

La votación en el Senado tuvo lugar en la noche del 16 de abril y, aunque en seguida se envió copia de la resolución a la Cámara con la solicitud de que la aceptara, el asunto no se discutió hasta el lunes 18 cuando, una vez leída, el representante Dingley, de Maine, pidió que se aceptase la proposición del Senado, pero con la supresión de la parte referente a la "República de Cuba" y un cambio que dijese que el pueblo de Cuba "debe de derecho ser libre e independiente" en vez de "es y de derecho debe ser". Así se aprobó por 178 contra 156 votos, resultado que da idea de lo difícil que le iba siendo a McKinley mantener la que Walter Mills irónicamente llama la "excelente disciplina de la Cámara" (133). Al mantener el Senado sus puntos de vista y notificarlo así a la Cámara, propuso ésta que la cuestión se pasase al estudio de un comité conjunto integrado por tres representantes y tres senadores, y así se acordó, pero en la primera reunión no pudieron ponerse de acuerdo los comisionados y no fué hasta la segunda junta que convinieron en un compromiso por el cual el Senado consentía en

renunciar al reconocimiento de la República de Cuba, pero la Cámara dejaba subsistente la declaración de que "el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente" y admitía la enmienda Teller sobre el futuro de Cuba. El acuerdo fué adoptado en la madrugada de 19 de abril y, ratificado por el Senado (42 contra 35 votos) y por la Cámara (311 contra 6), formó el texto definitivo de la "joint resolution" de 20 de abril de 1898 que convertía la anexión de Cuba, si realizada o intentada siquiera, en un acto de escandalosa mala fe y de violación del derecho y de la justicia.

El senador Platt había luchado enérgicamente contra el texto de la resolución senatorial y en ello le habían ayudado Atkins y otros enemigos de la independencia de Cuba, simpatizadores de España, anexionistas y hasta algunos ilusos anti-imperialistas que así creían cumplir con sus deberes, todos en una abigarrada mezcolanza de elementos que tenían poco o nada en común. Para Platt, la "joint resolution" fué una derrota personal, y una vez aprobada hizo pública una declaración capaz por sí sola de desprestigiar su actuación respecto a Cuba en que decía:

... Estas resoluciones significan o demasiado poco o muy mucho. Si no equivalen a decir que hay ahora en la isla de Cuba un gobierno libre e independiente, entonces, ¿en favor de quién es que España va a abandonar su autoridad y su gobierno? De conformidad con estas resoluciones el Presidente McKinley tendrá el deber de retirar nuestras fuerzas armadas simultáneamente con la retirada de las de España. Si no hay un gobierno reconocido por estas resoluciones, excepto el de España, ciertamente que tendremos que hacer que haya uno establecido antes de que se retiren nuestras tropas. Creo que el resultado legal y práctico de la primera resolución consiste en reconocer la soberanía del pretendido gobierno de los insurrectos. ¿Qué otra cosa puede significar esa resolución? El pueblo es libre e independiente. ¿Emplean esas palabras en el sentido general en que serían aplicables a todas la humanidad? Todo el mundo sabe que esa frase se emplea para designar un gobierno libre... (134)

No es ahora la ocasión para calificar mercedamente la apostasía vergonzosa de esos principios, que Platt practicaría en el curso de unos pocos años con la Enmienda Platt, substitutivo de la anexión engendradora por su hipócrita imperialismo, pero sí hemos de mencionar aquí el verdadero juicio de Platt sobre la "joint resolution" de 20 de abril de 1898, sobre ese documento y esa declaración de

política internacional que, no obstante su turbia historia y la mezcla de ideales, egoísmos, ignorancia y sórdidos intereses que le dieron vida, es una de las pocas páginas de la política extranjera norteamericana de que los Estados Unidos pueden estar orgullosos con todo justo título, aunque la aceptasen a regañadientes y ello porque los cubanos se negaban a rendirse. En una carta de Platt a Atkins, en 1901, sobre la posibilidad de anexas a Cuba no obstante la promesa solemne de la "joint resolution", el Senador por Connecticut decía:

... Yo creo que la anexión está fuera de todas las posibilidades: en primer lugar ESA ESTUPIDA RESOLUCION TELLER (la "joint resolution") se opone no sólo a esa solución sino a cualquiera otra que pudiéramos haber utilizado si ella nunca hubiera sido aprobada... (135)

En cuanto a Whitelaw Reid, el otro consejero de McKinley, escribía al Presidente su opinión contraria a la Enmienda Teller y ponía el mismo tiempo de relieve su ignorancia de lo que era Cuba, en estas palabras.:

... Lamento profundamente el cuarto párrafo de las resoluciones aprobadas. Nos estamos haciendo responsables de un gobierno decente en Cuba, y no podemos lavarnos las manos acerca de esto una vez que hayamos expulsado a España de la isla, con una simple declaración de que se las arreglen como puedan. Espero que demuestren ser más ordenados y menos susceptibles de lanzarse a la guerra civil y al bandidaje que lo que se ha creído. Pero si el resultado de nuestros esfuerzos sirve solamente para establecer una segunda Haití más cerca de nuestras costas, llegará ser un tan lamentable desenlace de una gran oportunidad que hará la promesa de Mr. Gladstone sobre "salir huyendo de Egipto" respetable por comparación... (136)

No faltó tampoco, en el curso de unos pocos días, una venenosa carta de Cleveland, por cierto omitida en la colección publicada por Nevins, característica de su intransigente apasionamiento, de su hostilidad a los cubanos y de su mezquindad de espíritu. En ella decía a Olney que se sentía

... terriblemente afectado por nuestra posición nacional en este asunto de la guerra... No puedo evitar un sentimiento de vergüenza y de humillación. Me parece el viejo cuento de las buenas intenciones y los buenos propósitos sacrificados a las falsas consideraciones de la complacencia y de la armonía del partido.

McKinley no es un caso de ignorancia, sino de debilidad amistosa que no deja de estar mezclada con la ambición política. El conoce o debiera haber conocido... el Senado y además se le previno abundantemente en contra de Lee (el Cónsul Fitzhugh Lee). Y, sin embargo, se ha rendido al Senado y entregado su confianza a Lee. El Senado no titubearía en dejarle abandonado a la orilla y Lee actuará y alardeará convertido en comandante general y en el ídolo del populacho... Roosevelt también tendrá su parte... y Miles obtendrá un nombramiento como general de los ejércitos. Mientras tanto nosotros, que nos hemos lanzado a la guerra en aras de la humanidad y de la civilización, nos encontramos aliados y en cooperación con los insurrectos cubanos, que son **LOS MAS INHUMANOS Y BARBAROS DEGOLLADORES DEL MUNDO**. Supongo que los ultrajes de los cuales seremos corresponsables y el hambre y la miseria producidos por nuestra interferencia serán suavemente llamados "los incidentes de la guerra"... (137)

De esta manera, pues, podemos ver que la resolución conjunta del 20 de abril de 1898, destinada a poner fin al sangriento despotismo español en Cuba y planeada para ayudar al establecimiento de un pueblo libre al que a ratos le reprochan desde los Estados Unidos una supuesta falta de gratitud, era objeto de las críticas, el desprecio y la incomprensión de los políticos, los periodistas y los estadistas norteamericanos de la época, como Platt, Reid y Cleveland, entre otros muchos. En el caso de Cleveland, las críticas al noble pronunciamiento redactado por el Senador Teller iban acompañadas de una despreciable y dolorosa calumnia, muy propia de quien no había sabido ir a pelear por su Patria durante la Guerra de Secesión, mediante tales y cuales subterfugios, y a quien era posible señalar una serie de máculas censurables en cuarenta años de vida pública.

## EL FRACASO DE LA MISION DE POLO DE BERNABE EN WASHINGTON

El fracaso de Dupuy de Lome y el escándalo de su retirada como Ministro de España en Wáshington hicieron que el gobierno de Madrid apelase a los grandes medios para escapar de las dificultades que encontraba en sus relaciones con los Estados Unidos, por causa de Cuba.

Allá en los años de la Guerra Grande, en los críticos tiempos de las reclamaciones por la captura del *Virginus* y el fusilamiento de muchos de sus tripulantes y pasajeros, cuando día tras día los Estados Unidos y España estaban al borde de la guerra, un representante diplomático español marcado por la incapacidad, la doblez y la corrupción, quien había estado mezclado en los bárbaros fusilamientos de los estudiantes cubanos de 1871, había sido reemplazado por el almirante José Polo de Bernabé, hábil, insinuante, popular y discreto, como Ministro de España en Wáshington. Polo de Bernabé cambió el fracaso en éxito en cuanto a la misión que le había sido encomendada. Tenía consigo, como secretario de Legación, a su hijo, Luis Polo de Bernabé, nacido en Londres, quien hablaba a la perfección el inglés y a los veinte años de edad ya era prudente y atinado diplomático. El joven Polo de Bernabé resultó popularísimo en los círculos diplomáticos de Wáshington de tiempos del Presidente Grant, cuando la sociedad norteamericana, terminada la Guerra de Secesión y en el llamado período de la reconstrucción, imitaba las maneras, las costumbres, los vestidos y hasta el lenguaje afectado de las capitales europeas. Luis Polo de Bernabé logró más de un importante secreto de estado, obtuvo privilegiada influencia personal y gestionó no pocas ventajas, como consecuencia del papel que desempeñaba en la vida social y política de Wáshington. Cuando la cancillería de Madrid le llamó a Europa, para hacerle recorrer legaciones y embajadas del Viejo Mundo y para

una que otra misión en la América del Sur, Luis Polo de Bernabé dejó en Wáshington muchas y muy buenas amistades, que siguió cultivando a distancia, ya que calculaba él, con su experiencia profesional y sus dotes de observador, que un día le llegaría la oportunidad de emplearlas al servicio de España.

La oportunidad le llegó con el fracaso de Dupuy de Lome y él y sus jefes decidieron que si algún diplomático español podía impedir la ruptura entre España y los Estados Unidos, ése era el antiguo secretario de Legación que veinte años atrás, como ayudante del ministro Polo de Bernabé, había logrado parecido éxito en circunstancias igualmente difíciles, en colaboración con su padre. Luis Polo de Bernabé desempeñaba el cargo de jefe del buró comercial del Ministerio de Estado y ya cuarentón conservaba su antigua prestancia. Su experiencia en asuntos mercantiles podía servirle para impresionar a los comerciantes norteamericanos y obtener su apoyo a fin de impedir la guerra, mientras que su gallardía le ayudaría en los salones de la diplomacia, donde se encontraban las amistades influyentes.

Antes de salir Polo de Bernabé para su destino la cancillería de Madrid, de acuerdo con el Ministro Woodford, puso en sus manos una carta de triunfo para su misión, al darle instrucciones para solucionar en Wáshington, sin más demoras, las reclamaciones que los ciudadanos norteamericanos tenían contra España por arbitrariedades e injusticias de que habían sido víctimas en Cuba. Como que esos reclamantes agitaban activamente a la opinión pública de los Estados Unidos con sus críticas, esta solución eliminaba una de las fuentes de protestas y debilitaba la acusación que los cubanos hacían contra el régimen español en Cuba.

Polo de Bernabé no perdió un momento en trasladarse a Wáshington e iniciar su gestión. El gobierno norteamericano mostró la mejor disposición para recibirle y el Subsecretario Adee esperó maravillas de su antiguo amigo y colega de tantos años. La presentación de credenciales se hizo sobre la marcha y el 29 de marzo, ya en el desempeño de su cargo, fué llamado a una entrevista por el Subsecretario Day. El enviado español, en el colmo de la sorpresa, escuchó a Mr. Day cuando le pedía que apoyase la gestión encomendada al Ministro Woodford, en Madrid, a fin de que España aceptase y proclamase un armisticio en Cuba, con la media-

ción de los Estados Unidos. No era para eso que su gobierno le había encomendado la misión en Wáshington y él no se separó de sus instrucciones. El 1º. de abril Polo de Bernabé presentó una nota al Departamento de Estado con la que acompañó un telegrama del jefe de los autonomistas, José María Gálvez, en el que éste proclamaba que la autonomía era la gran solución de la cuestión cubana, se declaraba leal a España, afirmaba que la mayoría de los cubanos eran autonomistas y protestaba de que no se les debía imponer otro tipo de gobierno. El diplomático español se aprovechaba del dicho de Galvéz sobre que la República de Cuba sería pernicioso para insinuarle a los Estados Unidos que no debían simpatizar con su establecimiento (138).

El 3 de abril Polo de Bernabé volvió a la carga con otra nota en la que incluyó la traducción de ciertos párrafos de un manifiesto de los autonomistas en el que se invitaba a los libertadores cubanos a rendirse y a colaborar con España (139), pero el efecto producido por estas argucias en la cancillería de Wáshington fué contraproducente y el comentario del Subsecretario Day fué el de que tales maquinaciones eran cosa muy distinta del armisticio ofrecido por Madrid.

El mensaje de McKinley al Congreso estaba ya redactado y se había demorado su remisión en espera de alguna concesión de última hora, que no llegó. Polo de Bernabé, intranquilo, se encontró impotente ante el curso de los acontecimientos, que conducía a la guerra, e hizo frenéticos esfuerzos cerca de sus amigos de la política, del clero, de la diplomacia y de los negocios; pero sin éxito, a fin de prevenir el conflicto. La autosuficiencia con que se había embarcado en aquella aventura diplomática comenzaba a abandonarle y ya advertía que tras veinte y cinco años de errores, provocaciones y tretas de mala ley, había llegado la hora para España. El mensaje fué despachado, se discutió la "joint resolution" y Polo de Bernabé predijo su aprobación y pidió instrucciones a su gobierno sobre el próximo paso que se esperaba de él. La respuesta le llegó terminante, tan pronto como se aprobó la "joint resolution" acerca de Cuba: debía pedir sus pasaportes y salir del territorio de los Estados Unidos el mismo día, el 21 de abril, en que España daba sus pasaportes al Ministro Woodford. Así lo hizo Polo de Bernabé y, fracasada su misión, pasó la frontera para contemplar desde Canadá lo que iba a ocurrir.

## EL MENSAJE A GARCIA

El estado de guerra entre los Estados Unidos y España siguió a la aprobación y proclamación de la *joint resolution*. Los estadistas y los jefes de las fuerzas armadas de los Estados Unidos se habían preparado para la lucha y habían adoptado medidas de pre-guerra con bastante anticipación, salvo en un importante aspecto de lo que les correspondía hacer, que era el de la colaboración con el Ejército Libertador Cubano. La política norteamericana había sido la de ignorarlo, humillarlo y negarle, no sólo la efectividad, sino la oportunidad de equiparse para pelear de igual a igual con España. Esto se había hecho así por cálculo, a fin de evitar compromisos para el futuro, y también para estar a salvo de las protestas de España. Las cosas cambiaban con la declaración de guerra y "...los más bárbaros degolladores del mundo", como les había llamado el ex-Presidente Cleveland, aparecían como muy deseables aliados en una guerra que iba a tener por teatro principal la isla en la cual durante treinta años los cubanos habían combatido, sólo, todo el poderío español.

La información de que ahora disponemos permite asegurar que el general Miles, jefe de estado mayor del ejército de los Estados Unidos, no tuvo reservas mentales para la colaboración militar con los cubanos y la buscó con espíritu práctico y con franqueza, como era de rigor. Entre Miles y el secretario de la Guerra, sin embargo, las relaciones no eran nada cordiales y esta dificultad se iba a reflejar de manera directa sobre el curso de las hostilidades y sobre el esfuerzo conjunto de guerra de norteamericanos y cubanos. A lo que parece, cuando al general Miles se le ocurrió la muy natural idea de buscar un contacto directo con los cubanos sublevados, el almirante Sampson perseguía el mismo objetivo, por su cuenta, o sea, independientemente el uno del otro.

¿Por qué fué, no obstante, que ni el general Miles ni el almirante Sampson se preocuparon de actuar de acuerdo con el general

en jefe, Máximo Gómez, o con los miembros del gobierno cubano que esperaban la llamada para cooperar con los Estados Unidos en la colocación de las tropas libertadoras en todo el país? ¿Por qué fué, en cambio, que la relación con Máximo Gómez, el comandante supremo, fué tan irregular y, por otra parte, el contacto con el lugarteniente general Calixto García, subordinado de Máximo Gómez, resultó tan directo y trascendental?

Más de una vez se ha querido ver en todo esto un siniestro plan de fomentar divisiones entre los cubanos. Yo mismo, siguiendo lo expuesto por Rubens en su libro acerca del falso Memorandum Breckenridge (140), llegué a creer que el establecimiento de relaciones directas entre el general Miles y el general García, prescindiendo del general Gómez, era parte de una trama anticubana. Hoy, mejor informado, puedo asegurar que todo aquello fué una demostración de incapacidad y de falta de criterios responsables, una consecuencia más de la improvisación y de la falta de conocimientos acerca de la Revolución Cubana que prevalecían en Wáshington; pero en modo alguno un acto de maldad deliberada.

Sampson trató de establecer contactos con el general Gómez desde la escuadra bloqueadora, que corría bordadas desde Cárdenas hasta Caibarién, pasando por Sagua, al Norte de la Isla. Gómez recogía los frutos de su famosa campaña de La Reforma, que merece ir a figurar en los manuales de historia y de técnica militares, y el 23 de abril recibió algunos periódicos extranjeros con noticias de la aprobación de la *joint resolution* y de la ruptura entre los Estados Unidos y España, a las setenta y dos horas de haber quedado planteado el conflicto. El 27 de ese mismo mes de abril ya Gómez recibió en su campamento a varios periodistas norteamericanos, desembarcados clandestinamente, y así tuvo noticias concretas de lo que estaba ocurriendo. El 2 de mayo comenzó Gómez a comunicarse con el almirante Sampson, por la jurisdicción de Remedios. El primer agente de Sampson lo fué el periodista Sylvester Scovel; pero por el "Diario" del general Gómez se advierte fácilmente el descontento del viejo guerrero mambí con el enviado de Sampson, ya que en la anotación del 2 de mayo figura la declaración de que, ante las informalidades de Scovel, Gómez había nombrado a su propio comisionado para tratar con Sampson y para ello había escogido al señor Juan Jova, vicecónsul de los Estados Unidos en Sagua y perteneciente a una antigua familia cubana de Las Villas.

Jova partió el 5 de mayo, o quizás si al día siguiente, de acuerdo con otra anotación, se entrevistó sin dificultad alguna con el almirante norteamericano en Key West, y a los pocos días estaba de regreso en el campamento del general Gómez, con una prueba evidente de que los cubanos dominaban por completo el territorio de Las Villas, las costas inclusives, y que se movían a voluntad en todas direcciones. Sampson prometía enviar todos los recursos que entonces los cubanos necesitasen y que un mes antes los cubanos no podían comprar y extraer libremente de los Estados Unidos porque la escuadra de Sampson perseguía las expediciones cubanas. El 12 de mayo estaba en el cuartel general el jefe de las fuerzas de Remedios, que era el general Francisco Carrillo, y éste recibió la encomienda de ir a Key West para entrevistarse con el almirante norteamericano y gestionar de él que fuesen despachadas tres expediciones de armas y pertrechos, dos de ellas a Las Villas y la otra a Camagüey. El 13 de mayo, como si se tratase de un viaje de turismo, el general Carrillo y el señor Jova salieron de nuevo para Key West y llegaron a su destino sin novedad alguna... Vale agregar que las prometidas decisivas expediciones sí que nunca llegaron a Cuba y que Sampson se conformó con algunos bombardeos de las defensas costeras de los españoles y el envío de algunos elementales recursos.

Mientras la escuadra norteamericana, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo de las tropas cubanas, establecía las relaciones que acabamos de describir con el general en jefe de los mambises, el general Miles escogió otro procedimiento y comisionó al teniente Andrew S. Rowan para que fuese a Cuba y se entrevistase con el lugarteniente Calixto García quien, desde los primeros días de mayo, había establecido su cuartel general en la ciudad de Bayamo, primera capital de Cuba libre en 1868, y tenía bajo su control gran parte del territorio del valle del Cauto y muchos kilómetros de la costa septentrional de la Provincia de Oriente. Es posible que Miles se propusiera llevar la guerra a la porción oriental de la Isla mientras Sampson concentraba sus esfuerzos contra La Habana, sin poder adivinar que el refugiarse la escuadra de Cervera en el puerto de Santiago de Cuba todo el plan de operaciones sería cambiado. El general García había sido objeto de la atención pública en los Estados Unidos con ocasión del desastre de la expedición del *Hawkins*, que casi le costó la vida, y después con las aventuras del

*Bermuda*, que por fin le trajo a Cuba a pesar de las persecuciones de las autoridades federales y de los polizontes de Pinkerton, al servicio de España. La toma de Guáimaro y la de Victoria de las Tunas le habían señalado como un jefe experimentado y hábil a la usanza de los ejércitos regulares, y en su estado mayor y entre sus artilleros figuraban norteamericanos y cubanos educados en los Estados Unidos. Todas esas razones pesaron en la decisión del alto mando norteamericano para enviar al teniente Rowan a entrevistarse con el general García.

Rowan no sabía una palabra de español ni conocía la organización y el territorio que ocupaban las tropas cubanas cuando se le designó para su peligrosa misión. El viaje a Jamaica, posesión inglesa al Sur de Cuba, era lo más indicado y lo emprendió a la ventura, aunque de acuerdo con autorizados consejos que siguió. Llegado a Jamaica, sin embargo, Rowan no pudo continuar viaje. Los navieros de Jamaica no querían correr el riesgo de ser interceptados por los españoles al cruzar los 140 kilómetros de mar del Estrecho de Colón, y sospechaban que toda la costa meridional de la Provincia de Oriente estaba guarnecida y quizá si fortificada. Rowan, sin embargo, al consultarse con la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, había sabido que el comandante Gervasio Savio, del Ejército Libertador, estaba destacado en Jamaica a cargo de la travesía del correo, las mercancías y los pasajeros mambises entre dicha posesión inglesa y Cuba. Los viajes, obra maestra de habilidad marinera y de audacia, se hacían con toda regularidad, y Rowan no tuvo otra solución sino la de encomendarse al comandante Savio, como si fuera uno más de los paquetes que iban y venían entre Jamaica y Cuba. El oficial cubano, sin embargo, no quiso arriesgarse a incluir al oficial norteamericano entre sus pasajeros sin que antes recibiera las instrucciones adecuadas, y mientras él se comunicaba con sus superiores en Nueva York, Rowan tenía que impetrar la intervención de la Secretaría de la Guerra, de Washington, para que intercediera con el Delegado Estrada Palma a fin de que el comandante Savio se aviniera a llevarle a Cuba. Los cubanos de Nueva York accedieron a la solicitud del gobierno norteamericano; pero pusieron una condición al parecer inocente al exigir que Rowan pagase su pasaje. Así se hizo, se extendieron las cuentas correspondientes y la Secretaría de la Guerra pagó a Cuba por el pasaje del oficial sobre cuyas supues-

tas heroicidad y legendaria audacia se fabricaría después el mito de "El Mensaje a García". Esos comprobantes fueron conservados por la Delegación Cubana por si había necesidad en el futuro de utilizarlos como pruebas de la existencia de un gobierno. (140)

Una vez recibido el permiso para transportar al teniente Rowan, expedido por las autoridades cubanas, el comandante Savio preparó su barquichuelo para una más de las numerosas travesías que había hecho entre Jamaica y Cuba, embarcó al teniente Rowan conjuntamente con la correspondencia y los demás encargos que tenía, y con la tranquila heroicidad con que siempre lo había hecho y que no le habría salvado de la muerte de haber sido capturado alguna vez por los españoles, puso proa hacia Cuba y arribó sin mayores dificultades a la Ensenada de Mora, donde le esperaba, como de costumbre, un destacamento de soldados cubanos. Rowan había podido hablar con el comandante Savio en inglés, ya que el oficial cubano había aprendido ese idioma en Jamaica; pero cuando quedó confiado a las fuerzas cubanas de tierra ya ni pudo entender a, ni fué entendido por esos soldados, que hablaban solamente el español. La situación planteada era muy embarazosa para hombres que tenían que llevar a cabo una marcha riesgosa y difícil hasta llegar a Bayamo sin otra perspectiva que la de hacerse comprender por señas; pero por lo pronto Rowan había sido entregado por los cubanos a otros cubanos y seguía viaje para cumplir su misión.

Escoltado y guiado por los mambises el "míster", como le llamaban sus acompañantes, Rowan partió en dirección al campamento del general Salvador Hernández Ríos, jefe de la división de Manzanillo, situado en El Chino, del otro lado de la imponente Sierra Maestra. Por estrechos senderos abiertos en la selva y vadeando ríos y torrentes, el destacamento escaló la cordillera hasta encontrar uno de los pasos seguros de la misma, a miles de pies de altura, haciendo alto aquí y allá para descansar o tomar un refrigerio. En todo aquello Rowan no tenía otro mérito que el de su valor personal, muy grande, y su resistencia física, verdaderamente notable para quien no estaba acostumbrado a marchar por tales vericuetos; pero en cuanto a la magnitud del peligro o las crecientes dificultades, nada podía adivinar y eran, sin embargo, del conocimiento de sus acompañantes, que con una sonrisa en los labios y siempre alertas cumplían la misión que se les encomendaba

y resultaban ser tan héroes, por lo menos, como el después legendario personaje de "El Mensaje a García".

Traspuestas las cimas de la Sierra Maestra y en las proximidades del campamento del general Hernández Ríos, el destacamento que llevaba a Rowan se topó con una patrulla de caballería cubana, mandada por el teniente Eugenio Leopoldo Fernández Barrot, ayudante de Hernández Ríos. Este oficial hablaba inglés y Rowan le comunicó algo del objetivo de su viaje al poder salir de su forzada mudez (141). Ante el general Hernández Ríos el agente norteamericano se mostró hermético y no reveló nada sobre el alcance de su misión salvo la repetición de una frase en español chapurreado, que decía: "Mi tener mensaje para general García" (142). El general Hernández Ríos llegó a preocuparse con la obstinada reserva de Rowan y hasta dudó de si resultaba prudente el ayudarle a completar su jornada; pero al fin decidió hacerlo así, le dió albergue por la noche y al día siguiente lo despachó hacia el cuartel general de Calixto García, esta vez con la patrulla mandada por Fernández Barrot, que pasó por Caridad de Almagre y por Bueycito hacia el valle del Cauto, para luego acercarse por Peralejos al Bayamo. Al segundo día se supo que el general García había desalojado a los españoles de Bayamo, cerca de treinta años después de que los cubanos la habían evacuado, incendiándola antes, y que había establecido en la varias veces centenaria ciudad su cuartel general. La marcha se hizo entonces con redoblada rapidez y el 1.º de mayo de 1898 el teniente Fernández Barrot, con el teniente Rowan y la escolta, llegaron a las avanzadas cubanas. El pase se tramitó rápidamente y el pequeño grupo, que no había tenido necesidad de disparar un tiro ni se había topado con los españoles, desfiló por la calle del Comercio hasta la casa en que se encontraba el general García. Por encargo de éste se encargó de atender al visitante el coronel Tomás Collazo, quien fungía como jefe de estado mayor de las tropas cubanas de Oriente.

Collazo hablaba bien el inglés y advirtió a Rowan que no sería recibido por el general García a menos que pudiera presentar algún documento que lo identificase, y el oficial norteamericano entregó una comunicación que el comandante Savio le había dado en Jamaica y en la que le presentaba al general García. Ese y otros papeles acreditativos de la persona de Rowan fueron entregados al general Calixto García, quien recibió y saludó al enviado del general

Miles, escuchó sus informes y le comunicó las noticias que estimó pertinentes, todo ello en presencia del coronel Collazo, del coronel Charles Hernández y del teniente coronel Eduardo Salazar. "El Mensaje a García" había así llegado a su destino, del modo menos espectacular posible, y había sido recibido: se trataba de un intercambio de informaciones militares, que constituía el paso inicial para la colaboración de guerra entre las tropas del general Miles y las del general García. Rowan fué agasajado durante todo el día primero de mayo y hasta fué invitado de honor en el baile que se ofreció por la noche. Pocas horas después, en la madrugada de 2 de mayo, con la misma seguridad con que los cubanos le habían llevado a Bayamo, lo trasladaron al embarcadero de Manatí, en la costa norte. Rowan iba incorporado a la misión que el general García enviaba a los Estados Unidos, integrada por el general Enrique Collazo, el coronel Charles Hernández y el teniente coronel doctor Gonzalo García Vieta, quienes llevaban datos, mapas, memorias, etc. Sin contratiempo arribaron a Manatí y de este paraje fueron a Nassau, en las Bahamas, para trasladarse a los Estados Unidos. Pocos días después Rowan reportaba a sus jefes en Wáshington con un relato bastante convencional de sus viajes, en el que no aparecían los cubanos sino a ratos, y que sirvió de base para la leyenda. Collazo y sus compañeros no habían dado mayor importancia a su acompañante por la que tenía la misión que les había sido encomendada, se entrevistaron con el general Miles y le asesoraron en cuanto a su plan de operaciones, y al mismo tiempo reclamaron que se hiciera el envío de los recursos militares y de todo orden que los mambises necesitaban... Por otra parte, el mito de "El Mensaje a García" quedaba fundado y comenzaba a crecer.

## LOS CUBANOS RECHAZAN LA ALIANZA PROPUESTA POR ESPAÑA CONTRA LOS ESTADOS UNIDOS Y DECIDEN CONTINUAR LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

La Reina Regente y sus ministros habían acumulado sobre los patriotas cubanos, sobre todo al discutir con los Estados Unidos la cuestión de Cuba, sus peores críticas. Proclamas, partes oficiales, arengas e informes de las autoridades españolas en Cuba, año tras año, habían presentado a los patriotas cubanos como bandas de foragidos, de cobardes, de incendiarios, de asesinos y de salvajes. Ciertamente Weyler había extremado la nota; pero los auxiliares de Martínez Campos y de Blanco no se habían quedado cortos. Para los gobernantes españoles no había otros cubanos dignos que los autonomistas y reformistas, sometidos a España y que renegaban de la independencia de Cuba. Las palabras correspondían a los hechos y había arrestos, confiscaciones, torturas, destierros, sentencias de presidio y de fusilamientos, en que las víctimas eran patriotas cubanos.

Sin embargo, los que habían afectado despreciar a los mambises, los que en vano habían pretendido o someterles o exterminarles, no sintieron el menor rubor en solicitar la ayuda de los cubanos para pelear contra los Estados Unidos. En noviembre de 1897 el general Máximo Gómez había dirigido una carta al nuevo Capitán General de Cuba, general Ramón Blanco, Marqués de Peña Plata, en la que le instaba a reconocer la República de Cuba para asegurar la paz eterna; pero los jefes militares españoles tenían otras ideas y se lisonjaban con la esperanza, que también parecía alentar al Ministro Woodford, de que al general Gómez se le podía

comprar con grados y honores en el ejército español. De aquí que el general Luis María de Pando, por sí y por cuenta del general Blanco, se dirigió el 31 de enero al general Gómez para proponerle llegar a un arreglo que diese fin a la guerra. Cuando el 19 de febrero el viejo mambí dió respuesta a esa comunicación, lo hizo reclamando que España depusiera su actitud contraria a la independencia de Cuba.

Cuando se cruzaban estas cartas ya había ocurrido el desastre del *Maine* y el escándalo de la carta de Dupuy de Lome era del dominio público. Se veía venir la ruptura entre españoles y norteamericanos si el gobierno de Madrid no encontraba una solución a la guerra de Cuba. Tanto el Consejo de Gobierno de la República de Cuba, como el general Máximo Gómez y los demás jefes militares, al igual que las representaciones diplomáticas de Cuba en el extranjero, especialmente la establecida en los Estados Unidos, anunciaron que los cubanos peleaban por la independencia, que no aceptaban la autonomía ni solución otra alguna que no consistiese en el cese de la dominación española sobre Cuba y el reconocimiento de la soberanía plena de la nación cubana. Más aún, se invocó la aplicación de la ley militar contra quienes sin tener en cuenta esos pronunciamientos se aventurasen a acercarse a los mambises con solicitudes de paz u ofertas a base de la autonomía.

No obstante estas terminantes declaraciones, el 8 de marzo de 1898 el general Pando escribió al general Máximo Gómez para ofrecerle en firme el nombramiento de teniente general del ejército colonial español encargado de garantizar el funcionamiento de la autonomía. La respuesta a esta avilantéz, indisculpable en un militar que se precie de su honor y que debe respetar el de los demás, fué que Narciso Menéndez, agente del general Pando y respaldado por el Capitán General Blanco, que se atrevió a acercarse al general Gómez con nuevas proposiciones de paz, fué arrestado, sometido a consejo de guerra, condenado como espía y fusilado el 9 de abril, cuando ya el Congreso de los Estados Unidos trabajaba en la preparación de la *joint resolution*.

Los españoles no cejaron en sus propósitos, sin embargo, y dieron un paso más en su loca esperanza de atraerse a los cubanos para combatir con su apoyo a los Estados Unidos. La nación que había maltratado de manera implacable a su colonia, la que la había arruinado y desacreditado con sus torpezas, la que la había diez-

mado en guerras implacables, ahora iba a implorar su ayuda para combatir a aquella otra potencia que la había respaldado durante tantos años como metrópoli de Cuba, sin importarle que todos aquellos horrores hubiesen ocurrido a poca distancia de sus costas. Si Grant hubiese cumplido su promesa del reconocimiento de la beligerancia de los cubanos, hecha en 1869, la situación que se presentaba en 1898 nunca se habría dado: entre esas dos fechas mediaba una larga historia de horrores, con centenares de miles de muertos y muchos centenares de millones de pesos perdidos. Los cubanos decidieron rectamente, sin embargo, de qué lado estaban sus aliados en la nueva fase de la lucha por la independencia de Cuba y se colocaron junto a los Estados Unidos. Era el cumplimiento de una alianza no escrita entre Cuba y los Estados Unidos que había comenzado desde 1777, cuando las Trece Colonias combatían por su libertad y los milicianos cubanos pelearon contra los ingleses del valle del Mississippi y de las Floridas: la misma alianza que ha llevado a Cuba a estar al lado de los Estados Unidos en la Primera y en la Segunda Guerra Mundiales.

En los primeros días de mayo de 1898 el Capitán General Blanco, dos veces gobernador de Cuba, dirigió la siguiente carta al general Máximo Gómez, Comandante Supremo del Ejército Libertador Cubano:

General Máximo Gómez,

General en Jefe de las fuerzas revolucionarias.

Señor: Con la sinceridad que siempre ha caracterizado todos mis actos me dirijo a usted no dudando por un momento que su clara inteligencia y nobles sentimientos, los que como enemigo honrado reconozco, harán acoger mi carta favorablemente.

No puede ocultarse a usted que el problema cubano ha cambiado radicalmente. Españoles y cubanos nos encontramos ahora de frente a un extranjero de distinta raza, de tendencia naturalmente absorbente y cuyas intenciones no son solamente privar a España de su bandera sobre el suelo cubano, sino también exterminar al pueblo cubano por razón de su sangre española.

El bloqueo de los puertos de la Isla no tiene otro objeto. No sólo es dañoso a los españoles sino que afecta también a los cubanos completando la obra de exterminio comenzada en nuestra guerra civil. Ha llegado por lo tanto el momento supremo en que olvidemos nuestras pasadas diferencias y en que unidos cubanos y españoles para nuestra propia defensa rechacemos al invasor.

España no olvidará la noble ayuda de sus hijos de Cuba, y una vez rechazado de la Isla el enemigo extranjero de ella, como madre cariñosa abriría sus brazos a otra nueva hija de las naciones del Nuevo Mundo que habla su lengua, profesa su religión y siente correr por sus venas la noble sangre española.

General, por estas razones propongo a usted hacer una alianza de ambos ejércitos en la ciudad de Santa Clara. Los cubanos recibirán las armas del ejército español y al grito de ¡Viva España! y ¡Viva Cuba! rechazaremos al invasor y libraremos de su yugo extranjero a los descendientes de un mismo pueblo.

Su afectísimo servidor, (f) Ramón Blanco.

Los historiadores norteamericanos de la guerra con España apenas si han dado importancia a este documento y ni uno de ellos destaca la inescapable conclusión de que los cubanos rechazaron la independencia que las autoridades españolas les ofrecían a cambio de que hicieran armas contra los Estados Unidos después de que éstos estaban irrevocablemente comprometidos por la promesa de la "joint resolution" a respetar la soberanía y la independencia de Cuba. Si únicamente el cálculo egoísta hubiera pesado en las decisiones de los cubanos, si entre ellos no hubieran tenido valor los ideales americanistas y democráticos de Martí, si no se hubieran sentido más cerca, en suma, de los Estados Unidos que de España, habrían aceptado la oferta de Blanco porque con ella no se perjudicaba la independencia de Cuba, proclamada y prometida por el gobierno norteamericano, si ganaban los Estados Unidos la guerra, y se obtenía el compromiso de la independencia por parte de España, en el caso imposible de que los españoles hubiesen triunfado: allí estaban escritas las palabras del Capitán General Blanco sobre la supuesta bienvenida que España daría a Cuba como una de las naciones del Nuevo Mundo si los cubanos consentían en atacar a los Estados Unidos.

Cierto que España no tenía la más remota posibilidad de ganar la guerra contra los Estados Unidos y así lo había reconocido el general Prim, militar y estadista, cuando la Guerra de Secesión; pero los Weyler, los Blanco, los Pando, los Linares, etc., no lo creían así y hasta el general español Pin en una ocasión había dicho al azucarero norteamericano Atkins, sin que éste se atreviese a protestar así para mejor probar sus simpatías por España, cómo sería el desembarco español en los Estados Unidos y con qué rapidez se haría el avance sobre Wáshington para dictar la paz en la Casa

Blanca (1). También es verdad que más de cien mil cubanos habían visitado los Estados Unidos en los cincuenta años anteriores a 1898 y que unos treinta mil de ellos vivían permanentemente en territorio norteamericano y tenían motivos para saber hasta dónde llegaba el poderío de los Estados Unidos; pero en cuanto al general Máximo Gómez, al general Calixto García, al Presidente Masó y a los miembros del Consejo de Gobierno, que hacía tantos años que no tenían ocasión de saber cuáles eran los verdaderos recursos de guerra de los Estados Unidos por estar dedicados a combatir por la independencia de Cuba, ¿qué fué lo que les hizo preferir a los Estados Unidos a España, de las dos alianzas ofrecidas que también prometían por igual la libertad de Cuba? La convicción americanista de los revolucionarios cubanos, que preferían estar junto a una democracia del Nuevo Mundo que al lado de una caduca monarquía europea marcada por la reacción y el atraso. En esa simpatía genuina y espontánea del pueblo cubano, que los Estados Unidos nunca han apreciado cómo debían y que en más de una ocasión han atribuido a motivos sórdidos hasta en los tiempos en que, como en 1898, no había cuotas azucareras, radica una de las pruebas más concluyentes del espíritu democrático del pueblo de Cuba.

El general Máximo Gómez es muy posible que no hubiera leído de manera sistemática a Jefferson, a Monroe o a Darwin, y con toda seguridad que tampoco conocía muy bien el pensamiento de Lincoln; pero la respuesta que dió a las proposiciones del general Blanco, concebida en términos de ruda y noble sencillez, merece figurar en cualquier antología de las ideas democráticas en América. He aquí la contestación del General en Jefe del Ejército Libertador Cubano:

General don Ramón Blanco,  
General en Jefe del Ejército Español en Cuba.

Señor: Me asombra su atrevimiento al proponerme otra vez términos de paz cuando usted sabe que cubanos y españoles jamás pueden vivir en paz en el suelo de Cuba. Usted representa en este Continente una monarquía vieja y desacreditada, y nosotros combatimos por un principio americano: el mismo de Bolívar y Washington.

Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra un invasor extranjero; pero usted se equivoca otra vez, porque no hay diferencias de sangres ni de razas.

Yo sólo creo en una raza: la humanidad, y para mí no hay

sino naciones buenas y malas, España habiendo sido hasta aquí mala y cumpliendo en estos momentos los Estados Unidos hacia Cuba un deber de humanidad y civilización. Desde el atezado indio salvaje hasta el rubio inglés refinado un hombre para mí es digno de respeto según su honradez y sentimientos, cualquiera que sea el país o raza a que pertenezca o la religión que profese.

Así son para mí las naciones y hasta el presente sólo he tenido motivos de admiración hacia los Estados Unidos. He escrito al Presidente McKinley y al general Miles dándoles las gracias por la intervención americana en Cuba. No veo el peligro de nuestro exterminio por los Estados Unidos a que usted se refiere en su carta. Si así fuese la Historia los juzgará.

Por el presente sólo tengo que repetirle que es muy tarde.

Su atento servidor, (f) Máximo Gómez.

La actitud del general Máximo Gómez, que era la de todo el Ejército Libertador, tuvo el respaldo oficial del Consejo de Gobierno de la República de Cuba que, encabezado por el Presidente Masó, rechazó proposiciones de acuerdo entre cubanos y españoles, presentadas el 7 de mayo, por el Sr. Ramón Rodríguez Labrada en Santa Cruz del Sur, Camagüey. En la reunión del Consejo de Gobierno celebrada en Sebastopol, Camagüey, el 10 de mayo de 1898, se acordó que la Revolución Cubana hiciera causa común con los Estados Unidos, "... una nación justa, poderosa y fuerte, dispuesta a coadyuvar con nosotros..." (143) y quedó excluida toda posibilidad de una alianza entre cubanos y españoles.

Es los Estados Unidos, mientras tanto, el Delegado Estrada Palma había dirigido con fecha 26 de abril de 1898 una exposición al Presidente McKinley en la que, a nombre de la República de Cuba, ofrecía la más completa cooperación de los cubanos con las fuerzas militares de los Estados Unidos. El ofrecimiento de Estrada Palma fué aprobado oficialmente por el gobierno cubano y se dieron órdenes a los jefes del Ejército Libertador para que en cada caso colaborasen con las tropas norteamericanas y siguieran las instrucciones de los jefes de estas últimas.

## XVIII

# LA MOVILIZACION DE LOS RECURSOS DE GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Los Estados Unidos son esencialmente una nación pacífica y que si, últimamente, por las responsabilidades de su posición de primera potencia, han aprendido a estar preparados para la guerra, prefieren reducir a un mínimo sus escuadras y sus ejércitos, así como sus gastos de guerra. En la Guerra de Independencia el esfuerzo militar consistió en milicias apresuradamente reclutadas y sin experiencia de guerra regular, cuyo adiestramiento y disciplina resultaron de gran dificultad para Wáshington y sus oficiales. Cuando terminó la Guerra de Independencia el ejército de Wáshington se disolvió dentro de la población civil y en una o dos crisis posteriores, antes de la siguiente lucha con la Gran Bretaña, el gobierno norteamericano encontró grandes dificultades para aplastar por las armas una o dos rebeliones, o para imponerse a los indios, o para presentar una apariencia de poderío militar ante las amenazas que la Gran Bretaña y Francia hacían a los Estados Unidos para que tomaran partido en las guerras napoleónicas. No obstante la tensión producida y mantenida por el conflicto que tenía lugar entre las potencias europeas, la Guerra de 1812, en la que los Estados Unidos se enfrentaron por su cuenta con la Gran Bretaña, que en cierto modo disponía de los recursos de Portugal y de España en América, entre ellos los representados por Cuba, encontró a los norteamericanos impreparados para la contienda. La toma de Wáshington, la capital federal, incendiada por los británicos, es buena prueba de esa falta de preparación, mientras que la decisiva victoria de Nueva Orleans, lograda por el general Jackson y unas abigarradas huestes en que las tropas regulares brillaban por su ausencia, revelaba al mundo lo que el valor individual, el patriotismo y la familiaridad con las armas de fuego, de los norteamerica-

nos de la época, podían lograr hasta arrancar a la vencedora de Napoleón, la Paz de Gante.

Si el pueblo de los Estados Unidos idolizó a "Old Hickory" Jackson por su victoria de Nueva Orleans, no por eso se sintió militarista y las llamadas guerras con los indios fueron breves combates irregulares. La Guerra con México utilizó una pequeña parte del potencial militar de los Estados Unidos, que incluyó a algunas unidades del muy abandonado ejército regular y millares de voluntarios, suficientes, sin embargo, para aplastar toda resistencia por parte de México cuando este país pasaba por una crisis nacional que prácticamente lo reducía a la impotencia. De nuevo el ejército vencedor se fundió con la población civil y uno de los oficiales profesionales, graduado de West Point, el capitán U. S. Grant, dejó temporalmente la carrera de las armas para dedicarse al comercio y no sería hasta muchos años más tarde que volvería a vestir uniforme, ya como jefe de voluntarios en la Guerra de Secesión para después ser el general Grant, vencedor de los Confederados.

Sin embargo, en la Guerra de Secesión, una guerra civil, los Federales y los Confederados crearon ejércitos más numerosos que los de las luchas napoleónicas. Y no sólo hubo más combatientes, sino más artillería, más luchas, más decisivas invenciones de armas novísimas y más bajas en enconadas batallas, que todo lo que Napoleón y su *Grande Armée* pudieron ver. La Guerra de Crimea y la de Francia y Alemania, de 1870, no pusieron sobre las armas el número de soldados norteamericanos de ambos bandos que hubo en la Guerra de Secesión. Después de la rendición de Lee en Appomattox los Estados Unidos deliberadamente se desarmaron e incorporaron millones de soldados a la vida civil.

En 1869, cuatro años después de la Guerra de Secesión, el Congreso de Washington decidió que cuarenta y cinco regimientos de tropas regulares eran excesivos y los redujo a veinte y cinco y en 1878 los oficiales se encontraron con que sus sueldos no figuraban entre los gastos presupuestados y durante varios meses sirvieron sin paga, según nos dice Walter Millis (144). La nación que había inventado y usado los acorazados con torres giratorias para los cañones, y que los fabricaba para el resto del mundo, tenía tan pobre escuadra en 1891 que temía que la flota chilena, más poderosa,

bombardeara impunemente a San Francisco de California cuando el grave incidente de Valparaíso con los marinos del *Baltimore*. Las mismas luchas con los indios eran menos y menos importantes y los oficiales al mando de las guarniciones que garantizaban la paz entre indios y blancos en el Lejano Oeste ejercían principalmente funciones policíacas o, a lo sumo, de lo que en México y en Cuba han tenido a su cargo los llamados guardias rurales. El incidente con Chile sirvió para estimular la reconstrucción del poderío naval norteamericano, destinado a ser decisivo en la guerra con España porque las hostilidades se desarrollarían principalmente contra las posesiones españolas, de tipo insular, a gran distancia de la caduca metrópoli europea.

El Congreso de los Estados Unidos, al reunirse en los momentos en que comenzaba el gobierno de McKinley, ya conoció de varios proyectos de ley relacionados con el aumento de las fuerzas armadas y de los equipos militares. Había uno del Senador Chandler, por cien millones de pesos, para armamentos; otro del Senador Hale para seis acorazados y veinte y cinco torpederas; dos más, firmados por el Senador Squire y el Senador Lodge, respectivamente, que en conjunto reclamaban ciento ochenta y siete millones de pesos para las defensas de las costas y otro del Senador Hawley para equipar a la guardia nacional o milicia estatal con rifles del ejército regular, aparte de otras iniciativas sobre las reservas navales y los guarda-costas.

Mientras el Congreso estudiaba y discutía todas estas proposiciones, el 6 de marzo de 1898 el Presidente McKinley hizo llamar a su despacho al Presidente del Comité de Créditos de la Cámara de Representantes, Joseph Cannon, para pedirle dinero con toda urgencia para gastos militares. McKinley escribió en una hoja de papel la cantidad de cincuenta millones de pesos y Cannon se comprometió a lograr que se aprobase ese crédito y cumplió su promesa. A los pocos días la ley entró en vigor, se dedicaron dieciséis millones al ejército y treinta millones a la marina de guerra y todavía quedó un remanente para otros gastos.

En esos momentos, dos meses apenas antes de que se cambiaran los primeros disparos entre norteamericanos y españoles, el número total de oficiales y soldados del ejército de los Estados Unidos llegaba a 28,183 hombres, casi la misma cifra del Ejército Libertador Cubano por la propia época. Dos regimientos fueron

añadidos casi en seguida y todas esas tropas comenzaron a realizar ejercicios militares y maniobras elementales que habían caído en desuso con la paz. Jefes y oficiales tenían que revisar manuales de táctica, administración militar, geografía, etc., porque habían olvidado muchos de los conocimientos aprendidos en West Point y otras academias o en el servicio militar. La Guardia Nacional o milicia estatal agregaba unos cien mil hombres más; pero estas tropas estaban divididas en tantos grupos como número de estados tenía entonces la Unión Federal, alrededor de cuarenta, y cada uno de esos grupos obedecía al gobernador estatal, a los jefes nombrados por éstos y a los oficiales elegidos por los milicianos, antes que al Presidente de los Estados Unidos, el secretario de la Guerra o el jefe de estado mayor general. El armamento era anticuado, compuesto principalmente por fusiles de la época de la Guerra de Secesión y hasta de la Guerra con México, que lucían bien en los desfiles de las fechas patrióticas; pero nada más, y la Guardia Nacional tenía poca o ninguna artillería y carecía del equipo militar necesario para una campaña regular. La anarquía de la Guardia Nacional determinó que en algunos casos antiguos oficiales del ejército regular, graduados de West Point y que después se habían separado del servicio de las armas, ingresaran en ella como soldados rasos mientras que políticos totalmente desprovistos de conocimientos militares eran generales, coroneles y comandantes que planteaban cuestiones de jurisdicción y jerarquía a los oficiales de carrera.

El Presidente McKinley dispuso varias levadas sucesivas de voluntarios, acogidas con todo entusiasmo y con ardoroso patriotismo por el pueblo norteamericano y casi en seguida los efectivos del ejército de los Estados Unidos se elevaron a 8,970 oficiales y 173,717 soldados, número que después creció mucho más; pero del que sólo una quinta parte combatió, efectivamente. Solamente el 0.3% de los 76 millones de habitantes con que contaban los Estados Unidos se alistaron en sus fuerzas armadas para la guerra con España. Las levadas de voluntarios determinaron la formación de ciertas unidades irregulares en que la influencia política, la audacia o la popularidad de algunas personas las convirtieron en jefes y oficiales sin haber pasado por academias militares o haberse preparado específicamente para el mando de tropas. Así resultó, por ejemplo, con el después famoso regimiento de los "rough riders" de Leonard Wood y Theodore Roosevelt. En la ley para aumentar los efectivos del ejército

regular había un artículo que autorizaba la creación de tres regimientos de voluntarios de caballería sin intervención del estado mayor general y el subsecretario de Marina, Theodore Roosevelt, valiente, ambicioso, aventurero y con la experiencia militar que podían haberle dado varios años de "cow-boy" en el Lejano Oeste y un corto tiempo como jefe de policía de Nueva York, logró que se le autorizara para la organización del primero de esos regimientos de caballería. Al principio se habló en la prensa de esos jinetes como "Teddy's Terrors", nombre que parecía anticipar algo de lo que después fueron; pero después se adoptó el de "rough riders" o "jinetes rudos". La empresa de equipar a esa unidad con las mejores armas disponibles requería audacia e influencia y Roosevelt permaneció en Washington durante varias semanas dedicado a lograr estos objetivos, como teniente coronel del flamante regimiento, mientras que para coronel jefe, encargado de la organización y adiestramiento en San Antonio, Tex., fué nombrado el médico militar Dr. Leonard Wood, quien también contaba con influencia en la Casa Blanca como el facultativo que tenía a su cuidado a la esposa del Presidente McKinley, inválida desde hacía algún tiempo. Wood había hecho sus estudios en la Universidad de Harvard, hasta graduarse de médico. Ingresó en el ejército regular y fué destinado a las guarniciones del Sudoeste, donde se encontraba en la época de las luchas contra los apaches mandados por el feroz Jerónimo y tuvo ocasión de distinguirse en la campaña cuando le correspondió mandar a los soldados en un encuentro donde él actuó como oficial de mayor graduación. El Congreso de los Estados Unidos premió su actuación con una medalla de honor y el médico militar alcanzó cierta prominencia que le permitió ir a residir en Washington y alejarse del rudo vivir en los puestos fronterizos. Con esa experiencia el Dr. Wood se convirtió en el coronel Leonard Wood, jefe del regimiento de "rough riders" al que se incorporaron vaqueros, exploradores, aventureros y otros elementos caraterísticos de la vida violenta y riesgosa que por entonces se vivía en el Far West o Lejano Oeste de los Estados Unidos y que no se distinguían, precisamente, por su amor a la disciplina o su respeto a las jerarquías o las buenas costumbres.

El alto mando, mirado con recelo por el secretario de la Guerra, Alger, y los políticos, en general, quienes no querían que surgieran presidentes, gobernadores y legisladores federales de la guerra con

España, como sí había ocurrido después del conflicto con México y con la Guerra de Sesesión, encontraba enormes dificultades para movilizar a un pueblo pacífico y colocarlo de manera efectiva en pie de guerra. McKinley se retrajo de ello en lo posible; pero secretarios del gobierno, gobernadores, representantes, periodistas y caciques políticos usaron y abusaron de su influencia en favor de aspirantes a jefes y oficiales, o a beneficio de ésta o aquella unidad, etc., y un número de injusticias fueron la consecuencia natural de todas aquellas irregularidades. La Guardia Nacional o milicia, hija del favoritismo regionalista, miraba con aversión al ejército regular y, sobre todo, a los oficiales de carrera o "West Pointers", y esa rivalidad era todavía más pronunciada entre las fuerzas de tierra y las de mar.

El teatro de la guerra se esperaba que estaría, como así fué, en efecto, fuera de los Estados Unidos y en tierras tropicales. Se hacía necesario una cuidadosa labor preparatoria de aclimatación, higiene, adiestramiento, etc., que sirviera además para limar todas esas asperezas y dar unidad a la empresa militar que iba a ser lanzada y que era de todo punto distinta a lo que hasta entonces habían hecho los Estados Unidos en sus guerras, con la posible excepción de la lucha con México, medio siglo antes. La improvisación, la falta de experiencia y la politiquería rampante eran obstáculos casi insuperables para una buena organización y así hubo un regimiento que fué trasladado de Alaska a Cuba y en la costa Sur de la Isla, en los meses del calor, sin cambiar sus pesados uniformes del clima ártico. El general Miles, jefe de estado mayor, dispuso el establecimiento de un campamento central de entrenamiento en Chickamauga National Park, cerca de Chattanooga, Tenn., desde el 9 de abril, en lo que era una sabia medida; pero solamente la caballería y la artillería fueron a Chickamauga, con los voluntarios, mientras que el Secretario Alger distribuía los veinte y cinco regimientos de infantería entre Nueva Orleans, Mobile y Tampa para después ordenar que algunas de esas unidades también acudieran al campamento establecido en Tennessee. El plan inicial del general Miles había consistido en atacar primero a Puerto Rico para mejor aislar a los españoles de Cuba antes de empeñar una campaña decisiva contra todo el poderío hispano concentrado en Cuba. Su propósito era que mientras tanto los cubanos reforzados con armas y pertrechos y bien avituallados se hubieran lanzado a la ofensiva,

apoyados por la escuadra norteamericana, que dominaba los mares de Cuba, y una vez completada la ocupación de Puerto Rico iniciar la de Cuba, de Este a Oeste, con un desembarco en la región oriental donde ya las tropas de Calixto García habrían debilitado a los españoles. Este era el plan que había originado el viaje del teniente Rowan a Cuba; pero al refugiarse en Santiago de Cuba la escuadra de Cervera se había hecho indispensable modificarlo porque la importancia estratégica de Oriente, en Cuba, se hizo decisiva para el curso de las hostilidades, sobrepasando a la de Puerto Rico.

Por espacio de tres semanas el pueblo norteamericano había estado viviendo en plena alarma de guerra, sobre todo los habitantes de las grandes ciudades a lo largo de la costa del Atlántico, ante la posibilidad de que los buques de guerra españoles llevasen a cabo un ataque. Esta preocupación no estaba limitada a los civiles, sino que se hizo extensiva a los militares, también, y mientras el general Miles telegrafaba órdenes a sus subordinados para que le enviasen en seguida todo informe que tuviesen acerca de la aparición de buques de guerra españoles en las costas de los Estados Unidos, el regimiento número setenta y uno, de Nueva York, embarcado a bordo de transportes militares para ir por mar a la Florida, desembarcó y fué a ocupar con todo su equipo un tren que le llevó por tierra desde Nueva York a Tampa, porque había rumores de que la escuadra española corría bordadas ante el litoral norteamericano. Gentes bien intencionadas; pero equivocadas, periódicos sensacionalistas y hasta marinos que veían visiones hablaban del poderío naval español como si fuese temible y mucho mayor de lo que realmente era. En la imaginación de muchos norteamericanos a España se le acreditaron barcos que nunca tuvo ni tendría y hubo un momento que todo el "Escuadrón Volante" de Schley estuvo durante varios días en persecución de la que después, con fino humorismo, se llamó "La Escuadra Fantasma", de los españoles y, en verdad lo era, porque nunca había existido.

Exceptuados los militares y marinos españoles del tipo de Weyler, adocenados, brutales e ignorantes, que no querían darse cuenta del incontrastable poderío norteamericano frente a España, basado en población, equipo industrial, recursos económicos, etc., y se lisonjaban con la absurda esperanza de que ganarían la guerra, los jefes y oficiales de las fuerzas armadas de España que conocían la verdad de la impotencia de su país, arruinado y atrasado, bien

sabían que les esperaba la derrota. El desastre de los barquichuelos del almirante Montojo, destruidos y hundidos en la llamada batalla naval de Manila, bien a las claras anunciaba qué ocurriría si los restantes buques españoles se enfrentaban con las aún más poderosas unidades que el almirante Sampson tenía bajo su mando. La correspondencia del almirante Pascual Cervera con sus superiores del Ministerio de Marina, en Madrid, cuando tuvo a su cargo la escuadrilla de cruceros acorazados y torpederos, es ya bien conocida y demuestra que por el lado de España la indecisión, la impreparación y los desaciertos eran todavía de mayor bulto que los que hemos señalado en cuanto a los aprestos bélicos norteamericanos. Sin embargo, se trataba de dos potencias de antiguo reconocidas como tales, con larga tradición militar y naval y en el disfrute de todos los requisitos que se consideraban indispensables para la vida internacional... A los cubanos, sin embargo, durante tanto tiempo entregados a sí mismos, se les exigían perfecciones extraordinarias de efectividad militar y naval, de organización política y de recursos económicos para creerles merecedores del reconocimiento de la beligerancia...

Cervera y sus buques cruzaron el Atlántico hacia las Antillas sin aproximarse a los Estados Unidos y sin topar con la escuadra norteamericana, recorrieron el Caribe y fueron finalmente a refugiarse en la bahía de Santiago de Cuba. De esa manera Santiago de Cuba se convirtió en el objetivo principal de la guerra en América y los planes del general Miles fueron modificados. Miles no era un militar de academia y había comenzado su carrera como voluntario durante la Guerra de Secesión; pero se había distinguido por sus méritos y por su valor hasta alcanzar ascensos y distinciones que completaron una brillante hoja de servicios en el ejército federal y con la cual pasó a las tropas regulares. Fué el general Miles quien dirigió las victoriosas campañas contra los "sioux" de Sitting Bull y los "nez-percé" de Joseph que marcaron el final de la etapa heroica de las guerras indias. Hombre culto y justiciero, no se había enterrado en la vida de guarnición del Lejano Oeste, sino que había viajado y se había educado. Por todas esas circunstancias los políticos le temían y veían en él a un posible candidato presidencial si le correspondía vencer a los españoles.

Con el fin de neutralizar a Miles mientras éste seguía con la organización de su expedición a Puerto Rico, la Secretaría de la

Guerra recorrió la lista de capitanes, comandantes, tenientes coroneles y coroneles del ejército regular, hombres que se eternizaban en esos grados y que llegaban a ellos por antigüedad o por alguna que otra escaramuza con los indios. Buscaban un jefe que no fuese de temer y que careciese de ambiciones políticas y lo encontraron en uno de los más antiguos coroneles, procedente también de las tropas federales de la Guerra de Secesión, quien así quedó convertido en el general William R. Shafter, comandante supremo de la expedición militar destinada a combatir con los españoles de Cuba. De Cuba, de los cubanos, de su guerra de independencia, de España, de las guerras modernas y hasta de las antiguas, etc., Shafter sabía poco. Había sido hasta entonces un obscuro oficial del ejército regular, notable por su enorme corpulencia, pues pesaba más de trescientas libras, y en toda su vida de soldado nunca había tenido puesto de responsabilidad igual o remotamente aproximada al que entonces se le encomendaba. Vale la pena comparar a Shafter con el general Calixto García, el jefe de las tropas cubanas destinadas a cooperar con los norteamericanos en la campaña de Santiago de Cuba. Shafter, adiposo, de mediana estatura, no era un militar de carrera ni un hombre de estudios; tampoco era culto en la amplia acepción del vocablo. Cuatro años mayor que Calixto García, este soldadote rudo que más bien estaba preparado para ser jefe de "rangers" que para guerras modernas, fué el primer blanco nacido en el condado de Kalamazoo, en Michigan, lo que significa que se desarrolló en un medio fronterizo y atrasado cuando se iniciaba la conquista del Oeste norteamericano. Al comenzar la Guerra de Secesión el joven Shafter fué hecho teniente de voluntarios de Michigan y sirvió con valor y alcanzó ascensos; fué herido y hecho prisionero por los súdistas y tuvo como coronel el mando de uno de los regimientos de soldados negros hasta ser licenciado en 1865, pero siempre como oficial secundario. Un año después de terminada la guerra civil reingresó en el servicio como teniente coronel del ejército regular y se le destinó a uno de los mandos del Lejano Oeste, junto a los territorios indios, y no fué hasta 1879 que se le ascendió al grado de coronel, que conservó por espacio de dieciocho años y del que no emergió hasta que McKinley le nombró para mandar la expedición a Cuba. El nombramiento causó asombro general y despertó veladas protestas, pues se le consideró como cuestión política y producto de los rozamientos

que había entre el desacreditado secretario de la Guerra, Russell Alger, y el jefe del ejército, general Miles, a quien correspondía de derecho el mando de la campaña. Estos datos son suficientes para probar que Shafter no era César, Napoleón, Wellington, Wáshington o Bolívar ni sabía poco o mucho de las hazañas de esos caudillos; pero la campaña de Santiago de Cuba fué prueba concluyente de todo eso. En realidad, un Shafter joven y con la mitad de su peso habría sido un buen jefe para los "rough riders" o para una tropa irregular de "rangers", pero nunca el caudillo para veinte y cinco mil hombres de un ejército regular y de sitio...

Por otra parte, el caudillo de los mambises era un hombre alto, vigoroso y ágil, de apuesta apariencia y faz inteligente, "...un dios griego que en cierto modo parecía no tener edad y que estaba revestido de una majestad ultraterrena..." (144), que diría de él Horatio S. Rubens. García había nacido en el seno de una antigua familia cubana blanca, en la ciudad de Holguín, fundada ésta en 1523. En Cuba adquirió educación esmerada, que amplió en España. Viajó y aprendió idiomas y estudió incesantemente arte militar, historia, economía, etc. Al comenzar la Guerra de los Diez Años, en 1868, se había incorporado a la revolución y ascendió rápidamente por méritos de guerra hasta alcanzar el grado de general y la consideración de ser uno de los adversarios más temidos de los españoles por su valor, sus dotes de estrategia y la organización y disciplina que logró dar a sus tropas y las victorias alcanzadas por las mismas. En 1874 el general García, como en 1863 el general Shafter, se vió a punto de caer en manos del enemigo. Pero si el militar norteamericano se rindió con toda tranquilidad, el cubano prefirió morir antes que rendirse y se disparó bajo la barba un tiro de revólver que milagrosamente no le mató al salir la bala por la frente sin tocar el cerebro. Prisionero, se restableció de su herida y vivió en España hasta que pudo ir a los Estados Unidos y allí organizó la revolución conocida en la historia de Cuba con el nombre de "Guerra Chiquita", la que fracasó pese a los heroicos esfuerzos de García frente a las tropas españolas, a las cuales se rindió cuando ya no tenía soldados que oponerles y dentro y fuera del país reclamaban la paz. Calixto García no estuvo desde un principio en la última etapa de la guerra de independencia porque España le mantenía a buen recaudo; pero tan pronto pudo se escapó por la vía de Francia hasta llegar a los Estados Unidos, de donde

salió con la expedición del *Hawkins*, que naufragó. Repitió la tentativa con la en un principio fracasada expedición del *Bermuda*, y al fin pudo desembarcar en Cuba para sumarse a los sublevados. Como segundo en el mando del Ejército Libertador tenía bajo su control las provincias de Camagüey y Oriente, en las que los españoles se mantenían a la defensiva desde fines de 1895, con fuertes guarniciones en ciudades y pueblos fortificados y artillados. En sitios regulares, o mediante asaltos, o por meros asedios, las tropas de Calixto García habían tomado antes de que Shafter fuese a Cuba y con sus propios recursos, a Guáimaro, a Guisa, a Victoria de las Tunas —plaza esta última que, según el general español Luque, podía resistir a diez mil hombres—, a la ciudad de Bayamo, fundada cien años antes que Jamestown, etc. El tributo a la inteligencia, el refinamiento, la competencia y la bravura de Calixto García, que figura en las páginas del libro escrito por el norteamericano Rubens, es en alto grado significativo y exacto en todas sus partes (145). En cuanto a la confianza que tenía el militar cubano en la eficiencia de sus tropas para ganar la guerra de independencia sin ayuda de soldados extranjeros, basta citar su carta al Delegado Estrada Palma, pocos días antes de romperse las hostilidades entre España y los Estados Unidos, en la que expresaba su oposición a que le mandasen expedicionarios y voluntarios extranjeros, ora fuesen norteamericanos, ora fuesen latinoamericanos, los primeros por ser soldados costosos y cuyo mantenimiento requería dinero, los segundos porque los consideraba inferiores en tenacidad, espíritu de sacrificio y utilidad general, a los cubanos (146). Este era el jefe de los soldados a quienes Cleveland, cegado por su ignorancia y su apasionamiento, llamaba “cut-throats”: un militar nato, un caballero de esmerada educación y un patriota ejemplar a quien ni las distancias, ni los peligros, ni las prisiones, ni las heridas, ni consideración otra alguna, habían impedido la consagración de su vida y de sus energías a la causa de la independencia durante treinta años y cuyo patriotismo, comparado con el de Cleveland, quien había sido de los “emboscados” durante la Guerra de Secesión, sobresalía cien codos más alto. No hay duda de que Calixto García, con sólo que se le hubiese dado el material de guerra que Shafter tuvo en Santiago sin saberlo emplear adecuadamente, habría ganado la guerra a España en Cuba sin necesidad de que hubiese muerto en la lucha un solo soldado norteamericano, porque él sí era un general!

Shafter, puesto al mando de la expedición que con cierta imprecisión estaba destinada a desembarcar en Cuba, se trasladó a Tampa, puerto floridano sobre el Golfo de México que, además de estar próximo a Cuba, estaba más resguardado contra un ataque de la escuadra española que los del Atlántico. La caballería, la artillería y regimientos de infantería regular fueron enviados a Tampa, antes que los voluntarios; pero el flamante teniente coronel Roosevelt, con el recién nombrado coronel Leonard Wood y el entusiasta grupo que formaban los "rough riders" no tardaron en hacer su aparición en Tampa, mejor equipados que las tropas regulares y habiendo demostrado en el viaje de San Antonio, Texas, a Tampa, Florida, que la influencia y la audacia de Roosevelt podían lograr buenos trenes con vía libre con preferencia a lo dispuesto por la Secretaría de la Guerra y el alto mando.

Ahora bien, Tampa no era entonces el excelente centro ferroviario que es hoy, ni contaba con alojamiento adecuado para miles y miles de hombres que incesantemente llegaban. Una sola vía férrea llegaba a la ciudad y la comunicaba con el resto del país y por la carrilera que venía el tren de viajeros llegaba el tren de carga y por esa misma tenían que salir después hasta empalmar con el excelente sistema de ferrocarriles de los Estados Unidos, que ya en aquella época era el primero del mundo, aunque en la Florida tuviera esas limitaciones impuestas por la geografía, la geología y la distribución de la población en ese estado. El resultado fué que el ramal de Tampa estuviese continuamente congestionado y que esa congestión dislocase por completo la circulación de los trenes militares y ordinarios. Si la protesta de jefes, oficiales y soldados lograba adelantar el tren que les transportaba hasta llegar a Tampa, no ocurría lo mismo con los equipos militares de esas mismas tropas, que venían en un tren de carga, el cual quedaba detenido en el enlace con la red general porque otros soldados reclamaban prioridad para llegar a su destino. Al cabo de varios días de lo que Walter Millis llama irónicamente "splendid improvisation" un gran número de trenes con artillería, fusiles, municiones, uniformes, tiendas de campaña, medicinas, provisiones de boca, caballos y mulos se encontraban detenidos en el camino hacia Tampa y a cien y doscientos kilómetros de su destino, mientras que en Tampa, por otro lado, las tropas reclamaban todos esos equipos. Por otra parte, como ya había ocurrido en Chickamauga y ocurriría

en otros campamentos, las conservas alimenticias que constitufan la base de las raciones de los soldados estaban en mal estado y habían sido vendidas por fabricantes y comerciantes sin conciencia, a sabiendas de que la que se llamó "embalmed beef" o "res embalsamada", era carne podrida, con la que enfermaron numerosos soldados y algunos murieron mientras que los traficantes hacían pingües negocios. Para introducir un poco de orden en toda aquella confusión del transporte se necesitaron muchos días de ingentes esfuerzos; pero no hubo tiempo para completar la obra de organización, ya que varias piezas de sitio llevadas a Santiago de Cuba nunca dispararon una granada porque las municiones se habían quedado detrás, en algún desviadero de la Florida, de Georgia o de las Carolinas, y jamás llegaron a Cuba.

El general Shafter comenzó tempranamente a sufrir los rigores del calor, que también afectaban a las tropas por los uniformes de que estaban provistas y que eran para climas templados. Los sufrimientos del general, sin embargo, eran peores por razón de su corpulencia enorme y de las responsabilidades que tenía y que le venían muy anchas. Su estado mayor no estaba mejor orientado que él. Junto a algunos jefes y oficiales que habían estudiado en West Point y otras academias, había muchos que no tenían otra experiencia militar que la de la Guerra de Secesión, veinte y cinco años atrás, o de las luchas con los indios, y también numerosos jefes y oficiales llegados a esos grados por las influencias políticas. Por supuesto que Leonard Wood y Theodore Roosevelt eran de los más conspicuos ejemplo del grupo últimamente citado; pero no los únicos, por cierto. El "coronel" Frederick Funston, hijo de un representante a la Cámara por Kansas y atleta muy distinguido, por espacio de varios meses había formado parte del minúsculo cuerpo de artillería que Calixto García pudo tener cuando no había quien vendiese cañones a los cubanos y a su regreso a los Estados Unidos había recibido el despacho de "coronel" jefe del vigésimo regimiento de infantería de Kansas y fué después mayor general. Si un norteamericano con unos pocos meses de experiencia en la guerra de independencia de Cuba podía saltar a "coronel" y luego a mayor general, es muy posible que los cubanos que hacía treinta años que peleaban contra España tuviesen algún derecho a sus grados, también. Agregados al cuartel general de Shafter había jefes y oficiales del Ejército Libertador Cubano que el general Má-

ximo Gómez y el general Calixto Garcia habían considerado prudente enviar como asesores o agentes de enlace; pero sin que hubiese relaciones diplomáticas regulares entre Cuba y los Estados Unidos no era fácil lograr que existiera un completo acuerdo entre cubanos y norteamericanos cuando no lo tenía cada grupo de por sí. Las órdenes y contraórdenes de Wáshington a Tampa eran continuas y la disciplina que había en Tampa no era ejemplar ni mucho menos, con rivalidades estatales y regionales, recuerdos de la Guerra de Secesión, pugnas entre militares y marinos y recelos de los jefes improvisados contra los oficiales de West Point, entorpeciendo la organización de la expedición y hasta su unidad misma. En un momento dado la Secretaría de la Guerra dispuso que la base de operaciones contra Cuba fuese trasladada de Tampa a Key West, cuando ya se supo que la escuadra de Cervera estaba en Santiago y que la otra escuadra, la "fantasma", no existía; pero al estratega que tuvo esa brillante idea en Wáshington no se le ocurrió solucionar al mismo tiempo el problema del agua que deberían beber veinte mil hombres concentrados en Key West cuando ese islote no tenía agua ni para su propia población. Shafter no estaba por su cuenta mejor enterado de la geografía militar de la Florida; pero tuvo la precaución de despachar a alguien para que fuese a Key West a comprobar lo que decían los jefes cubanos, de antiguo familiarizados con las condiciones de vida de Key West, sobre que no había provisión regular de agua para un ejército, y ante ese informe comprobado se desistió del cambio propuesto. Tampa no era ni había sido el puerto de embarque conveniente para una expedición militar de la magnitud de la que mandaba Shafter y entre otras deficiencias no contaba con muelles adecuados a los que pudieran atracar a un mismo tiempo varios transportes y buques de guerra; pero en cuanto a salubridad superaba a Nueva Orlenas, que era uno de los focos de fiebre amarila en el Golfo de México.

Si el cuadro en cuanto a las fuerzas de tierra norteamericanas era como dejamos descrito, las de mar, más profesionalizadas y menos afectadas por la politiquería, estaban en mejores condiciones para la lucha. En realidad la escuadra norteamericana era nueva o casi nueva, por lo menos en cuanto a los buques capitales, ya que el programa de rearme naval en gran escala había comenzado diez años antes. La mayor parte del crédito inicial concedido por el Congreso a petición de McKinley había sido dedicado a reforzar

la marina de guerra y ésta había disfrutado también de la celosa preocupación que el subsecretario del Navy Department le había dedicado con aquella actividad que Theodore Roosevelt ponía al servicio de sus ambiciones. Astilleros y arsenales estaban bien atendidos y equipados y los había no sólo en la costa del Atlántico, sino también en la del Pacífico, donde el poderoso crucero acorazado *Oregon* acababa de ser construido y artillado en el astillero de Mare's Island y desde el 14 de marzo de 1898 había comenzado su histórica carrera de sesenta y seis días dando la vuelta a la América Central y a la América del Sur para llegar a tiempo a participar de las operaciones de guerra contra la flota española. La catástrofe del *Maine* había tocado más de cerca a los marinos norteamericanos que a los soldados.

Al comenzar las hostilidades el mando en jefe de la escuadra del Atlántico del Norte fué dado al almirante William Thomas Sampson, ascendido al efecto después de una brillante carrera como técnico naval, que mucho contribuyó a colocarle cerca y ante los ojos de los regentes de la Secretaría de Marina. El comodoro Winfield Scott Schley, de mayor antigüedad que Sampson y con un historial muy notable de servicios en el mar, fué postergado en favor de Sampson y puesto a cargo del llamado "Flying Squadron" o "Escuadrilla Volante", encargada de localizar a la flota de Cervera y que fué, sin embargo, la última en enterarse de que los buques españoles estaban en Santiago de Cuba mientras Schley los buscaba en Cienfuegos. Las relaciones entre Sampson y Schley eran formales, pero no cordiales, por las circunstancias del ascenso del primero y los derechos que asistían al segundo, y los rozamientos iniciales culminarían en franca pugna antes de la terminación de la guerra y determinarían la constitución de un consejo de guerra que juzgó a Schley.

Desde los primeros momentos de la guerra el grueso de la escuadra de Sampson, a la que se habían añadido buques comprados en el extranjero y barcos de pasaje, de carga y hasta yates de recreo artillados y convertidos apresuradamente en cruceros auxiliares, intentó el bloqueo de Cuba. La empresa resultó superior a los efectivos disponibles por tratarse de un país con tres mil kilómetros de costa y una configuración y una situación geográfica peculiares, circunstancias a las que había que agregar la atención que reclamaba Puerto Rico y la necesidad de proteger las costas y la nave-

gación de los Estados Unidos. Aunque se había hablado de forzar desembarcos en las cercanías de La Habana y otras plazas marítimas, bajo la protección de los cañones de la escuadra de Sampson, estas intenciones nunca tuvieron lugar, salvo en cuanto a la campaña de Santiago de Cuba. En realidad las tropas cubanas nunca tomaron a La Habana, como más de una vez señalaron en son de crítica los opositores de la independencia de Cuba en los Estados Unidos para negar el reconocimiento de la beligerancia; pero los norteamericanos, respaldados por una poderosa escuadra y contando con trenes de sitio, tropas regulares y mucho material de guerra, tampoco lo hicieron. Sampson nunca empeñó combate formal con las baterías que defendían a La Habana y se concretó a cambiar disparos a gran distancia.

La Secretaría de la Guerra y, con ella, los generales, oficiales y soldados del ejército, eran de opinión de que la escuadra debía atacar las defensas costeras en Cuba y Puerto Rico, desmontarlas, inutilizar las minas y abrir el camino para que entonces las fuerzas de tierra desembarcaran sin mayor oposición y acabasen con los focos de resistencia que pudiera haber. Esta cómoda teoría hasta se puso por escrito más de una vez. La marina de guerra, a su vez, mantenía el criterio de que debía acabar con la escuadra española, bloquear a Cuba y respaldar con fuego de cañón el desembarco de los soldados para que éstos tomaran las fortificaciones y las baterías del enemigo e hicieran posible la entrada de la escuadra de Sampson, sin más tropiezos, en los principales puertos de la Isla, La Habana el primero. Los dos criterios resultaban inconciliables y determinaron una pugna que se mantuvo viva hasta el final de la guerra. En cuanto al tratamiento de los aliados cubanos, Sampson, Schley y sus marinos siempre se mostraron más deferentes y cordiales que Shafter y sus soldados.

## XIX

# LOS RECURSOS MILITARES Y NAVALES DE ESPAÑA EN CUBA

España tenía en Cuba recursos militares muy importantes, más importantes que los que la Gran Bretaña concentró en las Trece Colonias, o que Francia lanzó contra Haití, o que Portugal empleó en sus esfuerzos para reconquistar a Brasil, o que todos los que la propia España reunió en el resto de la América Hispana contra México, la América Central, la Gran Colombia, Perú, Chile y los países del Río de La Plata. Si la Guerra de Independencia de los Estados Unidos hubiera tenido lugar solamente en Pennsylvania, que tiene el tamaño de Cuba, aislado ese estado de los demás como lo está Cuba del resto de la América por su insularidad, y Wáshington hubiera tenido que hacer frente a doscientos mil soldados metropolitanos, la liberación de los Estados Unidos habría sido mucho más difícil y lo mismo habría ocurrido con toda certidumbre en cuanto a Bolívar y la Gran Colombia, San Martín y las Provincias del Plata y Chile, etc. etc.

Contaba España en primer lugar con las ventajas derivadas de siglos de dominación en que Cuba había sido, muy principalmente, base militar y naval, y La Habana, Santiago de Cuba, Cienfuegos, Matanzas y otros puertos estaban defendidos por fortificaciones que en 1898 todavía eran muy respetables, tanto que la escuadra norteamericana no se aventuró a forzar la entrada en ninguno de ellos. Las defensas de La Habana llegaron a ser formidables a partir de 1895. El capitán de artillería Severo Gómez Núñez, español, las ha descrito en un detallado trabajo (146), que es obligada obra de consulta sobre la materia. Según Gómez Núñez a fines de 1895 empezaron a llegar las piezas de artillería pesada que habían sido pedidas a España por Martínez Campos y que eran dos cañones Krupp de calibre 0.30'5 m., y dos más de ese mismo

calibre, sistema Ordóñez y dos de calibre 0.24 m., ocho de 0.15 m. y ocho obuses de 0.21 m., todos estos últimos de Ordóñez. Las baterías existentes fueron reparadas y reartilladas y para mejor protección fueron recubiertas por centenares de miles de metros cúbicos de arena bajo la dirección de ingenieros militares. La instalación de los cañones de largo alcance se hizo de modo que tuvieran un radio de acción efectivo de nueve mil metros, suficiente para tener a raya aun a los más poderosos barcos de Sampson. El frente marítimo y el frente terrestre de la plaza de La Habana formaban un recinto con treinta y tres kilómetros de perímetro, en el que se montaron doscientos siete cañones de distintos calibres, ciento setenta y ocho de ellos con mira hacia el mar y veinte y nueve que apuntaban hacia el interior del país, comunicados por telégrafos y teléfonos. En la bahía se encontraban doce buques de guerra, entre cruceros y cañoneros, todos ellos anticuados, pero montando un total de cien cañones y ametralladoras de distintos calibres. Las cuatro líneas de torpedos y minas de La Habana contaban con veinte y ocho de ellos y dos tubos lanza-torpedos, fijos, aparte de veinte tubos lanza-torpedos, más, en los buques del apostadero. Solamente de tropas regulares, sin contar los voluntarios, guerrilleros, movilizados y marinería, la División de La Habana tenía treinta y un mil cuatrocientos setenta y nueve jefes, oficiales y soldados de línea. Estos datos prueban por qué fué que ni los cubanos ni los norteamericanos empeñaron la costosa operación de tomar a La Habana por sitio y asalto.

La segunda plaza fuerte de la Isla era, sin lugar a dudas, Santiago de Cuba, y su importancia aumentó cuando sirvió de refugio a los maltrechos; pero todavía temibles, barcos del almirante Cervera. Santiago tenía como su más importante defensa el viejo fuerte de El Morro, en el cual había emplazados tres morteros de 0.30 m., fundidos cuando Jorge Washington era un niño, dos morteros de 0.24 m., que habían sido hechos en el año de la batalla de Yorktown, cuando la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, y dos cañones de veinte y cuatro libras que databan de la época en que Jorge Washington, oficial de milicias coloniales norteamericanas, acompañaba al general Braddock en el desastre de Monongahela. La batería del Faro, junto a El Morro, tenía cinco cañones de bronce de 0.16 m. y dos obuses de hierro, calibre 0.21 m., cuyas edades oscilaban entre ciento ochenta años, los más viejos, y ciento quince,

los más nuevos. En los dos niveles de La Socapa los cañones y los obuses viejos y nuevos se mezclaban abigarradamente, ya que junto a dos piezas navales de 0.16 m., hechas por Hontoria, que habían sido desmontadas del crucero *Reina Mercedes*, inutilizado en el puerto de Santiago, había tres obuses Elorza, muy viejos, de 0.21 m., de calibre, un cañón Nordenfelt, cuatro cañones Hotchkiss y una ametralladora, todos de pequeño calibre. El canal de acceso a la bahía quedaba cerrado por la batería de Punta Gorda, con dos cañones Hontoria de 0.16 m., dos viejos obuses de 0.15 m. y dos cañones Krupp de 0.09 m., además de las minas y los torpedos allí colocados.

La ciudad de Santiago, construída a un lado de la bahía, tenía la protección de ésta y de las montañas que la circundan. Las alturas más bajas y los pasos entre ellas estaban defendidos por unos cuatro kilómetros de trincheras, zanjas y líneas de alambradas, que se apoyaban en ocho fortines y otras posiciones menores, pomposamente llamadas fuertes. La artillería de esa línea de defensa constaba de diecisiete cañones bastante inferiores y de 0.16, 0.12 y 0.08 m., de calibre. Consideradas en su conjunto las defensas de Santiago, si podían resistir a tropas como las cubanas, sin tren de artillería de sitio y hasta de campaña, mal armadas y siempre escasas de municiones, en modo alguno tenían la más remota posibilidad de éxito frente a un ejército regular, debidamente equipado y que dominaba el mar con la poderosa escuadra que bloqueaba las costas de Cuba.

La guarnición de Santiago la componían unos diez mil hombres de tropas de línea y de cuerpos asimilados, a los que se agregaban guerrillas y otros combatientes irregulares de valor militar muy secundario y que por espacio de varias semanas tuvieron el apoyo de la marinería de Cervera. Al Este de Santiago, en Guantánamo, el general Pareja tenía bajo su mando unos seis mil soldados españoles, en Manzanillo había igual número y en Holguín el general Luque tenía a sus órdenes diez mil hombres, aparte de otras guarniciones menores en distintos parajes de Oriente.

Los españoles se habían replegado sobre la capital de Camagüey y los otros pueblos y ciudades de esa provincia ante los continuos ataques de los cubanos, que les habían causado enormes pérdidas; pero contaban con dos divisiones completas, una que seguía defen-

diendo la inútil trocha de Júcaro a Morón, y la otra que tenía su base de operaciones en la antigua Puerto Príncipe.

En Las Villas, donde el general en jefe Máximo Gómez se había mantenido en La Redonda durante largo tiempo, los españoles tenían el segundo cuerpo de ejército, cuyo cuartel general estaba en Cienfuegos y que comprendía dos divisiones y cinco brigadas. Y en Occidente el primer cuerpo de ejército, independiente de la guarnición de La Habana, constaba de cuatro divisiones y ocho brigadas.

Las cifras totales dadas por distintas autoridades en cuanto a los efectivos militares de España en Cuba varían muy mucho; pero me parece que las definitivas son las que cita el capitán Medel en su obra sobre la guerra de 1898 (147), tomadas del *Anuario Militar de España*, de dicho año, y que son las siguientes: infantería, 198,679; caballería, 22,548; artillería, 9,431; ingenieros, 6,346, y sanitarios, transportes, guardias civiles, guerrilleros e infantes de marina, 41,453. El gran total alcanzaba, pues, a 278,457 hombres o mucho más que lo que Howe, Clinton, Cornwallis, Leclerc, Morillo, Samano, Marcó del Pont, La Serna, Morales, Calleja, etc., tuvieron, reunidos, en el resto de la América para combatir la independencia durante ciento veinte años. Benigno Souza, sin embargo, en su biografía de Máximo Gómez (148), niega que España contase con semejante número de combatientes y fija el cómputo final de todos los jefes, oficiales y soldados de línea, con los efectivos de la administración militar, los de sanidad, los del transporte y los guerrilleros repatriados, en 119,500 hombres, de ellos 45,000 hospitalizados. A lo que parece Souza deja fuera de su cálculo los 84,120 voluntarios de infantería, caballería, artillería e ingeniería, que Medel incluye entre sus cifras acerca de las tropas españolas en Cuba. Releyendo lo que dice Souza en su libro ya mencionado, me hace el efecto de que él preferentemente se refiere a las tropas repatriadas. La capitulación de Santiago incluyó unos treinta mil soldados españoles, que fueron transportados desde Oriente a España. La evacuación se llevó a cabo por varios otros puertos durante varios meses y el 1.º de enero de 1899, al terminar el período colonial, todavía quedaban en Cuba 43,000 soldados por reembarcar (149). ¿Cuántos fueron los soldados y los guerrilleros españoles que prefirieron quedarse en Cuba? Muchos millares de ellos, que no se contaron después en el número total de las fuerzas evacuadas.

No deja de llamarme la atención, finalmente, que el capitán Severo Gómez Núñez, en su obra ya citada (150) diga que en Santiago de Cuba, donde se rindieron treinta mil hombres, había dos divisiones, y que en el resto de la Isla había ocho divisiones más, aparte de la guarnición de La Habana, que constaba por sí sola de treinta mil soldados. Una simple operación aritmética nos haría reunir así ciento ochenta mil hombres de línea, aparte de los voluntarios y los guerrilleros, por lo que con todo el respeto que me merece la autorizada opinión del Dr. Souza me ratifico en mi creencia de que España tenía más de doscientos mil soldados de todas clases, en Cuba.

España contaba, además, con un número de guardacostas armados, viejos cruceros y cañoneros en distintos puertos de la Isla que en más de una ocasión cambiaron disparos con los barcos de guerra norteamericanos en Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, etc.

## VALOR DEL APORTE MILITAR CUBANO

Hay historiadores norteamericanos y personas de esa nacionalidad, en general, que siguen con cierta alarma los empeños de sus colegas de Cuba para destacar que hubo participación cubana en la guerra contra España. Su actitud pudiera entenderse como si sospecharan que alguien quería arrebatar a las fuerzas armadas de los Estados Unidos parte de su gloria de vencedores cuando, en realidad, los honores militares norteamericanos de la Guerra de 1812 y de la Primera y la Segunda Guerra Mundiales son extraordinarios y bastan para la formación de una tradición de virtudes guerreras que honran a cualquier país, mientras que en las luchas contra México o contra España, la gloria que pueda haber es bastante reducida y, en cuanto a la última de ellas, debe ser compartida con quienes por su cuenta y durante treinta años habían estado peleando contra los españoles y colaboraron de manera muy eficaz en 1898 en la etapa final de la destrucción del poderío colonial de España en América, es decir, con los cubanos.

Las susceptibilidades nacionales de algunos escritores norteamericanos ante los esfuerzos de los cubanos para fijar de manera adecuada la verdad histórica de 1898 resultan aún más extrañas cuando, al mismo tiempo, van acompañadas de una curiosa tendencia a ignorar la participación de los cubanos en la guerra contra España, que se originó precisamente porque había guerra con Cuba, o a mencionarla de pasada para hacerla blanco de críticas injustas e infundadas, cuando no motivos de burlas en que el menosprecio y la incomprensión se advierten con toda claridad. Pudiera alguien estimar que esa actitud está limitada a escritores sensacionalistas, mal informados y tendenciosos, como Walter Millis, ya que por otra parte un historiador acucioso como el almirante Chadwick, en su clásica obra sobre la guerra con España, adopta una postura muy distinta; pero es que hace pocos años, cuando cubanos y norteamericanos por cuarta vez en nuestra historia éramos aliados de

guerra, un oficial de estado mayor del ejército de los Estados Unidos, profesor de historia militar de las principales academias de oficiales de ese país, West Point inclusive, y considerado por lo general como el primero de los historiadores contemporáneos norteamericanos en cuanto a las fuerzas armadas, como es el coronel William Addleman Ganoe, U. S. Army, hizo lo mismo que acabamos de señalar. Con esos antecedentes hay que concluir en que es deber de los cubanos, si no lo hacen los norteamericanos, dar los detalles del aporte militar cubano en la guerra contra España.

Con efecto el coronel Ganoe, en la segunda edición de su obra (*The History of the United States Army*, New York, D. Appleton-Century Co., ed., 1942, 640 p.), solamente menciona a los cubanos para repetir dos inexactitudes inexcusables: la una la relativa a los particulares del mensaje a García, cuya verdadera narración figura en esta obra, y la otra la relacionada con la entrada de los refuerzos españoles del coronel Escario, en Santiago de Cuba que, como todo militar norteamericano, él atribuye a falta de los cubanos y de paso exagera el número de los soldados de Escario que finalmente penetraron en la plaza sitiada. Cuando así se escribe la historia militar en los Estados Unidos, sin parar mientes en las consideraciones que merecen la verdad de los hechos y las sensibilidades nacionales de un pueblo aliado y amigo en los mismos días de la lucha contra el totalitarismo de la derecha, no queda otro remedio sino poner las cosas en su lugar para de una vez dejar establecido que la guerra contra España fué un esfuerzo conjunto de cubanos y norteamericanos en el que los primeros citados habían hecho ya e hicieron todo lo que humanamente se podía esperar de ellos, con los elementos de que disponían, para propiciar la victoria final.

En varios años de lucha, sólo, los cubanos habían destruido los ferrocarriles de la Isla, las líneas telegráficas y los puentes y caminos que a España resultaban indispensables para mover con facilidad y rapidez tropas, provisiones, armas y municiones, de un extremo a otro de Cuba, donde se necesitaran con mayor urgencia. Las vías férreas de servicio público que cubrían las provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas y que en Las Villas llegaban a La Esperanza, y las que iban de Camagüey a Nuevititas, como las carreteras privadas de centenares de ingenios azucareros y explotaciones mineras, las tropas norteamericanas no tuvieron que destruirlas a fin de aislar la Provincia de Oriente y oponer obstáculos al envío

de refuerzos: ya eso lo habían hecho con sus propias fuerzas los cubanos, y si en Santiago de Cuba la paga de los soldados españoles tenía once meses de atraso, si los billetes del Banco Español no se aceptaban como moneda, si no había comida para la población civil y las raciones de la tropa eran casi exclusivamente de arroz hervido, si la columna del general Marina, prometida por el Capitán General Blanco, nunca salió de La Habana para Santiago, si esta última plaza contaba con tan escasa y anticuada artillería para su defensa y si la moral de guerra de los defensores de Santiago era tan baja, es decir, si todas esas ventajas actuaban en favor de los norteamericanos que entraron en la guerra el 20 de abril de 1898, era porque los cubanos durante más de tres años habían estado batiendo a los españoles y debilitándoles y porque, al rechazar la alianza propuesta por el Capitán General Blanco para que los cubanos y los españoles combatesen junto contra los norteamericanos, a cambio de la independencia, habían inmovilizado de manera efectiva, lejos de Santiago, a más de ciento cincuenta mil soldados españoles.

Es curioso que el coronel Ganoe, profesor de historia militar, efecte creer que la isla de Cuba, tan extensa como Pennsylvania y con un millón y medio de habitantes y 250,000 soldados españoles, estaba en paz por artes mágicas mientras se desarrollaba el sitio de Santiago, semana tras semana.

Del mismo modo las medidas de guerra total que España aplicó a los cubanos con la reconcentración y otras medidas de rigor, estaban en cierto modo relacionadas con la política de "scorch the earth" o calcinar hasta el suelo que los mambises habían puesto en práctica para privar de recursos al gobierno español y a los elementos conservadores que le apoyaban. La invasión de Oriente a Occidente, que llevó a los mambises desde Baraguá, bastante cerca de Santiago, hasta Mantua, en el otro extremo de la Isla, a centenares de millas de distancia, la completaron los cubanos en sólo tres meses, mientras Cleveland les llamaba "infames degolladores". Sin la invasión y las subsiguientes campañas de Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García, España habría contado con recursos suficientes para convertir la empresa de Shafter en Santiago en un desastre de formidables proporciones. España se había desangrado peleando con los cubanos desde 1868, durante treinta años, y Cuba hizo ese enorme aporte militar a la guerra contra España que

ya desde el primer momento constituyó una decisiva ventaja inicial para los Estados Unidos.

No había cultivos útiles en los campos. La mayoría de los centrales azucareros que no habían sido destruídos, habían paralizado la molienda porque carecían de cañas. La tea incendiaria había convertido en gigantescas hogueras a los cañaverales y los incendios habían consumido casas y almacenes. Los potreros, vacíos, habían perdido todos sus ganados y ni siquiera en los corrales se encontraban vacas o caballos. Estos últimos, requisados por los combatientes, apenas si eran unos pocos millares. En ciudades y pueblos las fábricas y talleres, principalmente relacionados con la industria azucarera, tampoco trabajaban. La bancarrota del gobierno español y de sus bancos era completa.

La conciencia de guerra cubana era por mayoría abrumadora contraria a España y aspiraba a la independencia, lo cual hacía que las armas norteamericanas fuesen populares con todo el pueblo cubano, deseoso éste de demostrar con hecho la realidad de la alianza contra la dominación española. Los otros desembarcos norteamericanos, que nunca se dieron, eran esperados con los brazos abiertos por los cubanos a fin de completar su armamento y asumir la ofensiva con suficientes recursos. De todos modos, España estaba en Cuba a la defensiva desde hacía años. Ni siquiera en las costas podían sentirse seguros los españoles para navegar de puerto a puerto y una de sus cañoneras de río había sido volada con dinamita mientras navegaba por el Cauto.

Por supuesto que para mantener alejados de Santiago de Cuba a más de un centenar de miles de soldados españoles era preciso contar con tropas que no eran las de Shafter y tampoco las de Calixto García, concentradas en torno a Santiago. El Ejército Libertador Cubano se hizo cargo de esa encomienda y la desempeñó a conciencia y efizcamente. Según los datos oficiales del Consejo de Gobierno y del estado mayor cubanos al terminarse la Guerra de Independencia, en 1898, el Ejército Libertador constaba de un total de 53,774 hombres, anotados en los registros. Estos combatientes de Cuba libre habían padecido y se habían sacrificado por sus ideales, ya que de ellos habían muerto 10,665 en poco más de tres años, inclusive siete mayores generales, dos de división, dieci-

séis brigadieres, cuarenta coroneles, setenta y nueve tenientes coroneles y ciento cincuenta y un comandantes.

En el Ejército Libertador Cubano no había la posibilidad de separarse de las filas, una vez incorporado á ellas, para ir a atender un campo de cultivo o un comercio, o para pasar una temporada con la familia, prácticas éstas que desesperaban a Washington en cuanto a sus soldados, durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, ya que los que pasaron con él las terribles penalidades de Valley Forge eran una parte, solamente, de los contingentes que en un principio se habían lanzado a la lucha y que en gran número decidieron retirarse a sus hogares ante los primeros reveses o ante las exigencias de la disciplina militar.

La pequeña extensión territorial de Cuba, su condición insular y el número de soldados con que contaba España y su táctica no dejaban la menor oportunidad de sustraerse a la guerra a los cubanos, una vez sublevados. En el último esfuerzo libertador hubo algún que otro caso de desertión entre los cubanos, el más señalado de ellos el del coronel Masó Parra, quien se sometió a España; pero no hay un sólo caso de la importancia del de aquel funesto personaje que fué Benedict Arnold, en las Trece Colonias.

El aporte de guerra del pueblo cubano fué proporcionalmente más grande y más valioso que el de otros países, en parecidas circunstancias. Aparte de lo que representó la participación directa de Calixto García y sus tropas en la campaña de Santiago, ésta misma y el resultado final de la guerra en el resto de la Isla, el noventa y ocho por ciento del territorio de Cuba, por lo menos, donde no desembarcaron tropas norteamericanas sino hasta después de firmada la paz con España, fueron decisivamente influenciados por la actuación del Ejército Libertador Cubano como aliado del de los Estados Unidos.

## LA GUERRA EN LAS COSTAS DE CUBA

Los Estados Unidos entraron en guerra, según todas las apariencias, sin tener un plan coordinado de lucha para todos los frentes y todas las armas. Si en cuanto a Filipinas y las otras islas del Pacífico habían sido trazados objetivos concretos que contemplaban la destrucción de las defensas españolas y la ocupación de esas tierras, más o menos en colaboración con los nativos, en cuanto a Cuba y a Puerto Rico, tan inmediatas a los Estados Unidos y que constituían, principalmente la primera, el motivo determinante de la guerra, no había plan alguno salvo lo enunciado en la *joint resolution*. La Secretaría de Marina y la escuadra tenían sus puntos de vista respecto a las hostilidades y la Secretaría de la Guerra y el ejército tenían los suyos, sin que operasen de acuerdo.

Los españoles atribuían al alto mando norteamericano el propósito de ir a atacar las costas de la Península y su comercio marítimo en Europa. Del mismo modo también creían que el Cónsul Lee y los vicecónsules norteamericanos en Cuba y Puerto Rico tenían inventarios completos de los recursos españoles de guerra en las Antillas merced a una red de espionaje que las autoridades coloniales sospechaban que funcionaba bajo la dirección de Lee. Estas creencias eran ambas infundadas y la mejor prueba de esta afirmación se encuentra en el hecho de que las escuadras y los ejércitos norteamericanos operaron en el Caribe, salvo la de Dewey, y no hubo otro desembarco formal en parte alguna de Cuba que el de Santiago, como si se temiese que España contase con fuerzas incontrastables.

El bloqueo de los puertos de Cuba, principalmente el de La Habana y los más cercanos a éste, fué el primer acto de hostilidad realizado por la escuadra norteamericana. Por la enorme extensión de costas de la Isla y el número de buques de guerra encargados de hacer cumplir el bloqueo, éste no resultó del todo efectivo, ya que siete vapores lo burlaron, aparte de algunos veleros. Los va-

pores fueron el *Villaverde*, el *Reina María Cristina*, el *Santo Domingo* y el *Montserrat*, llegados a Batabanó, a Cienfuegos, a La Coloma y a Matanzas, respectivamente, que eran de bandera española, el *Chateau Lafitte*, francés, que arribó a Nuevitás, el *Regulus*, inglés, entrado en Isabela de Sagua, y el *Franklin*, noruego, que hizo dos viajes de México a Caibarién, cargado con mercancías que enviaba la Junta Patriótica de México a los españoles. De esos buques el *Santo Domingo* fué interceptado cerca de Bahía Honda por el cañonero auxiliar norteamericano *Eagle*, huyendo del cual fué a refugiarse en La Coloma, donde se varó y fué incendiado a cañonazos por el *Eagle*.

El 21 de abril de 1898 el gobierno de Wáshington había dado orden al almirante Sampson, cuya escuadra se encontraba estacionada en Key West, para que bloquease los puertos cubanos que pudiera ser útiles para un desembarco o para las comunicaciones en tiempos de guerra. Naturalmente que La Habana figuraba a la cabeza de la lista, por su población, por su estratégica posición y por los recursos de todas clases con que contaba. La primera operación llevada a cabo por la flota de los Estados Unidos fué la dirigida contra La Habana y la escuadra norteamericana, que se encontraba al ancla en Key West, se hizo a la mar a las cuatro y media de la madrugada del día 24 rumbo a la capital de Cuba. Poco después de las tres de la tarde los oficiales y los periodistas sobre el puente de mando del buque almirante, que era el *New York*, divisaron a lo lejos la línea de la costa cubana y luego precisaron el secular y característico punto de mira de La Habana, desde el mar, en la masa de rocas artilladas del castillo de El Morro. El semaforista de El Morro tardó algún rato en identificar las borrosas sombras que se movían sobre la línea del horizonte como buques de la flota norteamericana; pero a las cinco de la tarde ya dió la señal que anunciaba: "Escuadra enemiga a la vista" que, si frecuente para los habaneros en los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho, hacía años que no se izaba.

Tan vaga era la actitud española acerca de la guerra en esos momentos, que ya con los buques de Sampson a la vista, el vapor *Saratoga*, de la marina mercante norteamericana, salió con bandera desplegada y a toda máquina del puerto de La Habana y se incorporó a la escuadra bloqueadora sin que los españoles hicieran nada para detenerlo.

La escuadra de Sampson se mantuvo a unos veinte kilómetros de las costa, fuera del alcance de las baterías de tierra, la mayor parte del tiempo, en cumplimiento de órdenes recibidas del Secretario de Marina que precisaban que el bloqueo debía ser efectivo desde Cárdenas hasta Bahía Honda, en la costa Norte, y extenderse al puerto de Cienfuegos, en la costa Sur, de ser posible. Los propósitos de Sampson y de su estado mayor para un ataque directo contra La Habana, fueron desechados por el Departamento de Marina que entonces solamente contemplaba la posibilidad de apoderarse de Matanzas y convertirla en cabeza de playa para un posible desembarco.

Las órdenes del bloqueo reconocían bien explícitamente que los efectos de esa medida estratégica serían la rendición por hambre de los españoles, que no contaban con víveres para más de treinta días, y el alto mando norteamericano no ignoraba que si ésa era la crítica situación del ejército colonial en cuanto a abastecimientos, la del pueblo cubano, víctima de la reconcentración, era todavía peor. Como señala Walter Millis, diez días antes de ordenarse el bloqueo el Presidente McKinley había dispuesto que continuase la distribución de alimentos, medicinas y ropas como socorro a la población cubana; pero nadie cuidó de advertir la contradicción fundamental entre esas disposiciones. La moral de guerra del pueblo, que tanto y por tanto tiempo había padecido, no se alteró por los sufrimientos adicionales que el bloqueo representaba y mucho menos hubo un cambio de actitud en favor de los defensores de la dominación española. Si los patriotas, que hacía años que luchaban por la independencia, rechazaron las ofertas del gobierno colonial para una alianza contra los Estados Unidos, la población cubana indefensa, concentrada en ciudades y pueblos por orden de Weyler, contempló la realidad del momento con un cierto fatalismo: había llegado el desenlace de la crisis y no era posible la reconciliación de cubanos y españoles, separados por la sangre derramada para lograr la independencia. Si había que sufrir más para dejar de sufrir ¡enhorabuena! y si el sufrimiento venía de manos de quienes combatían por fin al despotismo colonial, resultaba tolerable y no engendraba resentimientos ni animosidad: "C'est la guerre", parecían decir los reconcentrados.

Las observaciones del Observatorio Telemétrico de la Pirotecnica Militar (loma de la Universidad), hechas el 22 de abril a las 6

de la tarde, identificaban a los cruceros *Mantgomery*, *Marblehead* y *New York*, los acorazados *Iowa* e *Indiana*, dos cañoneros, ocho cruceros y dos buques mercantes norteamericanos, frente a La Habana, a una distancia entre veinte mil y veinte y tres mil quinientos metros. En las últimas horas de la tarde del 25 de abril los cañoneros españoles *Marqués de Molins* y *Nueva España*, rápidos, pequeños y con artillería de poco alcance; pero equipados para lanzar torpedos, salieron de La Habana y navegaron junto a la costa hasta llegar a Marianao, de donde regresaron sin trabar combate. El bloqueo de La Habana continuó así, sin mayores incidentes, durante los demás días del mes de abril, y aunque la tensión entre los españoles llegó a hacerse intolerable, la oportunidad de una batalla naval frente a La Habana se alejó más y más.

Quizás si persiguiendo todavía el propósito de lograr una cabeza de playa en Matanzas, el almirante Sampson entró en esa amplia bahía el 29 de abril, con el crucero acorazado *Nueva York* y los cruceros *Cincinnati* y *Puritan*. Durante largo rato los buques de guerra norteamericanos bombardearon las baterías rasantes que se instalaban en El Morrillo, donde años después moriría combatiendo Antonio Guiterras contra las tropas del dictador Batista, en Punta Gorda y en Punta Sabanilla. La artillería española contestó el fuego y el combate pasó a ser conocido por los matanceros como el de "La Mula", porque fué uno de estos cuadrúpedos la única víctima de los cañonazos cruzados y de las granadas disparadas contra la ciudad, que se divisaba a gran distancia.

El cañonero *Eagle*, que fué uno de los buques de guerra norteamericanas de más actividad durante el bloqueo, se acercó a la entrada de la bahía de Cienfuegos el 29 de abril y le salieron al encuentro el cañonero *Diego Velázquez* y otros guardacostas españoles, algunos de ellos de construcción norteamericana, y tras un intercambio de cañonazos el *Eagle* se retiró sin averías para nadie. El historiador no puede menos que recordar que fué más combate naval el del remolcador *Three Friends*, barco expedicionario cubano, el 26 de diciembre de 1896, precisamente cerca de Cienfuegos y con los mismos tres cañoneros españoles que ahuyentaron al *Eagle*. El *Three Friends*, mandado por el famoso marino "Dynamite" Johnny O'Brien y por el teniente coronel Federico Pérez Carbó, llevaba un cargamento de armas y municiones para los cubanos, en que figuraba un cañón de montaña que disparaba balas de doce libras. El

espionaje español sabía de su llegada y cuando el remolcador se acercó a la desembocadura del San Juan para el alijo, los cañoneros españoles salieron a su encuentro a toda máquina y disparando sus cañones. La pieza de artillería de montaña fué amarrada a cubierta mientras los cubanos disparaban con sus fusiles contra los barcos españoles, a distancia de media milla; pero el primer cañonazo del *Three Friends* alcanzó a uno de los cañoneros en el entrepuente, que quedó destrozado, y mató trece hombres e hirió a otro doce, con lo que se terminó victoriosamente para los cubanos el combate naval (151).

El 6 de mayo hubo otro intercambio de cañonazos a la entrada de Matanzas, entre un torpedero norteamericano y las baterías de Punta Maya y Punta Sabanilla, en Matanzas, sin mayores consecuencias, y dos días más tarde comenzaron los combates navales dentro de la amplísima bahía de Cárdenas, que terminarían el 11 de mayo con los bombardeos de la ciudad. En Cárdenas había un pequeño crucero, el *Antonio López*, y dos cañoneros, *Ligera y Alerta*, españoles, que protegían a la población como la segunda terminal ferroviaria de la Isla, que era.

Los cañoneros norteamericanos *Machias* y *Winslow* habían estado junto a Cayo Piedras desde el 1º de mayo y más tarde penetraron en la bahía, apostándose entre los cayos Bupas y Mangle. Hasta allí fué la escuadrilla española, mandada por el capitán Domingo Montes, y el 8 de mayo trabaron combate los buques rivales sin que logran hacer un solo blanco españoles y norteamericanos. Estos últimos salieron mar afuera y los barcos del capitán Montes fueron a fondear en el Muelle de Zulueta. El 11 de mayo, sin embargo, regresaron el *Machias* y el *Winslow*, esta vez acompañados del crucero *Wilmington* y el cañonero *Hudson*, e hicieron en Cayo Diana, a ocho millas de la ciudad, el primer desembarco de tropas norteamericanas en Cuba que tenía lugar durante la guerra, ocupando la estación de torpederos allí instalada. Mientras la tropa de línea y los voluntarios españoles corrían a guarnecer las trincheras, los buques del capitán Montes disparaban sus cañones contra los norteamericanos. Estos, carentes de práctico o piloto y sabedores de las dificultades de la navegación en la bahía de Cárdenas, no pudieron acercarse mucho y a varios kilómetros de distancia dispararon trescientos cañonazos contra Cárdenas, cuyos peores efectos sufrió la población civil cubana, y bombardearon a la escuadrilla

española. Una de las granadas del *Antonio López* explotó a bordo del *Winslow*, matando al alférez Worth Bagley y a cinco marineros e hiriendo a otros, además de destruir el mecanismo de dirección del buque, que fué remolcado por el *Hudson*. Los cañones del *Wilmington*, a su vez, averiaron al *Antonio López* e hirieron a su capitán y varios tripulantes (152). Eran las primeras bajas que tenían norteamericanos y españoles en la guerra de Cuba.

La que Walter Millis llama "la expedición del *Gussie*" (153) salió de Key West el 10 de mayo a bordo de un vapor de río, con ruedas a los costados, que era el *Gussie*, y con dos remolcadores, el *Triton* y el *Dewey*, llenos de periodistas, y llevaba un cargamento de armas para los cubanos de Pinar del Río, bajo la custodia de dos compañías del primer regimiento de infantería de línea. Se quiso hacer un desembarco en la playa de Herradura, Mariel; pero los tres botes con armas y pertrechos que iban hacia la playa fueron recibidos con fuego de fusilería por el batallón de Gerona, allí apostado, y los expedicionarios reembarcaron y siguieron hacia Cabañas donde, dos días después, de nuevo se intentó descargar, sin gran éxito, y el 16 de mayo el *Gussie* estaba de regreso en Tampa y no había cumplido su misión.

La tentativa para cortar los cables submarinos en Cienfuegos, llevada a cabo por marinos de los cañoneros *Nashville* y *Marblehead*, casi obtuvo sus objetivos el 11 de mayo, ya que dos de los cables fueron cortados; pero el tercero quedó intacto cuando el fuego de los españoles, que causó doce bajas entre muertos y heridos, obligó a los norteamericanos a reembarcar a los marinos comisionados para esa operación de guerra. Tres días más tarde el *Diego Velázquez* cambió disparos con el *Marblehead*, frente a Cienfuegos, y el bloqueo del gran puerto de la costa Sur se mantuvo con todo vigor y determinó otros combates como el del *Yankee* y el *Velázquez*, el 13 de junio.

Desde Caibarién, tras la protección de la cayería, los españoles pudieron despachar y recibir varios embarques marítimos que, sin duda, fueron reportados a la escuadra norteamericana, ya que un buque de esa bandera se estacionó frente a dicho puerto y el día 15 de mayo se acercó tanto a la costa que fué cañoneado por los españoles. Otro de los pequeños buques encargados del bloqueo de la costa Norte cuando el grueso de la escuadra de los Estados Unidos

se concentró en aguas de Santiago de Cuba, el 20 de mayo bombardeó a Varadero y Camacho, en la jurisdicción de Cárdenas.

La guerra, sin embargo, se decidiría en Oriente y los Estados Unidos aspiraron a destruir la escuadra de Cervera, refugiada en Santiago de Cuba, y desde el 21 de mayo se había dado la orden a la flota de Schley para que a toda máquina se dirigiese a Cienfuegos y a Santiago como se hizo. La importantísima noticia de que el escuadrón de Cervera estaba en Santiago que ponía fin a la ansiedad del alto mando y de la opinión pública de los Estados Unidos, en espera de los barcos de Cervera cuyo paradero y objetivos se desconocían, fué dada por el servicio de inteligencia militar de los cubanos, quienes así probaron de nuevo la realidad de su alianza.

El comodoro Schley no había tomado en consideración ni los avisos dados por los cubanos en Cienfuegos ni las órdenes de sus jefes y había pasado cinco días navegando por la costa Sur de Cuba y hasta frente a la bahía de Santiago sin descubrir que la escuadra estaba allí. El almirante Sampson y la Secretaría de Marina, indignados por las vacilaciones de Schley, llegaron a temer la posibilidad de que la escuadra española saliese de Santiago, diera la vuelta a la extremidad oriental de Cuba y fuese a atacar a los Estados Unidos. Sampson reunió todos los buques disponibles en Cayo Hueso y frente a La Habana y navegó a toda máquina hacia el Este por el Canal Viejo de Bahama con una abigarrada colección de buques diversos que tuvo el remoquete de "Bargain Counter Squadron" o "Escuadrón del Mostrador de las Gangas" (154). Su propósito era cerrar el paso a Cervera entre Camagüey y las Lucayas; pero, por fin, el 29 de mayo los vigías de Schley, quien había regresado a Santiago, reconocieron al crucero *Colón* a la entrada del canal de acceso, dentro de la bahía.

Guantánamo había sido cañoneado por dos buques norteamericanos en esos días. El cañonero español *Sandoval* y las viejas baterías de Caimanera y Cayo Toro sostuvieron el fuego durante algún rato; pero el 15 de junio el acorazado *Texas* y los cañoneros *Swanee* y *Marblehead* entraron en la amplia bahía de Guantánamo y efectuaron sin mayores dificultades un desembarco con el que, en efecto, comenzó el establecimiento de la base naval norteamericana allí existente.

El bloqueo del resto de la Isla se mantuvo por medio de barcos

pequeños o de cruceros improvisados, sin mayores incidentes, salvo la sorpresa del trasatlántico *Alfonso XII*, el 5 de junio, cuando trataba de burlar el bloqueo para entrar en La Habana y fué interceptado. Perseguido por los buques norteamericanos el *Alfonso XII* quiso refugiarse en El Mariel, pero encalló en una falsa maniobra y fué incendiado a cañonazos.

El 30 de junio tuvo lugar otro combate naval frente a Manzanillo, del que participaron tres cañoneros norteamericanos uno de los cuales, el *Hornet*, tuvo serias averías. Los españoles tenían la artillería de varios pequeños barcos de guerra, surtos en puerto, y de cañones de campaña colocados en posición junto a la plaza. El combate se repitió el 1.º de julio y cambiaron disparos las cañoneras *Delgado Pareja*, *Estrella*, *Guantánamo* y *Cuba Española* y el pontón *Guardián*, con los cañoneros *Osceola*, *Scorpion*, *Hornet* y otros. El fuego duró tres horas y el bombardeo norteamericano alcanzó a la plaza al tratar de destruir las baterías de tierra.

La batería de cañones Krupp y Plasencia que los españoles tenían en Tunas de Zaza rechazó el 2 de julio lo que pareció un desembarco de dos transportes norteamericanos protegidos por dos barcos de guerra y al día siguiente hubo un nuevo intercambio de disparos.

La supremacía naval de los norteamericanos resultó indiscutible una vez que se supo el paradero de la embotellada escuadra de Cervera. El bloqueo se hizo completo y se extendió a la Isla de Pinos, también. El 15 de julio el cañonero *Annapolis* se acercó a tierra en Baracoa para bombardear las baterías instaladas por los españoles y tres días más tarde un ataque combinado del *Wilmingon*, el *Scorpion*, el *Helena*, el *Hornet*, el *Osceola* y otros, contra la escuadrilla de cañoneras de Manzanillo, culminó en el hundimiento de todas las embarcaciones españolas de ese puerto, que así quedó expuesto a un desembarco en los mismos días en que el *Annapolis*, el *Wasp*, el *Topeka* y otros buques de guerra se apoderaban de buena parte del litoral de la bahía de Nipe tras de silenciar los cañones del *Jorge Juan*.

Hubo otro combate entre la escuadra norteamericana y las baterías de Punta Maya, Matanzas, sin grandes consecuencias, el 30 de julio, y el 12 de agosto, en la víspera de la rendición española en Cuba, se presentó un escuadrón norteamericano que bom-

bardeó a Manzanillo y quiso hacer un desembarco definitivo, apoyado por una concentración naval bastante importante. De nuevo fué bombardeada Manzanillo; pero el desembarco no tuvo lugar. Al día siguiente, el 13 de agosto, se anunció la firma del protocolo de la paz y la terminación de las hostilidades.

Como se ve, la lucha en las costas de Cuba fué bastante activa y con ella padeció, muy principalmente, la población cubana. La capital de la Isla, donde España había concentrado su más poderosa artillería de costa y las otras defensas como torpedos, etc., protegidas por buenas fortificaciones, no fué bombardeada por la escuadra norteamericana, sino simplemente bloqueada, aunque lo fué de manera efectiva. Es cierto que los cubanos, en sus guerras de independencia, nunca se lanzaron al asalto de La Habana para con una decisiva victoria sobre el cuartel general español, señalar la liquidación del coloniaje; pero si no lo hicieron los mambises, mal armados y peor municionados y a quienes no se daba oportunidad de comprar buques de guerra, cañones y fusiles modernos, tampoco lo hizo la poderosa escuadra de los Estados Unidos, que se limitó a correr bordadas durante cuatro meses fuera del alcance de la artillería española y no intentó desembarcar tropas norteamericanas cerca de La Habana. Por lo demás, mal podía pedirle a treinta mil combatientes cubanos, perennemente mal armados, que tomasen a una capital de doscientos mil habitantes, varias veces mayor entonces que lo que habían sido Nueva York, Buenos Aires, Caracas o Lima al tiempo de las guerras de independencia de los otros países.

Los bombardeos, en cambio, tuvieron lugar en Matanzas, Cárdenas, Manzanillo, etc., es decir, en puertos mal defendidos y en los que la mayoría de las víctimas correspondió a la población civil cubana, la que no porque sus aliados la cubrían con la metralla destinada a los españoles, hizo en un solo momento causa común con estos últimos, sino siguió considerando a los norteamericanos como amigos y libertadores.

Desde el 22 de abril hasta el 23 de mayo el grueso de la escuadra de Sampson se mantuvo frente a La Habana y los españoles pudieron identificar el día 22 de mayo, antes que la escuadra fuese hacia Santiago de Cuba, que la componían entre quince cañoneros y otros barcos pequeños, el acorazado *Indiana*, el crucero *New York* y

otros buques medianos, a una distancia entre doce y veinte y siete kilómetros de La Habana o fuera del alcance de la artillería de costa. El 6 de mayo dos cañoneros norteamericanos se acercaron a unos cuatro kilómetros de la costa y huyeron sin ser alcanzados por los doce cañonazos disparados por las baterías uno y dos. Al día siguiente la artillería de la plaza disparó contra dos buques norteamericanos que daban caza a una goleta y el 9 de mayo el remolcador *Triton*, que se acercaba al litoral, fué cañoneado a cinco mil metros de distancia. En días subsiguientes la artillería de costa bombardeó a los cruceros *Montgomery*, *Vicksbourg* y *San Francisco*, con otros buques pequeños; pero sin anotarse un solo blanco directo y sin que los norteamericanos disparasen sus piezas contra La Habana.

En cuanto a los cañoneros y cruceros españoles del Apostadero de La Habana, llevaron a cabo algunas salidas; pero sin alejarse del radio de acción de las baterías costeras, que les protegían y sin lograr que los norteamericanos mordiesen el anzuelo para acercarse a tiro de cañón y sin sufrir daños de parte de la escuadra de Sampson.

En La Habana, con ciento ochenta mil vecinos y muchos millares de refugiados civiles y la numerosa guarnición, el bloqueo se hizo sentir con terribles efectos sobre la población; pero ni así pudieron los cubanos simpatizar con los defensores de la dominación española en Cuba y estuvieron de parte de los norteamericanos durante el conflicto.

## LA EXPEDICION A SANTIAGO

El 30 de mayo, con la seguridad de que los buques de Cervera estaban en Santiago de Cuba, la Secretaría de la Guerra ordenaba por telégrafo al general Shafter que pusiese en movimiento el convoy que llevaría la expedición de Tampa. El telegrafista terminaba con la pregunta: "When will you sail?" (¿Cuándo partirá usted)? que reclamaba actividad; y Shafter trató de cumplir con lo que se esperaba de él, pero sin alcanzar buen éxito debido a situaciones difíciles y muy superiores a su capacidad de mando y a sus dotes de organizador. Mientras se completaba el equipo de cada regimiento esparcido por los desviaderos y empalmes ferroviarios de la Florida y de Georgia, los capitanes de los barcos mercantes convertidos en transportes mostraban una alarmante propensión a no obedecer a nadie y se desarrollaba una peligrosa rivalidad entre jefes, oficiales y soldados de las distintas unidades. El 1.º de junio el propio general Miles, jefe de estado mayor, llegó a Tampa con el propósito de ayudar a su subordinado; pero no logró hacer mucho. Todavía Shafter no podía anunciar la fecha de su salida, pero por fin se aventuró a prometer que lo haría por la mañana del sábado 4 y ese día telegrafió a Wáshington que no podría hacerlo hasta el lunes por la noche. El general Miles, por su parte, en un despacho de esa misma fecha a la secretaría de la Guerra, le explicaba que

... varios de los regimientos de voluntarios llegaron aquí sin uniforme; algunos vinieron sin armas y otros sin frazadas, tiendas de campaña o equipo de campamento. El regimiento No. 32, de Michigan, que es de los mejores, llegó sin su armamento. El general Guy V. Henry informa que cinco de los regimientos a su mando no están listos para entrar en campaña. Hay unos trescientos carros de ferrocarril cargados con materiales de guerra a lo largo de la vías férreas alrededor de Tampa... Para mejor ilustrar la confusión causada por el actual estado de cosas, debo citar que quince vagones llenos de uniformes fueron enviados a un desviadero a cuarenta kilómetros de Tampa y se quedaron allí durante

varias semanas mientras que las tropas padecían por falta de ropa adecuada. Cinco mil rifles que necesitaban varios regimientos fueron descubiertos ayer. Asimismo los diferentes porciones del tren de sitio y sus municiones, que se han de usar en seguida que se haga el desembarco, están diseminados dentro de centenares de vagones en los desviaderos del ferrocarril. No obstante estas dificultades, esta expedición estará pronto lista para salir . . .

Las explicaciones dadas por el general Miles no tranquilizaron a la secretaría de la Guerra, que envió varios despachos telegráficos insistiendo sobre la conveniencia de que la expedición no se demorase más, ya que el almirante Sampson reclamaba su llegada desde Santiago. El propio Presidente McKinley tuvo que dar órdenes bien perentorias para la partida, y al cabo de varios días, en la mañana del miércoles 8 de junio, comenzó el embarque en medio del mayor desorden. Los regimientos se despojaban unos a otros de los carros del ferrocarril para llegar los primeros al único muelle utilizable y Walter Millis describe esta confusión con datos bien precisos. En más de un caso el despojo se hizo mediante el empleo de las armas y un regimiento se impuso a otro y viceversa, por la violencia. Los famosos "rough-riders" de Wood y Roosevelt, al descubrir que el *Yucatán* les había sido asignado a ellos y al regimiento número 2 de infantería veterana y al No. 71 de voluntarios de Nueva York, se apoderaron del vapor mediante un golpe de mano y al fin consintieron en aceptar sólo cuatro compañías de los regulares. Los voluntarios del No. 71 enviaron a un teniente coronel y doce soldados en una lancha para que se apoderasen de otro transporte, y lo consiguieron. Finalmente, cuando la expedición había embarcado, hubo contraorden en cuanto a la partida por el rumor no confirmado de que un crucero y un torpedero españoles se habían apostado en la ruta de la expedición. Esta no salió sino el 14 de junio.

El quinto cuerpo de ejército, al mando del general Shafter, contaba con 815 jefes y oficiales y 16,072 clases y soldados. Varios generales cubanos, agregados militares extranjeros, en representación de Rusia, Francia, Japón, Suecia, Inglaterra, Alemania y Austria-Hungría, y 89 corresponsales de guerra, completaban la expedición, formada por treinta y dos transportes que pocas semanas antes habían sido barcos mercantes y que seguían dependiendo de sus armadores y capitanes mientras participaban de aquella

operación de guerra. A bordo del *Seguranca*, buque de pasajeros, Shafter viajaba con su estado mayor, otros jefes, los agregados extranjeros y los periodistas, sin haber podido encontrar un uniforme de tipo tropical para las trescientas y pico libras que pesaba, todavía enfundadas en tela de lana en pleno mes de junio, navegando ante las costas de Cuba.

Cuando iban a entrar en el Estrecho de la Florida los transportes tuvieron la custodia de una escuadrilla naval de 10 cruceros y torpederos que les esperaban en Cayo Hueso, y sin más incidentes desfilaron por el Canal de San Nicolás y el Canal Viejo de Bahama, rumbo a Santiago. Navegaban en fila interminable, a la vista de la costa, con escasa protección y con tan pocas precauciones que durante la noche los buques tenían todas sus luces encendidas. El desorden inicial se mantenía y hubo un remolcador que a la primera noche desertó llevándose buen número de las almadías necesarias para el desembarco. Los capitanes mercantes discutían las órdenes de los jefes militares y navales y la velocidad mayor del convoy no pasó de siete nudos por hora y el promedio alcanzó a sólo cuatro millas.

No fué hasta el domingo 19 por la mañana, después de cinco días de navegación, mal alimentados, sudorosos y mareados en su mayoría, que los expedicionarios bordearon la Punta de Maisí y navegaron a lo largo de la costa Sur, rumbo a Santiago.

El lunes 20 de junio, en las primeras horas de la mañana, la expedición de Shafter llegaba a la entrada de la bahía de Santiago, donde montaba guardia el grueso de la escuadra norteamericana, y el almirante Sampson se dispuso a reunirse con el general Shafter y con el general Calixto García para acordar el plan de operaciones. Su ejército no había tenido que disparar ni un tiro durante el viaje y los agregados militares extranjeros no ocultaban su sorpresa ante el hecho de que la expedición no había sido atacada ni molestada en lo más mínimo.

Lo importante, sin embargo, era que había llegado con sus efectivos intactos. Quedaba por solucionar el problema del desembarco de diecisiete mil hombres, dos mil doscientos noventa y cinco mulos y caballos, ciento noventa y cinco furgones, siete ambulancias y las municiones de boca y guerra, entre las que figuraban cuatro baterías ligeras de cuatro cañones cada una, un cañón auto-

mático "Hotchkiss", un cañón neumático de dinamita, cuatro ametralladoras, cuatro cañones de sitio de cinco pulgadas, cuatro cañones de siete pulgadas y ocho morteros de ocho pulgadas, un armamento como nunca habían visto cubanos y españoles en las guerras de cuba.



## LA CAMPAÑA DE SANTIAGO

El resultado directo e inmediato de la misión del teniente Rowan cerca del general Calixto García, y de la encomienda que este último había dado al general Collazo para que, al acompañar a Rowan en su viaje de regreso, se entrevistase con el general en jefe norteamericano, Nelson A. Miles, y le pidiese el envío de material de guerra que resultaba indispensable para llevar a cabo la campaña de Santiago, fué el envío de la expedición del *Florida* que, protegido por el cañonero *Osceola*, el 26 de mayo desembarcó en Banes 7,600 rifles "Springfield", medio millón de balas, 150,000 raciones, otros equipos militares y mulos y caballos, todo al cuidado de cuatrocientos expedicionarios. El 6 de junio llegó a Banes, a bordo del *Gloucester*, el coronel Carlos Hernández, portador de pliegos enviados por el general Miles con fecha 2 de junio para el general García y en los cuales ya se trazaban los lineamientos de la campaña definitiva contra los españoles de Oriente y ese mismo día, desde Bijarú, Holguín, el general García le escribía al general Miles y, a vuelta de confirmarle la buena disposición en que se encontraba para cooperar en las operaciones militares combinadas propuestas, le confirmaba con sus nombres la presencia de seis buques de guerra españoles en la bahía de Santiago, le precisaba el combustible de que podían disponer, le describía las defensas de la ciudad y le daba el dato exacto de que entre Santiago de Cuba y Guantánamo había doce mil soldados españoles de línea y tres mil movilizados (155). Esta información llegó a manos de Miles y Shafter antes de su salida de Tampa y con ella la noticia de que el general García concentraba entre Banes, Holguín y Bayamo todas las fuerzas disponibles de Oriente para armarlas y municionarlas con el material de guerra que los Estados Unidos acababan de enviarle. García además, anunciaba que marchaba con sus tropas hacia Santiago de Cuba a fin de establecer contacto con la escuadra de Sampson y esperar la llegada de la expedición de Shafter.

Las disposiciones que debía adoptar el general García para cumplir el compromiso contraído con el alto mando norteamericano eran como para poner a prueba su capacidad de estrategia y de caudillo. En Holguín los españoles del general Luque contaban con diez mil soldados veteranos y habían ordenado que se les incorporasen las guarniciones de Auras, Sagua de Tánamo, Mayarí y otras poblaciones, pero estas tropas fueron continuamente batidas en su marcha a Holguín y sufrieron numerosas bajas y perdieron dos cañones, por lo que, cuando se incorporaron al grueso de las fuerzas de Luque no estaban en situación de seguir combatiendo. La cuarta división cubana, al mando del general Luis de Feria, cortaba el paso a Luque si decidía ir en socorro de Santiago, mientras que una división camagüeyana, mandada por el general Lope Recio, se situaba en Victoria de las Tunas para impedirles el paso a los españoles hacia Camagüey. La Sierra Maestra y las otras montañas completaban el aislamiento de los españoles de Holguín, cercados por las disposiciones dictadas por Calixto García. El general Pareja contaba con seis mil hombres en Guantánamo, al Este de Santiago; pero cada vez que pretendió acercarse a la capital oriental se encontró con que la primera división cubana, mandada por el general Pedro A. Pérez, le cerraba el camino. En cuanto a las fuerzas españolas concentradas en Manzanillo sumaban unos seis mil hombres, mandados por el brigadier Luis Escario, y tenían el respaldo de baterías de tierra y de varios pequeños barcos de guerra surtos en puerto. La división cubana mandada por el general Salvador Hernández Ríos, con escasos efectivos, montaba guardia ante Manzanillo y tenía la misión de cortarles el paso, si podía, o de hostilizarles, por lo menos.

Tomadas todas estas disposiciones y dadas las órdenes para que los jefes de brigadas fuesen reuniendo sus tropas en los lugares indicados, a fin de incorporarse a la columna que marchaba hacia Santiago de Cuba, el general Calixto García abandonó el campamento de Mejía, frente a Holguín, y comenzó la histórica marcha que del 14 al 19 de junio, en sólo cinco días, le haría recorrer ciento cincuenta kilómetros para llegar a tiempo al sitio de la plaza de Santiago. No había caminos transitables ni vías férreas que utilizar sino las veredas del bosque por las que con dificultad pasaban jinete y cabalgadura; pero aún así, aquel corpulento general de más de sesenta años de edad, al frente de sus tropas, hizo un promedio

de treinta kilómetros diarios, vadeando ríos y escalando las montañas más altas de Cuba para llegar en las primeras horas de la mañana del 19 de junio a El Aserradero y completar aquella marcha que era de por sí la demostración de la capacidad del alto mando cubano y de la fibra, la disciplina, el valor y la abnegación de los soldados mambises, carentes de equipos para el paso de la Sierra Maestra, en que había temperaturas más bien bajas; pero que la llevaron a cabo sin una protesta.

Días antes de la llegada de García a El Aserradero, el almirante Sampson había enviado a tierra a un oficial de su confianza, el teniente Víctor Blue, del *Swanee*, y el 11 de junio el teniente Blue fué recibido en el cuartel general del general Jesús Rabí y este jefe cubano le suministró importantes informes sobre las defensas de Santiago y destacó varios soldados para que le acompañasen en el reconocimiento que el oficial norteamericano quería hacer de las defensas de Santiago. Así, al lado de aquéllos a quienes Cleveland calificaba de "los más infames degolladores del mundo", un oficial norteamericano recorría las maniguas y el lomerío cercanos a Santiago anotando los puntos de referencia para el bombardeo naval, que estaba a punto de comenzar y volvía con toda seguridad y la debida protección a bordo de su buque. Como en el caso de Rowan, en la misión de Blue se ignoró y se sigue ignorando la decisiva participación de los cubanos, que las hicieron posibles en ambos casos.

Ya establecidos esos contactos entre la escuadra norteamericana y el ejército cubano fué que llegó a El Aserradero el grueso de la columna mandada por el propio general Calixto García. Tres días antes cubanos y norteamericanos habían peleado juntos contra los españoles en Guantánamo y en Pozo Cuzco, y el almirante Sampson había informado lealmente al Secretario de Marina sobre esos encuentros, en el que sus hombres y los del general García habían sufrido bajas y las habían causado a los españoles. Sampson cuidaba de decir:

... Los cubanos han sido de mucha ayuda en Guantánamo... (156)

La información acerca de la lucha en Guantánamo era cierta y también lo era que las tropas cubanas, antes de la llegada de la expedición de Shafter, presionaban a los españoles en El Aserradero, Daiquirí y otros parajes sin dejarles libertad de acción.

El 19 de junio, expresamente invitado al efecto, Calixto García fué a bordo del crucero *New York*, buque insignia de la flota norteamericana, a entrevistarse con el almirante Sampson. La visita del jefe cubano era aguardada con el mayor interés, ya que gran parte del éxito de la campaña de Santiago dependía de la capacidad militar, el valor y el espíritu de cooperación del jefe mambí a quien no se reconocía el carácter de aliado para no estorbar los planes de los Estados Unidos respecto a Cuba, aunque ya en esos momentos había cuatro mil soldados cubanos concentrados en El Aserradero y se sabía que su ayuda era necesarísima. Chadwick, testigo presencial de la entrevista con Sampson, escribió más tarde en su tantas veces citada obra, que

... García hizo una impresión favorabilísima. Era un hombre alto, de cara bondadosa, con una extraordinaria cicatriz vertical en la frente, causada por una bala de pistola al tratar de suicidarse cuando cayó prisionero de los españoles y se encontraba en prisión (sic). Le inspiró mucha confianza a Sampson quien, por lo común, tardaba en decidirse para fiarse de esa manera . . . (157).

Y el historiador cubano Enrique Piñeyro cita de la obra *A History of the Spanish-American War*, (Nueva York, 1900, p. 217) por R. H. Titherington, la opinión de ese escritor sobre que Calixto García se captó la buena voluntad de Sampson por ser hombre "... de las más francas y atrayentes maneras y de apariencia muy militar . . . (158)

Los puntos de vista de Sampson no fueron los mismos de Calixto García en esa primera entrevista, al discutirse sinceramente el plan de campaña. Por ello y por no haber llegado Shafter con su expedición, nada se acordó en definitiva y la resolución final se pospuso hasta la llegada de Shafter. Desde el día 13 de junio García había escrito a Sampson para que un desembarco de los norteamericanos fuese al oeste de Santiago de Cuba y había concentrado sus tropas en El Aserradero a fin de proteger esa operación. En su entrevista con Sampson el jefe cubano insistió en las ventajas de ese plan, pero el marino yanqui, tan pronto como se reunió con Shafter, trató de obtener la conformidad de éste para otro plan de operaciones según el cual la expedición de Shafter atacaría y rendiría el Castillo del Morro y la batería de La Socapa, fortificaciones situadas a ambos lados de la angosta entrada de la bahía, y una vez dominadas esas posiciones, la flota limpiaría de minas el canal y entraría a combatir con la escuadra de Cervera y a cooperar en

el asalto final a Santiago. Shafter no se mostró muy bien dispuesto a aceptar los proyectos de Sampson, que imponían a su ejército un objetivo definido del cual se hacía depender todo el éxito de la campaña, por lo que si fracasaban sus tropas en el ataque, sobre ellas caería la responsabilidad del fracaso, mientras que si triunfaban, lo que habían conseguido era preparar la victoria final y deslumbrante de la escuadra. No hacía más que unas horas que se habían reunido los jefes de mar y tierra norteamericanos, y los personalismos, los celos y el egoísmo eran puestos de manifiesto ante los cubanos, cuya mala opinión de la indisciplina y la desorganización de las fuerzas armadas de los Estados Unidos comenzó a tomar cuerpo. El plan de Sampson, que Millis reduce a la frase:

...El general Shafter tendría la culpa por las pérdidas y el almirante Sampson los honores por la victoria... (159).

el flamante militar del Far West, quien no sabía de guerras internacionales, lo desechó prontamente con el pretexto de que no debía acordarse nada definitivo sin consultar con los cubanos.

Resultado de esas divergencias de criterios fué la visita que Sampson y Shafter hicieron a Calixto García en su campamento de El Aserradero, el 20 de junio, por la tarde, con objeto de planear de acuerdo la campaña contra el poder español en Santiago. La recepción de los jefes norteamericanos en el campamento cubano fué tal y como habría sido si el consejo de guerra hubiese tenido lugar en medio de cualquier otro ejército regular, pues Chadwick cuida de anotar que los mambises formaron filas y presentaron armas correctamente al paso de la comitiva de Sampson y Shafter como si fuesen soldados de un gobierno reconocido y no las legiones heroicas a las que el egoísmo norteamericano durante años les había negado armas, municiones, vestuario y hasta provisiones de boca para no poner en peligro el secreto designio de apoderarse de Cuba.

Millis, en su cáustica obra sobre la guerra entre España y los Estados Unidos, es crítico implacable de los errores y la incapacidad de sus compatriotas, pero cuando tiene que dar crédito a los cubanos por su participación en la lucha, reserva sus más injustas censuras para ellos y con toda tranquilidad falta a la verdad para hacer afirmaciones tontas y mendaces del tipo de las que Cleveland, en su ignorante suficiencia y su apasionamiento, gustaba de hacer. Tal la declaración de Millis sobre que al comenzar el consejo de guerra en El Aserradero "... el general Shafter formuló y anunció

su plan... (160), como si el rudo miliciano de las luchas indias del Far West hubiese tenido plan o supiese qué debía hacer en Cuba o en país alguno en caso de una guerra internacional, o como si el mismo Millis hubiese dicho en qué consistía el supuesto plan de Shafter cuya existencia admite con tanta ligereza el autor de *The Martial Spirit*. La realidad, sin embargo, es muy otra, y tiene una explicación muy lógica. La guerra tenía lugar en Cuba, después de varias revoluciones de los cubanos una de las cuales había durado diez años de lucha continua, y eran los cubanos, y especialmente Calixto García, nacido en la provincia de Oriente y que había participado en todas esas revoluciones en dicha región, los que podían planear la campaña, los que sabían los recursos con que contaba España, los accidentes del terreno, los medios de comunicación disponibles, la situación y poder de las fortificaciones y los demás datos necesarios. ¿Cómo era posible que un soldado improvisado que ni siquiera había pasado por academias militares privadas, y mucho menos ido a West Point, de instrucción general muy mediana, que no había viajado ni conocía a Cuba y cuyos largos años de servicio habían transcurrido en puestos fronterizos o fuertes en las praderas de los territorios indios, fuese a saber cómo atacar una plaza fuerte, defendida por tropas regulares y con una escuadra surta en la bahía? Es muy de dudar si el general Shafter, en toda su carrera militar, supo de artillería algo más que el uso de cañones ligeros. Como después de terminadas las hostilidades hubo de declarar el general Arsenio Linares, defensor de Santiago de Cuba, con juicio exacto de la realidad:

... sin el auxilio de los cubanos nunca hubieran desembarcado los yanquis. La ayuda de los insurrectos fué poderosísima... Prueba de esto es que sólo desembarcaron los norteamericanos donde dominaba más la insurrección... (161)

La campaña fué rápida y decisiva por la competencia de Calixto García y sus oficiales, por su conocimiento del terreno alrededor de Santiago de Cuba, en que la Sierra Maestra formaba un anfiteatro montañoso cuyas fragosas estribaciones hacia el oeste casi llegaban a la bahía de Santiago y al sudeste formaban acantilados bañados por el mar, mientras que al nordeste, este y sudeste la cordillera dejaba playas abiertas y unas pocas lomas y llanuras al alejarse de la costa las montañas. No hay duda de que Santiago era más vulnerable, debido a la topografía de la región, a un ataque

por el este, que a un asalto por el oeste. El plan formulado por Calixto García fué el de desembarcar la mayor parte de las tropas de Shafter al este de Santiago de Cuba, protegida esa operación desde el mar por la escuadra norteamericana y desde tierra por los cubanos, mientras que otra división de los mismos se hacía cargo de completar el cerco en la comarca montañosa al oeste y noroeste, precisamente aquélla por donde podían venir refuerzos españoles a la plaza sitiada. Como se ve, García cumplía con los propósitos militares y políticos que había comunicado al generalísimo Máximo Gómez de hacer que los cubanos participasen activamente en la lucha y ganasen con su sangre y con su arrojo el respeto de quienes no querían considerarse aliados suyos.

El mismo día en que el alto mando norteamericano aceptó el plan de campaña de los cubanos, estos últimos procedieron a tomar las medidas necesarias para cumplimentar la parte que les había correspondido. La división del general Cebreco fué a apostarse en las montañas para cortar el paso a los refuerzos que pudiesen venir por el noroeste. Varios batallones fueron enviados al este de la ciudad para reforzar a los que allí se encontraban y juntos apoderarse de Daiquirí. La escuadra bombardearía la costa desde El Aserradero hasta Daiquirí, con la excepción de aquellos parajes en que flotase la bandera cubana, a la que Sampson daba así un cierto reconocimiento, y simularía un desembarco en Cabañas, cerca de las baterías de La Socapa, en cooperación con un falso ataque por tierra que llevarían a cabo las tropas cubanas del general Rabí.

Todo tuvo lugar el 21 de junio tal y como había sido previsto; y si el bombardeo de Cabañas, Aguadores, Daiquirí y Siboney convenció a los españoles de la imposibilidad de sostenerse, la aparición de los cubanos en número considerable les hizo abandonar sus posiciones en Daiquirí, en cuya playa, protegidos por los mambises que habían ocupado el caserío y sus inmediaciones, desembarcaron miles de soldados norteamericanos sin tener que combatir enemigo alguno porque quienes les recibían formaban un cordón protector entre los invasores y los españoles. Gran parte de las fuerzas cubanas (2,978 hombres en total), fueron después transportadas a bordo de los buques de Sampson desde El Aserradero hasta Los Altares (Siboney), en contra de la opinión del jefe de la escuadra, expresada a Shafter el mismo día 21, pues quería aquél que el grueso

de las tropas de Calixto García quedasen ocupando la línea al oeste de Santiago a fin de detener los refuerzos que se preparaban en Manzanillo. No fué hasta el 26 que terminó el desembarco de la expedición de Shafter, hombres, caballos, mulos y material de guerra, todo ello llevado a cabo en medio de un desorden, una falta de organización y de disciplina, una demostración tan palpable de la incapacidad del jefe supremo, que el espectáculo mantenía a los cubanos y a los agregados militares extranjeros venidos con Shafter completamente asombrados y llenos de alarma por los resultados de semejante anarquía en cuestiones militares. Las unidades desorganizadas estaban en una parte y sus oficiales en otra; lo mismo ocurría con los jinetes y sus cabalgaduras y con los cañones y sus municiones correspondientes, y si la rivalidad entre la marina y el ejército era extraordinaria, no lo era menos la que había entre el almirante Sampson y su subordinado, el comodoro Schley, y entre Shafter y los suyos, que no le respetaban y que en el caso concreto del general Wheeler, se trataba de un antiguo jefe de la caballería sudista durante la Guerra de Secesión, que no podía olvidarse de que Shafter era uno de los "damned Yankees" que habían hecho sufrir a los confederados el amargor de la derrota años atrás. Y el hecho de que Shafter hubiese sido un oscuro oficial durante la contienda no simplificaba la cuestión ni mucho menos.

Sólo así se explica que, no obstante las órdenes terminantes de Shafter a Wheeler para que mantuviese sus posiciones sobre el camino que va de Daiquirí a Siboney, el viejo general confederado, de acuerdo con un médico militar poco conocido por entonces, Leonard Wood, y con un improvisado oficial de guerrilleros y sobradamente conocido, Theodore Roosevelt —que eran ambos los organizadores y jefes de la tropa irregular conocida con el nombre de "rough riders"—, y respaldados y estimulados por los periodistas que deseaban tener noticias que transmitir, decidiese llevar a cabo un ataque independiente a las posiciones españolas más próximas a fin de conquistarse la dudosa gloria de haber sido los primeros en combatir con los españoles.

Las avanzadas norteamericanas en el camino Daiquirí-Siboney-Las Guásimas habían sido establecidas por la división a cargo del general Lawton, a la vanguardia de la cual habían marchado en todo momento las tropas cubanas al mando del general Castillo Duany y del coronel González Clavell. Durante todo el día 23

los cubanos mantuvieron vivo fuego de fusilería contra los españoles que se habían hecho fuertes en Las Guásimas, pero sin intentar avanzar, como tampoco la división Lawton, a la que cubrían, porque ello habría sido imprudente y en contravención a las órdenes de Shafter. El mismo día 23, sin embargo, al llegar la noche, Wheeler decidió que mediante una estratagema le sería posible organizar una columna de ataque que escapase a la vigilancia de Lawton y burlase la observancia de las órdenes de Shafter para caer sobre los españoles por sorpresa. Para ello contaba con los "rough-riders" de Wood y Roosevelt, un escuadrón del primer regimiento de caballería y otro del décimo, con un total de 74 oficiales y 1,067 soldados que teóricamente componían la brigada del general Young. Muy de madrugada, el día 24, estas fuerzas levantaron el campo con todo sigilo a fin de no provocar embarazosas explicaciones con el general Lawton, quien era realmente el jefe de la posición, y emprendieron su aventura de una "guerrita independiente" con los españoles a espaldas del grueso de la fuerza, una empresa ridícula y trágica al mismo tiempo. Los hombres de Wheeler pudieron eludir la vigilancia de Lawton para iniciar su avance; pero, como ya hemos dicho, los cubanos habían estado todo el día anterior cubriendo la posición y en continuo fuego con los españoles, y ocupaban los caminos que conducían a Las Guásimas, por lo que la división Young tuvo que atravesar sus líneas y fué descubierta por los cubanos, entonces al mando directo del coronel González Clavell, quien no sólo se negó a sumarse a la empresa, en cumplimiento de las órdenes y los deberes que tenía, sino que expuso su opinión contraria a la descabellada tentativa, aunque sin resultado alguno en cuanto a disuadir a los aventureros, resueltos éstos a seguir adelante, por lo que el jefe mambí se limitó a facilitarles guías para la marcha y los informes que tenía sobre la posición de los españoles, y después fué a dar cuenta de tan sorprendente ocurrencia a su jefe inmediato, general Castillo Duany. Allí se dió el caso, pues, de que un coronel de las tropas cubanas tan injustamente criticadas en los Estados Unidos y consideradas como bandas desorganizadas, dió una lección de táctica, disciplina, coordinación y respeto al deber, a más de mil hombres del ejército norteamericano, entre éstos dos generales, Wheeler y Young, un futuro presidente de los Estados Unidos (Roosevelt) y un futuro mayor general de sus fuerzas armadas (Leonard Wood). Cuando la imprudencia y la

estupidez de los aventureros estuvieron a punto de causar un desastre para toda la campaña, al fracasar el primer ataque contra Las Guásimas, horas después, todavía el general Young llevaría su injusticia y su despecho hasta el punto de criticar públicamente a los cubanos porque le habían dejado sólo en su descabellada y no autorizada aventura, críticas que eran mucho menos merecidas por referirse a hombres que habían estado cumpliendo su deber al negarse a seguirlos y que durante todo el día 23 habían sostenido por sí solos el fuego de las tropas españolas, sin que les ayudasen con un soldado norteamericano siquiera.

El combate de Las Guásimas, pomposamente llamado "batalla" por no pocos historiadores norteamericanos, no fué una victoria para el millar de hombres de Wheeler frente a los mil quinientos españoles que ocupaban aquella posición, porque éstos decidieron abandonarla de antemano y estaban haciéndolo después de un día entero en que el fuego de los cubanos, tras los cuales venía el grueso de la expedición de Shafter, les había causado diecisiete bajas. Las pérdidas sufridas por los españoles frente a las fuerzas de Wheeler fueron doce muertos y veinte y cuatro heridos, mientras que los norteamericanos tuvieron dieciocho muertos y cincuenta heridos. Cuando los españoles se retiraban ya Wheeler y sus oficiales, preocupados por las bajas, habían renunciado a la gloria del primer triunfo y a toda prisa habían pedido a Lawton que les enviase refuerzos, pues desconfiaban de poder ganar la acción con sus propias fuerzas. Los refuerzos enviados por Lawton llegaron cuando los soldados del general Rubín abandonaban Las Guásimas y se retiraban en dirección a Santiago. Entre los muertos por los primeros disparos de los españoles al comenzar el combate se contó el sargento Hamilton Fish, nieto de aquel político incoloro, egoísta y poco escrupuloso que se sostuvo como Secretario de Estado durante los ocho años del corrompido gobierno de Grant y a quien ahora se quiere exaltar a la categoría de estadista eminente, como si pudiese serlo quien durante la Guerra de los Diez Años había seguido tan torpes políticas respecto a la independencia de Cuba a fin de impedirla por todos los medios y pretextos, entre éstos el supuesto de que había que evitar la guerra con España, lo que si consiguió a fuerza de humillaciones para su país y de enormes pérdidas en vidas y haciendas para España y Cuba en años subsiguientes, al fin en 1898 tuvo lugar y con efectos muchísimos peores para la prosperidad,

la paz y la felicidad de los Estados Unidos, que como resultado de la guerra a fines del siglo adquirirían compromisos internacionales en el Pacífico que nunca habrían asumido en 1873. Finalmente, la llamada "batalla" de Las Guásimas entre españoles y norteamericanos fué una escaramuza sí comparada con las de Peralejo, Sao del Indio, Tunas, Coliseo, Naranjo, Mojacasabe y otras en que los cubanos habían combatido solos frente a los españoles y los habían derrotado en lucha cuerpo a cuerpo y causándoles centenares de bajas, Muy especialmente, la comparación entre la "batalla" de Las Guásimas ganada por Wheeler y la batalla de Las Guásimas ganada por Máximo Gómez frente a cinco mil españoles en la Guerra de los Diez Años, bien demuestra el heroísmo de los cubanos y la realidad de su guerra de independencia, junto a la cual la de los Estados Unidos y España en Cuba casi fué una pedrea de chiquillos, si hacemos caso omiso de la batalla naval de Santiago.

La desmoralización del comando norteamericano después de la llamada "batalla" de Las Guásimas fué tal que mientras el Presidente McKinley felicitaba al general Wheeler por haber tontamente arriesgado las vidas de sus hombres y comprometido con su estúpida aventura el éxito de la campaña, el general Lawton tenía que decir a Wheeler, quien le superaba en años de servicio, que

... ésta no era una campaña política, sino una campaña militar; que a él se le había dado el mando de la vanguardia y se proponía conservarlo aunque tuviera que colocar un retén para mantener a otras tropas a retaguardia... (161)

Y el general en jefe quien, por una parte, ordenaba a Wheeler que no intentase más batallas en contra de las órdenes que le había dado y le instruía "very positively" que permaneciese donde estaba, por otra, ante la felicitación de McKinley, se veía precisado a congratular a su subordinado que se había burlado de él y había estado a punto de arruinarle el buen éxito de la expedición. Todo lo cual se complementa con la crítica del teniente coronel Roosevelt contra Shafter al escribirle al Senador Lodge sobre el resultado del combate y censurar a su superior por el desorden en que estaba todo, a lo que agregaba con asombro: "... Shafter ni siquiera desembarcó..." (162), lo que era cierto, pues el improvisado caudillo había permanecido tranquilamente a bordo del *Seguranca* mientras la expedición desembarcaba y luchaba y no fué hasta el 29 de junio

que se decidió a poner pie en tierra y no para dirigir las operaciones sobre el terreno, ya que ello le era imposible por su corpulencia y otras conocidas circunstancias. En cuanto a la dirección de las operaciones de desembarco por parte del general en jefe, no hay mejores pruebas de que no hubo tal dirección que lo ocurrido con la brigada del general Kent, fuerte de mil hombres que fué llevada a tierra el 22 de junio y por espacio de varios días permaneció olvidada en Cabañas, donde sufrieron hambre y privaciones de todo género los invasores.

Cuando el 29 de junio el general Shafter dejó su cabina del *Seguranca* para incorporarse a sus tropas, de que había estado separado por espacio de una semana, el jefe norteamericano no tenía otro plan sino apoderarse de Santiago si podía, aunque él no tenía la menor idea de cómo hacerlo más fácilmente. El mismo día 29 tuvo lugar otro consejo de guerra con objeto de planear las operaciones contra la plaza; y previa consulta con Calixto García se acordó el avance sobre Santiago y el ataque contra las posiciones españolas de San Juan y El Caney, la segunda de las cuales carecería de importancia para impedir o estorbar el asalto final a la ciudad. En ese momento las tropas aliadas —si lo eran los cubanos y norteamericanos por pelear contra un enemigo común, pero sin concierto definitivo que estableciese derechos y deberes recíprocos—, contaban cuatro mil hombres a las órdenes del general Calixto García y quince mil invasores mandados por Shafter. En realidad, los cubanos formaban un cuerpo independiente, en manera alguna sujeto a las órdenes de Shafter si éstas eran disparatadas o perjudiciales y el alto mando cubano resolvía no obedecerlas, pero era una medida de alta política nacionalista la de no retirarse de la lucha ni plantear problemas de puntos de vista inconciliables, por parte de los mambises, y sí cooperar en la contienda para hacer valer los derechos de Cuba a su debido tiempo. Estas consideraciones explican cuál fué la causa por la cual Calixto García se resignó a aceptar la opinión de Shafter contraria al plan cubano de enviar al general Rabí con dos mil hombres a cortar el paso a la columna española de Escario, fuerte de tres mil quinientos soldados, que había salido de Manzanillo el 26 de junio en socorro de Santiago y contra la cual el caudillo mambí propuso el día 29 que se enviase la división mandada por el general Rabí. Shafter, quien tan poca consideración mostraría más tarde por la valiosa ayuda de los cubanos, entonces sí

supo oponerse a que las fuerzas sitiadoras se redujesen en dos mil hombres, aunque con imperdonable injusticia después culparía a los cubanos de haber dejado entrar en Santiago a la columna de Escario y no pocos historiadores norteamericanos admitirían como artículo de fe semejante infundio.

En la distribución de las tropas destinadas a atacar el pueblo de El Caney y la loma de San Juan, los cubanos fueron destinados a desempeñar honrosos cometidos en los lugares de peligro, y esas encomiendas fueron aceptadas sin reparo, aunque no puede haber la menor duda de que después del error de Shafter al negarse a convenir en la necesidad del envío de la división Rabi a cortar el camino a la columna Escario, y con otras señaladas demostraciones de arrogante suficiencia, adopción de actitudes superiores y afán de establecer un mando único a que Shafter no tenía el menor derecho por sus pobres antecedentes de militar y la falta de un convenio entre Cuba y los Estados Unidos, ya se notaban síntomas de rivalidad y rozamientos entre ambos ejércitos. No obstante ello, es en esos días precisamente que el brigadier Chaffee empleaba un contingente de 1,200 cubanos en servicios de avanzadas, reconocimientos y descubiertas, y reportaba que "... me fueron de gran utilidad..." (163) por ello y por haber abierto el camino para su artillería en dirección a El Caney y hasta unos centenares de yardas de las líneas españolas.

El plan de Shafter para rendir a San Juan y El Caney consistía en enviar la brigada de Lawton con la artillería a cargo del capitán Capron contra El Caney, apoyada la brigada por cuatrocientos hombres de la división cubana de González Clavell y los cañones por un batallón mambí al mando del comandante Castillo. El ataque a San Juan sería iniciado por las brigadas de Wheeler y Kent, a las que se incorporaría Lawton una vez tomado El Caney que con característica petulancia ese jefe afirmaba que se rendiría en dos horas, y las operaciones contra la loma de San Juan serían apoyadas por la artillería a cargo del capitán Grimes y de ellas participarían varios contingentes cubanos que en total sumaban tres mil hombres mandados en jefe por Calixto García, pero a las órdenes directas de los generales Capote, Lora, Sánchez Hechavarría y Cebreco.

El triunfo que Lawton se lisonjeara con la idea de que era

cosa de dos horas, o sea la toma del pueblo fortificado de El Caney, con guarnición de sólo 436 hombres sin artillería, tardó unas once horas en producirse y para ello fué preciso utilizar todas las reservas disponibles y cambiar los emplazamientos de las baterías e intentar varios asaltos que fracasaron hasta que a las 5 de la tarde, con el noventa por ciento de sus efectivos fuera de combate, inclusive el general Vara del Rey, los españoles abandonaron la posición. Lawton tuvo que emplear 6,635 soldados norteamericanos, amén de los 400 hombres de la división cubana de González Clavell, para conquistar la victoria contra unos cuatrocientos españoles, y tuvo ochenta y un muertos y trescientos sesenta heridos en sus filas. Los cubanos, que combatieron en primera fila junto con los hombres de Chaffee y Ludlow y participaron en el asalto final, también sufrieron numerosas bajas, entre oficiales y soldados, y fueron esas tropas cubanas las que a la vanguardia entraron en el pueblo y desalojaron a los españoles de las casas en que se habían hecho fuertes. Cuando a los pocos años los Estados Unidos quisieron conmemorar esa sangrienta acción, inútil e innecesaria y que tuvo lugar por la ineptitud del alto mando yanqui, las lápidas allí colocadas para nada hicieron mención de los heroicos mambises que habían caodyuvado al triunfo, todo con el propósito bien concreto de negar la ayuda de los cubanos.

El combate de San Juan, comenzado al romper el día, no se terminó hasta entrada la noche, aunque ya a las tres de la tarde los cuatrocientos cincuenta españoles habían abandonado sus posiciones y sufrido enormes pérdidas. Los errores norteamericanos con la fatal idea de elevar un globo cautivo exactamente sobre el lugar en que estaban concentradas la mayor parte de las fuerzas sitiadoras, el infortunado uso de pólvora negra en cañones y fusiles, que delataba la presencia de los tiradores, y el empleo de ciertas unidades de voluntarios como el regimiento 71 de New York, que a los primeros disparos fueron presas de pánico y se desbandaron, resultaron costosísimos. Las tropas cubanas de González Clavell fueron las que con su ejemplo y protección restablecieron la moral de los neoyorquinos al mantener la línea de fuego a trescientos metros de los fusileros españoles hasta la llegada de los refuerzos y en el mismo campo de batalla el brigadier Leonard Wood felicitó a González Clavell por sus acertadas disposiciones. En el asalto final a la loma de San Juan, como antes en la conquista de la loma

del Caldero, los cubanos participaron activamente junto a las tropas norteamericanas y las tropas aliadas escalaron las alturas rivalizando en valor, como reconoce el almirante Chadwick, quien ya insinúa que algún oficial norteamericano pretendía quedarse con la gloria de la jornada y señala como uno de los héroes de la misma a un cubano alto y fuerte

... quien demostró tener valor perfecto y fué muy útil al destruir con su pesado machete la alambrada de púas... (164)

El combate de San Juan fué el más sagriento de la campaña, pues si los españoles tuvieron 358 bajas y los cubanos doscientas, las fuerzas norteamericanas perdieron 1,012 hombres de sus efectivos. Después de la victoria, sin embargo, el camino a Santiago estaba abierto para Shafter y sólo le quedaba estrechar el cerco, bombardear la plaza, forzar la salida de Cervera con su escuadra y esperar la rendición de los españoles. El improvisado caudillo puso nuevamente de relieve su incapacidad en este caso. Aterrado ante las pérdidas sufridas y que no podían compararse con sus experiencias de las llamadas guerras indias, los dedos se le antojaron huéspedes y tuvo una crisis terrible de desesperación y desaliento de que participaron no pocos de sus oficiales y se hizo sentir entre la tropa, convencida de que el enemigo sabía batirse y que aun en grupos poco numerosos, como así había sido hasta entonces, era capaz de infligir pérdidas a los invasores, de que había abundantes pruebas en el funcionamiento de los hospitales militares el primero y el dos de julio para curar más de un millar de heridos. Las tropas cubanas, mientras tanto, construían las trincheras y equipaban las posiciones que después ocuparían los norteamericanos frente a Santiago, pero el día 2 Shafter estaba casi decidido no ya a posponer todo ataque a la plaza hasta recibir refuerzos de los Estados Unidos, sino a retroceder y llevar sus líneas hasta cinco millas más atrás del terreno conquistado. Esa misma noche la columna española de Escario, procedente de Manzanillo y fuerte de unos tres mil quinientos hombres, se deslizó por entre las líneas de los sitiadores y entró en Santiago de Cuba: había tardado casi ocho días en su marcha por caminos extraviados para recorrer ciento cincuenta millas y los continuos ataques de las partidas volantes de los cubanos le habían causado 98 bajas o la cuarta parte de las que todo el ejército norteamericano había hecho a los españoles en la batalla de San Juan, pero ello no satisfizo a Shafter, quien

tenía que encontrar alguien que cargase con la responsabilidad de sus errores. De ahí la injusta acusación y el inexacto informe de Shafter a Sampson:

... Por negligencia de nuestros aliados cubanos Pardo (sic) con 5.000 (sic) hombres, penetró anoche en la ciudad de Santiago... (165)

Chadwick cuida de añadir que Shafter se equivocaba al mencionar el inexistente general Pardo cuando la columna estaba al mando del general Escario, y que tampoco era cierto que hubiesen entrado 5,000 soldados de refuerzo, pues las fuerzas de Escario eran sólo 3,300 hombres aunque el improvisado general, convencido de que había ganado una victoria a lo Pirro, añadía un tercio más a su número para justificar su retirada. La injusticia mayor de la acusación de Shafter radica en el hecho de que, como ya hemos dicho, él se había opuesto a que Calixto García destacase al general Rabí con dos mil cubanos de los que cooperaban en el cerco de Santiago, a cortar el paso a Escario, porque los necesitaba en la lucha por la posesión de esa plaza. Las tropas cubanas, además de cooperar con las de desembarco de Shafter tenían, como independientes que eran por haber evitado los Estados Unidos todo acuerdo con Cuba que pudiese valer para la independencia de la Isla, más objetivos militares y políticos que la captura de Santiago, en Holguín, Guantánamo, Manzanillo y otras regiones, que no podían ser abandonadas para tranquilizar el ánimo de Shafter al detener los refuerzos españoles. Mucho hicieron las partidas volantes cubanas en hostilizar fuerzas superiores en número y bien armadas, que no querían trabar combate, sino llegar a Santiago, y que por el incesante ataque de los mambises y los obstáculos opuestos por éstos, tardaron más de una semana en llegar a su destino por caminos extraviados y con grandes pérdidas. Además la totalidad del contingente cubano en el sitio de Santiago era de cuatro mil hombres, que habían estado batiéndose en la vanguardia desde el 22 de junio y que no sólo habían luchado, sino hecho el servicio de avanzadas, transportes, construcción de trincheras y parapetos, etc., y tenían tanto derecho a descansar como los norteamericanos. Finalmente, después de San Juan y El Cañey los cubanos guarnecían una extensa línea al oeste y noroeste de Santiago, junto a los pasos montañosos, línea que por su extensión, por el número de los cubanos y por el mantenimiento de las desa-

lentadas y fatigadas tropas norteamericanas al este y nordeste de Santiago, no podía ser cerrada con toda eficacia, menos contra los españoles, conocedores de todos los senderos y pasos después de varios años de guerra. Después de la impresión causada a los invasores por sus costosas victorias en San Juan y El Caney, en que lucharon contra menos de quinientos españoles, uno no puede menos de pensar con espanto cuál habría sido el resultado del choque de los norteamericanos contra tres mil trescientos soldados de aquéllos que habían guarnecido a San Juan y El Caney, mandados por un Escario. Las críticas de Shafter, pues, fueron injustas y basadas en falsas premisas o en la distorsión de la verdad con fines interesados, lo que no tiene justificación ni con su estado de ánimo después de las pérdidas sufridas, ni con su impericia.

No menos censurable resulta la insultante instrucción de Shafter a Calixto García al presentarse el cónsul francés en Santiago, con cuatrocientos de sus compatriotas, en las filas cubanas, como neutrales que se acogían a su protección, y permitirse el rudo soldado del Far West, tan desconocedor de las leyes de la guerra y de la cortesía general, instruir a Calixto García, caballeroso y refinado y conocedor de Francia y de la cultura francesa, para que les tratase con toda consideración: ¿es fácil imaginar cómo recibiría el general cubano tan tonta como insolente indicación de quien no era su superior jerárquico! Y no puede haber duda de que en esa actitud había algo más que ignorancia y suficiencia, porque Chadwick hace observar que Shafter rehusó proteger a los no combatientes que se presentasen en las líneas cubanas y así se lo hizo saber a los cónsules de Inglaterra, Suecia, Noruega y Portugal, con el especioso pretexto de que él no podía enviar sus tropas a las regiones aisladas que custodiaban los mambises "... y en las que serán abandonadas por las fuerzas cubanas cuando sean atacadas..." (166) cuando la verdadera causa de esa actitud suya era la de impedir todo contacto independiente de los cubanos con los representantes de las potencias a fin de frustrar o dificultar acuerdos que favoreciesen el reconocimiento de la independencia de Cuba. Esos esfuerzos para desacreditar ante los extranjeros a los cubanos cuya cooperación había hecho posible su avance y evitádole el desastre que su impericia y la indisciplina de sus hombres pudo haber causado, Shafter los empleó con Sampson, como ya hemos visto, y con su gobierno, al que telegrafió en son de queja y para cludir su res-

ponsabilidad ante la llegada de refuerzos a Santiago, que "...Lawton dice que no puede obligar al general García a que obedezca mis instrucciones..." (167).

Algunos historiadores tratan de justificar o excusar las contradictorias disposiciones de Shafter y su incapacidad con el dicho de que se sentía enfermo y estaba postrado por el calor, y esto lo aplican especialmente al sensacional despacho cablegráfico de julio 3 al Secretario de la Guerra en que Shafter decía:

... Tenemos a la población bien cercada por el Norte y por el Este; pero con una línea muy débil. Al acercarnos a la plaza nos encontramos con que era de un tipo tal y sus defensas eran tan fuertes, que me será imposible tomarla por asalto con las fuerzas de que dispongo y estoy pensando seriamente el retirarme a unas cinco millas de distancia para tomar nuevas posiciones... (168)

Mientras Shafter, acobardado e incapaz de alzarse a la altura de sus responsabilidades, se disponía a retirarse y se consideraba en peligro ante un enemigo ya derrotado, algunos jefes norteamericanos hasta pensaron en que el general García asumiese el mando combinado para dar el golpe de gracia a los españoles; pero el militar cubano rechazó las indicaciones que se le hicieron en ese sentido. El derrotismo del general Shafter, embarcado en una aventura distinta a la de pelear con los pieles-rojas, era compartida nada menos que por Theodore Roosevelt, quien escribía a su amigo el Senador Lodge para que por "amor del Cielo" enviaran todos los refuerzos disponibles porque

... estamos a poca distancia de un terrible desastre militar: debemos ser reforzados con millares de hombres, baterías, provisiones y municiones... Nuestro general es inferior y está poco decidido a ponerse al frente de sus soldados... (169)

Fué en estos momentos de desaliento general que uno de los ayudantes de Shafter concibió la idea de intimar la rendición de la ciudad de la que el alto mando norteamericano iba a alejar sus tropas por el temor de una derrota y en contra de lo que el gobierno de Washington esperaba y ordenaba que se hiciese: estrechar el sitio. A disgusto Shafter consintió en autorizar aquella estrategia por la cual un ejército que se disponía a retirarse trataba de impresionar a su temido adversario, que desconocía la debilidad del enemigo, y por ello y por la convicción de que tenían la hostili-

dad del pueblo cubano, lo que hacía imposible todo socorro, y por cansancio de la lucha contra los mambises y agotamiento de las vituallas, los españoles se aprestaron a rendirse.

Casi simultáneamente, y de la misma manera que Shafter y algunos de sus oficiales habían tratado de descargar sus culpas y errores sobre los cubanos, hubo otra tentativa para transferir a la escuadra la responsabilidad del ataque decisivo, y Shafter insistió con Sampson en la necesidad de que sus buques destruyesen las fortificaciones y la flota de Cervera para que el ejército tomase entonces posesión de la ciudad. En estas discusiones estaban los jefes de la marina y del ejército e iba a tener lugar una entrevista entre Shafter y Sampson que prometía ser la definitiva cuando Cervera, en obediencia a las órdenes recibidas, preparatorias a la rendición de Santiago, intentó escapar con sus buques, que fueron destruídos ante el ataque concentrado de la formidable escuadra norteamericana, con enorme pérdida de vidas para los españoles. Una calumnia indigna de cierto historiadores norteamericanos, cegados por la pasión y la ligereza de juicio cuando no la deliberada mendacidad de corresponsales norteamericanos y demás extranjeros enemigos de los cubanos, hizo circular por espacio de algunos años la versión falsa de toda falsedad de que los supervivientes españoles de aquel desastre fueron atacados al llegar a tierra por los cubanos. La realidad es que el propio almirante Cervera, cuando llegó a la playa, fué detenido por las tropas del coronel Cebreco; pero al declarar el anciano marino que ya se había rendido a los norteamericanos al arriar su bandera y declinar por ello el ir a reunirse con otros doscientos españoles prisioneros de los cubanos, sus deseos fueron respetados y Cervera, cuya actuación en la Guerra de los Diez Años tan tristes recuerdos tenía para los cubanos por los fusilamientos que había llevado a cabo, fué entregado sano y salvo por el coronel Cebreco al teniente Norman, del *Gloucester*, mediante recibo. Este incidente lo relata Cervera en sus memorias y es la mejor prueba de la injusticia de la acusación contra los cubanos, y aunque Millis no lo cita como debiera hacerlo en honor a la verdad, es a ello que se refiere cuando con bastante mala intención dice que la tripulación del *Gloucester* estaba "...rescatando a los sobrevivientes que habían llegado a la playa, de manos de nuestros aliados cubanos..." (170)

La destrucción de la escuadra de Cervera no resultó de inme-

diato en la rendición de Santiago de Cuba. Ciertamente que Shafter cobró nuevos alientos y olvidó su derrotismo hasta el punto de resolver que sus tropas no se retiraran, pero la situación de los españoles no habría sido desesperada a no ser por los cubanos, y éstos, además de la importante participación que tenían en las operaciones contra Santiago: desenvolvían sus planes militares en una escala y con objetivos y maniobras que nunca se le habrían ocurrido a Shafter y los suyos y que frustraron los propósitos del alto mando español. Este había preparado una concentración de más de diez mil hombres al mando del general Luque, en Holguín, a la que se sumarían las guarniciones y las columnas de operaciones al norte de la provincia y había dispuesto que el coronel Escario llevase sus tropas de Manzanillo a Santiago de Cuba y que el general Pareja hiciese otro tanto de Guantánamo hacia la capital sitiada. Si este plan se hubiese realizado los españoles habrían concentrado 25,000 soldados veteranos, al mando de Luque, en Santiago de Cuba, y no es dudoso cuál habría sido el resultado del choque entre esas tropas de líneas, con un jefe valiente y hábil, contra las huestes quebrantadas y desalentadas de Shafter, incapaz éste como militar e impedido físicamente de actuar. Como que para los cubanos la guerra no se circunscribía a Santiago de Cuba, el general Calixto García dispuso que la cuarta división del segundo cuerpo, al mando del general Luis de Feria, contuviese a los españoles en Holguín, respaldada por tropas camagüeyanas mandadas por el general Lope Recio y situadas en Victoria de las Tunas, y este plan se desenvolvió sin tropiezos y los refuerzos españoles que, procedentes de Mayarí y Sagua de Tánamo acudían a incorporarse a Luque en Holguín, fueron destrozadas con pérdidas de su artillería y la concentración de Holguín quedó inmovilizada única y exclusivamente por la acción de los cubanos. Lo mismo ocurrió a la columna española de Guantánamo, a cargo del general Pareja, que no pudo aproximarse a Santiago por haberle salido al paso la primera división del primer cuerpo mandada por el general Pedro A. Pérez. Por último, la única columna española que pudo cumplir con lo dispuesto por el alto mando fué, como ya hemos dicho, la del coronel Escario, quien salió de Manzanillo con cuatro mil hombres y llegó a Santiago con tres mil trescientos, el resto de ellos perdidos entre muertos, heridos, prisioneros y desertores, aunque sólo tuvo a su frente los mil hombres de la primera división del segundo cuerpo del ejército

cubano, al mando del general Salvador Hernández Ríos y quienes, no obstante su inferioridad numérica, sostuvieron cuarenta combates y escaramuzas con las tropas de Escario, las obligaron a cambiar de rumbo y a reorganizarse dos veces y, en suma, hicieron todo lo humanamente posible para detenerlas. Si Shafter no se hubiera opuesto a que Calixto García enviase al general Rabí, con dos mil cubanos de los ocupados en el sitio de Santiago, a luchar junto con los del general Hernández Ríos contra Escario, éste habría sufrido irreparable desastre a manos de los mambises, pero Shafter, mientras no tomó a Santiago, prefería tener consigo al mayor número posible de cubanos. La importancia de la cooperación cubana, el valor de la estrategia de Calixto García en la campaña de Oriente como un todo del que la toma de Santiago era sólo una parte, la verdad de que fué Shafter con su ignorancia y su suficiencia quien impidió que los cubanos bloqueasen efectivamente a Escario, todo eso y mucho más para gloria del Ejército Libertador y vergüenza de sus detractores, lo consignó el general Nelson A. Miles, jefe de estado mayor norteamericano, en su informe oficial al Secretario de la Guerra, fecha noviembre 5, 1898.

Después de la destrucción de la escuadra de Cervera y mientras crecía la rivalidad y se hacía más evidente a todo el mundo, y más a los cubanos, el disgusto entre Shafter y Sampson, se acordó hacer un desembarco en Cabañas para atacar las baterías de La Socapa por el lado del mar mientras que por tierra hacían el asalto los cubanos al mando de Rabí y Cebreco. Shafter imploraba a Wáshington que se ordenase a Sampson forzar la entrada de Santiago de Cuba con su escuadra a fin de evitar más pérdidas de vida entre los soldados, y su gobierno, y también el general Miles, ya no sabían que hacerse con aquel personaje irresoluto y enfermo a quien el azar y la desorganización política norteamericana habían puesto al frente de aquella empresa militar. En los mismos días en que el general Toral discutía con el Capitán General de Cuba la intimación de Shafter para que se rindiese, los españoles ensayaron impresionar al jefe sitiador cuyos subordinados tan hábilmente habían estado haciendo lo mismo con los españoles por espacio de varios días, y Toral hizo saber a Shafter que estaba dispuesto a evacuar la plaza si se le permitía salir con armas y bagajes e incorporarse al cuartel general de Luque, en Holguín. Calixto García vió la burda maniobra, como no podía menos de ser en un hombre de

inteligencia superior, y aconsejó a Shafter que no accediese, pero este último, en su confusión y arrogancia, se inclinaba a convenir en la evacuación, que habría prolongado la guerra, y consultó a Wáshington en demanda de instrucciones, las que fueron en un todo de acuerdo con el consejo de Calixto García.

Santiago sufrió rudo bombardeo los días 10 y 11 de julio, y el 12 llegaron los refuerzos pedidos, personalmente conducidos por el general Miles, quien siguió a la conquista de Puerto Rico con otra expedición. La rendición de Santiago se hacía inminente y era un hecho esperado el día 14, horas después, como si dijésemos, de que Shafter había estado dispuesto a dejar marchar la guarnición, y los telegramas iban y venían entre el gobierno de Madrid y el alto mando español hasta que finalmente se autorizó la capitulación de Santiago y de todas las tropas que había en la provincia de Oriente, unos 30,000 hombres en total, a petición de Toral porque

... la actividad de las tropas cubanas y sus disposiciones han sido tales que han convertido en extremadamente peligrosas las posiciones de los españoles... (171)

según cablegrafió Shafter al Departamento de la Guerra con la más cínica injusticia. Comenzaba así la *entente* de españoles y norteamericanos, los enemigos de un día, contra la revolución cubana, con el objeto de desacreditarla y juntos hacer imposible su triunfo y provocar la anexión.

De rechazo, con su grosería habitual, Shafter se aprovechó para cobrar a Sampson y a la marina todos los rencores que aquella alma pequeña en un cuerpo grande había estado acumulando durante la campaña. Al rendirse los españoles, aquel soldadote brutal que días antes había querido retirar sus líneas por creerse al borde de la derrota y que no lo había hecho por recibir órdenes en contrario, que había tratado de obligar a Sampson a forzar la entrada de Santiago porque sus tropas no podían tomar la plaza, que se había negado a que los cubanos fuesen a detener a Escario porque temía que los españoles lo derrotasen si solamente tenía dos mil cubanos con él, y que había estado a punto de pactar con el general Toral para la retirada de la guarnición española con armas y bagajes a cambio de la ciudad, se sintió jefe y dió rienda suelta a todas sus bajas pasiones. Envalentonado porque los españoles se habían dirigido a él, con ellos trató y pactó sin permitirles a Sampson y a

sus marinos, ni a García y sus cubanos, que participasen en las negociaciones o firmasen siquiera la capitulación. Shafter negó al contralmirante Chadwick que Sampson tuviese derecho alguno a firmar el acta de la rendición española y en ello y en sus ridículas disposiciones para despojar a la marina de todas las presas que pudieran corresponderle de los buques surtos en puerto —pretensión que le prohibieron desde Wáshington cuando las relaciones entre Shafter y Sampson se habían agriado hasta el límite—, y en su apresuramiento para entrar en Santiago como un “Falstaff” receloso transformado en conquistador, trató a sus compatriotas y compañeros de armas como enemigos y con la más evidente demostración de su incultura y su estrechez mental.

En cuanto a los cubanos, aquellos legionarios heroicos que desde 1868, con breves períodos de paz, habían estado luchando por su independencia frente al régimen del terror implantado por España y las ambiciones anexionistas de los Estados Unidos, Shafter les prohibió que entrasen en Santiago de Cuba, la ciudad en que habían nacido muchos de ellos, capital de la provincia donde habían visto la luz primera casi todos los soldados de Calixto García, a los que la injusticia y la falta de escrúpulos del alto mando norteamericano ya amenazaba con convertirles en parias en su propia patria. En vano fué que Calixto García —tan superior a Shafter como militar, caballero, patriota y hombre culto—, protestase de tan indigno proceder en quien hasta entonces no había podido pasarse sin el auxilio de los cubanos. Estos no hicieron el juego a los imperialistas norteamericanos y a los anexionistas españoles que habían creído provocar el choque armado que justificase el ataque de los Estados Unidos contra el ejército cubano y diese pretexto para modificar la *joint resolution* por la “ingratitude” de los cubanos, a fin de quedarse con la Isla. Calixto García se limitó a enviar el día 17 una enérgica carta de protesta a Shafter en que le anunciaba que daba por terminada su cooperación hasta nuevas instrucciones del gobierno cubano, envió a éste su renuncia como lugarteniente general de sus tropas, y se retiró con sus hombres. Una semana más tarde Shafter comunicaba a su digno superior, el Secretario Alger, quien no tardaría en caer de su cargo, lleno de desprestigio, que

... Los cubanos se sienten muy molestos porque no se les permitió tomar parte en la reunión que condujo a la capitulación

y porque no les permití que entrasen en la ciudad, armados. Esperaban y reclamaban como derecho suyo el tomar posesión de la ciudad y gobernarla. El general García ha partido para el interior del país con sus fuerzas y se dice que va a reunirse con Gómez... (172)

La última parte del despacho ya denota la inquietud de aquel improvisado caudillo que se permitía dudar del derecho que asistía a los cubanos, después de haber luchado solos por su independencia y de haber ayudado a los norteamericanos, a petición de éstos —hecha por McKinley, Sampson, Miles, Shafter, etc.—, en su guerra contra España, a tomar posesión de la antigua capital de su patria, que habían cooperado a rendir. ¡No puede dudarse de que Shafter era un hombre inferior e inferiores fueron sus campañas, su conducta, sus insultos!

Cuando a poco comenzó a ser conocida la tragicomedia de incapacidad, indisciplina, rivalidad y politiquero que fué la campaña de Santiago, las críticas que cayeron sobre el Departamento de la Guerra, sobre Shafter y sobre no pocos de sus subordinados, causaron sensación y produjeron crisis políticas en los Estados Unidos. Shafter tuvo que defenderse ante la opinión pública, sin mucha fortuna por cierto, porque a poco se lo tragó la obscuridad en que siempre había vivido, y uno de sus últimos actos de ingratitud y de injusticia para con los cubanos fué esta declaración de jactancia estúpida que para nada reconoció que todo el éxito del desembarco y las operaciones alrededor de Santiago hasta la capitulación, fué posible por la ayuda de los cubanos desde que protegieron la llegada a Daiquirí:

... No he querido hasta ahora rebajarme a hacer la defensa de una campaña la cual considero... que no tiene igual en las guerras modernas. No creo que haya habido nunca otro ejemplo de un ejército que, reunido de prisa, casi sin preparación, recorra como éste mil y quinientas millas de mar, desembarque en costa hostil(?) con botes descubiertos, obligue a los diez días a su enemigo a cejar hasta parapetarse detrás de sus trincheras y en la ciudad; y a los quince fuerce a veinticinco mil hombres a rendir las armas a un adversario de menos de veinte mil. No hubo en toda esa campaña ni un minuto en que estuviese en poder del enemigo un solo soldado americano ni muerto ni vivo (? , ni cosa alguna perteneciente a los Estados Unidos que valiese más de un dólar. Y fué sin embargo, una campaña llevada a cabo en la estación del año que es en Cuba más enfermiza; única expedición además de cuantas jamás partieron de la zona templada a islas del mar Caribe que no acabó en

desastre completo, con la sola excepción de la inglesa de 1762, la cual, si bien logró tomar la ciudad de La Habana tuvo antes que sacrificar casi todo el ejército de que se componía... (173)

Esto lo decía con todo descaro un hombre que había vivido el desorden del desembarque en Tampa, que no conocía nada de guerras antiguas o modernas, salvo combatir a los indios del Far West, que en toda la campaña de Santiago nunca se acercó a las líneas de fuego, y cuya incapacidad y falta de carácter produjeron numerosos desaciertos que no culminaron en un espantoso desastre por pura casualidad. La afirmación de que los españoles nunca tuvieron norteamericanos vivos o muertos en sus manos, es falsa, ya que solamente en San Juan desaparecieron 68 soldados que no estaban entre los muertos ni los heridos, y hubo canjes de prisioneros. Muy cierta fué la afirmación de que la de Shafter fué la única expedición a Cuba que culminó en un éxito para los invasores, pero también lo es que fué la única a la cual los cubanos la ayudaron en vez de hostilizarla, y ello fué la causa del triunfo aunque Shafter omitió toda mención de los cubanos.

Por lo demás Chadwick menciona que en toda la campaña de Santiago el formidable ejército de Shafter causó 124 muertos y 615 heridos a los españoles, y capturó 123 prisioneros, es decir, que en la batalla de Las Guásimas, marzo 15, 1874, los cubanos al mando del general Máximo Gómez, al hacer 400 muertos y 600 heridos a las tropas españolas del general Armiñán, causaron mayores pérdidas a las armas de España, que todo el ejército de Shafter en la campaña de Santiago. Finalmente, el Ejército Libertador de Cuba, el que según autores superficiales u hostiles, no presentaba combate a los españoles, tuvo un total de 10,665 muertos desde febrero de 1895 hasta agosto de 1898, 4,560 de ellos por heridas de bala, y la sangre así derramada, como la de millares de heridos y el esfuerzo de 53,774 cubanos que formaron en las filas mambisas, daban a Cuba un derecho indiscutible para decidir de sus destinos sin que españoles y norteamericanos se pusiesen de acuerdo para impedir el triunfo de la revolución.

## EL GOBIERNO DE CUBA Y LA PAZ

Después de la capitulación de Santiago, que comprendía la mayor provincia de Cuba, destruída la escuadra de Cervera, invadida Puerto Rico, y con las tropas cubanas en posesión de dos terceras partes de la Isla por la retirada de los españoles a los puertos y ciudades principales, la causa de España en Cuba no tenía salvación posible, ya que lo único que podía haber galvanizado de nuevo a los españoles era que los cubanos hubiesen decidido combatir a los norteamericanos y el gobierno de la revolución ni por un momento consideró semejante posibilidad. Shafter no tardó en reintegrarse a los Estados Unidos, y en Santiago quedó de gobernador una nueva figura de militar improvisado, el brigadier doctor Leonard Wood, a quien su colaboración con Theodore Roosevelt, sus habilidades políticas y otras favorables circunstancias de orden personal, comenzaban a señalar como uno de los hombres que mejor podían desarrollar la tortuosa política de los Estados Unidos en Cuba hacia la anexión, de la que Wood era partidario decidido, según veremos más adelante.

Los cubanos, de corazón generoso, laboriosos, impulsivos y valientes sin ser vengativos, y respetuosos de la ley y del orden, no ensayaron cometer atropellos, perseguir a sus antiguos y despiadados dominadores en sus personas o en sus bienes, reclamar indemnización por sus bienes o las vidas perdidas o provocar disturbios que les asegurasen una posición predominante en la nueva sociedad que comenzaba a surgir. Los “guerrilleros”, los “voluntarios”, los “españolizados”, los elementos todos que habían contribuído a mantener el régimen de terror que había abrumado a Cuba, sufrieron las menores molestias posibles, y nunca las represalias que los norteamericanos habían impuesto a sus compatriotas partidarios de la dominación inglesa durante la guerra de independencia de los Estados Unidos. En el decurso de esta última, y después de la paz, los llamados “loyalists” o partidarios de Ingla-

terra sufrieron la pérdidas de sus bienes, de su libertad y a veces de sus vidas por la violencia de los odios acumulados por su compatriotas revolucionarios. En ocasiones ello fué hecho a virtud de leyes y acuerdos; pero las más de las veces las confiscaciones y los malos tratos fueron el resultado de atentados de la plebe, que quedaron impunes o fueron legitimados contra el derecho de gentes y hasta en violación misma del tratado de paz con Inglaterra. Un eminente historiador norteamericano ha dicho a este respecto que las tierras de la Gran Bretaña pasaron a poder de los estados libertados, que los bienes confiscados a los "loyalists" —equivalentes a los voluntarios y guerrilleros de España en Cuba, aunque nunca tan sanguinarios—, fueron valorados en cuarenta millones de dólares, que las grandes fincas de Virginia, Nueva York, Pennsylvania, Maine, etc., fueron divididas en millares de granjas y que cien mil partidarios de Inglaterra, que no eran combatientes, tuvieron que emigrar para escapar a las iras de los victoriosos colonos a quienes Francia y España habían decisivamente ayudado a obtener su libertad, después de lo cual concluye el autor que citamos con esta declaración:

... Considerada relativamente, por lo tanto, la destrucción de la clase terrateniente privilegiada por las fuerzas desencadenadas en la Guerra de Independencia fué quizás tan grande y tan significativa como el cambio producido... durante... la Revolución Francesa... (174)

Nada de esto ocurrió en Cuba, a cuyo pueblo la suficiencia norteamericana se permitía calificarlo de impreparado para ser independiente a fin de facilitar de esa manera la anexión. Y si esa situación de anarquía jurídica, política, social y económica, característica de los primeros años de la vida republicana de los Estados Unidos, no se dió en Cuba, no fué precisamente por que la intervención norteamericana la hiciese imposible, sino por que el supuesto "pueblo impreparado" respetaba mucho al derecho ajeno para reclamar como botín de guerra la propiedad del vencido y nunca hubo una demanda en esa dirección o tendiente a ahondar divisiones, fomentar odios o desconocer la justicia en nombre de ambiciones disfrazadas de patriotismo o nacionalismo. Cuatro semanas después de la capitulación de Santiago el Consejo de Gobierno Cubano proclamaba oficialmente el perdón de los vencidos, la amnistía de los que al servicio de España habían cometido toda

clase de crímenes contra los cubanos, y recomendaba que se procediese con olvido de lo pasado y sincero afán de construir una patria sin odios ni rencores, a lo que se aludía como esperanza en el porvenir. Y mucho menos ensayaron los cubanos el tomar venganza por medios irregulares como organizaciones secretas de tendencias terrorísticas, o hacer represiones salvajes contra los vencidos en nombre de la fuerza, como ocurrió en los Estados Unidos al terminarse la Guerra de Secesión y había ocurrido antes al terminarse la Guerra de Independencia, con las sangrientas rivalidades de nordistas en los territorios ocupados por los ejércitos de Grant, en el primer caso, o con las luchas entre patriotas y "loyalists", en el segundo. Los norteamericanos, pues, que tenían que "enseñar" a los cubanos a gobernarse, no pudieron emplear tales lecciones de su pasado político con un pueblo que no era cruel ni de tendencias anárquicas ni dominado por ambiciones poco escrupulosas o reñidas con la justicia. En Cuba la "plebe" no regía ni se dejaba arrastrar por bajas pasiones. El mismo libro de Atkins, no obstante su parcialidad anticubana, a ratos presenta pruebas elocuentes de la disciplina y la autolimitación con que los cubanos comenzaban a vivir los días de su independencia, de España. Una carta de W. G. Beal al anexionista Atkins, fechada en Cienfuegos a 12 de septiembre de 1898, se refería en detalle a las terribles miserias que pasaban los mambises en aquellas cercanías, único caso de un ejército revolucionario que al terminarse la guerra, en vez de apoderarse de las pertenencias del enemigo a título de botín para aliviar sus privaciones, seguía sufriendo escasez y hambre para cumplir con lo dispuesto por su gobierno sobre respetar a los vencidos. Atkins también cita una carta de P. M. Beal a él, escrita el 4 de octubre, en que su consocio le participaba que los cubanos estaban acampados cerca de *Soledad* y que

... su orden y su disciplina son admirables: han asumido una firme actitud del lado del buen orden y creo que lo impondrán... (175).

Había que devolver la paz, el bienestar, el trabajo, la salud, la propiedad, la familia, las comunicaciones y la fe en sí mismo a un pueblo por siglos sometido a una tiranía espantosa y que acababa de pasar por las pruebas terribles de la reconcentración, del bloqueo y de la negativa de reconocérsele capaz de gobernarse por su propia cuenta. Había que crear industrias, hábitos de

gobierno, educación, moral pública, respeto a la ley y lealtad a la patria cubana donde España había negado todo eso de manera sistemática.

No ha habido país que se haya encontrado ante situación tan difícil como Cuba por razón de la guerra que los Estados Unidos y España tenían sobre su territorio y que se añadía a la que hacía treinta años que los cubanos sostenían por su cuenta contra España. El Consejo de Gobierno de la República, al igual que los jefes, oficiales y soldados de las fuerzas armadas y los representantes revolucionarios en el extranjero, se condujeron con discreción, con dignidad y con acierto en el cumplimiento de sus deberes. Calixto García, al renunciar a su cargo de lugarteniente general del Ejército Libertador ante la ofensa que le había inferido Shafter, alejó a sus soldados de Santiago para evitar un choque y si por un lado después fué injustificadamente destituido por el Consejo de Gobierno por el otro éste se negó a aceptar el pacto de rendición propuesto por el general Salcedo, español, para entregar a los cubanos los distritos de Camagüey y de Holguín, sin contar con el general García, quien atacaba a Holguín a la sazón. Las renunciaciones del general en jefe, Máximo Gómez, y de Manuel R. Silva, Secretario de Relaciones Exteriores, quien ya anunciaba su altiva independencia de criterio, fueron resueltas sin precipitación mientras seguía vigente la orden de cooperar con los norteamericanos y se expedía otra orden contra las represalias o violencias que pudieran herir a los españoles o a sus simpatizadores. El 1.º de septiembre ya se designaban comisionados cubanos para dirigir el movimiento hacia el gobierno propio, comenzando por las autoridades locales, y esos delegados se condujeron con notable discreción hasta granjearse el respecto y la confianza, no sólo de sus compatriotas y de los jefes de las tropas de intervención, sino de los propios españoles que hasta el día antes habían sido sus enemigos. Cárdenas fué una de las muchas poblaciones cubanas ocupadas por el Ejército Libertador antes de la evacuación española y en la que ya funcionaban autoridades locales cuyo actuación estaba marcada por la ilustración, la concordia y la honradez. El delegado Estrada Palma, cuyo papel en los Estados Unidos era más contradictorio que nunca, estaba en vísperas de renunciar a una representación que no se le reconocía plenamente y que pocos años después se otorgaría sin reparo a los panameños sublevados que formarían una nación con

una quinta parte de los habitantes que tenía Cuba. Cuando renunció su representación lo hizo para seguir dedicado al magisterio en el colegio que había fundado en Central Valley, Nueva York, y con el cual ganaba su sustento con tanta austeridad como pudieron haber tenido a su tiempo John Adams, Benjamin Franklin o Thomas Jefferson, al terminarse la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. El anciano patriota, sin embargo, cuando el gobierno de los Estados Unidos se vió precisado a comunicarle los términos del armisticio que había convenido con el de España y en el que no figuraban los que pocos meses antes habían recibido el "mensaje a García" para pelear como aliados, aprovechó la oportunidad para arrancar a los norteamericanos otra demostración de la existencia de la República de Cuba que se negaban a reconocer. Su habilidad consistió en negarse a participar a su gobierno los términos del armisticio a menos que pudiera hacerlo por cable dirigido al general Bartolomé Masó, Presidente de la República, y en su condición de ministro plenipotenciario, sin que la censura alterase su mensaje, y lo consiguió. Por supuesto que la continuidad de las hostilidades por parte de los cubanos habría provocado un grave conflicto a quienes se habían puesto de acuerdo como beligerantes de tres meses que habían ignorado a los que habían combatido durante treinta años.

Terminadas las hostilidades hubo muchos veteranos que volvieron a sus hogares como pudieron; otros siguieron a sus jefes y el propio Máximo Gómez, con el grueso de sus tropas, permaneció durante algún tiempo en Remedios hasta que Robert P. Porter, a nombre del Presidente McKinley, les dió las garantías que esperaban acerca del cumplimiento de la "joint resolution". Entonces vino Gómez a La Habana con su ejército, recibido en triunfo, sin que hubiera desmán alguno, como no lo había habido al retirarse las tropas españolas y encontrarse sus jefes con los jefes cubanos en el viejo palacio de los capitanes generales. Solamente al inepto y provinciano caudillo que a pesar suyo resultó vencedor en Santiago, al obeso Shafter, se le había ocurrido marcar a los cubanos, que habían peleado junto a los norteamericanos como leales aliados mientras él se abanicaba en su hamaca, de turba desenfrenada capaz de lanzarse a fechorías al entrar en una ciudad cubana. Lo que hizo el general Gómez en La Habana lo hacían en iguales circunstancias otros jefes mambises en distintos lugares de la Isla. Los que re-

gresaban lo hacían arruinados y no reclamaban la restitución de las propiedades de las que les habían despojado ni tomaban venganza en sus enemigos de ayer: la república iba a ser cordial, con todos y para todos, como la había anunciado Martí.

Los tres millones de cabezas de ganado que había en Cuba en 1895 se habían reducido a trescientas mil, con pérdida de cincuenta millones de pesos. Las rentas públicas habían bajado de veinte y seis a doce millones de pesos. Las carreteras de ínfima clase no llegaban a doscientos kilómetros y sólo eran utilizables trescientos kilómetros de los mil quinientos que habían formado la red ferroviaria del país. Los trescientas cincuentas ingenios azucareros se habían convertido en cuarenta, únicamente, y no tenían cañas, combustibles, equipo o dinero. De un millón de toneladas de azúcar producidas en 1895 y que valían cuarenta y tres millones de pesos, la industria descendió a las zafras de un cuarto de millón de toneladas, valoradas en sólo once millones. La cosecha de tabaco bajó de quinientos sesenta mil a ochenta y ocho mil quintales, y así ocurrió con el café, el cacao, los minerales y los demás productos.

Sin embargo, ya en agosto de 1898 el Consejo de Gobierno de aquel pueblo al que se consideraba impreparado para gobernarse, había autorizado a los propietarios de los centrales *Senado*, *Congreso* y *Lugarreño*, de Camagüey, para que comenzaran a reconstruir fábricas y campos con vistas a la próxima zafra. Esa política de reconstrucción, sin "carpet baggers" ni violencias, se extendió por toda la Isla rápidamente, comenzó a funcionar el crédito y el pueblo miró al futuro con fe invencible. A esas alturas no hubo empréstito ni financiamiento de aquellas actividades destinadas a levantar de su postración económica al país devastado. Comenzaron las importaciones de ganado, en pequeña escala, y por los campos de Cuba durante algún tiempo no fué raro ver a uno o dos hombres, y hasta a un hombre y a una mujer, unidos al arado para roturar y luego sembrar la tierra donde no había bestias de tiro. Sin dinero y sin crédito organizado, como reconoció noblemente el comisionado Robert P. Porter en una visita posterior a Cuba, el ansia de trabajar, de vivir y de prosperar en el disfrute de la libertad, que animaba a los cubanos, había hecho el milagro de la recuperación de la economía cubana.

Es rigurosamente cierto que los Estados Unidos carecían de

tradición o de experiencia acerca del gobierno de pueblos extraños a ellos, ya que en los mismos días que se rendía Santiago de Cuba era que se consumaba la adquisición de Hawaii, primera tierra extracontinental que se agregaba a los Estados Unidos. La compra de Alaska y las anexiones provenientes de la Guerra con México eran de distinto carácter y se habían consumado muchos años atrás. El único antecedente que los norteamericanos tenían ante sí era el de la ocupación y administración militares de los estados confederados al terminarse la Guerra de Secesión, período al que llaman los historiadores de los Estados Unidos el de la "reconstrucción" del Sur y que fué viciado de injusticias, arbitrariedades, despojos y abusos de autoridad.

Con ese antecedente los Estados Unidos se aplicaron a "reconstruir" a Cuba como país conquistado a virtud de la guerra con España; pero se olvidaron de que la enemiga había sido España y la aliada, la propia Cuba. Si en puridad de verdad la "reconstrucción" no fué dura o despótica como la que el Norte impuso a sus propios compatriotas del Sur, de todos modos no fué la que Cuba tenía derecho a esperar cuando terminaba el despotismo español.

Pocas personas de las que eran influyentes en la vida nacional norteamericana conocían a Cuba y a los cubanos y así aceptaron como artículo de fe un número de errores acerca del país recién libertado, con la misma tranquilidad con que siguen haciéndolo muchos ciudadanos de los Estados Unidos hoy en día. Los españoles que sin éxito habían pedido ayuda al general Máximo Gómez para que los cubanos luchasen unidos a ellos contra los Estados Unidos, los mismos que tanto habían insultado a los Estados Unidos antes y durante la guerra, hicieron entonces todo lo posible para desacreditar a los cubanos y frustrar la independencia. Trabajaron con ahinco y con buena fortuna y su propoganda impresionó a los elementos que nunca habían simpatizado en los Estados Unidos con las promesas de la "joint resolution". Personajes influyentes de los negocios, la prensa, la política y las armas de los Estados Unidos, algunos situados muy alto, de repente lamentaron la declaración acerca de la independencia de Cuba, que era **EXACTAMENTE LA CAUSA QUE HABIA ORIGINADO LA GUERRA.**

La ocupación fué marcada por su carácter militar y, mientras estuvo a cargo del noble y justiciero general John R. Brooke, tuvo

bien patente la condición de provisional que luego su sucesor, el anexionista Leonard Wood, trató de quitarle. Sin embargo, el armisticio del 12 de agosto de 1898 había confirmado que Cuba no estaba incluida entre las adquisiciones territoriales que retendrían los Estados Unidos. El curioso entendimiento entre norteamericanos y españoles, a espaldas de los cubanos, se desarrolló con bastante amplitud; pero no logró invalidar las promesas de la "joint resolution" ni la simpatía genuina de enormes núcleos de la opinión pública norteamericana por aquella Cuba libre por la cual habían ido a la guerra contra España.

La nacionalidad cubana sobrevivía a la retirada de las tropas españolas y se mantendría viva durante el período de la intervención, con una intransigencia ante toda otra solución negativa de la independencia que no apelaba a la violencia, pero que no disimulaba la tranquila e inquebrantable resolución de alcanzar el ideal por lograr el cual se habían realizado tamaños sacrificios. Los anexionistas quedaron derrotados y no pudieron como querían convencer a los Estados Unidos para que dejaran de cumplir sus compromisos con los patriotas cubanos, que eran los que tenían derecho a decidir sobre el porvenir de su pueblo.

En el protocolo firmado en Washington, por mediación de Francia, se había convenido el nombramiento de plenipotenciarios para que, reunidos en París, acordasen ante de que se terminase el año de 1898, el tratado de paz entre España y los Estados Unidos. España nombró a varios juristas y diplomáticos, entre los que había un cubano renegado, para que la representaran en París, y los Estados Unidos designaron a Whitelaw Reid, antiguo diplomático y periodista quien, en 1897, se había mostrado partidario de la compra de Cuba, a los senadores republicanos Davis y Frye, entusiastas expansionistas, y al senador demócrata Gray, contrario a la expansión, como el presidente de la delegación, que lo era el Secretario de Estado, William R. Day.

Las conferencias duraron desde octubre primero a diciembre diez, cuando se firmó el Tratado de París, de 1898, por el cual España cedía a los Estados Unidos, a cambio de dinero recibido, las Filipinas, Puerto Rico y otras pequeñas islas, y renunciaba a su dominación sobre Cuba. Los comisionados españoles trataron de ganar en París la guerra que habían perdido en Cuba y con la estrategia de que transferían a los Estados Unidos su soberanía sobre Cuba,

la misma que habían perdido ya, se prepararon para una doble venganza contra Cuba: entregarla a los Estados Unidos para frustrar su independencia e imponerle el pago de la deuda colonial, cuyo importe oscilaba entre cuatrocientos y seiscientos millones de pesos. El cálculo era el de que, ante la oferta de ceder a Cuba, los Estados Unidos o no se fijarían en la deuda o se mostrarían dispuestos a facilitar su pago, en cambio. Los comisionados norteamericanos se negaron de plano a aceptar la cesión de la Isla y recordaron a sus colegas la promesa de la "joint resolution". Además rechazaron la pretensión de que los cubanos pagasen una deuda contraída para aplastar a sus propios compañeros y para mal gobernar a su país durante las guerras de independencia. Hasta el último momento los delegados españoles estuvieron tratando de inducir a los norteamericanos a que se quedasen con Cuba y con la responsabilidad de la deuda colonial; pero que dejasen a España sus otras posesiones, Filipinas especialmente, y no para conservarlas, ya que al mismo tiempo el gobierno de Madrid negociaba un tratado secreto para vender a Alemania las islas de la Oceanía.

Los cubanos no fueron invitados a las conferencias de París. La exclusión practicada por Shafter en Santiago estuvo en vigor en París a fin de que Cuba no tuviese personalidad internacional o derecho a invocarla. España aceptó complacida la exclusión, que parecía prometerle su venganza. Algunos tratadistas norteamericanos han alegado que la exclusión fué para proteger a Cuba contra la reclamación de la deuda colonial que, de haber participado de las conferencias, le habría sido hecha por España. La excusa es inamisible, porque de pedirlo España así, los cubanos se habrían negado con más energía aún que los norteamericanos al pago de esa deuda ilegítima, que no pagaron tampoco los Estados Unidos y los demás países de América, al alcanzar su libertad. José Ignacio Rodríguez y Gonzalo de Quesada, cubanos ambos, asesoraban a los norteamericanos en París y bien advertían lo tenue de la excusa aducida para la no participación de representantes oficiales de Cuba en las discusiones que tenían lugar. La causa real era que, no obstante la promesa de la "joint resolution", los azucareros norteamericanos establecidos en Cuba aspiraban a la anexión y no querían compromiso terminante alguno que la hiciera imposible. En contra de Gray y de Day los Estados Unidos se habían declarado partidarios de la adquisición de las Filipinas y así lo hizo el propio

McKinley. La Enmienda Platt no había sido imaginada por Atkins y sus amigos del grupo del senador Platt y para facilitar la anexión lo indicado era cansar, decepcionar y desorientar a los cubanos y hasta a los mismos norteamericanos, hasta que perdiesen la fe en todo.

La estipulaciones del Tratado de París alejaron a los Estados Unidos para siempre de su aislamiento internacional y añadieron a esa nación a las que se discutían la hegemonía mundial. Los Estados Unidos se encontraron de repente convertidos en gran potencia en el Lejano Oriente y en Oceanía, así como en las Antillas, y necesitaron una escuadra poderosa y un gran ejército. Es imposible calcular cuánto ha costado a los Estados Unidos el tener que alternar con las naciones que se discutían el dominio del mundo; pero solamente por el costo de la guerra con España, la indemnización por los territorios adquiridos y las pensiones a los veteranos de aquella contienda, los Estados Unidos han pagado más de dos mil millones de pesos para, al fin y a la postre, dejar libres a Cuba y a Filipinas y prepararse a hacer lo mismo con Puerto Rico. El caso de Cuba pudo haberse resuelto sin esa guerra, con la concesión de la beligerancia a los cubanos. El hecho de que los Estados Unidos fueran, sin embargo, el único país en el mundo que ayudara a los cubanos en su esfuerzo para libertarse, estableció relaciones especiales entre ambos países. La I y la II Guerras Mundiales han visto a Cuba y a los Estados Unidos de aliados; el comercio entre ambos países alcanza a mil millones de dólares anuales y hay entre los dos pueblos contactos culturales y de todo orden que han sido altamente fecundos. De manera continuada el pueblo cubano ha ido demostrando a los Estados Unidos, a lo largo de los cincuenta años transcurridos desde la campaña de Santiago, que su derecho a la independencia era incontestable. En memorable ocasión el autor de esta obra logró que los Estados Unidos aceptasen, allá por 1933, la validez de los principios internacionales que tenía aquella República de Cuba de Bartolomé Masó y de Tomás Estrada Palma, de Máximo Gómez y de Calixto García, a la que en abril de 1898 se le negó el reconocimiento. El medio siglo que ha pasado ha visto al pueblo cubano cuadruplicar su población y multiplicarse su riqueza, sus comunicaciones y sus progresos para colocarse entre los que marchan a la cabeza de todos los de la América Latina por el esfuerzo, la iniciativa y la voluntad de sus hijos.

Sin duda que hay mérito en que los Estados Unidos no considerasen la "joint resolution" como un mero pedazo de papel y en que cumpliesen su promesa de hacer libre a Cuba en aquella guerra de la que participaron cubanos, españoles y norteamericanos; pero el mérito mayor está en que Cuba siguiese siendo Cuba a pesar de todo y en que nuestro pueblo tenga más arraigado que nunca el patriotismo que le sostuvo durante treinta años en la lucha desigual que terminó en Santiago de Cuba.



# CITAS

- (1) *New York Journal*, enero 1, 1897.
- (2) *New York Sun*, febrero 27, 1897.
- (3) *Ibidem*.
- (4) *New York Journal*, febrero 25, 1897.
- (5) *The Martial Spirit*, por Walter Millis, Boston, 1931, p. 27.
- (6) *Historia crítica del reinado de don Alfonso XIII...*, por Gabriel Maura Gamazo, Barcelona, 1919, vol. II, pp. 32-33.
- (7) Cuando en esta obra usamos los términos "liberal" y "conservador" en cuanto a los partidos españoles de la época, debe entenderse que nos referimos a liberales y conservadores al modo español, que debiéramos decir.
- (8) *Historia de la regencia de María Cristina Habsbourg-Lorena*, por Juan Ortega Rubio, Madrid, 1906, vol. III, p. 189.
- (9) *Letters of John Hay and Extracts from Diary*, Washington, D. C., 1908, vol. III, p. 5.
- (10) Millis, *ob. cit.*, p. 27
- (11) *Ibidem*, pp. 55-56.
- (12) *Mark Hanna—Big Business in Politics*, por John D. Flynn, en *Scribner's*, Nueva York, vol. XCIV, agosto de 1933, pp. 90 y 118.
- (13) *The Life of Whitelaw Reid*, por Royal Cortissoz, Nueva York, 1924, vol. II, p. 214.
- (14) *Ibidem*.
- (15) *Ibid.*, pp. 214-215.
- (16) *Ibidem*.
- (17) Millis, *ob. cit.*, p. 63.
- (18) *Ibidem*.
- (19) *The Life of John Hay*, por W. R. Thayer, Boston, 1915, vol. II, p. 156.
- (20) Millis, *ob. cit.*
- (21) *Letters of Grover Cleveland*, editadas por Allan Nevins, Boston, 1933, p. 488.
- (22) *Archivo de la Secretaría de Estado: Notes to Spain*, vol. II, Sherman-Dupuy de Lome, abril 7, 1897 (manuscrito).
- (23) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain-Notes*, vol. 38, Dupuy de Lome Sherman, abril 7, 1897 (manuscrito).
- (24) *Archivos de la Secretaría de Estado: Consular Despatches-Havana*, vol. 123, nota manuscrita en despacho Williams-Uhl, febrero 21, 1896.
- (25) *Papeles de Richard Olney*, Colección documental en *The Division of Manuscripts, The Library of Congress*, Washington, D. C. Carta de Cleveland a Olney, marzo 26, 1900.
- (26) *Archivos de la Secretaría de Estado: Cuba-Notes*, vol. I, Estrada Palma-Sherman, mayo 12, 1897 (manuscrito).
- (27) *Máximo Gómez*, por Benigno Souza, La Habana, 1936, p. 269.

- (28) *Archivos de la Secretaría de Estado: Consular Despatches- Havana*, vol. 131, Fitzhugh Lee-William R. Day, enero 25 y 26, 1898 (manuscrito).
- (29) *The Relations of the United States and Spain- The Spanish-American War*, por French E. Chadwick, Nueva York, 1911, vol. I, p. 3.
- (30) *Archivos de la Secretaría de Estado: Consular Despatches-Havana*, vol. 132. Lee-Day, febrero 5, 1898 (manuscrito).
- (31) *Foreign Relations of the United States... 1998*, Washington, D. C., 1899; p. 672.
- (32) *Ibidem*.
- (33) *Archivos de la Secretaría de Estado: Consular Despatches-Havana*, vol. 132, Lee-Day, febrero 15-16, 1898. El manuscrito tiene un borrón de tinta dramáticamente señalando dónde había llegado el Cónsul Lee mientras redactaba su escrito, al ser sorprendido por la atronadora explosión, que tuvo lugar ante sus propios ojos.
- (34) *Sixty years in Cuba*, por Edwin F. Atkins, Cambridge, 1926, p. 274.
- (35) *Archivos de la Secretaría de Estado: Reports of Bureau Officers*, Alvey A. Adee-William R. Day (Confidencial, manuscrito), enero 12, 1898.
- (36) *Archivos de la Secretaría de Estado: Consular Despatches-Havana*, vol. 132, Lee-Sherman, febrero 22, 1898.
- (37) *Ibidem*, Lee-Day, marzo 1, 1898 (manuscrito).
- (38) *Ibidem*.
- (39) *Ibidem*, Lee-Day, marzo 5, 1898.
- (40) *Archivos de la Secretaría de Estado: Great Britain-Despatches*, vol. 191.
- (41) *Ibidem*, White-Sherman, Londres, marzo 2, 1898.
- (42) *Ibid.*: *Consular Despatches-Havana*, vol. 132, Lee-Day, marzo 30, 1898.
- (43) Wisan, *ob. cit.*, p. 408
- (44) *New York Tribune*, marzo 8, 1898.
- (45) Millis, *ob. cit.*, p. 112.
- (46) *Ibidem*, p. 112.  
*America of Yesterday, as reflected in the journal of John D. Long...*, Boston, 1914.
- (48) Millis, *ob. cit.*, pp. 115-116.
- (49) *Ibidem*, p. 116.
- (50) *Ibid.*, p. 116.
- (51) *Historia de la relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, por Jerónimo Becker, Madrid, 1926, vol. III, p. 857.
- (52) Becker, *ob. cit.*, vol. III, p. 856.
- (53) Ortega Rubio, *ob. cit.*, vol. III, pp. 282-283.
- (54) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain* (volumen especial) Stewart L. Woodford-Presidente McKinley, enero 17, 1898.
- (55) *A Digest of International Law*, por John Bassett Moore, Washington: D. C., vol. V, 1906, p. 141. Sherman-Woodford, julio 16, 1897.
- (56) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain-Minister Woodford to the President* (volumen especial), octubre 17, 1897.
- (57) *Ibidem*, Woodford-McKinley, diciembre 26, 1897.
- (58) *Ibid.*, Woodford-McKinley, enero 17, 1898.
- (59) *Ibidem*.
- (60) *Ibid.*
- (61) *Ibidem*, Woodford-McKinley, marzo 2, 1898.
- (62) *Ibidem*, Woodford-McKinley, marzo 9, 1898.

- (63) *Ibidem.*
- (64) *Ibidem.*
- (65) *Ibidem*, Woodford-McKinley, marzo 17, 1898.
- (66) *Ibidem.*
- (67) *Ibidem*, Woodford-McKinley, marzo 19, 1898.
- (68) *Ibidem*, Woodford-McKinley, marzo 26, 1898.
- (69) *Ibidem*, Woodford-McKinley, febrero 9, 1898.
- (70) *The European Powers and the Spanish-American War*, por J. Fred Rippy, Chapel Hill, N. C., 1927, p. 24.
- (71) *Ibidem.*
- (72) *Archivos de la Secretaría de Estado: Great Britain-Notes*, vol. 129, Lord Julian Pauncefote-Sherman, marzo 8, 1898.
- (73) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain* (volumen especial) Woodford-McKinley, marzo 31, 1898.
- (74) Woodford-McKinley, abril 1, 1898.
- (75) Rippy, *ob. cit.*, p. 24-25.
- (76) *Ibidem.*
- (77) *Ibidem.*
- (78) Becker, *ob. cit.*, vol. III, p. 871.
- (79) *Ibidem.*
- (80) *Ibidem*, p. 872.
- (81) *Ibidem*, pp. 872-873.
- (82) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain* (volumen especial). Woodford-McKinley, abril 3, 1898.
- (83) *Ibidem: Spain-Instructions*, vol. 22, Day-Woodford, abril 3, 1898.
- (84) *The Times*, Londres, marzo 18, 1898.
- (85) *Archivos de la Secretaría de Estado: Great Britain-Despatches*, vol. 191, John Hay-Sherman, marzo 26, 1898.
- (86) *Letters of John Hay...*, *ob. cit.*, vol. 3, p. 122, Hay-Theodore Stanton, mayo 8, 1898.
- (87) *Ibidem*, vol. III, pp. 119-121, Hay-Lodge, abril 5, 1898.
- (88) Rippy, *ob. cit.*, p. 26.
- (89) *Foreign Relations of the United States...* 1898, obra citada, p. 740.
- (90) Becker, *ob. cit.*, vol. III, p. 746.
- (91) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain* (volumen especial), Woodford-McKinley, abril 10, 1898.
- (92) Rippy, *ob. cit.*, pp. 26-27.
- (93) *A Diplomatic History of the United States*, por Samuel Flagg Bemis, Nueva York, 1935, p. 448.
- (94) *The Letters of Queen Victoria*, editadas por G. E. Buckle, Londres, 1932, vol. III, p. 244.
- (95) Becker, *ob. cit.*, vol. III, p. 876.
- (96) *Ibidem.*
- (97) Rippy, *ob. cit.*, p. 27.
- (98) *Ibidem*, p. 29. Véase también *John Hay*, por Tyler Dennett, Nueva York, 1933, p. 189.
- (99) Dennett, *ob. cit.*, p. 189.
- (100) *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*, editada por León Primelles, La Habana, 1932, vol. I, p. 298.

- (101) *Ibidem*, p. 353.
- (102) *Ibidem*, p. 356.
- (103) *Ibid.*, p. 358.
- (104) *Ibid.*, vol. III, p. 95.
- (105) *Ibid.*, vol. IV, p. 213.
- (106) *Ibid.*, vol. V, p. 14.
- (107) *Cuba y América*, Nueva York, 1897.
- (108) *Liberty, the story of Cuba*, por Horatio S. Rubens, Nueva York, 1932, p. 291.
- (109) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain* (volumen especial) ya citado, Woodford-McKinley, octubre 20, 1897.
- (110) *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno... de Cuba*, editadas por la Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1930, vol. III, p. 68.
- (111) *Ibidem*, p. 69.
- (112) *Ibid.*, p. 75.
- (113) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain* (volumen especial) ya citado, Woodford-McKinley, noviembre 14, 1897.
- (114) *Actas de las Asambleas...*, obra citada, vol. IV, pp. 64-65.
- (115) *La República de Cuba-Breve reseña para la exposición de St. Louis, Missouri...*, La Habana, pp. 11-12.
- (116) *Archivos de la Secretaría de Estado, Cuba*, vol. 12, septiembre 9, 1904, despacho No. 1063.
- (117) *Ibidem*.
- (118) *Ibidem*.
- (119) *Ibid.*, memorándum de Squiers anexo al despacho No. 1063.
- (120) *Actas de las Asambleas...*, obra citada, vol. IV, pp. 136-137.
- (121) *Ibidem*, p. 144.
- (122) *Cuba and the United States*, por Russell H. Fitzgibbon, Menasha, Wis. p. 16. El Prof. Fitzgibbon quien, con tan indisculpable ligereza, opinó de esta guisa sobre tan importante asunto, con igual ligereza opina que la obra *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, por Herrminio Portell Vilá, en que se basa todo este capítulo, es de exagerado nacionalismo cubano. Pudiera ser que sí, que fuese escrita con firme sentimiento nacionalista: pero, por lo menos, también sin ocultar la verdad ni disimularla. Por lo menos el Prof. Fitzgibbon leyó mi obra al comentarla. Un colega suyo, el Prof. Roscoe R. Hill, sin siquiera leerla, escribió varias notas bibliográficas para *The Hispanic American Historical Review* en las que, llevado de un nacionalismo enfermizo, me atribuyó juicios y conclusiones que no aparecen en mi obra. Así la pasión puede llevar a un comentarista a la injusticia y hacerle inventar y hasta atribuir a otra persona lo que nunca dijo.
- (123) Rubens, *ob. cit.*, p. 326.
- (124) *Actas de las Asambleas...*, obra citada, vol. IV, p. 35.
- (124a) Atkins, *ob. cit.*, p. 281.
- (125) *Foreign Relations of the United States...* 1898, obra citada, p. 557.
- (126) Wisan *ob. cit.*, p. 450.
- (127) Millis, *ob. cit.*, p. 142.
- (128) *Ibidem*, p. 142.
- (129) Rubens, *ob. cit.*, p. 338.
- (130) *Ibidem*, p. 339.

- (131) *Ibid.*, p. 340.
- (132) *Ibid.*, p. 341.
- (132) Millis, *ob. cit.*, p. 143.
- (134) *An Old-Fashioned Senator: Orville H. Platt*, por Louis A. Coolidge, Nueva York, 1919, pp. 281-282.
- (135) *Orville H. Platt Papers*, en The Connecticut State Library, Hartford, Conn., Platt-Atkins, junio 11, 1901.
- (136) *The Life of Whitelaw Reid*, por Royal S. Cortissoz, Nueva York, 1924, vol. II. pp. 222-223, Reid-McKinley, abril 19, 1898.
- (137) *The Olney Papers*, en la División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso, Washington, D. C. Cleveland-Olney, Princeton, abril 26, 1898.
- (138) *Archivos de la Secretaría de Estado: Spain-Notes*, vol. 39, Polo de Bernabé-Sherman, abril 1. 1898.
- (139) *Ibidem*, Polo de Bernabé-Sherman, abril 3, 1898.
- (140) Rubens, *ob. cit.*, pp. 344-345.
- (140a) *Ibidem*, p. 348.
- (141) *Calixto García*, por Aníbal Escalante Beatón, La Habana, 1946, pp. 377-406. El relato de Escalante, como el de Enrique H. Tovar en *Revista Bimestre Cubana*, 1934, sobre "El Mensaje a García", son definitivos.
- (142) *Ibidem*, p. 392.
- (143) *Actas de las Asambleas...*, obra citada, vol. IV, p. 55.
- (144) Millis, *ob. cit.*, p. 4.
- (144a) Rubens, *ob. cit.*, p. 390.
- (145) *Ibidem*.
- (146) *Boletín del Archivo Nacional*, La Habana, 1936, vol. 34, pp. 102-103, García-Estrada Palma, Tunas, marzo 22, 1898.
- (146a) *La Guerra Hispano-Americana*, por Severo Gómez Núñez, Madrid, 1899-1902, 4 vols.
- (147) *La Guerra Hispano-Americana y sus resultados*, por José A. Medel, La Habana, 1929, pp. 86-87.
- (148) *Máximo Gómez*, por Benigno Souza, La Habana, 1936, p. 287.
- (149) *Efemérides Cubanas*, por Enrique Ubieta, La Habana, 1910, vol. I, p. 23.
- (150) Gómez Núñez, *ob. cit.*, vol. II, pp. 114-115.
- (151) *A Captain Unafraid*, por Horace Smith, Nueva York, 1912, pp. 145-152.
- (152) *Historia de Cárdenas*, por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1928, pp. 209-211.
- (153) Millis, *ob. cit.*, pp. 208-210.
- (154) *Ibidem*, p. 232.
- (155) Escalante, *ob. cit.*, p. 429, García-Miles, junio 6, 1898.
- (156) Chadwick, *ob. cit.*, vol. I, p. 385.
- (157) *Ibidem*, pp. 387-388.
- (158) *Cómo acabó la dominación española en América*, por Enrique Piñeyro, París, 1908, p. 243.
- (159) Millis, *ob. cit.*, p. 261.
- (160) *Ibidem*.
- (161) *Heraldo de Madrid*, septiembre 9, 1898.
- (161a) Millis, *ob. cit.*, p. 275.
- (162) *Ibidem*.
- (163) Chadwick, *ob. cit.*, vol. II, p. 69.

- (164) *Ibidem*, vol. II, pp. 84-107.
- (165) *Ibidem*, vol. II, p. 191.
- (166) *Ibidem*, vol. II, p. 197.
- (167) *Ibidem*, vol. II, p. 194.
- (168) Millis, *ob. cit.*, p. 298.
- (169) *Ibidem*, p. 298.
- (170) Millis, *ob. cit.*, p. 309.
- (171) Chadwick, *ob. cit.*, vol. II, p. 237.
- (172) *Ibidem*, vol. II, p. 254.
- (173) Piñeyro, *ob. cit.*, pp. 249-250.
- (174) *The Rise of American Civilization*, por Charles y Mary Beard, Nueva York, 1927, vol. I, pp. 292-294.
- (175) *Historia de Cuba...*, por Herminio Portell Vilá, vol. III, p. 499. Buena parte del texto de esta *Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España*, ha sido extraída del tomo tercero de la *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, por Herminio Portell Vilá, La Habana, 1939, cuyas citas y referencias ahora aparecen en español.



# INDICE

	Pág.
Nota Preliminar por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> .....	7
Introducción por <i>Hermínio Portell Vilá</i> .....	11
I.—La Guerra de Independencia de Cuba hasta 1898 .....	15
II.—La política de los Estados Unidos en cuanto a la Guerra de Independencia de Cuba hasta 1898 .....	21
III.—España y la Guerra de Independencia en Cuba .....	29
IV.—La Diplomacia cubana en los Estados Unidos .....	35
V.—La opinión pública norteamericana y la suerte de Cuba .....	39
VI.—El significado de la elección de McKinley en la política interna y en las relaciones exteriores de los Estados Unidos .....	43
VII.—La repercusión en los Estados Unidos del fracaso del régimen económico, de los horrores de la Reconcentración y de los excesos de los Voluntarios .....	55
VIII.—La destrucción del <i>Maine</i> en la bahía de La Habana .....	69
IX.—El incidente de la Carta Dupuy de Lome-Canalejas .....	87
X.—La misión del Ministro Woodford en Madrid .....	93
XI.—Las Cancillerías europeas y la crisis de las relaciones entre los Estados Unidos y España .....	113
XII.—La política de las Repúblicas latinoamericanas ante la crisis cubana .....	131
XIII.—Las negociaciones del Gobierno cubano para asegurar la independencia de Cuba por medio del Congreso de Washington antes del que el Ministro Woodford llegase a un arreglo con España .....	139
XIV.—La elaboración de la "Joint-resolution", hasta su aprobación por ambas cámaras americanas .....	159
XV.—El fracaso de la misión de Polo de Bernabé en Washington .....	175
XVI.—El Mensaje a García .....	179
XVII.—Los cubanos rechazan la alianza propuesta por España contra los Estados Unidos y deciden continuar la Guerra de Independencia .....	187
XVIII.—La movilización de los recursos de guerra de los Estados Unidos .....	193
XIX.—Los recursos militares y navales de España en Cuba .....	209
XX.—Valor del aporte militar cubano .....	215
XXI.—La guerra en las costas de Cuba .....	221
XXII.—La expedición a Santiago .....	231
XXIII.—La Campaña de Santiago .....	235
XXIV.—El Gobierno de Cuba y la paz .....	261
Citas .....	273

- 18.—Morales Lemus y la Revolución de Cuba, por *Enrique Piñeyro*. (Con un estudio preliminar por *Enrique Gay-Calbó*).
- 19.—La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895. (Con notas para un ensayo biográfico-interpretativo por *Emilio Roig de Leuchsenring*).
- 20.—El sesquicentenario del "Papel Periódico de la Havana". 1790-1940.
- 21.—Homenaje al ilustre habanero Nicolás José Gutiérrez en el cincuentenario de su muerte. 1890-1940.
- 22.—Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942.
- 23.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 1.—Colonialismo, por *Enrique Gay-Calbó*; Reformismo, por *Miguel Jorrín*; Anexionismo, por *Hermínio Portell Vilá*; Autonomismo, por *Mario Guiral Moreno*.
- 24.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 2.—Independentismo. I.—Movimientos anteriores a 1868, por *Manuel Bisbé*. II.—De 1868 a 1901, por *Emilio Roig de Leuchsenring*.
- 25.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. I.—Varela, más que humano, por *Francisco G. del Valle*; Valoración filosófica de Varela, por *Miguel Jorrín*; Posición filosófica de Varela, por *Antonio Hernández Travieso*.
- 26.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. II.—Significación literaria de Varela, por *José Antonio Portuondo*; Varela pedagogo, por *Diego González*; Varela revolucionario, por *Enrique Gay-Calbó*.
- 27.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. III.—Félix Varela y la Ciencia, por *Manuel F. Gran*; Ideario y conducta cívicos del Padre Varela, por *Manuel Bisbé*; La idea teológica en la personalidad de Félix Varela, por *Domingo Villamil*.
- 28.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. IV.—Varela en "El Habanero", precursor de la revolución cubana, por *Emilio Roig de Leuchsenring*; La ortodoxia filosófica y política del pensamiento patriótico del Pbro. Félix Varela, por *Mons. Eduardo Martínez Dalmau*.
- 29.—El cincuentenario del 95. I.—Dos efemérides gloriosas, por *Emilio Roig de Leuchsenring*; Organización de la Guerra. El 24 de Febrero, por *Félix Lizaso*; Ideario de la Revolución, por *Emilio Roig de Leuchsenring*; Operaciones militares cubanas, por *Miguel Varona Guerrero*.
- 30.—El cincuentenario del 95. II.—España en Cuba: gobernantes y voluntarios, por *Emilio Roig de Leuchsenring*; El combatiente cubano en función de pueblo, por *Juan Luis Martín*; Asamblea y Constitución de Jimaguayú, por *Enrique Gay-Calbó*.
- 31.—La Habana de Velázquez, por *Jenaro Artiles*.
- 32.—La Colonia hacia la Nación. Tercer Congreso Nacional de Historia.
- 33.—Historia y Americanidad. Cuarto Congreso Nacional de Historia.
- 34.—Ideario Cubano. III.—Antonio Maceo.
- 35.—Un lustro de revaloración histórica, Quinto Congreso Nacional de Historia.
- 36.—Homenaje al ilustre habanero Francisco González del Valle. Trabajos de *Emilio Roig de Leuchsenring*, *Hermínio Portell Vilá*, *Manuel I. Mesa Rodríguez* y *Fermín Peraza*. Acuerdos de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y del Quinto Congreso Nacional de Historia.
- 37.—*Francisco González del Valle*, La Habana en 1841. 1. Fisonomía Urbana.
- 38.—*Francisco González del Valle*, La Habana en 1841. 2. La Vida Oficial. 3. La Vida Económica.
- 39.—Historia y Patria. Sexto Congreso Nacional de Historia. Discursos y Acuerdos.
- 39.—*Francisco González del Valle*, La Habana en 1841. 4. La Vida Cultural.
- 40.—Triunfo del esfuerzoxo cubano por la Independencia.
- 41.—Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España.
- 42.—Reivindicaciones históricas. Séptimo Congreso Nacional de Historia.

---

*Las publicaciones de esta Oficina no se venden; se reparten gratuitamente por la Administración Municipal de La Habana a las personas que las solicitaren por escrito de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Palacio de Lombillo, Plaza de la Catedral.*

(Agotados ya los cuadernos anteriores al 39).

# OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

## SECCIONES

### *Archivo Histórico Municipal.*

*Libros de Actas Capitulares desde 1550.*

### *Biblioteca Histórica Cubana y Americana.*

*200,000 volúmenes, propiedad de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.*

### *Museo de la Ciudad de La Habana.*

*(ABIERTOS AL PÚBLICO DE 9 A.M. a 12.30 P.M.)*

### *Publicaciones:*

*Actas Capitulares de La Habana.*

*Historia de La Habana.*

*Cuadernos de Historia Habanera.*

*Colección Histórica Cubana y Americana.*

**PALACIO DE LOMBILLO  
PLAZA DE LA CATEDRAL  
LA HABANA**

  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA CIUDAD